

«Brillante».

LEE CHILD

«Excepcional».

ANDY WEIR

¿ERES

FELIZ CON TU

VIDA?

MATERIA OSCURA

BLAKE CROUCH

Traducción de Noemí Risco Mateo

«Magistral».

HARLAN COBEN

«Impresionante».

JUSTIN CRONIN

BLAKE CROUCH

MATERIA OSCURA

Traducción del inglés

Noemí Risco Mateo

 NOCTURNA
EDICIONES

Título original: *Dark Matter*

© de la obra: Blake Crouch, 2016

© de la traducción: Noemí Risco Mateo, 2017

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.

c/ Corazón de María, 39, 8.o C, esc. dcha. 28002 Madrid

info@nocturnaediciones.com

www.nocturnaediciones.com

Primera edición en Nocturna: mayo de 2018

Edición Digital: Elena Sanz Matilla

ISBN: 978-84-16858-53-8

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Para cualquiera que se haya preguntado cómo podría ser su vida al final del camino que no tomó.

*Lo que pudo haber sido y lo que ha sido
miran a un solo fin, siempre presente.
Resuenan pisadas en la memoria
por el pasillo que no recorrimos
hacia la puerta que no abrimos nunca.*

T. S. ELIOT,
Burnt Norton

UNO

Me encantan las noches de los jueves.

Parecen estar fuera del tiempo.

Es nuestra tradición; sólo nosotros tres. Noche familiar.

Mi hijo, Charlie, está sentado a la mesa dibujando en un bloc. Tiene casi quince años. Ha crecido cinco centímetros este verano y ahora es tan alto como yo.

Aparto la vista de la cebolla que estoy cortando en juliana y le pregunto:

—¿Puedo verlo?

Levanta el bloc y me enseña una cordillera que parece sacada de otro planeta.

—Me encanta. ¿Es sólo para entretenerte?

—Un trabajo de clase. Para mañana.

—Entonces, sigue con ello, don Último Momento.

Aquí de pie, en la cocina, contento y un poco borracho, ignoro que esta noche se acabará todo esto. Es el fin de todo lo que conozco, de todo lo que quiero.

Nadie te advierte que todo está a punto de cambiar, que te lo van a arrebatarse. No hay una alarma de proximidad ni ninguna señal de que te hallas al borde del precipicio. Y tal vez eso sea lo que haga la tragedia tan trágica. No sólo lo que sucede, sino cómo sucede: un golpe traicionero que surge de la nada cuando menos te lo esperas. Sin tiempo para prepararse ni encogerse.

Las luces brillan en la superficie de mi vino y empiezan a escocerme los

ojos por la cebolla. Thelonious Monk da vueltas en el viejo tocadiscos del salón. Nunca me canso de la calidad de las grabaciones analógicas, sobre todo del chisporroteo de la estática entre las pistas. La sala está repleta de pilas de vinilos raros que, no dejo de repetirme, conseguiré organizar algún día de estos.

Mi mujer, Daniela, se encuentra sentada en la isla de la cocina; hace girar con una mano su copa de vino casi vacía y sujeta el móvil con la otra. Nota mi mirada fija y sonrío sin alzar la vista de la pantalla.

—Lo sé —dice—, estoy violando la norma fundamental de la noche familiar.

—¿Qué es tan importante? —pregunto.

Me observa con sus oscuros ojos españoles.

—Nada.

Me acerco a ella, le quito con delicadeza el móvil y lo dejo sobre la encimera.

—Podrías empezar a preparar la pasta —le sugiero.

—Prefiero verte cocinar a ti.

—¿Sí? —Y luego susurro—: Te pone, ¿eh?

—No, es que es más divertido beber y no hacer nada. —Tiene el aliento dulce por el vino y una de esas sonrisas que parecen arquitectónicamente imposibles. Todavía me mata.

Me termino la copa.

—Deberíamos abrir más vino, ¿no?

—Sería una estupidez no hacerlo.

Mientras libero el corcho de otra botella, vuelve a coger el teléfono y me enseña la pantalla.

—Estaba leyendo la crítica de *Chicago Magazine* sobre el programa de Marsha Altman.

—¿Han sido buenos?

—Sí, básicamente es una carta de amor.

—Me alegro por ella.

—Siempre he creído que... —No termina la frase, pero sé por dónde va.

Hace quince años, antes de conocernos, Daniela era muy prometedora en el mundo del arte en Chicago. Tenía un estudio en Buck-town, exhibía su obra en media docena de galerías y acababa de cerrar su primera exposición en Nueva York. Entonces llegó la vida. Yo. Charlie. Un ataque atroz de depresión posparto.

Descarrilamiento.

Ahora da clases particulares de Arte a estudiantes de secundaria.

—No es que no me alegre por ella. Bueno, es brillante, se lo merece todo.

—Si te consuela, Ryan Holder acaba de ganar el premio Pavia —comento.

—¿Eso qué es?

—Un galardón multidisciplinario que se otorga por los logros en Ciencias Naturales y Biológicas. Ryan lo ha ganado por su trabajo en Neurociencia.

—¿Es importante?

—Millones de dólares. Elogios. Abre las compuertas a las subvenciones.

—¿Consigues ayudantes más guapas?

—Ese es el mejor premio, evidentemente. Me invitó a una celebración informal esta noche, pero he pasado.

—¿Por qué?

—Porque es nuestra noche.

—Deberías ir.

—La verdad es que preferiría no hacerlo.

Daniela levanta su copa vacía.

—Así que estás diciendo que ambos tenemos buenos motivos para beber mucho vino.

La beso y luego le sirvo con generosidad de la botella recién abierta.

—Tú podrías haber ganado ese premio —afirma Daniela.

—Tú podrías haberte hecho con el mundo del arte en esta ciudad.

—Pero hicimos esto. —Señala los altos techos de nuestra casa de piedra rojiza. La compré antes de conocerla con la ayuda de una herencia—. Y esto —añade, apuntando a Charlie mientras dibuja con una pasión que me recuerda a ella cuando está absorta en sus cuadros.

Es extraño ser padre de un adolescente. Una cosa es criar a un niño, pero no tiene nada que ver cuando una persona que está a punto de convertirse en un adulto te mira en busca de conocimiento. Me siento como si tuviera poco que ofrecer. Sé que hay padres que perciben el mundo de cierta manera, con cierta claridad y seguridad, que saben qué decirles a sus hijos. Pero yo no soy uno de ellos. Cuanto mayor me hago, menos entiendo. Quiero a mi hijo. Lo es todo para mí. Aun así, no puedo evitar sentir que estoy fallándole. Que estoy echándole a los lobos con las migajas de mi insegura perspectiva.

Voy al armario junto al fregadero, lo abro y empiezo a buscar una caja de *fetuchini*.

Daniela se vuelve hacia Charlie y suelta:

—Tu padre podría haber ganado el Nobel.

Me río.

—Seguro que exageras —contesta él.

—Charlie, no te dejes engañar. Es un genio.

—Y tú, un encanto —declaro—, y estás un poco borracha.

—Es verdad y lo sabes. La ciencia ha avanzado menos porque quieres a tu familia.

No puedo evitar sonreír. Cuando bebe, ocurren tres cosas: su acento empieza a filtrarse, se vuelve amable de una manera agresiva y tiende a la hipérbole.

—Tu padre me dijo una noche (nunca lo olvidaré) que la investigación pura y dura te consume la vida. Me dijo... —Por un momento, para mi sorpresa, la emoción se apodera de ella. Se le empañan los ojos y sacude la cabeza como siempre que está al borde de las lágrimas. En el último segundo, se recupera y se obliga a continuar—: Dijo: «Daniela, en mi lecho de muerte preferiría tener recuerdos contigo que de un frío laboratorio esterilizado».

Miro a Charlie y advierto que pone los ojos en blanco mientras dibuja. Supongo que está avergonzado de nuestra demostración de melodrama parental.

Me quedo con la vista fija en el armario y espero a que se me vaya el dolor que se me ha instalado en la garganta.

Cuando cesa, cojo la pasta y cierro la puerta.

Daniela bebe vino.

Charlie dibuja.

El momento pasa.

—¿Dónde es la fiesta de Ryan? —pregunta Daniela.

—En el Village Tap.

—Ese es tu bar, Jason.

—¿Y?

Se acerca y me quita la caja de pasta de la mano.

—Ve a tomar algo con tu antiguo colega de la universidad. Dile que estás orgulloso de él. Con la cabeza bien alta. Felicítale también de mi parte.

—No voy a decirle que le felicitas.

—¿Por qué?

—Le gustas.

—Calla.

—Es cierto. Desde hace mucho. Cuando éramos compañeros de piso. ¿Te acuerdas de la última fiesta de Navidad? No dejaba de engañarte para que te

pusieras debajo del muérdago.

Se ríe y declara:

—La cena estará en la mesa cuando llegues a casa.

—Lo que significa que debería estar de vuelta en...

—Cuarenta y cinco minutos.

—¿Qué haría yo sin ti?

Me besa.

—Ni siquiera lo pensemos.

Cojo mis llaves y la cartera del plato de cerámica junto al microondas y me dirijo al comedor con la mirada posada en la lámpara tesseracto de la mesa. Daniela me la regaló en nuestro décimo aniversario de boda. El mejor regalo de mi vida.

Al llegar a la puerta principal, me grita:

—¡Vuelve con helado!

—¡De menta con trocitos de chocolate! —añade Charlie.

Alzo el brazo y levanto el pulgar.

No miro atrás.

No me despido.

Y este momento pasa desapercibido.

Es el fin de todo lo que conozco, de todo lo que quiero.

Llevo veinte años viviendo en Logan Square y no hay nada mejor que la primera semana de octubre. Siempre me recuerda la frase de F. Scott Fitzgerald: «La vida vuelve a empezar cuando refresca en otoño».

Hace fresco esta noche y el cielo está lo bastante despejado para ver un puñado de estrellas. Los bares están más bulliciosos que de costumbre, repletos de decepcionados hinchas de los Cubs.

Me detengo en la acera, bajo el resplandor de un llamativo y parpadeante

cartel donde se lee «VILLAGE TAP», y me quedo mirando por la puerta abierta del típico bar de la esquina que se encuentra en todo barrio de Chicago que se precie. Este da la casualidad de que es mi abrevadero. Es el más cercano a casa, a pocas manzanas de mi edificio.

Paso de largo el cartel de neón azul de las ventanas delanteras y entro.

Matt, el camarero y propietario, me saluda con un gesto de la cabeza cuando me ve y me abro camino entre la multitud que rodea a Ryan Holder.

—Justo estaba hablándole a Daniela de ti —empiezo.

Sonríe, con un aspecto exquisitamente acicalado para el circuito de conferencias; está en forma y bronceado, su vello facial parece trabajado al detalle por un paisajista y lleva un jersey negro de cuello alto.

—¡Hostia, cuánto me alegro de verte! Me conmueve que hayas venido. ¿Cariño? —Toca el hombro desnudo de la joven que ocupa un taburete a su lado—. ¿Te importa que mi querido amigo te robe el asiento un minuto?

La mujer abandona su taburete con diligencia y me siento junto a él.

Le hace una seña al camarero para que se acerque.

—Queremos que nos sirvas un par de lo más caro que tengas.

—Ryan, no es necesario.

Me agarra del brazo.

—Esta noche vamos a beber lo mejor.

—Tengo un Macallan de veinticinco años.

—Doble. A mi cuenta.

Cuando el camarero se va, Ryan me da un puñetazo en el brazo. Fuerte. A primera vista, no se diría que es científico. Hacía lacrosse en la universidad y todavía es ancho de hombros; tiene la facilidad de movimiento de un atleta nato.

—¿Cómo están Charlie y la encantadora Daniela?

—Genial.

—Deberías habértela traído. No la he visto desde las últimas Navidades.

—Me ha pedido que te felicite de su parte.

—Tienes una buena mujer, aunque ya lo sabíamos.

—¿Qué probabilidades hay de que sientes la cabeza en un futuro próximo?

—Pocas. La vida de soltero y sus considerables ventajas parece que me pegan. ¿Sigues en Lakemont College?

—Sí.

—Una universidad decente. Das clase a estudiantes de Física, ¿no?

—Exacto.

—Así que enseñas...

—Mecánica Cuántica. Una introducción, más que nada. Nada demasiado provocativo.

Matt regresa con nuestras bebidas, Ryan se las quita de las manos y me pone la mía delante.

—Así que esta celebración... —digo.

—Es una cosa improvisada que han organizado algunos de mis estudiantes de posgrado. No hay nada que les guste más que emborracharme y convertirme en el centro de atención.

—Has tenido un gran año, Ryan. Todavía recuerdo que estuviste a punto de catear Ecuaciones Diferenciales.

—Me salvaste el culo. Más de una vez.

Por un segundo, tras la confianza y el refinamiento, alcanzo a vislumbrar al graduado tonto, amante de la diversión, con el que compartí un asqueroso piso durante un año y medio.

—¿El premio Pavia ha sido por tu trabajo en...? —inquiero.

—La identificación del córtex prefrontal como un generador de conciencia.

—Sí, claro. Leí tu artículo.

—¿Qué opinas?

—Brillante.

Parece que se alegra de verdad por el cumplido.

—Si te soy sincero, Jason, y no se trata de falsa modestia, siempre creí que serías tú el que publicaría los artículos más importantes.

—¿En serio?

Me observa por encima de la montura negra de plástico de sus gafas.

—Por supuesto. Eres más inteligente que yo. Todo el mundo lo sabía.

Le doy un sorbo a mi whisky y evito comentar lo delicioso que está.

—Una pregunta: ¿hoy en día te ves más como profesor o como investigador?

—Yo...

—Porque yo me veo, ante todo, como un hombre que busca respuestas a las preguntas fundamentales. Bueno, si las personas a mi alrededor... —señala a los estudiantes que han empezado a amontonarse— son lo bastante agudas para asimilar conocimiento por estar simplemente cerca de mí..., genial. Pero la transmisión de conocimiento, por así decirlo, no me interesa. Lo único que importa es la ciencia. La investigación. —Noto un atisbo de irritación, de enfado, en su voz, y aumenta como si estuviera alterándose por algo.

Intento reírme.

—¿Estás molesto conmigo, Ryan? Casi parece que pienses que te he defraudado.

—Mira, he dado clases en el MIT, en Harvard, en Johns Hopkins, en las mejores universidades del planeta. He conocido a los hijos de puta más inteligentes y, Jason, habrías cambiado el mundo si hubieras decidido ir por ese camino. Si hubieras seguido por ahí. En cambio, enseñas a estudiantes de Física para que se conviertan en médicos y agentes de patentes.

—No todos podemos ser superestrellas como tú, Ryan.

—No si te rindes.

Me termino el whisky.

—Bueno, me alegro de haber venido.

Me bajo del taburete.

—No seas así, Jason. Era un cumplido.

—Estoy orgulloso de ti, tío. De verdad.

—Jason.

—Gracias por la copa.

De vuelta en la calle, camino con paso airado por la acera. Cuanta más distancia pongo entre Ryan y yo, más me enfado.

Y ni siquiera estoy seguro de con quién.

Me arde la cara.

Unos chorretones de sudor me caen por los lados.

Sin pensarlo, cruzo la calle saltándome el semáforo; al instante, registro el sonido de unos neumáticos cuya goma chirría por la calzada.

Me giro y, sin dar crédito, observo un taxi que sale disparado hacia mí.

A través del parabrisas que se aproxima, veo con claridad al conductor: un hombre con bigote y los ojos abiertos de par en par por el evidente pánico, preparándose para el impacto.

Entonces mis manos se apoyan sobre el metal caliente y amarillo del capó y el taxista se asoma por la ventana para gritarme:

—¡Imbécil, por poco te mato! ¡Usa la puta cabeza!

Empiezan a sonar atronadores cláxones detrás del taxi.

Retrocedo hacia la acera y observo cómo se reanuda la circulación.

Los conductores de tres coches distintos son tan amables de reducir la velocidad para enseñarme el dedo.

Whole Foods huele igual que una hippie con la que salí antes de Daniela: un toque a productos frescos, café molido y aceites esenciales.

Se me ha quitado la borrachera con el susto del taxi, así que echo un vistazo por las neveras en cierto estado letárgico y soñoliento.

Hace más fresco cuando vuelvo afuera; sopla un viento frío del lago que augura el invierno de mierda que aguarda a la vuelta de la esquina.

Con mi bolsa de lona repleta de helado, tomo una ruta diferente hacia casa. Añade seis manzanas, pero lo que pierdo en brevedad, lo gano en soledad, y entre lo del taxi y Ryan, necesito más tiempo para recuperarme.

Paso por una zona en obras, desierta ahora, y unas cuantas manzanas más tarde veo el patio del colegio al que asistía mi hijo, con el tobogán metálico brillando bajo la farola y los columpios meciéndose por la brisa.

Hay una energía estas noches de otoño que toca algo primitivo en mi interior. Algo de hace mucho tiempo. De mi infancia al oeste de Iowa. Pienso en los partidos de fútbol del instituto y las luces del estadio que iluminaban con intensidad a los jugadores. Huelo las manzanas madurando y el hedor agrio a cerveza de las fiestas en los campos de maíz. Siento el viento en la cara mientras voy en la parte trasera de una vieja camioneta por una carretera secundaria, de noche, y el polvo, de color rojo por las luces traseras, se arremolina al tiempo que toda mi vida se abre ante mí.

Es lo bonito de la juventud.

Hay una ingravidez que lo impregna todo porque no se ha tomado ninguna decisión condenatoria ni te has comprometido, y el camino que se bifurca delante tiene un potencial puro e ilimitado.

Me encanta mi vida, pero hace siglos que no disfruto de esa levedad del ser. Las noches de otoño como esta son lo máximo que me acerco.

El frío empieza a despejarme la cabeza.

Tengo ganas de volver a casa. Estoy pensando en encender la chimenea. Nunca la hemos puesto antes de Halloween, pero esta noche hace un frío excesivo y lo único que quiero tras caminar tres kilómetros con este viento es

sentarme junto al fuego con Daniela, Charlie y una copa de vino.

La calle va por debajo del El.

Por encima de mí cruza el herraje oxidado de las vías.

El metro de Chicago representa más a la ciudad que los propios edificios.

Esta es mi parte preferida del trayecto a casa, es la más oscura y tranquila.

En este momento...

No viene ningún tren.

No hay luces de coches en ninguna dirección.

No se advierten los ruidos de los pubs.

No hay nada más que el distante rugido de un avión en el cielo, acercándose al aeropuerto O'Hare.

Espera...

Alguien se aproxima... Se oyen unos pasos en la acera.

Miro hacia atrás.

Una sombra se precipita sobre mí y salva la distancia entre nosotros tan rápido que no puedo procesar lo que está sucediendo.

Lo primero que veo es un rostro.

Blanco como el de un fantasma.

Arriba, unas cejas arqueadas que parecen dibujadas.

Unos labios rojos fruncidos, demasiado finos, demasiado perfectos.

Y unos ojos espeluznantes, grandes y negros como el carbón, sin pupilas ni iris.

Lo segundo que veo es el cañón de una pistola a diez centímetros de la punta de mi nariz.

—Date la vuelta —me obliga una voz grave y ronca tras la máscara de geisha.

Vacilo, demasiado atónito para moverme.

Empuja la pistola contra mi cara.

Me giro.

—No estoy aquí por el dinero. Empieza a caminar —suelta antes de poder decirle que llevo la cartera en el bolsillo delantero izquierdo.

Empiezo a caminar.

—Más rápido.

Camino más rápido.

—¿Qué quieres? —pregunto.

—Mantén la boca cerrada.

Un tren pasa rugiendo por encima de nuestras cabezas y salimos de la oscuridad bajo el El mientras el corazón se me dispara en el pecho. Asimilo nuestro entorno con una repentina y profunda curiosidad. Al otro lado de la calle hay un edificio vallado y en este lado, una hilera de negocios que cierran a las cinco.

Un salón de manicura.

Un bufete de abogados.

Una tienda de reparación de electrodomésticos.

Una tienda de neumáticos.

Este vecindario es un pueblo fantasma, no hay nadie.

—¿Ves ese todoterreno? —pregunta. Hay un Lincoln Navigator negro aparcado sobre el bordillo, justo delante. Lo abre con el mando—. Siéntate en el asiento del conductor.

—Lo que sea que estés pensando hacer...

—O puedes desangrarte hasta morir aquí mismo, en la acera.

Abro la puerta y me deslizo hacia el interior, detrás de la rueda.

—Mi bolsa del supermercado —digo.

—Cógela. —Sube en el coche detrás de mí—. Arranca.

Tiro de la puerta para cerrarla y pongo la bolsa de lona de Whole Foods en el suelo, delante del asiento del copiloto. Hay tal silencio que puedo distinguir

mi pulso, un martilleo rápido contra el tímpano.

—¿A qué esperas?

Aprieto el botón de arranque.

—Enciende el navegador.

Lo enciendo.

—Pulsa «Destinos anteriores».

Nunca he tenido un coche con GPS incorporado y tardo un momento en encontrar la opción en la pantalla táctil.

Aparecen tres ubicaciones.

Una de ellas es la dirección de mi casa. Otra, la universidad donde trabajo.

—¿Has estado siguiéndome? —inquiero.

—Elige «Avenida Pulaski».

Selecciono Avenida Pulaski, 1400, Chicago, 60616 Illinois, sin tener ni idea siquiera de dónde está. La voz femenina del GPS me da indicaciones:

—«Cuando sea posible, haga un cambio de sentido y continúe recto durante un kilómetro y doscientos metros».

Cambio de marcha y giro hacia una calle oscura.

—Abróchate el cinturón —me suelta el hombre de detrás. Me lo pongo mientras él hace lo propio—. Jason, para que lo tengas claro, si haces cualquier otra cosa que no sea seguir estas indicaciones al pie de la letra, te dispararé a través del asiento. ¿Entiendes lo que estoy diciéndote?

—Sí.

Paso por mi barrio y me pregunto si esta será la última vez que lo vea.

En el semáforo en rojo, me detengo delante de mi bar de la esquina. Por la ventana del pasajero, muy tintada, veo que la puerta aún está abierta. Distingo a Matt y Ryan se encuentra entre la multitud. Se ha girado en su taburete, está de espaldas a la barra, con los codos encima de la madera gastada, siendo el centro de atención de sus alumnos de posgrado. Probablemente esté

cautivándolos con la horrible anécdota de advertencia sobre el fracaso de su antiguo compañero de piso.

Quiero llamarle. Hacerle ver que estoy en apuros. Que necesito...

—Verde, Jason.

Acelero en la intersección.

El GPS nos guía en dirección este por Logan Square hacia la autopista Kennedy, donde la voz femenina indiferente me indica:

—«A trescientos metros gire a la derecha y continúe recto treinta y un kilómetros».

En dirección sur no hay mucho tráfico, así que pongo el cuentakilómetros a cien y mantengo la velocidad. Me sudan las manos sobre el volante de piel y no puedo dejar de pensar en si voy a morir esta noche.

Se me ocurre que, si sobrevivo, me llevaré una nueva revelación para el resto de mis días: abandonamos esta vida del mismo modo que entramos, totalmente solos, sin nada. Tengo miedo y no hay nada que Daniela, Charlie o cualquier otra persona pueda hacer para ayudarme en este momento, cuando más los necesito. Ni siquiera saben lo que estoy viviendo.

La interestatal rodea el centro por el oeste. La Torre Willis y su prole de rascacielos inferiores resplandecen con una serena calidez.

Pese al miedo y al pánico, que hacen que me retuerza, mi mente se acelera y lucha por tratar de comprender lo que sucede.

Mi dirección está en el GPS, así que no ha sido un encuentro fortuito. Este hombre ha estado siguiéndome. Me conoce. Por lo tanto, alguna de mis acciones ha generado este resultado.

Pero ¿cuál?

No soy rico.

No hay nada de valor en mi vida, salvo para mí y mis seres queridos.

Nunca me han arrestado ni he cometido un crimen.

No me he acostado nunca con la esposa de otro hombre.

Sí, hago un corte de mangas a veces mientras conduzco, pero esto es Chicago.

Mi último y único altercado físico fue en sexto, cuando le di un puñetazo a un compañero por echarme leche por la espalda de la camiseta.

No he perjudicado a nadie en el más estricto sentido de la palabra. No para terminar conduciendo un Lincoln Navigator con una pistola en la nuca.

Soy físico atómico y profesor en una pequeña universidad.

Trato a mis alumnos, incluso a los peores del grupo, con mucho respeto. Si han suspendido, ha sido porque no les importaban las clases, eso para empezar, y ninguno puede acusarme de haberle arruinado la vida. Hago lo imposible por ayudarles a apro-bar.

Los edificios disminuyen por el retrovisor lateral, cada vez más lejos, como un trozo del litoral familiar y reconfortante.

—¿Te he hecho algo en el pasado? —me aventuro a preguntar—. ¿O a la persona para la que trabajas? No entiendo qué puedes querer de...

—Cuanto más hables, peor será para ti.

Por primera vez, reparo en que algo en su voz me resulta familiar. No puedo precisar cuándo o dónde, pero nos hemos conocido. Estoy seguro.

Noto que me vibra el teléfono al recibir un mensaje.

Luego otro.

Y otro.

Se ha olvidado de quitarme el móvil.

Miro la hora: 21:05.

Me fui de casa hace poco más de una hora. Sin duda es Daniela preguntándose dónde estoy. Llego quince minutos tarde y yo nunca me retraso.

Miro por el espejo, pero está demasiado oscuro para ver nada, excepto una pequeña parte de la máscara fantasmal. Me arriesgo a probar algo. Aparto la

mano izquierda del volante, la dejo sobre mi regazo y cuento hasta diez.

No dice nada.

Vuelvo a ponerla en el volante.

La voz automatizada rompe el silencio:

—«A siete kilómetros, tome la salida de la derecha hacia la calle Ochenta y Siete».

Aparto lentamente la mano izquierda.

Esta vez la meto en el bolsillo de mis pantalones caquis. El móvil está muy adentro y apenas lo toco con los dedos índice y el corazón, que intento usar como unas pinzas para sacarlo. Entra una llamada.

Cuando por fin lo cojo, lo pongo bocarriba sobre mis piernas y coloco la mano en el volante.

Mientras la voz del navegador actualiza la distancia de nuestra próxima salida, le lanzo una mirada al teléfono.

Tengo una llamada perdida de «Dani» y tres mensajes de texto:

DANI hace 2 min.

La cena está en la mesa.

DANI hace 2 min.

Date prisa, ¡nos morimos de hambre!

DANI hace 1 min.

¿Te has perdido? :)

Centro mi atención en la carretera y me pregunto si la luz del teléfono se verá desde el asiento trasero.

La pantalla táctil se apaga.

Bajo la mano, le doy al botón «ON/OFF» y paso el dedo por la pantalla. Introduzco la contraseña de cuatro dígitos y selecciono el icono verde de «Mensajes». La conversación de Daniela está arriba y mi secuestrador se remueve detrás mientras la abro.

Agarro otra vez el volante con las dos manos.

—«A tres kilómetros, tome la salida de la derecha hacia la calle Ochenta y Siete».

Termina el tiempo del salvapantallas, se activa el antibloqueo y se apaga.

Mierda.

Bajo la mano, introduzco otra vez la contraseña y empiezo a escribir el mensaje más importante de mi vida. Con el dedo índice torpe en la pantalla, necesito dos o tres intentos para completar la frase mientras el autocorrector hace estragos.

El cañón de la pistola se hunde en mi nuca.

Reacciono virando bruscamente hacia el carril de la izquierda.

—¿Qué estás haciendo, Jason?

Enderezo el volante con una mano para hacernos volver al carril derecho mientras la otra baja hacia el teléfono y se acerca a «Enviar».

El hombre se mete entre los asientos, lleva su mano enguantada hacia mi cintura y me quita el móvil.

—«A ciento cincuenta metros, tome la salida de la derecha hacia la calle Ochenta y Siete».

—¿Cuál es tu contraseña, Jason? —Como no responde, añade—: Espera, apuesto a que la sé. ¿Tu mes y año de nacimiento al revés? Vamos a ver..., tres-siete-dos-uno. Ahí está.

Por el retrovisor, advierto que el teléfono le ilumina la máscara.

Lee el texto que me ha impedido enviar: «1400 Pulaski llama al 91... Tipo

malo».

Giro en la salida de la interestatal.

—«Gire a la izquierda hacia la calle Ochenta y Siete y continúe en dirección este durante seis kilómetros» —prosigue el GPS.

Nos metemos en un vecindario de South Chicago en el que no se nos ha perdido nada.

Pasamos por hileras de viviendas de los empleados de las fábricas.

Proyectos de apartamentos.

Parques vacíos con columpios oxidados y aros de baloncesto sin red.

Tiendas cerradas de noche tras las puertas de seguridad.

Pintadas de pandilleros por todas partes.

—Y bien, ¿la llamas Dani o Daniela?

La ira, el miedo y la impotencia aumentan en mi interior.

—Jason, te he hecho una pregunta.

—Vete a la mierda.

Se acerca y noto el calor de sus palabras en mi oído:

—No vayas por ese camino. Te haré más daño del que te hayan hecho en tu vida. Sentirás un dolor que ni siquiera sabes que es posible. ¿Cómo la llamas?

Aprieto los dientes.

—Daniela.

—¿Nunca Dani? ¿Aunque eso sea lo que ponga en tu teléfono?

Me veo tentado a acelerar y matarnos a ambos.

—Casi nunca. No le gusta.

—¿Qué hay en la bolsa del supermercado?

—¿Por qué quieres saber cómo la llamo?

—¿Qué hay en la bolsa?

—Helado.

—Noche familiar, ¿verdad?

—Sí.

Por el espejo, le veo escribiendo en mi móvil.

—¿Qué pones?

No contesta.

Ya hemos dejado el gueto y pasamos por tierra de nadie. Ni siquiera parece que estemos en Chicago; los rascacielos no son más que una mancha luminosa en el lejano horizonte. Las casas se desmoronan, sin luz y sin vida. Todo está abandonado desde hace mucho tiempo.

Cruzamos un río y justo enfrente encontramos el lago Michigan, cuya negra extensión es un desenlace adecuado para esta jungla urbana.

Como si el mundo acabara aquí.

Y quizás el mío lo haga.

—«Gire a la derecha y continúe ochocientos metros por la avenida Pulaski hasta su destino».

Se ríe por lo bajo.

—¡Vaya! Tienes un problema con tu señora. —Aprieto el volante—. ¿Quién era el hombre con el que te estabas tomando un whisky esta noche, Jason? No lo he visto desde fuera.

Está muy oscuro aquí, en la frontera entre Chicago e Indiana.

Pasamos las ruinas de un patio de maniobras y unas fábricas.

—Jason.

—Se llama Ryan Holder. Era mi...

—Tu antiguo compañero de piso.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Sois amigos íntimos? No lo veo en tus contactos.

—La verdad es que no. ¿Cómo sabes...?

—Lo sé casi todo sobre ti, Jason. Podría decirse que me he especializado en tu vida.

—¿Quién eres?

—«En ciento cincuenta metros llegará a su destino».

—¿Quién eres?

No responde. Mi atención empieza a apartarse de él y se centra en nuestro entorno, cada vez más remoto.

La calzada fluye bajo los faros delanteros del todoterreno.

Nada detrás de nosotros.

Nada delante.

El lago a mi izquierda, almacenes desiertos a mi derecha.

—«Ha llegado a su destino».

Detengo el Navigator en medio de la calle.

—La entrada está ahí delante, a la izquierda —me indica.

Las luces delanteras rozan un tramo de valla de unos trescientos metros que se tambalea, coronado con una tiara de alambre de espino oxidado. La puerta está entreabierta y han cortado la cadena que alguna vez la mantuvo cerrada, ahora enrollada en las hierbas al borde de la carretera.

—Dale un empujoncito a la puerta con el parachoques.

Incluso desde el interior del todoterreno casi insonorizado se oye alto el chirrido de la puerta al abrirse. Los conos de luz iluminan lo que queda de carretera: el pavimento está agrietado y combado por todos los años de duros inviernos en Chicago.

Enciendo las luces largas.

El haz inunda un aparcamiento, donde las farolas están volcadas por todas partes como cerillas esparcidas.

Más allá aparece una estructura en expansión.

La fachada de ladrillo del edificio devastado por el paso del tiempo está flanqueada por unos enormes tanques cilíndricos y un par de chimeneas de treinta metros de altura que se alzan al cielo.

—¿Qué es este lugar? —pregunto.

—Aparca y para el motor.

Detengo el coche, lo dejo en punto muerto y paro el motor.

Se produce un silencio sepulcral.

—¿Qué es este lugar? —repito.

—¿Qué planes tienes el viernes?

—¿Perdona?

Un golpe fuerte en el lateral de mi cabeza me lanza contra el volante y me deja atontado, preguntándome durante medio segundo si esto es lo que se siente cuando te disparan.

Pero no, sólo me ha dado con la pistola.

Llevo la mano al punto de impacto.

Aparto los dedos, pegajosos por la sangre.

—Mañana —insiste—. ¿Qué tienes pensado hacer mañana?

Mañana. Parece un concepto extraño.

—Voy a... examinar a la clase FIS 3316.

—¿Qué más?

—Eso es todo.

—Quítate la ropa.

Miro por el retrovisor.

¿Por qué coño quiere que me desnude?

—Si ibas a intentar algo, deberías haberlo hecho mientras tenías el control del coche —apunta—. A partir de ahora eres mío. Bueno, quítate la ropa; como tenga que repetírtelo, te haré sangrar. Mucho.

Me desabrocho el cinturón.

Me aferro a una mínima esperanza mientras me bajo la cremallera de la sudadera con capucha y encojo los hombros para sacar los brazos de las mangas: aún lleva la máscara, lo que significa que no quiere que le vea la

cara. Si tuviera en mente matarme, no le importaría que pudiera identificarlo.

¿Verdad?

Me desabrocho la camisa.

—¿Los zapatos también?

—Todo.

Me quito las zapatillas de correr y los calcetines.

Me bajo los pantalones y los calzoncillos.

Luego coloco la ropa —hasta el último hilo— en un montón sobre el asiento del copiloto.

Me siento vulnerable.

Desprotegido.

Extrañamente avergonzado.

¿Y si intenta violarme? ¿De eso se trata?

Deja una linterna en el compartimento que está entre los asientos.

—Sal del coche, Jason.

Me doy cuenta de que percibo el interior del Navigator como una especie de salvavidas. Mientras esté dentro, no podrá hacerme daño.

No mancharía todo.

—Jason.

Estoy jadeando. Comienzo a hiperventilar y unos puntos negros estallan en mi campo de visión.

—Sé lo que estás pensando —reconoce— y puedo hacerte el mismo daño dentro del coche.

No estoy aspirando suficiente oxígeno. Empiezo a perder los estribos.

—Chorradas. No quieres que ponga todo perdido —consigo decir sin aliento.

Cuando recobro el conocimiento, está sacándome a rastras del asiento

delantero por los brazos. Me deja caer en la gravilla, donde me incorporo, aturdido, y espero a que la cabeza se me despeje.

Siempre hace más frío cerca del lago y esta noche no es una excepción. El viento me corta la piel desnuda a cuchillazos; tengo la carne de gallina.

Está tan oscuro que se quintuplica el número de estrellas que suelo ver en la ciudad.

La cabeza me da punzadas y un hilo de sangre fresca me baja por el lateral de la cara. Pero una carga máxima de adrenalina sale disparada por mi organismo y atenúa el dolor.

Tira una linterna al suelo, a mi lado, e ilumina con la suya el edificio en proceso de desintegración que vi cuando llegamos.

—Tú primero.

Cojo la linterna con la mano y me pongo en pie con dificultad. Me tambaleo hacia el edificio y mis pies descalzos pisotean periódicos empapados. Esquivo unas latas de cerveza aplastadas y galones de cristal que brillan bajo el haz de luz.

Al acercarme a la entrada principal, me imagino el aparcamiento otra noche. Una noche que está por llegar. Estamos a principios de invierno y, a través de una cortina de nieve, la oscuridad se halla adornada de luces intermitentes azules y rojas. Las ruinas están plagadas de detectives y perros rastreadores, y mientras examinan mi cuerpo en alguna parte de la estructura, desnudo, descompuesto y muerto, un coche patrulla aparca delante de mi casa en Logan Square. Son las dos de la madrugada y Daniela se acerca a la puerta en camisón. Llevo semanas desaparecido y en el fondo sabe que no voy a regresar, cree que ya ha admitido esa brutal realidad, pero, al ver a los jóvenes policías de ojos duros y serenos, los hombros espolvoreados de nieve y las gorras con visera colocadas respetuosamente debajo del brazo..., se le rompe algo en el interior que no sabía que aún estaba intacto. Nota que se le

licuan las rodillas, se queda sin fuerzas y se hunde en el felpudo. Charlie baja las escaleras, que crujen tras él, con cara de sueño y despeinado, y pregunta:

—¿Es sobre papá?

Al acercarnos a la estructura, dos palabras se revelan en el ladrillo descolorido sobre la entrada. Las únicas letras que puedo distinguir son «CENTRAL ELÉCTR I AGO».

Me obliga a pasar por una abertura.

Nuestras linternas iluminan una recepción.

Los muebles están podridos hasta el armazón metálico.

Hay un viejo dispensador de agua.

Los restos de la hoguera de alguien.

Un saco de dormir hecho trizas.

Condomes usados en una alfombra mohosa.

Entramos en un largo pasillo.

Si no llevásemos las linternas, estaría tan oscuro que no nos veríamos ni la mano delante de la cara.

Me detengo para enfocar más adelante, pero la negrura se traga la luz. Hay menos escombros en el suelo de linóleo combado bajo mis pies y no se oye nada, salvo el suave y lejano gemido del viento.

Hace más frío.

Lleva el cañón de la pistola a mis riñones para obligarme a seguir.

¿En qué momento caí en el radar de un psicópata que decidió averiguar todo sobre mí antes de matarme? A menudo hablo con desconocidos. Tal vez entablamos una breve conversación en la cafetería próxima al campus. O en el metro. O tomando una cerveza en mi bar de la esquina.

¿Tiene planes para Charlie y Daniela?

—¿Quieres oírme suplicar? —pregunto, y mi voz empieza a quebrarse—. Porque lo haré. Haré todo lo que quieras.

Y lo más horrible es que es verdad. Me deshonraría. Le haría daño a otra persona, haría casi cualquier cosa si me llevase a mi barrio y dejara que esta noche continuase como se suponía que debía hacerlo, en casa con mi familia, llevándoles el helado que había prometido.

—¿Si qué? —inquire—, ¿si te dejara marchar?

—Sí.

El sonido de su risa retumba por el pasillo.

—Me daría miedo ver todo lo que estarías dispuesto a hacer para salir de este lío.

—¿Qué es «este lío» exactamente?

Pero no responde.

Caigo de rodillas.

Mi linterna se desliza por el suelo.

—Por favor —imploro—, no tienes que hacer esto. —Apenas reconozco mi voz—. Puedes marcharte. No sé por qué quieres hacerme daño, pero recapacita un momento. Quiero...

—Jason.

—... a mi familia. Quiero a mi mujer. Quiero...

—Jason.

—... a mi hijo.

—¡Jason!

—Haré lo que sea.

Tiemblo incontroladamente por el frío, por el miedo.

Me da una patada en el estómago y, mientras el aire abandona mis pulmones en un estallido, me giro para quedarme bocarriba. Se coloca encima de mí y empuja el cañón de la pistola entre mis labios; me lo introduce en la boca, hacia el fondo de la garganta, hasta que el sabor a aceite viejo y residuo de carbono es más de lo que puedo soportar.

Dos segundos antes de que vomite el vino y el whisky que he bebido esta noche, retira el arma.

—¡Levántate! —grita.

Me agarra del brazo y tira de mí para ponerme de pie.

Me apunta a la cara y pone la linterna en mis manos.

Observo la máscara mientras ilumino la pistola.

Es la primera vez que me fijo bien. No sé apenas nada sobre armas, más allá de que se trata de un revólver, que tiene un percutor, un cilindro y un agujero gigantesco al final del cañón que parece perfectamente capaz de matarme. El haz de mi linterna le da un toque cobrizo a la punta de la bala dirigida a mi cara. Por algún motivo, me imagino a este hombre en un piso de una sola habitación, cargando los cartuchos en el cilindro, preparándose para hacer lo que ha hecho.

Voy a morir aquí, quizás ahora mismo.

Cada instante podría ser el último.

—Muévete —gruñe.

Empiezo a caminar.

Llegamos a un cruce y giramos hacia un pasillo distinto, más ancho, más alto, arqueado. El ambiente es sofocante por la humedad. Oigo el distante goteo..., plop..., plop..., del agua al caer. Las paredes están hechas de cemento; en vez de linóleo, el suelo está cubierto de musgo, que se torna más espeso y húmedo a cada paso.

Todavía me perdura el sabor de la pistola en la boca, mezclado con la acidez de la bilis.

Tengo partes de la cara entumecidas por el frío.

Una vocecita en mi cabeza me grita que haga algo, que intente algo, lo que sea. No permitas que te lleven al matadero como un cordero, colocando un pie tras otro obedientemente. ¿Por qué se lo pones tan sencillo?

Fácil.

Porque tengo miedo.

Tengo tanto miedo que apenas puedo caminar derecho.

Y mis pensamientos están fracturados y multiplicados.

Ahora entiendo por qué las víctimas no se resisten. No me imagino intentando reducir a este hombre, intentando huir.

Y esta es la verdad más vergonzosa: hay una parte de mí que preferiría terminar de una vez, porque los muertos no sienten miedo ni dolor. ¿Significa eso que soy un cobarde? ¿Es la última verdad a la que debo enfrentarme antes de morir?

No.

Tengo que hacer algo.

Salimos del túnel hacia una superficie metálica, helada cuando entra en contacto con las plantas de mis pies. Me agarro a una barandilla oxidada que rodea una plataforma. Aquí hace más frío y la sensación de estar a la intemperie es inconfundible.

Como en un temporizador, una luna amarilla se acerca sigilosa al lago Michigan, ascendiendo despacio.

Su luz se cuele por las ventanas superiores de la amplia sala e ilumina lo bastante para que pueda ver todo sin necesidad de la linterna.

Se me revuelve el estómago.

Estamos en lo alto de unas escaleras que descienden unos quince metros.

Por el modo en que la luz antigua cae sobre una fila de generadores inactivos abajo y la celosía de vigas arriba, aquí dentro es como una pintura al óleo.

Tan tranquilo como una catedral.

—Vamos a bajar —dice—. Cuidado por dónde pisas.

Lo hacemos.

A dos peldaños del segundo rellano más alto, me giro con la linterna en la mano y apunto a su cabeza...

... y no le alcanzo a nada; el impulso me lleva justo adonde empecé, un poco más allá.

Pierdo el equilibrio y me caigo, dándome un buen golpe contra el rellano.

La linterna se me resbala y desaparece por el borde.

Un segundo más tarde, la oigo reventarse contra el suelo a doce metros.

Mi captor me observa detrás de esa máscara inexpresiva, con la cabeza inclinada y la pistola apuntándome a la cara.

La martillea y se acerca a mí.

Me quejo cuando lleva su rodilla a mi esternón para inmovilizarme contra el rellano.

El arma roza mi cabeza.

—Tengo que admitir que me enorgullece que lo hayas intentado —declara—. Ha sido patético. Lo veía venir a un kilómetro, pero al menos has caído luchando.

Retrocedo ante un fuerte pinchazo en el lateral del cuello.

—No te resistas.

—¿Qué me has inyectado?

Antes de que pueda contestar, algo se abre camino por mi barrera hematoencefálica como un camión de dieciocho ruedas. Me siento extremadamente pesado y a la vez ligero; el mundo da vueltas y se pone del revés.

Y entonces, tan rápido como ha llegado, se pasa.

Me clava otra aguja en la pierna.

Mientras grito, tira las dos jeringuillas por el borde de las escaleras.

—Vamos.

—¿Qué me has puesto?

—¡Levántate!

Me valgo de la barandilla para levantarme. Me sangra la rodilla por la caída. Todavía me sangra la cabeza. Tengo frío, estoy sucio, mojado y los dientes me castañetean tanto que parece que se me vayan a romper.

Descendemos y la endeble estructura de acero tiembla con nuestro peso. Al final, nos apartamos del último peldaño y pasamos junto a una fila de viejos generadores.

Desde aquí abajo, la sala parece incluso más grande.

Se detiene a mitad de camino e ilumina con la linterna un talego apoyado en uno de los generadores.

—Ropa nueva. Date prisa.

—¿Ropa nueva? No...

—No tienes que entender nada, sólo vístete.

Entre todo el miedo registro un temblor de esperanza. ¿Va a perdonarme la vida? ¿Para qué otra cosa iba a hacer que me vistiera? ¿Tengo posibilidad de sobrevivir?

—¿Quién eres? —pregunto.

—Date prisa. No te queda mucho tiempo.

Me agacho junto al talego.

—Aséate un poco antes.

Hay una toalla encima, que uso para limpiarme el barro de los pies y la sangre de la rodilla y de la cara. Me pongo unos calzoncillos y unos vaqueros que me quedan bien. Lo que sea que me haya inyectado creo que ahora lo siento en los dedos; noto una pérdida de destreza mientras me abrocho con torpeza los botones de una camisa a cuadros. Meto los pies sin esfuerzo en unos caros mocasines de piel. Son tan cómodos como los vaqueros.

Ya no tengo frío. Es como si hubiera un núcleo de calor en el centro de mi pecho que irradia por mis brazos y mis piernas.

—La chaqueta también.

Saco una chaqueta de cuero negra del fondo de la bolsa e introduzco los brazos por las mangas.

—Perfecto —sentencia—. Ahora, siéntate.

Me apoyo en la base de hierro del generador. Se trata de una gran máquina del tamaño de una locomotora.

Se sienta frente a mí, apuntándome con indiferencia.

La luz de la luna inunda la estancia, refractando en las ventanas rotas en lo alto, dispersándola, de tal modo que alcanza...

Una maraña de cables.

Engranajes.

Tuberías.

Palancas y poleas.

Paneles de instrumentación cubiertos de mandos e indicadores resquebrajados.

Tecnología de otra época.

—¿Y ahora qué? —digo.

—Esperamos.

—¿A qué?

Hace un gesto con la mano para desestimar mi pregunta.

Una extraña calma me embarga. Una sensación de paz fuera de lugar.

—¿Me has traído aquí para matarme?

—No.

Me siento cómodo apoyado en la vieja máquina, como si estuviera hundiéndome en ella.

—Pero has dejado que lo creyera.

—No había otra manera.

—¿Otra manera de qué?

—De traerte.

—¿Por qué estamos aquí?

Se limita a negar con la cabeza mientras mete la mano izquierda por debajo de la máscara de geisha para rascarse.

Me siento raro.

Como si estuviera viendo una película y a la vez actuase en ella.

Una irresistible somnolencia me recorre los hombros.

Bajo la cabeza.

—Déjate llevar —musita.

Pero no le hago caso. Me resisto, pensando en lo rápido que ha cambiado su tono. Es un hombre distinto y la desconexión entre quién es en este instante y la violencia que ha mostrado hace unos minutos tendría que aterrorizarme. No debería mostrarme tan apacible, pero mi cuerpo se encuentra demasiado tranquilo.

Me siento profundamente sereno, ausente.

—Ha sido un largo camino. Me cuesta creer que esté aquí sentado de verdad, mirándote, hablando contigo —comenta, casi como una confesión—. Sé que no lo entiendes, pero tengo mucho que preguntarte.

—¿Sobre qué?

—¿Cómo es ser tú?

—¿A qué te refieres?

Vacila y luego continúa:

—¿Cómo te sientes con el lugar que ocupas en el mundo, Jason?

—Una cuestión interesante, si tenemos en cuenta la noche que me has hecho pasar —contesto despacio.

—¿Eres feliz con tu vida?

A la sombra de este momento, es extremadamente hermosa.

—Tengo una familia increíble. Un trabajo que me hace sentirme realizado.

Vivimos con comodidad. Nadie está enfermo. —Noto la lengua hinchada. Empiezo a arrastrar las palabras.

—¿Pero?

—Mi vida es genial —aseguro— pero no extraordinaria. Hubo un tiempo en el que podría haberlo sido.

—Mataste tu ambición, ¿no?

—Murió por causas naturales. Por negligencia.

—¿Y sabes cómo ocurrió? ¿Hubo un momento en que...?

—Por mi hijo. Tenía veintisiete años y Daniela y yo llevábamos juntos unos meses. Me dijo que estaba embarazada. Nos estábamos divirtiendo, no era amor. O tal vez sí, no lo sé. Lo que estaba claro es que no buscábamos formar una familia.

—Pero lo hicisteis.

—Cuando eres científico, con veintitantos años te encuentras en un momento crítico. Si no has publicado algo importante antes de los treinta, te jubilan. —Quizá sea la droga, pero me siento muy bien hablando. Un oasis de normalidad después de las dos horas más disparatadas que jamás he vivido. Sé que no es verdad, pero es como si no fuera a pasar nada malo mientras continuemos conversando. Como si las palabras me protegieran.

—¿Trabajabas en algo importante?

Ahora tengo que concentrarme en mantener los ojos abiertos.

—Sí.

—¿Y qué era? —Su voz suena distante.

—Intentaba crear una superposición cuántica de un objeto visible para el ojo humano.

—¿Por qué abandonaste tu investigación?

—Cuando Charlie nació, tuvo graves problemas médicos durante su primer año de vida. Requería mil horas en una sala blanca y no podía atender todo.

Daniela me necesitaba. Mi hijo me necesitaba. Perdí mi financiación. Perdí mi momento. Fui el nuevo joven genio por un minuto, pero, cuando fallé, otro ocupó mi lugar.

—¿Te arrepientes de la decisión que tomaste al quedarte con Daniela y formar una vida con ella?

—No.

—¿Nunca?

Pienso en ella y la emoción se abre camino, acompañada por el horror del momento. El miedo vuelve y, con él, una añoranza que cala bien hondo. En este instante, la necesito más que nunca.

—Nunca.

Me encuentro tumbado en el suelo, con la cara en el cemento frío, y la droga me lleva lejos.

Él está arrodillado junto a mí, me pone bocarriba y contemplo la luz que entra a través de las ventanas altas de este lugar olvidado. La oscuridad se arruga por las sacudidas de luz y color mientras unos huecos vacíos y turbulentos se abren y se cierran al lado de los generadores.

—¿La volveré a ver?

—No lo sé.

Quiero preguntarle por millonésima vez qué pretende de mí, aunque no encuentro las palabras.

Se me cierran los ojos e intento mantenerlos abiertos; es una batalla perdida.

Se quita un guante y me roza la cara con la mano.

De forma extraña.

De forma delicada.

—Escúchame —suelta—: tendrás miedo, pero puedes hacerlo tuyo. Puedes tener todo lo que nunca tuviste. Siento haberte asustado antes, pero debía

hacerlo para traerte aquí. Lo siento, Jason. Lo hago por los dos.

«¿Quién eres?», muevo los labios sin pronunciar las palabras.

En vez de contestarme, introduce la mano en el bolsillo y saca otra jeringuilla y una ampolla de cristal con un líquido transparente; a la luz de la luna brilla como el mercurio.

Destapa la aguja y la jeringa absorbe el contenido del frasco.

Mientras mis párpados caen lentamente, veo que se sube la manga del brazo izquierdo y se inyecta.

Luego tira ambas cosas entre nosotros, en el cemento, y lo último que veo antes de que se me cierren los ojos del todo es la ampolla de cristal rodando hacia mi cara.

—¿Y ahora qué? —susurro.

—No me creerías si te lo contara —responde él.

DOS

Soy consciente de que alguien me agarra de los tobillos.

—¿Cómo ha salido de la caja? —inquire una mujer mientras unas manos se deslizan bajo mis hombros.

—Ni idea —responde un hombre—. Mira, está volviendo en sí.

Abro los ojos, pero lo único que distingo es luz y un movimiento borroso.

—Saquémosle de aquí —decreta el hombre.

Intento hablar, pero las palabras salen de mi boca incomprensibles y distorsionadas.

—¿Doctor Dessen? —interviene la mujer—. ¿Me oye? Vamos a subirle a una camilla.

Me miro los pies y el rostro del hombre se enfoca. Me observa a través de la protección de un traje aluminizado para materiales peligrosos que tiene un aparato de respiración autónoma.

—Uno, dos, tres —dice, mirando a la mujer que hay detrás de mi cabeza.

Me levantan para colocarme en la camilla y me atan las muñecas y los tobillos con unas correas acolchadas.

—Es sólo por su seguridad, doctor Dessen.

Veo pasar el techo a diez o quince metros por encima.

¿Dónde demonios estoy? ¿En un hangar?

Me aborda un recuerdo: una aguja pinchándome el cuello. Me inyectaron algo. Esto es alguna especie de alucinación.

—Equipo de extracción, informe. Cambio —dice una voz por una radio.

—Tenemos a Dessen —contesta la mujer, desbordando entusiasmo—. Vamos de camino. Cambio.

Oigo el chirrido de unas ruedas girando.

—Recibido. ¿Valoración del estado inicial? Cambio.

Con una mano enguantada, enciende alguna clase de dispositivo de control que han sujetado con velcro a mi brazo izquierdo.

—Pulsaciones: uno quince. TA: ciento cuarenta sobre noventa y dos. Temperatura: treinta y siete con uno. SaO2: noventa y cinco por ciento. Gamma: cero con ochenta y siete. Tiempo estimado de llegada: treinta segundos. Corto.

Un zumbido me sobresalta.

Atravesamos unas puertas abovedadas que se abren lentamente.

¡Dios!

«Mantén la calma. Esto no es real».

Las ruedas chirrían más rápido, con más premura.

Nos encontramos en un pasillo forrado de plástico y tengo los ojos entrecerrados por el impacto de los fluorescentes que brillan sobre mi cabeza.

Las puertas se cierran de golpe tras nosotros con un estruendo que no augura nada bueno, como si se tratase de la entrada a un torreón.

Me llevan a una sala de operaciones, hacia una imponente figura vestida con un traje de presurización que se halla de pie bajo un despliegue de luces quirúrgicas.

Me sonrío a través del protector de la cara y dice como si me conociera:

—Bienvenido de nuevo, Jason. Felicidades. Lo has conseguido.

¿De nuevo?

Sólo le veo los ojos, pero no me recuerdan a los de nadie que conozca.

—¿Te duele algo?

Niego con la cabeza.

—¿Sabes cómo te has hecho los cortes y los moratones de la cara?

Niego otra vez.

—¿Sabes quién eres?

Asiento.

—¿Sabes dónde estás?

Niego.

—¿Me reconoces?

Niego.

—Soy Leighton Vance, médico y director general. Somos compañeros de trabajo y amigos. —Sostiene unas tijeras quirúrgicas—. Tengo que quitarte esta ropa.

Me retira el dispositivo de control; después va a por mis vaqueros y mis calzoncillos y los tira en una bandeja metálica. Mientras me quita la camisa, alzo la vista hacia las intensas luces e intento no dejarme arrastrar por el pánico.

Pero estoy desnudo y atado a una camilla.

«No —me recuerdo—, estoy soñando que estoy desnudo y atado a una camilla. Porque nada de esto es real».

Leighton levanta la bandeja donde ha dejado mis zapatos y mi ropa, y se la pasa a alguien por detrás de mi cabeza, fuera de mi línea de visión.

—Analízalo todo.

Unos pasos salen a toda prisa de la sala.

Noto el penetrante olor a alcohol isopropílico un segundo antes de que Leighton me limpie un trozo de piel en la parte inferior del brazo.

Me ata un torniquete por encima del codo.

—Voy a sacar un poco de sangre. —Y coge una aguja hipodérmica de gran calibre de la bandeja de instrumental.

Se le da bien. Ni siquiera siento el pinchazo.

Cuando termina, lleva la camilla al otro extremo de la sala, hacia una puerta de cristal con una pantalla táctil fijada en la pared contigua.

—Ojalá pudiera decirte que esta es la parte divertida. Estás demasiado desorientado para recordar lo que está a punto de ocurrir, aunque probablemente sea lo mejor.

Intento preguntar qué está pasando, pero las palabras siguen eludiéndome. Los dedos de Leighton danzan sobre la pantalla táctil. La puerta se abre y me empuja hacia una cámara del tamaño justo para que quepa la camilla.

—Noventa segundos. Estarás bien. Nunca ha matado a ninguno de los sujetos de prueba.

Se oye un silbido neumático y la puerta de cristal se desliza hasta cerrarse. Las luces empotradas del techo brillan en un frío tono azul.

Estiro el cuello.

Las paredes de los lados están cubiertas de elaborados orificios.

Una neblina fina y helada sale pulverizada del techo y me cubre de pies a cabeza.

Se me tensa el cuerpo mientras unas gotitas gélidas caen sobre mi piel y se congelan por completo.

Tiemblo y las paredes comienzan a zumbiar.

Un vapor blanco sale de los orificios con un prolongado silbido, cada vez más alto.

Sale a chorros.

Después, disparado.

El vapor de cada lado choca sobre la camilla, llenando la cámara de una densa niebla que oculta la luz de arriba. Allá donde toca mi piel, las gotas congeladas explotan en descargas de agonía.

Los ventiladores cambian de dirección.

En cinco segundos, absorbe el gas de la cámara, que ahora despidе un olor

peculiar, como el aire en una tarde de verano instantes antes de una tormenta: electricidad y ozono.

La reacción del gas y el líquido congelado ha creado una espuma chisporroteante en mi piel que quema como un baño de ácido.

Gruño, sacudiéndome en las correas y preguntándome cuánto tiempo más permitirán que continúe. Mi umbral del dolor es alto, pero esto oscila entre «haz que pare» y «mátame».

Mis pensamientos se disparan a la velocidad de la luz.

¿Existe una droga capaz de esto?, ¿de crear alucinaciones y dolor a este nivel de horrible claridad?

Es demasiado intenso, demasiado real.

¿Y si está ocurriendo de verdad?

¿Se trata de alguna mierda de la CIA? ¿Estoy en una clínica clandestina en medio de un experimento con humanos? ¿Me ha secuestrado esta gente?

Del techo cae una maravillosa agua caliente con la fuerza de una manguera contraincendios y aparta la insoportable espuma.

Cuando cesa, por los orificios sale un aire caliente que arremete contra mi piel como un viento cálido del desierto.

El dolor desaparece.

Me he despertado completamente.

La puerta se abre detrás de mí y tiran de la camilla hacia atrás.

Leighton me escruta.

—No ha estado tan mal, ¿verdad?

Me empuja por la sala de operaciones hacia una consulta contigua y me desata las correas de los tobillos y las muñecas.

Con una mano enguantada, tira de mí para levantarme. La cabeza me da vueltas y la habitación gira un momento antes de que el mundo por fin se ponga derecho.

Me observa.

—¿Mejor?

Asiento.

Hay una cama y una cómoda con una muda bien doblada encima. Las paredes están acolchadas. No hay bordes en punta. Mientras bajo de la camilla, Leighton me agarra del brazo por encima del codo y me ayuda a incorporarme.

Tengo las piernas de goma, inútiles.

Me lleva hacia la cama.

—Te dejo para que te vistas y volveré cuando estén listos los resultados del laboratorio. No tardaré mucho. ¿Estás lo bastante bien como para que me ausente un minuto?

Por fin encuentro mi voz:

—No entiendo qué está ocurriendo. No sé dónde...

—La desorientación se pasará. Te vigilaré de cerca. Lo superaremos.

Lleva la camilla hacia la puerta, pero se detiene en el umbral para mirarme a través de la máscara.

—Me alegro mucho de volver a verte, colega. Esto parece el centro de control cuando regresó el Apolo 13. Estamos muy orgullosos de ti.

La puerta se cierra tras él.

Tres cerrojos encajan en su sitio como un trío de disparos.

Me levanto y me acerco a la cómoda, tambaleante.

Estoy tan débil que tardo unos minutos en ponerme la ropa: unos buenos pantalones y una camisa de lino; no hay cinturón.

Justo encima de la puerta, una cámara me vigila.

Regreso a la cama y me siento, solo, en esta sala estéril y silenciosa, intentando evocar mi último recuerdo concreto. El mero intento se asemeja a ahogarse a tres metros de la orilla. Hay instantes de recuerdos esparcidos por

la playa, los veo, casi puedo tocarlos, pero mis pulmones están llenos de agua. No puedo mantener la cabeza sobre la superficie. Cuanto más me esfuerzo por juntar las piezas, más energía gasto; cuanto más me sacudo, más me dejo llevar por el pánico.

Lo único que tengo mientras estoy sentado en esta habitación blanca y acolchada es...

Thelonious Monk.

El olor a vino tinto.

Estoy de pie en una cocina cortando cebolla.

Un adolescente está dibujando.

Espera.

No es un adolescente.

Es mi adolescente.

Mi hijo.

No es una cocina.

Es mi cocina.

Mi casa.

Era una noche familiar. Estábamos cocinando. Veo la sonrisa de Daniela. Oigo su voz y el jazz. Huelo la cebolla, el ácido dulzor en su aliento. El aspecto vítreo de sus ojos. ¡Qué lugar más seguro y perfecto era la cocina en la noche familiar!

Pero no me quedé. Por algún motivo, me marché. ¿Por qué?

Estoy ahí mismo, a punto de recordarlo...

Los cerrojos se retraen de improviso y la puerta se abre. Leighton se ha quitado el traje de presurización y lo ha cambiado por la clásica bata de laboratorio; se encuentra en el umbral, sonriendo, apenas escondiendo una fuente de expectativas. Ahora me doy cuenta de que tiene más o menos mi edad y un atractivo de colegio privado, con el rostro salpicado por la prudente

barba de un día.

—Buenas noticias —anuncia—. Todo despejado.

—¿Despejado de qué?

—Exposición a radiaciones, a residuos peligrosos, a enfermedades infecciosas... Dispondremos de los resultados completos de los análisis de sangre a lo largo de la mañana, pero no necesitarás pasar la cuarentena. Ah, tengo esto para ti. —Me tiende una bolsita de plástico que contiene un juego de llaves y un sujetabilletes. Han escrito «Jason Dessen» con rotulador negro en un trozo de cinta adhesiva pegada al plástico—. ¿Vamos? Todos están esperándote.

Me meto en el bolsillo lo que aparentemente son mis pertenencias y le sigo por la sala de operaciones.

De vuelta en el pasillo, media docena de trabajadores están ocupados arrancando el plástico de las paredes.

Al verme, todos empiezan a aplaudir.

—¡Cómo molas, Dessen! —grita una mujer.

Las puertas de cristal se abren al acercarnos.

Estoy recuperando el equilibrio y las fuerzas.

Me conduce hacia unas escaleras, las subimos y los peldaños de metal resuenan bajo nuestras pisadas.

—¿Vas bien? —pregunta Leighton.

—Sí. ¿Adónde vamos?

—A dar parte.

—Pero ni siquiera...

—Será mejor que reserves tus reflexiones para el interrogatorio. Ya sabes, el protocolo y esa mierda.

Dos tramos de escaleras más arriba, abre una puerta de cristal de dos centímetros y medio de grosor. Entramos a otro pasillo que tiene unos

ventanales del suelo al techo en un lado. Dan a un hangar y parece que el pasillo lo rodea —cuatro plantas en total—, como un atrio.

Hago el ademán de acercarme a las ventanas para ver mejor, pero Leighton me lleva por la segunda puerta de la izquierda, conduciéndome a una habitación poco iluminada, donde, tras una mesa, una mujer vestida con un traje de chaqueta y pantalón negro aguarda mi llegada.

—Hola, Jason —me saluda.

—Hola.

Sus ojos captan mi mirada un instante mientras Leighton me ata el dispositivo de control en el brazo izquierdo.

—No te importa, ¿verdad? —me pregunta—. Me sentiría mejor si siguiéramos de cerca tus constantes vitales un poco más. Pronto estaremos fuera de peligro. —Presiona suavemente la parte baja de mi espalda con la mano y me apremia a continuar hacia el interior.

Oigo cerrarse la puerta tras de mí.

La mujer tiene unos cuarenta y algo, el pelo corto y negro, con un flequillo a la altura de unos impactantes ojos que, de alguna manera, resultan amables y penetrantes al mismo tiempo.

La luz es tenue pero no amenazadora, como la de un cine momentos antes de que la película comience.

Hay dos sillas de madera y respaldo recto, y encima de una mesita, un portátil, una jarra de agua, dos vasos, un termo y una humeante taza que llena la estancia con el aroma a buen café.

Las paredes y el techo están hechos de cristal ahumado.

—Jason, si tomas asiento, podremos empezar.

Vacilo cinco largos segundos, considerando si debería marcharme, pero algo me dice que sería una mala idea, posiblemente catastrófica.

Así que me acomodo en la silla, cojo la jarra y me sirvo un vaso de agua.

—Si tienes hambre, pueden traernos comida —me informa la mujer.

—No, gracias.

Al final se sienta delante de mí, se sube las gafas por el puente de la nariz y teclea algo en el portátil.

—Son las... —comprueba su reloj de pulsera— 12:07 a.m., dos de octubre. Soy Amanda Lucas, empleada con número de identificación nueve-cinco-seis-siete, y esta noche estoy con...

Me señala.

—Ummm, Jason Dessen.

—Gracias, Jason. Para ponernos en contexto y que quede constancia, a las 10:59 p.m. aproximadamente, el uno de octubre, el técnico Chad Hodge, durante una inspección rutinaria de un área interna, descubrió al doctor Dessen inconsciente en el suelo del hangar. El equipo de extracción se activó y sacaron al doctor Dessen de la cuarentena a las 11:24 p.m. A continuación, el doctor Leighton procedió a la descontaminación y al trabajo de laboratorio primordial, y se acompañó al doctor Dessen a la sala de conferencias, en el sótano dos, donde empieza nuestro primer interrogatorio. —Me mira, ahora sonriendo—. Jason, estamos muy contentos de tenerte de vuelta. Es tarde, pero la mayoría del equipo ha venido enseguida de la ciudad para esto. Como tal vez hayas supuesto, están todos mirando detrás del cristal.

Los aplausos estallan a nuestro alrededor, acompañados de vítores, y varias personas gritan mi nombre.

La luz aumenta lo justo para ver a través de las paredes. El cubículo de vidrio para interrogatorios está rodeado de asientos. Quince o veinte personas se hallan de pie, la mayoría sonríe y algunos incluso se secan los ojos como si viniese de alguna heroica misión.

Advierto que dos de ellos van armados; las culatas de sus pistolas brillan bajo las luces.

Esos no sonrían ni dan palmadas.

Al levantarse, Amanda retira su silla y empieza a aplaudir con los demás.

También parece muy conmovida.

Sólo se me pasa una cosa por la cabeza: ¿qué demonios me ha ocurrido?

Cuando los aplausos disminuyen, Amanda se sienta.

—Perdona nuestro entusiasmo, pero hasta ahora eres el único que ha regresado —declara.

No tengo ni idea de lo que está hablando. Parte de mí quiere limitarse a decir eso, pero otra parte sospecha que quizá no debería.

Las luces vuelven a atenuarse.

Me aferro al vaso con las dos manos como si se tratase de un salvavidas.

—¿Sabes cuánto tiempo llevas fuera? —continúa.

¿Fuera? ¿Dónde?

—No.

—Catorce meses.

¡Dios!

—¿Te sorprende, Jason?

—Supongo que sí.

—Bueno, estamos hechos un manojo de nervios, sin respirar y sentados al borde de nuestros asientos. Llevamos esperando más de un año para hacerte estas preguntas: ¿qué viste?, ¿cómo volviste? Cuéntanoslo todo y, por favor, empieza por el principio.

Tomo un sorbo de agua y me aferro a mi último recuerdo como al asidero que se desmenuza en un despeñadero: cuando me marché de casa durante la noche familiar.

Y entonces...

Caminaba por la acera una fresca noche de otoño. Oía el sonido del partido de los Cubs en todos los bares.

¿Hacia dónde?

¿Adónde iba?

—Tómate tu tiempo, Jason. No hay prisa.

Ryan Holder.

Iba a verle a él.

Entré al Village Tap y tomé un trago —dos, para ser exactos, de whisky de primera clase— con mi antiguo compañero de piso de la universidad, Ryan Holder.

¿Es de algún modo responsable de esto?

¿Está sucediendo en realidad?, me repito.

Levanto mi vaso. Parece muy real por cómo exuda y por cómo su humedad fría me moja las yemas.

Miro a Amanda a los ojos.

Examino las paredes.

No están derritiéndose.

Si es un viaje inducido por alguna droga, no es como ninguno de los que he oído hablar. No hay distorsiones visuales ni auditivas. No hay euforia. No es que el lugar no parezca real, es que yo no debería estar aquí. Es como si mi presencia fuese la mentira. Ni siquiera estoy seguro de qué significa eso; simplemente, tengo esa corazonada.

No, no es una alucinación. Es algo distinto.

—Intentemos un acercamiento diferente —dice la mujer—. ¿Qué es lo último que recuerdas antes de despertarte en el hangar?

—Estaba en un bar.

—¿Qué hacías allí?

—Ver a un viejo amigo.

—¿Y dónde estaba ese bar?

—En Logan Square.

—Así que seguías en Chicago.

—Sí.

—Vale, ¿puedes describir...? —Su voz se apaga.

Veo el El.

Está oscuro.

No se oye nada.

Demasiado tranquilo para Chicago.

Alguien se acerca.

Alguien quiere hacerme daño.

Mi corazón empieza a acelerarse.

Me sudan las manos.

Dejo el vaso en la mesa.

—Jason, Leighton me comunica que tus constantes vitales están aumentando. —Su voz ha vuelto, aunque sigue a un océano de distancia.

¿Se trata de un truco?

¿Están enredándome?

No, no le preguntes eso. No pronuncies esas palabras. Sé el hombre que creen que eres. Estas personas están tranquilas, calmadas, y dos de ellas van armadas. Lo que sea que necesiten oír, dilo. Porque si se dan cuenta de que no eres la persona que creen que eres, entonces, ¿qué?

Entonces quizá jamás abandones este lugar.

Comienza a dolerme la cabeza. Me toco la parte trasera del cráneo y rozo un nódulo tan sensible que me hace estremecerme.

—¿Jason?

¿Me hicieron daño?

¿Alguien me atacó? ¿Y si me trajeron aquí? ¿Y si esta gente, a pesar de lo amable que parece, está aliada con la persona que me hizo esto?

Me toco el lateral de la cabeza y siento el dolor de un segundo golpe.

—Jason.

Veo la máscara de geisha.

Estoy desnudo e indefenso.

—Jason.

Hace tan sólo unas horas estaba en casa preparando la cena.

No soy el hombre que ellos creen. ¿Qué sucederá cuando lo averigüen?

—Leighton, ¿puedes venir, por favor?

Nada bueno.

Tengo que salir de esta sala.

Tengo que huir de estas personas.

Tengo que pensar.

—Amanda. —Me arrastro de vuelta al momento, intento sacar las preguntas y el miedo de mi mente, pero es como reforzar un dique que falla. No va a aguantar—. Esto es embarazoso —comento—: estoy agotado y, para serte sincero, la descontaminación no ha sido divertida.

—¿Quieres descansar un minuto?

—¿Sería posible? Necesito aclararme la cabeza un momento. —Señalo el portátil—. También quiero sonar ligeramente inteligente para esta cosa.

—Por supuesto. —Teclea algo—. Ahora ya es extraoficial.

Me levanto.

—Puedo llevarte a una sala privada... —sugiere.

—No es necesario.

Abro la puerta y salgo al pasillo.

Leighton Vance está esperándome.

—Jason, tienes que tumbarte. Tus constantes vitales van en la dirección equivocada.

Me arranco el dispositivo del brazo y se lo entrego.

—Agradezco la preocupación, pero lo que de verdad necesito es un baño.

—Oh, claro. Te acompaño.

Avanzamos por el pasillo.

Hunde el hombro en la pesada puerta de cristal y me lleva hasta las escaleras, vacías en este momento. No se oye nada, salvo el sistema de ventilación bombeando aire caliente por un conducto cercano. Me agarro a la barandilla y me inclino hacia la abertura del centro.

Dos tramos de escaleras hasta la parte inferior, dos tramos de escaleras hasta la superior.

¿Qué dijo Amanda al principio del interrogatorio? ¿Que estamos en el sótano dos? ¿Significa que estamos bajo tierra?

—Jason, ¿vienes?

Sigo a Leighton. Lucho contra la debilidad de mis piernas y el dolor de mi cabeza mientras subimos.

Al final de las escaleras, junto a una puerta de acero reforzado, puede leerse: «PLANTA BAJA». El hombre pasa una tarjeta de acceso, teclea un código y esta se abre.

En la pared de delante, en letras de imprenta, figuran las palabras «LABORATORIOS DE SEGURIDAD».

A la izquierda, unos ascensores.

A la derecha, un puesto de seguridad con un guardia de aspecto rudo colocado entre el detector de metales y el torniquete, con la salida un poco más allá.

Por lo visto, la seguridad aquí es más de cara al exterior, para impedir que la gente entre, no que salga.

Pasamos junto a los ascensores y avanzamos por un vestíbulo hasta unas puertas dobles en la otra punta, que abre con su tarjeta de acceso.

Al entrar, enciende las luces y revela una oficina bien amueblada con paredes adornadas con fotografías de aeronáutica, aviones comerciales, jets

supersónicos militares y de los motores que los ponen en funcionamiento.

Un retrato enmarcado sobre el escritorio llama mi atención: un hombre mayor tiene en brazos a un niño que se parece mucho a Leighton. Están en un hangar delante de un turbofan enorme en medio de un ensamblaje.

—Pensé que estarías más cómodo en mi servicio privado. —Señala una puerta en la otra esquina—. Me quedaré aquí. —Se sienta al borde de su escritorio y se saca un teléfono del bolsillo—. Grita si necesitas algo.

El cuarto de baño está frío e imaculado.

Hay un inodoro, un urinario, un plato de ducha y una pequeña ventana en medio de la pared del fondo.

Me siento en el retrete.

Tengo el pecho tan tenso que apenas puedo respirar.

Llevan esperando mi regreso catorce meses. No hay posibilidad de que me dejen abandonar el edificio. Esta noche no. Quizá no pueda marcharme hasta dentro de mucho tiempo, teniendo en cuenta que no soy el hombre con el que creen que están tratando.

A menos que sea todo un juego o una prueba complicada.

—¿Todo bien ahí dentro? —Oigo la voz de Leighton al otro lado.

—Sí.

—No sé lo que viste dentro de esa cosa, pero quiero que sepas que estoy aquí, colega. Si estás flipando, cuéntamelo para que pueda ayudarte.

Me levanto.

—Te he observado en la sala de interrogatorios y parecía que habías perdido los papeles —continúa.

Si volviéramos al vestíbulo, ¿podría escabullirme, saltarme el control de seguridad? Me imagino al gigantesco guardia junto al detector de metales. Probablemente no.

—Te recuperarás físicamente, pero me preocupa tu estado psicológico.

Tengo que subirme al borde de porcelana del urinario para alcanzar la ventana. El cristal está sellado con una palanca a cada lado.

Mide sólo sesenta por sesenta y no sé si voy a poder pasar.

La voz de Leighton retumba por el baño y, mientras retrocedo hacia el lavabo, sus palabras se oyen claras de nuevo:

—... lo peor que puedes hacer es intentar manejar la situación tú solo. Seamos sinceros, eres el tipo de tío que se cree lo bastante fuerte para poder con todo.

Me acerco a la puerta.

Hay un cerrojo.

Con los dedos temblorosos, corro la barra despacio.

—Pero, pese a lo que estés sintiendo —su voz está más cerca ahora, a pocos centímetros—, quiero que lo compartas conmigo y, si tenemos que postergar el interrogatorio hasta mañana o el próximo... —Se calla cuando suena el suave clic del cerrojo al llegar al final.

Durante un momento, no ocurre nada.

Retrocedo un paso por prudencia.

La puerta se mueve de manera imperceptible y luego se sacude con violencia en su marco.

—¡Jason, Jason! —grita, y luego añade—: Necesito un equipo de seguridad en mi oficina ahora mismo. Dessen se ha encerrado en el cuarto de baño.

La puerta vibra cuando se lanza contra ella, pero el cerrojo persiste.

Corro hacia la ventana, subo por el urinario y tiro de las palancas de ambos lados del cristal.

Leighton está gritándole a alguien y, aunque no distingo las palabras, creo advertir unos pasos acercándose.

La ventana cede.

Entra el aire nocturno.

Incluso de pie sobre el urinario, no sé si puedo llegar ahí arriba.

Salto en el borde y me impulso hacia el marco, pero sólo consigo pasar un brazo.

Mientras algo golpea la puerta, araño con el zapato la superficie lisa y vertical de la pared. No tengo tracción ni agarre.

Me caigo al suelo y vuelvo a subir al urinario.

—¡Vamos! —le chilla Leighton a alguien.

Salto de nuevo y esta vez consigo sacar los dos brazos por el alféizar.

No me sirve de mucho agarre, pero al menos impide que me caiga.

Me deslizo por el hueco mientras derriban la puerta.

Leighton grita mi nombre.

Doy vueltas durante medio segundo en la oscuridad.

Caigo de bruces sobre el pavimento.

Me levanto, aturdido, mareado; me zumban los oídos y la sangre me cae por un lado de la cara.

Estoy fuera, en un oscuro callejón entre dos edificios.

Leighton aparece en la ventana encima de mí.

—Jason, no lo hagas. Déjame ayudarte.

Me giro y echo a correr sin saber adónde ir; tan sólo me precipito hacia el final del callejón.

Llego hasta allí.

Bajo por unos escalones de ladrillo.

Me encuentro en un complejo de oficinas.

Un conjunto de edificios bajos y anodinos que rodean un triste estanque con una pequeña fuente en el centro.

Teniendo en cuenta la hora, no me sorprende que no haya nadie.

Paso a toda velocidad por unos bancos junto a unos arbustos podados, una glorieta y un cartel con una flecha bajo las palabras «SENDERO PEATONAL».

Echo un vistazo por encima del hombro: el edificio del que acabo de escapar tiene cinco plantas, sin nada de particular, una obra de mediocridad arquitectónica fácil de olvidar, del que salen personas como si le hubieran dado una patada a un avispero.

Al final del estanque, dejo la acera y sigo un sendero de gravilla.

El sudor hace que me escuezan los ojos; me arden los pulmones, pero continúo moviendo los brazos y poniendo un pie delante de otro.

Las luces del complejo están más lejos a cada paso.

Enfrente no hay nada más que una acogedora oscuridad y me dirijo a ella, me meto en ella, como si mi vida dependiera de eso.

Un fuerte y reavivante viento me azota la cara y empiezo a preguntarme adónde voy, porque ¿no debería haber luz a lo lejos? ¿Aunque sólo fuese un poco? Estoy corriendo hacia un inmenso abismo de negrura.

Oigo olas.

Llego a una playa.

No hay luna, pero las estrellas brillan lo suficiente para insinuar la agitada superficie del lago Michigan.

Miro tierra adentro, hacia el complejo de oficinas, y distingo unas voces cortadas por el aire, acompañadas por la luz de unas linternas que atraviesan la oscuridad.

Echo a correr en dirección norte y mis zapatos crujen sobre las rocas erosionadas por las olas. A kilómetros de la costa, descubro el inconfundible resplandor nocturno del centro; los rascacielos se alzan por encima del agua.

Miro hacia atrás y diviso algunas luces dirigiéndose al sur, alejándose de mí, mientras otras van al norte.

Me ganan terreno.

Me aparto de la orilla, cruzo un carril bici y me dirijo a una hilera de arbustos.

Las voces se aproximan.

Me pregunto si está lo bastante oscuro como para que no me descubran.

Un rompeolas de tres metros se interpone en mi camino; escalo por el cemento, que me roza las espinillas, y atravieso los setos a cuatro patas. Las ramas me tiran de la camisa y la cara, y se me meten en los ojos.

Una vez fuera, me tambaleo en medio de una carretera paralela a la orilla.

En dirección al complejo, oigo que arranca un motor.

Las luces largas me ciegan.

Cruzo la carretera, salto una valla de tela metálica y de improviso me hallo corriendo por el jardín de alguien, esquivando unos monopatines y unas bicicletas volcadas; luego salgo disparado junto a la casa mientras un perro enloquece dentro y se encienden las luces, y voy hacia el jardín trasero para saltar la valla otra vez. Me encuentro en un campo de béisbol vacío, cuestionándome cuánto más voy a aguantar.

La respuesta llega enseguida.

En el límite del diamante, me desplomo, encharcado en sudor, con todos los músculos doloridos.

El perro sigue ladrando a lo lejos. Al mirar hacia el lago, no veo linternas ni oigo voces.

Me quedo allí tumbado a saber cuánto tiempo; parece que pasan horas hasta que puedo respirar sin jadear.

Por fin consigo incorporarme.

La noche es fresca y la brisa del lago se abre paso entre los árboles de alrededor, enviando una tormenta de hojas otoñales hacia el diamante.

Me levanto con dificultad, sediento, agotado, y trato de procesar las últimas cuatro horas, pero no tengo el ancho de banda mental activado en este momento.

Salgo del campo de béisbol y entro en un vecindario de clase obrera de

South Side.

Las calles están desiertas.

Bloque tras bloque de tranquilos y silenciosos hogares.

Camino un kilómetro y medio, tal vez más, y me encuentro en la vacía intersección de una zona comercial, donde observo los semáforos sobre mi cabeza que cambian al ritmo acelerado de la noche.

La avenida principal se extiende dos manzanas y no hay ni rastro de vida, salvo por el tugurio al otro lado de la calle, con tres carteles de cerveza fabricada en serie que brillan en las ventanas. Mientras los clientes salen tambaleándose entre una nube de humo y conversaciones demasiado altas, aparecen a lo lejos las luces delanteras del que es el primer coche que veo en veinte minutos.

Un taxi con la luz de fuera de servicio iluminada.

Salgo de la intersección, me coloco debajo el semáforo y agito los brazos. El vehículo reduce la velocidad al acercarse e intenta apartarse de mí, pero camino de lado, lo que provoca que casi colisione con el parachoques, obligándole a detenerse.

El conductor baja la ventanilla, enfadado:

—¿Qué coño estás haciendo?

—Necesito que me lleves.

El taxista, somalí, con un rostro muy estrecho, salpicado de sombras de barba, me mira fijamente a través de unas gigantescas gafas de cristales gruesos.

—Son las dos de la mañana. Ya he acabado por esta noche. No trabajo más.

—Por favor.

—¿Sabes leer? Mira el cartel. —Golpea con la palma abierta la parte superior del coche.

—Tengo que ir a mi casa.

La ventanilla empieza a subirse.

Meto la mano en el bolsillo y saco la bolsa de plástico que contiene mis pertenencias, la abro y le enseño el dinero, sujeto con una pinza.

—Puedo pagarle más...

—Apártate de la carretera.

—Doblaré su tarifa.

La ventana se detiene a quince centímetros de la parte superior.

—En metálico.

—En metálico.

Paso el pulgar rápidamente por el fajo de billetes. Costará unos 75 dólares hasta el barrio de North Side y tengo que darle el doble.

—¡Entra y nos vamos!

Algunos de los clientes del bar se han dado cuenta de que el taxi ha parado en la intersección y se acercan; supongo que necesitan que los lleven y me gritan que lo detenga.

Cuento 332 dólares y tres tarjetas caducadas.

Me subo al asiento trasero y le indico que voy a Logan Square.

—¡Eso son cuarenta kilómetros!

—Y yo te voy a pagar el doble.

Me fulmina con la mirada por el retrovisor.

—¿Dónde está la pasta?

Cojo cien dólares y se los paso al asiento delantero.

—El resto, cuando lleguemos.

Me arranca el dinero de las manos y acelera en el cruce, pasando junto a los borrachos.

Examino el fajo con la pinza. Debajo de los billetes y de las tarjetas de crédito, hay un carné de conducir de Illinois con una foto que nunca había

visto, el carné de un gimnasio en el que nunca he estado y la tarjeta de un seguro médico de una empresa que nunca he usado.

El taxista me mira de soslayo por el espejo.

—Has tenido una mala noche —comenta.

—Lo parece, ¿eh?

—Creía que eras un borracho, pero no. Tienes la ropa destrozada y sangre en la cara.

Lo más probable es que yo tampoco hubiera querido recogerme en medio de una intersección a las dos de la mañana, allí de pie, con aspecto de ser un vagabundo trastornado.

—Estás metido en un lío —continúa.

—Sí.

—¿Qué te ha pasado?

—No estoy muy seguro.

—Te llevaré al hospital.

—No. Quiero ir a casa.

TRES

Circulamos hacia el norte, a la ciudad, por la interestatal desierta, y los rascacielos van acercándose. A cada kilómetro que pasa, siento como si recuperase la cordura, aunque sólo sea porque pronto estaré en casa.

Daniela me ayudará a encontrarle sentido a lo que sea que esté ocurriendo.

El taxista aparca frente a mi edificio y le pago el resto de lo acordado.

Cruzo la calle corriendo, subo las escaleras y saco las llaves que no son mis llaves del bolsillo. Mientras intento encontrar la que encaje en la cerradura, me doy cuenta de que esta no es mi puerta. Bueno, sí es mi puerta. Es mi calle. Está mi número en el buzón. Pero el pomo no es el mismo, la madera es demasiado elegante y las bisagras son de hierro, con un aire gótico que pegaría más en una taberna medieval.

Giro la llave.

La puerta se abre hacia dentro.

Algo va mal.

Muy, muy mal.

Cruzo el umbral y me dirijo al comedor.

No huele a mi casa. ¿No hay un ligero olor a polvo? Como si llevase mucho tiempo sin vivir nadie allí. Las luces están apagadas, y no sólo algunas: hasta la última.

Cierro y tanteo en la oscuridad hasta que mi mano roza un regulador de intensidad. Una araña hecha con astas ilumina la habitación sobre una mesa de cristal minimalista que no es mía y unas sillas que tampoco lo son.

—¿Hola? —digo.

La casa está demasiado tranquila.

Desagradablemente tranquila.

En mi casa, en la repisa de la chimenea que hay detrás de la mesa del comedor, hay una fotografía grande e informal donde salimos Daniela, Charlie y yo en un mirador en el parque nacional Yellowstone.

En esta casa hay una foto en blanco y negro, con mucho contraste, del mismo cañón, sacada de forma más artística, pero no aparece nadie en ella.

Voy hacia la cocina y, cuando entro, un sensor activa las luces empotradas.

Es magnífico.

Caro.

Y sin vida.

En mi casa hay una obra de Charlie (arte con macarrones) pegada con imanes en nuestra nevera blanca. Me hace sonreír cada vez que la veo. En esta cocina no hay ni una imperfección en el acero de la nevera Gaggenau.

—¡Daniela!

Hasta la resonancia de mi voz es diferente aquí.

—¡Charlie!

Hay menos cosas, más eco.

Mientras atravieso el salón, descubro mi viejo tocadiscos junto a un equipo de música de última generación, y mi colección de vinilos de jazz está cuidadosamente colocada por orden alfabético en unas estanterías hechas a medida.

Subo al segundo piso.

El pasillo está a oscuras y no encuentro el interruptor donde debería estar, pero no importa. La mayoría del sistema de iluminación funciona con sensores de movimiento y más bombillas empotradas se encienden encima de mí.

Este no es mi suelo de madera noble. Es más bonito, los tablones son más

anchos, un poco más rugosos.

Han sustituido el tríptico de mi familia en Wisconsin Dells, que se hallaba entre el cuarto de baño y la habitación de invitados, por un dibujo de Navy Pier. Carboncillo sobre papel de estraza. La firma de la artista en la esquina inferior derecha capta mi atención: Daniela Vargas.

Entro en la siguiente habitación de la izquierda.

El dormitorio de mi hijo.

Excepto que no lo es. No hay ninguna de sus obras de arte surrealista. No hay cama, ni pósteres de algún manga, ni el escritorio con los deberes esparcidos por encima, ni lámparas de lava, ni mochila, ni ropa tirada por el suelo.

En cambio, veo un monitor colocado en un caro escritorio que está lleno de libros y hojas sueltas.

Camino en *shock* hacia el final del pasillo. Deslizo una puerta corredera de cristal esmerilado hacia la pared y entro en un dormitorio principal lujoso, frío, que, como todo lo demás en esta casa, no es mío.

Las paredes están adornadas con más dibujos a carboncillo sobre papel de estraza, del estilo del que he visto en el vestíbulo, pero el centro de esta habitación es una vitrina de cristal en una estructura de madera de acacia. La luz de la base ilumina dramáticamente un certificado en una carpeta de cuero acolchado apoyada contra un pilar aterciopelado. Una moneda de oro con el retrato de Julian Pavia grabado cuelga en una fina cadena del pilar.

En el certificado pone:

Se le otorga el Premio Pavia a

JASON ASHLEY DESSEN

por los logros extraordinarios en mejorar el conocimiento y entendimiento del origen, la evolución y las propiedades del universo

*al poner un objeto macroscópico en un estado de
superposición cuántica.*

Me siento en el borde de la cama.

No me encuentro bien.

No me encuentro nada bien.

Mi casa debería ser mi refugio, un lugar de comodidad y seguridad rodeado de mi familia. Pero esto ni siquiera es mío.

Se me revuelve el estómago.

Voy corriendo al baño, levanto la tapa del váter y echo todo lo que llevo dentro en la inmaculada taza.

Tengo una sed terrible.

Abro el grifo y meto la boca bajo el chorro.

Me salpico la cara.

Regreso al dormitorio.

No tengo ni idea de dónde está mi móvil, pero hay un teléfono fijo en la mesilla de noche.

La verdad es que nunca marco el número de Daniela, por lo que tardo un momento en recordarlo, pero al final la llamo.

Cuatro tonos.

Responde la voz de un hombre, grave y adormilada:

—¿Hola?

—¿Dónde está Daniela?

—Creo que ha marcado mal.

Recito el móvil de Daniela y dice:

—Sí, ha llamado a ese número, pero es mi número.

—¿Cómo es eso posible?

Cuelga.

Vuelvo a marcar y esta vez el hombre responde al primer tono:

—Son las tres de la madrugada. No vuelvas a llamarme, gilipollas.

El tercer intento se encuentra directamente con el buzón de voz. No dejo ningún mensaje.

Me levanto de la cama, regreso al cuarto de baño y me estudio en el espejo que se encuentra encima del lavabo.

Tengo el rostro amoratado, arañado, ensangrentado y manchado de barro. Necesito afeitarme y mis ojos están inyectados en sangre, pero sigo siendo yo.

Me llega una oleada de agotamiento como un puñetazo en la mandíbula.

Me ceden las rodillas, pero me sujeto al lavabo.

Y entonces, abajo, en la primera planta..., un ruido.

¿Una puerta que se cierra suavemente?

Me enderezo.

Alerta otra vez.

De vuelta en el dormitorio, me muevo en silencio hacia la entrada e inspecciono el pasillo desde allí.

Oigo unas voces que susurran.

La estática de una radio portátil.

El crujido hueco de la pisada de alguien sobre el peldaño de madera.

Las voces se vuelven más claras, retumban entre las paredes de las escaleras y recorren de arriba abajo el pasillo.

Ahora advierto sus sombras en las paredes, precediéndoles como fantasmas.

Mientras doy un paso vacilante hacia fuera, una voz masculina, calmada y comedida, sube por la escalera:

—¿Jason?

Cinco pasos y llego al lavabo.

—No hemos venido a hacerte daño.

Ahora resuenan los pasos por el pasillo.

Avanzan despacio, metódicamente.

—Sé que estás confundido y desorientado. Ojalá hubieras dicho algo en el laboratorio. No me di cuenta de lo mal que estabas. Lamento que se me haya pasado.

Cierro con cuidado la puerta y echo el cerrojo.

—Tan sólo queremos llevarte allí para que no te hagas daño ni a ti ni a nadie.

El baño es dos veces más grande que el mío, tiene una ducha con pared de granito y un lavabo doble de mármol.

Hallo lo que estoy buscando enfrente del inodoro: una gran estantería empotrada con la ventanilla del conducto para la ropa sucia.

—Jason.

Oigo el chisporroteo de la radio al otro lado de la puerta.

—Jason, por favor, dime algo. —De improviso, su voz desborda frustración—: Esta noche todos hemos renunciado a nuestras vidas para trabajar. ¡Sal de ahí! ¡Esto es una puta locura!

Un domingo lluvioso, cuando Charlie tenía nueve o diez años, pasamos una tarde fingiendo que éramos espeleólogos. Yo le bajaba por el conducto de la ropa sucia una y otra vez, como si fuese la entrada a una cueva. Él incluso llevaba una mochilita y un faro improvisado, una linterna atada a la parte superior de su cabeza.

Abro la ventanilla otra vez y me subo a la estantería.

—Id al dormitorio —apremia Leighton.

Se oyen pisadas por el pasillo.

El conducto parece estrecho. Quizá demasiado estrecho.

La puerta del baño empieza a sacudirse y el pomo se mueve.

—Eh, esta está cerrada con pestillo.

Me asomo por el hueco.

Oscuridad total.

La puerta del baño es lo bastante gruesa como para que de su primer intento de echarla abajo sólo resulte una grieta al astillarse.

Puede que ni siquiera quepa por el conducto, pero, cuando intentan derribarla por segunda vez, explotan las bisagras y cae con gran estruendo sobre las baldosas, me doy cuenta de que no me queda otra alternativa.

Entran corriendo y en el espejo veo el fugaz reflejo de Leighton Vance y uno de los jefes de seguridad del laboratorio, que sostiene lo que parece ser una táser.

El doctor y yo cruzamos las miradas en el espejo durante medio segundo y después el hombre con la táser se gira y levanta el arma.

Cruzo los brazos sobre el pecho y me meto en el conducto.

Mientras los gritos desaparecen, caigo en un cesto vacío de ropa sucia; el plástico se parte y salgo disparado entre la lavadora y la secadora.

Ya se oyen sus pasos, están bajando por las escaleras.

Un pinchazo de dolor me sube por la pierna derecha debido a la caída. Me pongo de pie con dificultad y salgo corriendo hacia las puertas acristaladas que llevan a la parte trasera de la casa.

Al girar los pomos de latón, compruebo que están bloqueadas y cruzo una terraza de madera de secuoya, que cuenta con un *grill* mejor que el mío y un *jacuzzi* que nunca he tenido.

Al bajar las escaleras hacia el jardín, paso por un rosal.

Intento abrir la puerta del garaje, pero está cerrada.

Con el ajetreo del interior, se han encendido todas las luces. Debe de haber cuatro o cinco personas corriendo por la primera planta, intentando encontrarme, chillándose las unas a las otras.

Una valla de dos metros y medio rodea el jardín y, mientras le doy la vuelta

al cierre, alguien entra a toda velocidad en la terraza, gritando mi nombre.

El callejón está vacío y no me paro a pensar en qué dirección ir.

Tan sólo corro.

En la siguiente calle, miro hacia atrás y advierto que dos figuras me siguen.

El motor de un coche arranca a lo lejos, seguido por el chirrido de los neumáticos girando sobre el pavimento.

Doblo a la izquierda y echo a correr hasta llegar al siguiente callejón.

Casi todos los jardines traseros están protegidos por altas cercas, pero el quinto que me encuentro está rodeado por una valla de hierro forjado que me llega por la cintura.

Un todoterreno gira su parte trasera y acelera en el callejón.

Voy hacia la valla baja.

A falta de fuerza para saltarla, me arrastro por encima de las puntiagudas barras metálicas y caigo en el jardín. Repto por el césped hasta un pequeño cobertizo sin candado junto al garaje.

Se abre con un chirrido y entro sigiloso mientras alguien cruza deprisa el jardín.

Cierro para que no me oigan jadear.

No puedo recuperar el aliento.

Dentro del cobertizo está oscuro como boca de lobo y huele a gasolina y a hierba cortada hace tiempo. Respiro con dificultad, con el pecho apoyado en la puerta.

El sudor me cae por la barbilla.

Me quito una telaraña de la cara.

En la oscuridad, mis palmas encuentran unas paredes de madera contrachapada y los dedos rozan varias herramientas: una podadera, una sierra, un rastrillo, la hoja de un hacha...

Cojo el hacha de la pared y agarro el mango de madera, arañándome el

dedo con la punta. No veo nada, pero parece que lleva años sin afilarse. Noto unas muescas profundas en una hoja que ya no tiene filo.

Parpadeo por el sudor que me cae en los ojos y abro con cuidado la puerta. No llega ningún sonido.

La empujo unos centímetros más hasta que vuelvo a ver el jardín.

Está vacío.

En esta hendidura de silencio y calma, me viene a la cabeza el principio de la navaja de Occam: cuando todas las cosas son iguales, la solución más simple tiende a ser la acertada. ¿Cumple los requisitos la idea de que me drogaron y me secuestró un grupo secreto experimental cuyo fin es el control mental o Dios sabe qué? A duras penas. Tendrían que haberme lavado el cerebro para convencerme de que mi casa no es mi casa o, en cuestión de horas, haberse deshecho de mi familia y vaciar el interior para que no reconociera nada.

¿No es más plausible que un tumor cerebral haya dado la vuelta a mi vida?

Que lleve meses o años creciendo en silencio dentro de mi cráneo y que por fin esté causando estragos en mis procesos cognitivos, que esté desviando mi percepción de todo.

La idea me invade con una profunda convicción.

¿Qué otra cosa podría haberme atravesado a una velocidad tan debilitadora?

¿Qué otra cosa podría hacerme perder el contacto con mi identidad y realidad en cuestión de horas, poniendo en tela de juicio todo lo que creía saber?

Espero.

Y espero.

Y espero.

Por fin salgo al césped.

No se oyen más voces.
No se oyen más pasos.
No hay más sombras.
No hay motores de coches.
La noche parece de nuevo sólida y real.
Ya sé adónde dirigirme.

El Chicago Mercy está a diez manzanas de mi casa y entro renqueando bajo la fuerte luz de urgencias a las 4:05.

Odio los hospitales.

Ví cómo moría mi madre en uno.

Charlie pasó sus primeras semanas en la unidad de cuidados intensivos neonatales.

La sala de espera está casi vacía. Aparte de mí, hay un obrero nocturno agarrándose el brazo envuelto en un vendaje ensangrentado y tres miembros de una familia que parecen afligidos mientras el padre sostiene en brazos a un bebé que llora con la cara roja.

La recepcionista alza la vista de su papeleo, sorprendentemente llena de vida, teniendo en cuenta la hora.

—¿En qué puedo ayudarle? —pregunta a través del plexiglás.

No he pensado qué decir, ni siquiera cómo empezar a explicar lo que necesito.

Al no contestar enseguida, continúa:

—¿Ha tenido un accidente?

—No.

—Tiene cortes por toda la cara.

—No me encuentro bien —respondo.

—¿A qué se refiere?

—Creo que tengo que hablar con alguien.

—¿Es un vagabundo?

—No.

—¿Dónde está su familia?

—No lo sé.

Me escruta de arriba abajo, una valoración rápida y profesional.

—¿Su nombre, señor?

—Jason.

—Un momento.

Se levanta de la silla y desaparece al doblar la esquina.

Treinta segundos más tarde, se oye un zumbido cuando la puerta junto a su puesto de trabajo se abre.

La enfermera sonrío.

—Acompáñeme. —Y me lleva a una consulta—. Ahora vendrá alguien a atenderle.

Cuando se cierra la puerta tras ella, me siento en la camilla y cierro los ojos por las deslumbrantes luces. Nunca había estado tan cansado.

Hundo la barbilla.

Me enderezo.

Casi me quedo dormido sentado.

La puerta se abre.

Un médico joven y corpulento entra con un portapapeles en las manos. Le sigue una enfermera diferente, una rubia de bote vestida con un uniforme azul, que lleva a cuestas el agotamiento de las cuatro de la mañana.

—¿Es Jason? —pregunta el doctor sin ofrecer su mano o disimular su indiferencia del turno de noche.

Asiento.

—¿Apellido?

Dudo si darle mi nombre completo, pero quizás otra vez esté hablando mi tumor cerebral o lo que sea que vaya mal dentro de mi cabeza.

—Dessen. —Se lo deletreo mientras escribe en lo que supongo que es el formulario de ingreso.

—Soy el doctor Randolph, médico de cabecera. ¿Qué le ha hecho venir a urgencias esta noche?

—Creo que algo le pasa a mi mente. Que tengo un tumor o algo por el estilo.

—¿Por qué dice eso?

—Las cosas no son como deberían.

—Vale. ¿Puede explicarse?

—Es que..., vale, esto le va a parecer una locura. Tenga en cuenta que soy consciente.

Alza la vista del portapapeles.

—Mi casa no es mi casa.

—No le entiendo.

—Es exactamente lo que digo. Mi casa no es mi casa. Mi familia no está. Todo es mucho más... bonito. Lo han renovado y...

—Pero ¿sigue siendo su dirección?

—Sí.

—Así que ¿lo que está diciendo es que por dentro es diferente, pero por fuera es igual? —pregunta como si le estuviera hablando a un niño.

—Sí.

—Jason, ¿cómo se ha hecho los cortes de la cara? ¿Y el barro de la ropa?

—Me seguían unas personas. —No debería haberle contado eso, pero estoy demasiado cansado para filtrar. Debo de sonar loco perdido.

—Le perseguían.

—Sí.

—¿Quién le perseguía?

—No lo sé.

—¿Sabe por qué le perseguían?

—Porque..., es complicado.

Su mirada apreciativa y escéptica es mucho más sutil y está más ensayada que la de la recepcionista. Casi me la pierdo.

—¿Ha tomado alguna droga o bebido alcohol esta noche?

—Antes un poco de vino, luego whisky, pero ha sido hace horas.

—Lo siento, ha sido un turno muy largo, pero le vuelvo a preguntar qué le hace pensar que le ocurre algo a su mente.

—Porque las últimas ocho horas de mi vida no tienen sentido. Todo parece real, pero no puede serlo.

—¿Ha sufrido alguna herida en la cabeza recientemente?

—No. Bueno, creo que alguien me dio un golpe por detrás. Me duele cuando me toco.

—¿Quién se lo dio?

—No estoy seguro. No estoy seguro de nada ahora mismo.

—De acuerdo. ¿Ha consumido drogas ahora o en el pasado?

—Fumo marihuana un par de veces al año, pero hace tiempo que no lo hago.

El médico se gira hacia la enfermera.

—Bárbara le va a sacar un poco de sangre. —Deja el portapapeles en una mesa y coge una linterna que cuelga del bolsillo de su bata blanca—. ¿Le importa si le examino?

—No.

Randolph se aproxima hasta que nuestras caras están a tan sólo unos centímetros, lo bastante cerca para que le huela su aliento a café rancio, para que vea el reciente corte en la barbilla que se ha hecho al afeitarse. Lleva la

luz directa a mi ojo derecho. Por un momento, no hay nada más que un punto brillante en el centro de mi campo de visión que quema el resto del mundo.

—Jason, ¿se le ha ocurrido hacerse daño a sí mismo?

—No soy un suicida.

Me enfoca el ojo izquierdo.

—¿Ha estado internado antes en un psiquiátrico?

—No.

Me coge la muñeca con cuidado con sus manos suaves y frías, y me toma el pulso.

—¿A qué se dedica?

—Doy clase en Lakemont College.

—¿Está casado?

—Sí.

Por instinto, bajo la mano para tocar mi alianza.

No está.

¡Dios!

La enfermera empieza a enrollarme la manga izquierda de la camisa.

—¿Cómo se llama su esposa? —pregunta el doctor.

—Daniela.

—¿Se llevan bien ustedes dos?

—Sí.

—¿No cree que debe de estar preguntándose dónde está? Creo que tendríamos que llamarla.

—Lo he intentado.

—¿Cuándo?

—Hace una hora, en mi casa. Contestó otra persona. Me equivoqué de teléfono.

—A lo mejor marcó mal.

—Me sé el número de mi mujer.

—¿Tiene algún problema con las agujas, señor Dessen? —interviene la enfermera.

—No.

—Doctor Randolph, mire —dice mientras me esteriliza la parte interior del brazo. Toca la marca que me dejó la aguja hace varias horas, cuando Leighton me sacó sangre.

—¿Cuándo ha pasado esto? —pregunta el médico.

—No lo sé.

Probablemente lo mejor sea no mencionar el laboratorio del que creo que acabo de escapar.

—¿No recuerda que nadie le clavase una aguja en el brazo?

—No.

Randolph le hace un gesto con la cabeza a la enfermera y ella me advierte:

—Va a notar un pinchacito.

—¿Lleva su móvil encima? —continúa el médico.

—No sé dónde está.

Coge el portapapeles.

—Repítame el nombre de su esposa. Y el número de teléfono. Nosotros intentaremos contactar con ella por usted.

Le deletreo el nombre de Daniela y recito de un tirón su móvil y el número de casa mientras mi sangre entra en una ampolla de plástico.

—¿Va a hacerme un escáner de la cabeza para ver qué ocurre? —pregunto.

—Por supuesto.

Me asignan una habitación en la octava planta.

Me lavo la cara, me quito los zapatos y me meto en la cama.

El sueño tira de mí, pero el científico de mi cerebro no permitirá que se

apague.

No puedo dejar de pensar.

Formulo hipótesis y las desmonto.

Me esfuerzo por envolver en lógica todo lo que ha pasado.

En este momento, no tengo manera de saber qué es real y qué no. Ni siquiera estoy seguro de que esté casado.

No. Espera.

Levanto la mano izquierda y me estudio el anular.

No tengo el anillo, pero la prueba de su existencia se encuentra en una débil marca en la base del dedo. Estaba ahí. Me dejó una señal. Lo que significa que alguien me lo ha quitado.

Acaricio la marca y reparo en el horror y el consuelo que representa el último vestigio de mi realidad.

Me pregunto...

¿Qué pasará cuando desaparezca este último rastro tangible de mi matrimonio?

Cuando no haya ancla.

Mientras el cielo avanza hacia el amanecer sobre Chicago —de un increíble tono púrpura, lleno de nubes—, dejo que me venza el sueño.

CUATRO

Daniela tiene las manos sumergidas en el agua caliente y jabonosa cuando oye cerrarse de golpe la puerta. Deja de frotar la cacerola con la que ha estado luchando durante el último medio minuto y levanta la vista del fregadero para mirar por encima del hombro cuando se acercan unos pasos.

Jason aparece en el arco que separa la cocina del comedor y sonríe como un tonto, como diría su madre.

Daniela vuelve su atención a los platos y anuncia:

—Tienes la cena en la nevera.

En el reflejo empañado de la ventana sobre el fregadero, ve que su marido deja la bolsa de lona de la tienda de ultramarinos en la isla y se aproxima a ella.

Le rodea la cintura con los brazos.

—Si crees que unos litros de helado van a librarte de esta, no sé qué decirte —suelta medio en broma.

Se pega más y, con el aliento fuerte por los restos del whisky que ha bebido, le susurra al oído:

—La vida es corta. No te enfades. Es una pérdida de tiempo.

—¿Cómo se han convertido cuarenta y cinco minutos en tres horas?

—De la misma manera que una copa se convierte en dos; luego, en tres y así sucesivamente. Me siento fatal.

Sus labios en la nuca le producen un suave escalofrío por la espalda.

—No vas a librarte de esta —protesta Daniela.

Ahora la besa en el lateral del cuello. Hace tiempo que no la toca así.
Sus manos se deslizan hacia el agua.

Entrelaza los dedos con los suyos.

—Deberías comer algo —le sugiere—. Te calentaré el plato.

Intenta ir a la nevera, pero él le bloquea el paso.

Le mira fijamente a los ojos; tal vez sea porque ambos han estado bebiendo, pero hay energía en el aire, como si se hubiera cargado cada molécula.

—¡Dios, cuánto te he echado de menos!

—¿Cuánto has bebido exactamente...?

La besa de repente, empujándola contra los armarios, y la encimera se le clava en la espalda mientras le recorre las caderas y le saca la camisa de los vaqueros. Ahora tiene las manos en su piel, tan calientes como un horno.

Ella le empuja hacia la isla.

—¡Por Dios, Jason!

Le estudia bajo la tenue luz de la cocina, intentando comprender esa pasión con la que ha regresado a casa.

—Algo te ha pasado mientras estabas fuera —dice.

—No ha ocurrido nada, salvo que he perdido la noción del tiempo.

—Así que ¿no te pusiste a ligar con ninguna jovencita en la fiesta de Ryan que hiciera que sintieses que volvías a tener veinticinco años? Y ahora estás aquí empalmado, fingiendo...

Se ríe a carcajadas.

—¿Qué? —pregunta.

—¿Eso es lo que crees que está pasando? —Se acerca un paso—. Cuando salí del bar, tenía la mente en otra parte. No pensaba. Me lancé al tráfico y por poco un taxista me aplasta contra el asfalto. Me dio un susto de muerte. No sé cómo explicarlo, pero desde aquel instante, en la tienda, de camino a casa,

aquí en la cocina, me he sentido muy vivo. Como si por una vez viese mi vida con fuerza y claridad. Todas las cosas por las que tengo que estar agradecido. Tú. Charlie... —Nota cómo empieza a dejar de estar enfadada con él—. Es como si nos acomodáramos en la rutina; estamos tan estancados en los mismos pensamientos que dejamos de ver a nuestros seres queridos como son. Pero esta noche, ahora mismo, te veo como cuando nos conocimos, cuando el sonido de tu voz y tu olor eran totalmente nuevos. Estoy divagando.

Daniela se aproxima a él y le coge la cara con ambas manos para besarle.

Luego le lleva de la mano escaleras arriba.

El pasillo está oscuro. No recuerda la última vez que su marido hizo algo que le acelerase el corazón de esta manera.

Al pasar por la habitación de Charlie, se detiene un momento, lleva el oído hacia la puerta y oye el ruido sordo de la música a todo volumen en los auriculares.

—Todo despejado —susurra.

Avanzan por el pasillo, que hacen crujir lo más sigilosamente posible.

En su dormitorio, Daniela cierra la puerta y abre el primer cajón de la cómoda en busca de una vela, pero Jason no tiene tiempo para eso.

Tira de ella hacia la cama y la arrastra por el colchón. Ahora está encima, besándola, con las manos moviéndose bajo la ropa, vagando por su cuerpo.

Nota las mejillas y los labios mojados.

Lágrimas.

De él.

—¿Por qué estás llorando? —pregunta, sujetándole la cara.

—Siento como si te hubiera perdido.

—Siempre me has tenido, Jason —le aclara—. Estoy aquí, cariño. Me tienes.

La desnuda en la oscuridad de su habitación; ella jamás ha deseado tanto a

alguien. Se ha ido el enfado. El sopor por el vino ha desaparecido. La ha transportado a la primera vez que hicieron el amor, en su estudio de Bucktown, con las luces del centro entrando por los gigantescos ventanales que había entreabierto para que el aire fresco de octubre se colara, acompañado por los ruidos nocturnos de la gente que regresaba a casa de los bares, unas sirenas lejanas y el motor de la enorme ciudad en reposo, no apagado, nunca desconectado, un ralenti reconfortante.

Cuando termina, se resiste a gritar, pero no puede contenerse, ni tampoco Jason.

Esta noche no.

Porque hay algo distinto, algo mejor.

En los últimos años no han sido infelices, más bien lo contrario. Pero hacía mucho, mucho tiempo que no sentía ese vertiginoso amor efervescente en la boca del estómago que consigue que el mundo gire de forma espectacular.

CINCO

—¿Señor Dessen?

Me despierto bruscamente.

—Hola. Siento sobresaltarle.

Una médico está mirándome, una pelirroja baja, de ojos verdes, con una bata blanca, que sostiene una taza de café en una mano y una tableta en la otra.

Me incorporo.

Por la ventana que se encuentra junto a mi cama percibo que es de día y durante cinco segundos no tengo ni idea de dónde me encuentro.

Al otro lado del cristal, unas nubes bajas cubren la ciudad, cortando los rascacielos a trescientos metros. Desde esta estratégica posición, veo el lago y los tres kilómetros de barrios de Chicago que hay en el centro, todo silenciado bajo el gris sombrío del Medio Oeste.

—Señor Dessen, ¿sabe dónde está?

—En el Hospital Mercy.

—Exacto. Anoche entró en urgencias bastante desorientado. Uno de mis compañeros, el doctor Randolph, le ingresó y, cuando se marchó esta mañana, me pasó sus datos. Soy Julianne Springer.

Bajo la vista a la intravenosa de mi muñeca y la sigo hasta el gotero que cuelga en un soporte metálico.

—¿Qué me están dando?

—Tan sólo es H₂O. Estaba deshidratado. ¿Cómo se encuentra ahora?

Me hago un rápido diagnóstico.

Estoy mareado.

Me duele la cabeza.

Parece que tengo la boca llena de algodón.

Señalo la ventana.

—Como eso —respondo—. Con una resaca extraña.

Más allá del malestar físico, noto una aplastante sensación de desolación, como si estuviese lloviendo en mi alma.

Como si me hubieran vaciado.

—Tengo los resultados de su resonancia magnética —informa, y enciende su tableta—. El escáner salió normal. Hay algunas contusiones superficiales, nada grave. Los resultados del análisis toxicológico son más esclarecedores. Encontramos trazas de alcohol, como le informó al doctor Randolph, pero también algo más.

—¿Qué?

—Ketamina.

—No lo conozco.

—Es un anestésico quirúrgico. La amnesia a corto plazo es uno de sus efectos secundarios, lo que podría explicar su desorientación, en parte. El análisis toxicológico también muestra algo que no había visto nunca. Un compuesto psicoactivo. Un cóctel muy raro. —Le da un sorbo al café—. Tengo que preguntárselo: no se ha drogado con eso, ¿verdad?

—Por supuesto que no.

—Anoche le facilitó al doctor Randolph el nombre de su esposa y un par de números de teléfono.

—Su móvil y nuestro fijo.

—Llevo intentando localizarla toda la mañana, pero su móvil pertenece a un tipo llamado Ralph y en su teléfono fijo no deja de saltar el contestador.

—¿Puede repetirme el número de móvil?

Springer lo lee.

—Es correcto —confirmo.

—¿Está seguro?

—Al cien por cien. —Cuando vuelve a mirar la tableta, pregunto—: ¿Esas drogas que han encontrado en mi organismo podrían provocar estados alterados a largo plazo?

—¿Se refiere a ilusiones? ¿Alucinaciones?

—Exacto.

—Si le soy sincera, no conozco este psicoquímico, así que no puedo saber con certeza qué efecto genera en el sistema nervioso.

—Entonces, ¿podría estar afectándome todavía?

—Le repito que no sé cuál es su vida media o cuánto tiempo tarda su cuerpo en expulsarlo, pero no parece estar bajo la influencia de nada en este momento.

Empiezan a reconstruirse recuerdos de anoche.

Me veo caminando desnudo, a punta de pistola, hacia un edificio abandonado.

La inyección en el cuello.

En la pierna.

Fragmentos de una extraña conversación con un hombre con una máscara de geisha.

Una sala llena de antiguos generadores y la luz de la luna.

Aunque el pensamiento de ayer lleva la carga emocional de un recuerdo real, tiene la atmósfera fantástica de un sueño o una pesadilla.

¿Qué me hicieron en aquel viejo edificio?

Springer coge una silla y toma asiento junto a mi cama. De cerca, veo las pecas que le cubren el rostro, como salpicado de arena blanca.

—Hablemos de lo que le dijo al doctor Randolph. Anotó... —Suspira—.

Perdone, su letra es espantosa. «El paciente informa: era mi casa, pero no era mi casa». También aseguró que los cortes y los moratones de la cara se los hizo porque le perseguían unas personas, pero, cuando le preguntó por qué le seguían, no pudo dar una respuesta. —Alza la vista de la pantalla—. ¿Es usted profesor en la universidad?

—Correcto.

—En...

—Lakemont College.

—Esa es la cuestión, Jason. Al no encontrar ni rastro de su esposa mientras usted estaba dormido...

—¿A qué se refiere con que no han encontrado ni rastro de ella?

—Se llama Daniela Dessen, ¿no?

—Sí.

—¿Tiene treinta y nueve años?

—Sí.

—No encontramos a nadie con ese nombre ni esa edad en Chicago.

Eso me destroza. Aparto la vista de Springer y vuelvo a mirar por la ventana. Está tan gris que es difícil saber en qué momento del día nos encontramos, si por la mañana, a mediodía o por la tarde; es imposible de determinar. Unas finas gotas de lluvia se pegan al otro lado del cristal.

A estas alturas, ni siquiera estoy seguro de a qué debo tener miedo: si a esta realidad, que tal vez sea cierta, o a la posibilidad de que todo se desmorone dentro de mi cabeza. Me satisfacía más cuando creía que estaba causado por un tumor cerebral. Al menos, era una explicación.

—Jason, nos hemos tomado la libertad de investigarle. Por su nombre. Su profesión. Todo lo que pudiéramos encontrar. Quiero que piense bien la respuesta antes de contestar: ¿de verdad cree que es profesor de física en Lakemont College?

—No es que lo crea, es que lo soy.

—Hemos buscado en Internet las páginas web de los departamentos de Ciencias de todas las universidades de Chicago, incluida Lakemont. No estaba en las listas de profesores de ninguna de ellas.

—Eso es imposible. Llevo dando clase allí desde...

—Déjeme terminar, porque sí encontramos información sobre usted. —Escribe algo en la tableta—. Jason Ashley Dessen, nacido en Denison, Iowa, en 1973, hijo de Randall y Ellie Dessen. Aquí pone que su madre murió cuando tenía ocho años. Si no le importa que se lo pregunte, ¿cómo?

—Tenía una enfermedad cardíaca subyacente y cogió una variedad mala de gripe que se convirtió en neumonía.

—Lo siento. —Continúa—: Licenciatura de la Universidad de Chicago en 1995. Doctorado de la misma universidad en 2002. ¿Hasta ahora todo bien? —Asiento con la cabeza—. Ganador del Premio Pavia en 2004 y, el mismo año, la revista *Science* honró su trabajo con una historia en portada que titularon «El logro del año». Conferenciante invitado en Harvard, Princeton y UC Berkeley. —Alza la vista, se encuentra con mi perpleja mirada y entonces gira la tableta para que vea lo que está leyendo en Wikipedia sobre Jason A. Dessen.

El ritmo sinusal del monitor cardíaco al que estoy conectado se ha acelerado de manera perceptible.

—No ha publicado ningún artículo nuevo ni ha optado a ningún puesto de docente desde 2005, cuando aceptó el cargo de director científico de los Laboratorios Velocity, un centro de propulsión a reacción. Para finalizar, pone que su hermano denunció su desaparición hace ocho meses y que no se le ha visto públicamente desde hace más de un año.

Me deja tan perplejo que apenas puedo respirar.

Mi presión arterial dispara algún tipo de alarma en el monitor, que empieza

a emitir un irritante pitido.

Un corpulento enfermero aparece en la puerta.

—Estamos bien —dice Springer—. ¿Puedes apagar esa cosa?

El enfermero se acerca al monitor y silencia la alarma.

Cuando se marcha, la doctora lleva el brazo por encima de la barandilla y me toca la mano.

—Quiero ayudarle, Jason. Veo que está aterrorizado. No sé qué le ha pasado y me da la impresión de que usted tampoco.

El viento procedente del lago es lo bastante fuerte como para hacer que la lluvia caiga de lado. Observo cómo las gotas mojan el cristal y convierten el mundo en un paisaje urbano impresionista gris, salpicado por el brillo de las lejanas luces delanteras y traseras de los coches.

—He llamado a la policía —me informa Springer—. Van a enviar a un detective para que le tome declaración e intente llegar al fondo de lo que le sucedió anoche. Eso es lo primero que vamos a hacer. Bueno, no he tenido suerte con Daniela, pero he conseguido el contacto de su hermano, Michael, en Iowa City. Me gustaría tener su permiso para llamarle, avisarle de que está aquí y tratar su situación con él.

No sé qué decir. Llevo dos años sin hablar con él.

—No estoy seguro de si quiero que le llame.

—De acuerdo, pero seamos claros: según la Ley de Tenencia y Responsabilidad en los Seguros Médicos, si a mi juicio un paciente no puede aceptar o negar una revelación debido a la incapacidad o emergencia de las circunstancias, estoy autorizada a decidir si revelo su información a un familiar o amigo. Creo que su estado mental actual podría considerarse una incapacidad y, por su bien, habría que consultarle a alguien que conociera su historial. Así que llamaré a Michael. —Desvía la mirada al suelo como si no quisiera decirme lo que viene a continuación—. Y para terminar, una tercera

cosa: necesitamos la orientación de un psiquiatra para saber cómo lidiar con su estado. Voy a hacer que le transfieran al Chicago-Read, un centro de salud mental que está un poco más arriba, en el North Side.

—Mire, admito que no comprendo muy bien lo que ocurre, pero no estoy loco. Con mucho gusto hablaré con un psiquiatra. De hecho, agradezco la oportunidad. Pero no voy a dar mi consentimiento para que me internen, si es lo que me está pidiendo.

—No se lo estoy pidiendo. Con todos mis respetos, Jason, no tiene alternativa.

—¿Disculpe?

—Se llama internamiento por problemas de salud mental y, por ley, si pienso que es una amenaza para sí mismo y para los demás, puedo solicitar que lo internen setenta y dos horas sin su consentimiento. Mire, esto es por su bien. No está en condiciones de...

—Entré en este hospital por mis propios medios, porque quería averiguar qué me pasaba.

—Esa fue la decisión acertada y es justo lo que vamos a hacer: averiguar por qué ha perdido el contacto con la realidad y ponerle un tratamiento para que se recupere por completo.

Veo en el monitor que me sube la presión arterial.

No quiero volver a disparar la alarma.

Cierro los ojos e inspiro.

Exhalo.

Tomo otra dosis de oxígeno.

Mis niveles bajan.

—Así que ¿va a meterme en una habitación acolchada, sin cinturón, sin objetos punzantes, y me va a medicar hasta alcanzar el estupor?

—No se trata de eso. Entró en este hospital porque quería recuperarse,

¿cierto? Bueno, pues este es el primer paso. Tiene que confiar en mí. —Se levanta de la silla y la arrastra hacia atrás hasta colocarla bajo el televisor—. Usted siga descansando, Jason. La policía no tardará en llegar y esta tarde le trasladaremos al Chicago-Read.

Observo cómo se va mientras siento sobre mí la amenaza de venirme abajo.

¿Y si todos los recuerdos que determinan quién soy —mi profesión, Daniela, mi hijo— no son más que un fallo trágico de la materia gris entre mis oídos? ¿Seguiré luchando por ser el hombre que creo ser? ¿O le repudiaré a él y a todo lo que ama para meterme en la piel de la persona que este mundo quiere que sea?

Y si he perdido la razón, ¿qué haré?

¿Y si todo lo que conozco está mal?

«No. Para».

No estoy perdiendo la razón.

Tenía drogas en la sangre y el cuerpo amoratado. Mi llave abrió la puerta de aquella casa que no era mía. No tengo un tumor cerebral. Tengo una marca de la alianza que llevaba en el dedo anular. Estoy en el hospital ahora mismo y todo esto está sucediendo de verdad.

No se me permite pensar que estoy loco.

Sólo resolver el problema.

Cuando las puertas del ascensor se abren en el vestíbulo, avanzo con el hombro entre dos hombres vestidos con trajes baratos y abrigos mojados. Parecen policías y, mientras entran en el ascensor y nos miramos a los ojos, me pregunto si están subiendo para verme.

Paso una sala de espera, hacia las puertas automáticas. Puesto que no estaba vigilado, escabullirme ha sido más fácil de lo que imaginaba. Simplemente me he vestido, he aguardado a que se despejara el pasillo y he

pasado por delante de la sala de enfermeras sin que nadie levantara ni una ceja.

Al acercarme a la salida, sigo esperando que suene la alarma, que alguien grite mi nombre, que los guardias me persigan por el pasillo.

No tardo en estar fuera, bajo la lluvia. Creo que es por la tarde; según el bullicio del tráfico, alrededor de las seis.

Bajo de prisa las escaleras, llego a la acera y no aflojo el paso hasta alcanzar la siguiente manzana.

Miro por encima del hombro.

Por lo que puedo observar, no me sigue nadie.

Sólo hay un mar de paraguas.

Estoy mojándome.

No tengo ni idea de adónde voy.

Me aparto de la acera y me refugio bajo el alero de la entrada de un banco. Allí me apoyo en una columna de piedra caliza y observo pasar a la gente mientras la lluvia cae sobre el pavimento.

Me saco el sujetabilletes de los pantalones. La tarifa del taxi de anoche hizo una mella considerable en mi triste fortuna. Me quedan ciento ochenta y dos dólares, y las tarjetas de crédito no valen nada.

Mi casa queda descartada, pero hay un hotel barato en mi barrio, a unas pocas manzanas, lo bastante cutre para creer que puedo permitirme una habitación.

Vuelvo a caminar bajo la lluvia.

Está oscureciendo en cuestión de minutos.

Hace más frío.

Sin un abrigo ni una chaqueta, al cabo de dos manzanas estoy empapado hasta los huesos.

El Days Inn ocupa el edificio al otro lado de la calle, enfrente del Village Tap. Pero no es el caso. El toldo es de otro color y la fachada parece de más categoría. Estos son apartamentos de lujo. Incluso distingo un portero de pie, junto al bordillo, bajo un paraguas, que intenta parar un taxi para una mujer con un impermeable negro.

¿Estoy en la calle correcta?

Echo un vistazo hacia mi bar.

Debería de leerse «VILLAGE TAP» en el neón parpadeante de la ventana delantera; en su lugar, un pesado panel de madera con letras de latón pegado a un poste cuelga sobre la entrada y chirría por el viento.

Continúo andando, más rápido ahora, y las gotas se me meten en los ojos.

Paso por...

Unas tabernas bulliciosas.

Restaurantes listos para recibir el ajetreo de la cena: copas de espumoso vino y la cubertería dispuesta de prisa sobre manteles de lino blanco mientras los camareros memorizan los platos del día.

Una cafetería que no reconozco bulle por el sonido de una máquina de expreso moliendo granos frescos.

Nuestro local italiano favorito, con el mismo aspecto de siempre, me recuerda que llevo sin comer casi veinticuatro horas.

Pero sigo andando.

Hasta que tengo mojados los calcetines.

Hasta que tiemblo de manera incontrolada.

Hasta que ha caído la noche y me encuentro frente a un hotel de tres plantas con barrotes en las ventanas y un letrero demasiado grande sobre la puerta: «HOTEL ROYALE».

Entro, dejando un charco en el agrietado suelo de ajedrez.

No es lo que me esperaba. No es sórdido ni sucio en el sentido morboso de

la palabra. Simplemente está olvidado. Ha pasado su época buena. Del modo en que recuerdo el salón de mis bisabuelos en su granja tambaleante de Iowa, como si los muebles desgastados llevaran aquí mil años, congelados en el tiempo mientras el resto del mundo sigue funcionando. Huele a cerrado y por un equipo de sonido oculto suena una orquesta de jazz. Algo de los años cuarenta.

El viejo recepcionista con esmoquin ni siquiera parpadea ante mi estado. Se limita a coger los noventa y cinco dólares mojados y me entrega la llave de una habitación de la tercera planta.

Hay poco espacio en el ascensor. Me quedo mirando mis distorsionados rasgos en las puertas de bronce mientras la cabina se pone en marcha, haciendo ruido y con toda la gracia de un gordo subiendo escaleras, hasta el tercer piso.

A mitad de un pasillo poco iluminado, apenas lo bastante ancho para que dos personas pasen hombro con hombro, localizo el número de mi habitación y abro con dificultad la puerta con una llave, a la vieja usanza.

No es gran cosa.

Una cama individual con un endeble somier metálico y un colchón lleno de bultos.

Un cuarto de baño del tamaño de un armario.

Un tocador.

Un televisor de rayos catódicos.

Y una silla junto a la ventana, donde algo brilla al otro lado del cristal.

Rodeo la cama, corro la cortina y echo un vistazo; me encuentro la parte superior del cartel del hotel a la altura de los ojos, lo bastante cerca para advertir la lluvia a través de la luz de neón verde.

Abajo, en la acera, veo a un hombre apoyado en una farola, el humo que sube por el aire y la ceniza de su cigarrillo brillando y apagándose en la

oscuridad bajo su sombrero.

¿Está esperándome?

Tal vez esté poniéndome paranoico, pero me encamino a la puerta para comprobar el cerrojo y paso la cadena.

Después me quito los zapatos, me desnudo y me seco con la única toalla que hay en el baño.

Lo mejor de la habitación es el antiguo radiador de hierro fundido debajo de la ventana. Lo subo al máximo y acerco las manos.

Coloco la ropa mojada en el respaldo de la silla y la aproximo al radiador.

En el cajón de la mesilla de noche, encuentro una biblia de Gedeón y una extensa guía telefónica de la región metropolitana de Chicago.

Me tiro sobre la cama, que chirría, y voy a la D para buscar mi apellido.

Enseguida encuentro mi entrada.

Jason A. Dessen.

Dirección correcta.

Número correcto.

Descuelgo el auricular del teléfono de la mesilla y llamo.

Suena cuatro veces y entonces oigo mi voz: «Hola, soy Jason; bueno, en realidad no estoy aquí para atender tu llamada. Esto es una grabación. Ya sabes qué hacer».

Cuelgo antes de oír la señal.

No es nuestro mensaje del contestador.

Siento que la locura me acecha, que amenaza con hacerme un ovillo y romperme en un millón de pedazos.

Pero me deshago de esa sensación y vuelvo a mi nuevo mantra.

No se me permite pensar que estoy loco.

Sólo resolver el problema.

La física experimental —qué coño, toda la ciencia— va de resolver

problemas. Sin embargo, no puedes resolverlos todos a la vez. Siempre hay una pregunta general más importante: el gran objetivo. Pero si te obsesionas con la mera enormidad, pierdes la concentración.

La clave está en empezar por lo pequeño. Centrarse en resolver problemas a los que puedas responder. Crear un terreno firme sobre el que pisar. Después de ponerte a trabajar, si tienes suerte, se conoce el misterio de la pregunta general, como al retroceder lentamente un fotomontaje para presenciar la revelación de la imagen final.

Tengo que separarme del miedo, de la paranoia, del terror y atacar el problema como si estuviese en el laboratorio: una pequeña pregunta tras otra.

Tengo que crear un terreno firme sobre el que pisar.

No hay modo de contestar la cuestión general que me atormenta en este momento —¿qué me ha pasado?—. Aún no. Tengo vagas sospechas, por supuesto, pero la sospecha lleva al margen de error y un margen de error no lleva a la verdad.

¿Por qué no estaban Daniela y Charlie en nuestra casa anoche? ¿Por qué parece que vivo solo?

No, eso sigue siendo demasiado grande, demasiado complejo. Reduce el campo de datos.

¿Dónde están Daniela y Charlie?

Mejor, pero redúcelo más. Daniela sabrá dónde está mi hijo.

Por eso empezaré. ¿Dónde está Daniela?

Los bocetos que vi anoche en las paredes de la casa que no es mi casa eran de Daniela Vargas. Los había firmado con su nombre de soltera. ¿Por qué?

Llevo el dedo anular hacia la luz de neón que se cuelga por la ventana.

La marca del anillo de casado ha desaparecido.

¿La tuve alguna vez?

Arranco un hilo suelto de la cortina y me lo ato alrededor del dedo anular

como si se tratase de un vínculo tangible con el mundo y con la vida que conozco.

Vuelvo a la guía telefónica, busco la V y me detengo en la única Daniela Vargas. Arranco la página entera y marco su número.

La familiaridad de la voz de la grabación me conmueve, aunque el mensaje no me tranquiliza.

«Has llamado a Daniela. He salido a pintar. Deja un mensaje. Ciao».

En una hora tengo la ropa caliente y casi seca. Me lavo, me visto y bajo las escaleras hacia el vestíbulo.

Fuera, en la calle, sopla el viento, pero la lluvia ha amainado.

El fumador de la farola se ha ido.

Estoy mareado por el hambre.

Paso por media docena de restaurantes hasta que encuentro uno que no me deje sin fondos, una mugrienta pizzería que vende unos enormes trozos de masa gruesa. No hay sitio dentro, así que me quedo de pie en la acera, dándome un atracón y preguntándome si esta pizza va a cambiarme la vida tanto como creo o si estoy demasiado hambriento para tener criterio.

La dirección de Daniela está en Buckdown. Me quedan setenta y cinco dólares y pico, así que podría coger un taxi, pero me apetece caminar.

Los niveles de tráfico y peatones apuntan a que es viernes por la noche, y el aire lleva una energía en proporción.

Me dirijo al este para encontrar a mi mujer.

El edificio de Daniela es de ladrillo amarillo y está cubierto de hiedra trepadora que va adquiriendo un color rojizo por el reciente frío. El portero automático es un panel de bronce pasado de moda, y encuentro su nombre de soltera en la primera columna, el segundo comenzando desde abajo.

Pulso tres veces el botón; no contesta.

A través de los altos cristales que enmarcan la puerta, veo una mujer vestida con un traje de noche y un abrigo; sus zapatos de aguja taconeán por el vestíbulo mientras se acerca. Me retiro y giro cuando la puerta se abre.

Está hablando por el móvil y, por el olorcillo a alcohol que deja al pasar, me da la impresión de que ya lleva una ventaja entusiasta sobre esta noche. No advierte mi presencia mientras baja a toda prisa los escalones.

Sujeto el borde de la puerta antes de que se cierre y subo hasta el cuarto piso.

La puerta de Daniela está al final del pasillo.

Llamo y espero.

No hay respuesta.

Vuelvo al vestíbulo, preguntándome si debería aguardar aquí a que regrese. Pero ¿y si ha salido de la ciudad? ¿Qué pensaría si volviera a su apartamento y me encontrara merodeando por fuera de su edificio como un acosador?

Cuando me acerco a la entrada principal, mis ojos pasan por un tablón de anuncios lleno de folletos que anuncian inauguraciones de galerías, presentaciones de libros y concursos de poesía.

Me llama la atención la nota más grande, pegada en el centro con cinta adhesiva. Es un cartel que anuncia una exposición de Daniela Vargas en una galería llamada Oomph.

Me detengo a mirar la fecha de apertura.

Viernes 2 de octubre.

Esta noche.

Ya en la calle, llueve otra vez.

Paro un taxi.

La galería está a muchas manzanas y siento la resistencia de tensión de mis nervios llegar al máximo mientras avanzamos por la avenida Damen,

convertida en un aparcamiento de taxis, lo que pone la guinda a la noche.

Abandono el vehículo y me uno a una multitud de hipsters heavies que camina bajo la helada llovizna.

Oomph es una antigua planta de embalaje que han convertido en galería de arte, y la cola para entrar ocupa media manzana.

Cuarenta y cinco tristes minutos más tarde, tembloroso, por fin me libero de la lluvia, pago los quince dólares que cuesta la entrada y me llevan con un grupo de diez personas a una antesala con un grafiti con el nombre y apellido de Daniela en letras gigantes en la pared que la rodea.

Durante los quince años que llevamos juntos, he asistido a muchas exposiciones e inauguraciones con ella, pero jamás he experimentado nada como esto.

Un hombre delgado y con barba aparece por una puerta oculta.

La luz se atenúa.

—Soy Steve Konkoly —se presenta—, el productor de lo que estáis a punto de ver. —Coge una bolsa de plástico de un dispensador junto a la puerta—. Los teléfonos, a la bolsa. Se os devolverán al otro lado.

Pasan la bolsa que acumula los móviles.

—Unas palabras sobre los próximos diez minutos de vuestra vida. La artista os pide que dejéis a un lado vuestro proceso intelectual y hagáis un esfuerzo por experimentar su instalación emocionalmente. Bienvenidos a «Entrelazamiento». —Konkoly coge la bolsa con los teléfonos y abre la puerta.

Soy el último en pasar.

Por un instante, nuestro grupo queda apretujado en un espacio oscuro y reducido, que se vuelve negro como boca de lobo mientras el eco del portazo revela una inmensa sala que parece un almacén.

Mi atención se dirige hacia arriba cuando unos puntos de luz aparecen

gradualmente sobre nuestras cabezas.

Estrellas.

Parecen muy reales y cada una contiene una provocativa cualidad.

Algunas están cerca; otras, lejos, y de vez en cuando alguna recorre el vacío a gran velocidad.

Veo lo que hay más allá.

—¡Oh, Dios mío! —murmura alguien de nuestro grupo.

Es un laberinto de plexiglás que, gracias a algún efecto visual, parece extenderse hasta el infinito bajo el universo de estrellas.

Unas ondas de luz atraviesan los paneles.

El grupo avanza.

Hay cinco entradas al laberinto y yo estoy en el nexo de todas ellas, observando cómo los demás se adelantan por caminos separados.

Un suave sonido que ha estado ahí todo el rato atrae mi atención. No es música, sino más bien como la estática de un televisor, que se oye por encima de un tono profundo y prolongado.

Elijo un camino y, cuando entro en el laberinto, la transparencia desaparece.

El plexiglás está envuelto en una luz casi cegadora, incluso bajo mis pies.

Tras un minuto dentro, algunos de los paneles comienzan a mostrar imágenes en bucle.

Nacimiento: un niño gritando, la madre llorando de alegría.

Un condenado a muerte dando patadas y retorciéndose al final de una soga.

Una tormenta de nieve.

El océano.

Continúo por mi camino.

Entro en callejones sin salida.

Tomo curvas ciegas.

Las imágenes aparecen con mayor frecuencia, en bucles más rápidos.

Los restos de un accidente de coche.

Una pareja practicando sexo apasionado.

El punto de vista de un paciente al que llevan por el pasillo de un hospital en camilla con enfermeras y médicos mirándole.

La cruz.

Buda.

El pentagrama.

El símbolo de la paz.

Una explosión nuclear.

Las luces se apagan.

Vuelven las estrellas.

Otra vez veo a través del plexiglás, aunque ahora hay una especie de filtro digital superpuesto a la transparencia: electricidad estática, un enjambre de insectos y nieve.

Hace que los que están en el laberinto parezcan siluetas moviéndose por una extensa tierra baldía.

Y a pesar de la confusión y el miedo de las últimas veinticuatro horas, o tal vez precisamente por todo lo que he vivido, lo que presencio en este instante se abre paso y me afecta.

Aunque veo al resto de personas en el laberinto, no tengo la sensación de estar en la misma sala, ni siquiera en el mismo espacio.

Parecen mundos separados y perdidos en sus propios vectores.

Por un breve instante me quedo asombrado ante la abrumadora sensación de pérdida.

No es pena ni dolor, sino algo más primario.

Me acabo de dar cuenta y siento terror, un terror ante la indiferencia

ilimitada que nos rodea.

No sé si es el propósito de la instalación de Daniela, pero sin duda es lo que ha provocado en mí.

Todos vagamos por la llanura de nuestra existencia, concediendo valor a lo que no lo tiene, cuando todo lo que amamos y odiamos, todo en lo que creemos, por lo que luchamos y por lo que morimos, tiene tan poco sentido como las imágenes proyectadas en el plexiglás.

En la salida del laberinto, hay un último bucle —un hombre y una mujer cogiendo la pequeña mano de su hijo mientras suben corriendo juntos una colina cubierta de hierba bajo un cielo azul, despejado— con las siguientes palabras materializándose lentamente en el panel...

Nada existe.

Todo es un sueño.

Dios, el hombre, el mundo, el sol, la luna, la inmensidad
de las estrellas, un sueño, todo un sueño; no existen.

Nada existe, salvo el espacio vacío y tú...

Y tú no eres tú; no tienes cuerpo ni sangre ni
huesos, no eres más que un pensamiento.

MARK TWAIN

Entro en otra antesala, donde el resto de mi grupo se apiña alrededor de la bolsa de plástico para recuperar sus teléfonos.

Seguimos hacia una gran galería bien iluminada con suelos brillantes de madera noble, paredes adornadas de arte, un trío de violines... y una mujer con un impresionante vestido negro, de pie sobre una tarima, que se dirige al público.

Tardo cinco segundos en percatarme de que se trata de Daniela.

Está radiante, sujetando una copa de vino tinto en una mano y haciendo gestos con la otra.

—... la noche más increíble, y os estoy muy agradecida a todos por venir a apoyar mi nuevo proyecto. Significa muchísimo para mí. —Levanta la copa de vino—. ¡Salud!

El público responde a su vez y, mientras todo el mundo bebe, me aproximo a ella.

De cerca es electrizante, tan llena de vida que tengo que contenerme para no llamarla. Con la energía que tenía la primera vez que nos vimos hace quince años, antes de que la vida —la normalidad, la euforia, la depresión, el compromiso— la transformara en la mujer con la que ahora comparto cama: una madre asombrosa, una esposa increíble, pero que lucha siempre con los susurros de lo que podría haber sido.

Mi Daniela lleva un peso y una distancia en sus ojos que a veces me asusta.

Esta Daniela está a un par de centímetros del suelo.

Estoy a menos de tres metros y el corazón me late con fuerza. Me pregunto si me verá. Entonces...

Contacto visual.

Abre mucho los ojos y la boca, y no distingo si está horrorizada, encantada o simplemente sorprendida de ver mi cara.

Se abre camino entre la multitud, me echa los brazos al cuello y me aprieta fuerte mientras exclama:

—¡Oh, Dios mío, no puedo creer que hayas venido! ¿Va todo bien? Oí que te habías marchado del país por un tiempo o que habías desaparecido o algo por el estilo.

No estoy seguro de cómo responder a eso, así que me limito a decir:

—Bueno, aquí estoy.

Daniela lleva años sin ponerse perfume, pero esta noche sí se ha puesto y

huele a una Daniela sin mí, a la Daniela antes de que nuestros aromas por separado se transformaran en nuestro olor.

No quiero soltarla —necesito tocarla—, pero se aparta.

—¿Dónde está Charlie? —pregunto.

—¿Quién?

—Charlie.

—¿De quién hablas?

Algo se retuerce en mi interior.

—¿Jason?

No sabe quién es nuestro hijo.

¿Acaso tenemos un hijo?

¿Existe Charlie?

Por supuesto que existe. Estuve en su nacimiento. Lo sostuve diez segundos después de que llegara al mundo gritando.

—¿Va todo bien? —inquire.

—Sí. Es que acabo de salir del laberinto.

—¿Qué te ha parecido?

—Casi me hace llorar.

—Iba todo sobre ti —confiesa.

—¿A qué te refieres?

—¿Recuerdas aquella conversación que tuvimos hace un año y medio cuando viniste a verme? Me inspiraste, Jason. Pensaba en ti mientras lo construía. Pensaba en lo que me dijiste. ¿Has visto la dedicatoria?

—No, ¿dónde estaba?

—En la entrada del laberinto. Es para ti. Te lo he dedicado y he estado intentando localizarte. Quería que fueras mi invitado especial esta noche, pero nadie daba contigo. —Sonríe—. Ahora estás aquí y eso es lo único que importa.

El corazón me va muy rápido y la habitación amenaza con dar vueltas. Entonces aparece Ryan Holder y la rodea con el brazo. Lleva una chaqueta de *tweed*, el pelo canoso y está más pálido y menos en forma que la última vez que le vi, que fue anoche en el Village Tap, sorprendentemente, en la celebración por haber ganado el premio Pavia.

—Vaya, vaya —suelta Ryan, y me estrecha la mano—. El señor Pavia en persona.

—Chicos, tengo que ser educada y alternar un poco con la gente, pero, Jason, después de esto celebro una reunión secreta en mi apartamento. ¿Vendrás?

—Me encantaría.

Mientras contemplo cómo desaparece entre la multitud, Ryan dice:

—¿Quieres beber algo?

¡Dios, sí!

La galería ha puesto toda la carne en el asador: camareros con esmoquin llevando bandejas con aperitivos y champán, y una barra de pago al otro lado de la sala bajo un tríptico de autorretratos de Daniela.

—Sé que te va muy bien, pero yo tengo esto —comenta Ryan mientras el camarero nos sirve el whisky, un Macallan de doce años, en unos vasos de plástico.

Es muy extraño. No tiene la arrogancia ni la fanfarronería del hombre que anoche era el centro de atención en mi bar del barrio.

Nos tomamos el whisky y encontramos un rincón tranquilo alejado de la muchedumbre que rodea a Daniela.

Mientras estamos ahí observando cómo se llena la sala con personas que van saliendo del laberinto, pregunto:

—Bueno, ¿y qué has estado haciendo? Le he perdido la pista a tu trayectoria.

—Me fui a la Universidad de Chicago.

—Felicidades. Entonces, ¿das clases?

—Neurociencia celular y molecular. También he estado con una investigación bastante guay, relacionada con el córtex prefrontal.

—Suenas emocionante.

Ryan se inclina para acercarse más a mí.

—Hablando en serio, los rumores que se han desatado son una locura. Toda la comunidad lo comenta. La gente dice —baja la voz— que sufriste una crisis nerviosa y perdiste la cabeza. Que estás internado en un manicomio en alguna parte. Que estás muerto.

—Pues aquí estoy. Lúcido, vivo y respirando.

—Entonces, aquel compuesto que creé para ti... funcionó, supongo.

Le miro, sin tener ni idea de lo que está hablando. Al no contestar inmediatamente, continúa:

—Vale, lo pillo. Te enterraron bajo una montaña de contratos de confidencialidad.

Le doy un sorbo a mi bebida. Todavía tengo hambre y el alcohol está viajando demasiado deprisa a mi cabeza. Cuando el siguiente camarero se pone a mi alcance, cojo tres miniquiches de la bandeja de plata.

No sé qué le molesta a Ryan, pero no lo deja:

—Mira, no es que me queje, pero creo que he trabajado mucho para ti y para Velocity a ciegas. Tú y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo y sé que estás en un lugar diferente en tu carrera, pero no sé... Creo que conseguiste lo que querías de mí y...

—¿Qué?

—Olvidalo.

—No, por favor.

—Lo único que digo es que podrías haberle mostrado un poco más de

respeto a tu antiguo compañero de piso de la universidad.

—¿De qué compuesto me estás hablando?

—Que te den.

Nos quedamos en silencio en la periferia mientras la sala va abarrotándose.

—¿Vosotros estáis juntos? —pregunto—. ¿Daniela y tú?

—Más o menos —responde.

—¿Qué significa eso?

—Llevamos viéndonos un tiempo.

—Siempre te gustó, ¿no?

Sonríe con complicidad.

Recorro con la vista la multitud y encuentro a Daniela.

Está serena y en este momento la rodean periodistas con sus blocs de notas abiertos, escribiendo frenéticamente mientras habla.

—¿Y qué tal os va? —Aunque no estoy seguro de querer la respuesta—. A ti y a mi..., y a Daniela.

—Increíble. Es la mujer de mis sueños. —Sonríe de forma enigmática y durante tres segundos quiero matarle.

A la una de la mañana, estoy sentado en el sofá de casa de Daniela, observando cómo acompaña a sus invitados a la puerta. Estas últimas horas han sido un reto: he intentado mantener conversaciones semicoherentes con sus amigos artistas mientras hacía tiempo para tener un momento a solas con ella. Por lo visto, ese momento continúa eludiéndome: Ryan Holder, el hombre que está acostándose con mi mujer, sigue aquí y, cuando se desploma en una silla de cuero frente a mí, me da la sensación de que está acomodándose y que posiblemente se quede a pasar la noche.

Bebo los posos del whisky de malta del pesado vaso con cubitos. No estoy borracho, aunque sí achispado. El alcohol ha sido un buen amortiguador entre

mi psique y la madriguera en la que he caído.

Este país de las maravillas que afirma ser mi vida.

Me pregunto si Daniela quiere que me marche, si soy ese último invitado que no se da cuenta de que está abusando de su hospitalidad.

Cierra la puerta y echa el cerrojo.

—¡Menuda noche! —exclama mientras se quita los zapatos y se tira sobre los cojines del sofá. Abre el cajón de la mesita contigua y saca un encendedor y una pipa de cristal.

Daniela dejó la hierba cuando se quedó embarazada de Charlie y no volvió a consumir. La observo dar una calada y luego me ofrece. Esta noche no puede ponerse más rara, ¿por qué no?

No tardamos en colocarnos, sentados en el dulce silencio del amplio loft, cuyas paredes están cubiertas de un gran despliegue de arte ecléctico.

Daniela tiene subidas las persianas de la enorme ventana que da al sur y sirve de fondo al salón, con el centelleante espectáculo del centro de la ciudad al otro lado del cristal.

Ryan le pasa la pipa y ella empieza a rellenarla mientras mi antiguo compañero de piso se recuesta en la silla y contempla el techo. El modo en que se pasa la lengua por los dientes de delante me hace sonreír; siempre ha sido su tic con la maría, incluso cuando estudiábamos el posgrado.

—¿Vosotros dos me conocéis bien? —pregunto mientras observo las luces por la ventana.

Mis palabras atraen su atención.

Daniela deja la pipa en la mesa y se gira en el sofá para mirarme, con las rodillas pegadas al pecho.

Ryan abre los ojos de golpe.

Se pone derecho en la silla.

—¿A qué te refieres? —inquire Daniela.

—¿Confíais en mí?

Alarga el brazo y me toca la mano. Pura electricidad.

—Claro, cielo.

—Hasta cuando éramos enemigos —interviene Ryan— he respetado tu decencia e integridad.

Daniela parece preocupada.

—¿Va todo bien?

No debería hacer esto. La verdad es que no debería.

Pero voy a hacerlo:

—Un caso hipotético —empiezo—: un hombre de ciencia, un profesor de física, que vive aquí, en Chicago, no tiene tanto éxito como siempre había soñado, pero es feliz, está satisfecho en general y se ha casado —miro a Daniela, pensando en cómo Ryan lo describió en la galería— con la mujer de sus sueños. Tienen un hijo. Tienen una buena vida.

»Una noche, este hombre va a un bar a ver a un viejo amigo, un colega de la universidad que hace poco ha ganado un prestigioso premio. De vuelta, sucede algo. No logra regresar a casa. Le secuestran. Los acontecimientos son turbios; cuando por fin recupera la entereza, está en un laboratorio en el sur de Chicago y todo ha cambiado. Su casa es distinta. Ya no es profesor. Ni tampoco está casado con su mujer.

—¿Te refieres a que él cree que esas cosas han cambiado o a que de verdad han cambiado? —pregunta Daniela.

—Estoy diciendo que, desde su perspectiva, este ya no es su mundo.

—Tiene un tumor cerebral —sugiere Ryan.

Miro a mi viejo amigo.

—La resonancia magnética lo niega.

—Pues a lo mejor alguien está burlándose de él. Puede que le estén gastando una broma que implique todos los ámbitos de su vida. Creo que una

vez lo vi en una película.

—En menos de ocho horas, el interior de su casa se ha renovado por completo. Y no me refiero a que hayan cambiado sólo los cuadros de las paredes. Hay nuevos apliques. Nuevos muebles. Se han movido interruptores. Una broma no puede ser tan compleja. ¿Y qué sentido tendría? Este no es más que un tipo normal. ¿Por qué alguien querría meterse con él a ese nivel?

—Entonces, está loco —apunta Ryan.

—No estoy loco.

El estudio se queda muy silencioso.

Daniela me coge de la mano.

—¿Qué estás intentando decirnos, Jason?

La miro.

—Antes, esta misma noche, me dijiste que una conversación entre nosotros había inspirado tu instalación.

—Sí.

—¿Podrías hablarme de esa conversación?

—¿No la recuerdas?

—Ni una sola palabra.

—¿Cómo es posible?

—Por favor, Daniela. —Se produce una larga pausa mientras me mira a los ojos, quizá para confirmar que hablo en serio.

—Creo que fue en primavera —empieza por fin—. Llevábamos tiempo sin vernos y la verdad es que no habíamos hablado desde que nuestros caminos se separaron hace años. Había estado siguiendo tu éxito, claro. Siempre estuve muy orgullosa de ti.

»Bueno, el caso es que apareciste en mi estudio una noche, de improviso. Me contaste que últimamente habías estado pensando en mí y al principio creí que intentabas avivar una antigua llama, pero era otra cosa. ¿De verdad no te

acuerdas de nada?

—Es como si ni siquiera hubiera estado allí.

—Empezamos a hablar de tu investigación, de lo mucho que estabas involucrado en ese proyecto secreto y dijiste (de esto me acuerdo muy bien) ..., dijiste que probablemente no volvieras a verme. Entonces me di cuenta de que no te habías pasado a verme para ponernos al día. Habías venido a despedirte. Luego me dijiste que nuestra existencia depende de las decisiones que tomamos y que la habías pifiado con algunas, pero con ninguna tanto como conmigo. Te disculpaste por todo. Fue muy emotivo. Te marchaste y no he vuelto a verte ni a saber nada de ti hasta esta noche. Ahora tengo una pregunta que hacerte.

—Vale.

Entre la bebida, la hierba y mi intento por comprender lo que cuenta, estoy mareándome.

—Cuando me viste esta noche en la recepción, lo primero que me preguntaste fue si sabía dónde estaba Charlie. ¿Quién es?

Una de las cosas que más me gusta de Daniela es su honestidad. Su corazón está conectado directamente con su boca. Sin filtros, sin autorrevisión. Dice lo que siente, sin una pizca de malicia ni suspicacia. No se anda con dobleces.

Así que, cuando la miro a los ojos y veo que está siendo sincera, casi me rompe el alma.

—No importa —musito.

—Está claro que sí importa. Llevamos sin vernos un año y medio, ¿y eso es lo primero que me preguntas?

Termino mi bebida y masco el último cubito de hielo, que ya estaba derritiéndose.

—Charlie es nuestro hijo.

Se queda pálida.

—Espera —dice Ryan en tono cortante—, creía que manteníamos una conversación de fumetas. ¿De qué va esto? —Mira a Daniela y luego a mí—. ¿Es una broma?

—No, no lo es.

—No tenemos ningún hijo y lo sabes —suelta Daniela—. Hace quince años que no estamos juntos. Lo sabes, Jason. Lo sabes.

Supongo que podría intentar convencerla ahora mismo. Sé tanto sobre esta mujer... Secretos de su infancia que me ha revelado en los últimos cinco años de nuestro matrimonio. Pero me preocupa que esas «revelaciones» sean contraproducentes. Que no las vea como pruebas, sino como prestidigitaciones. Trucos de salón. Apuesto lo que sea a que el mejor acercamiento para persuadirla de que digo la verdad es la sinceridad.

—Esto es lo que sé, Daniela. Tú y yo vivimos en mi casa de Logan Square. Tenemos un hijo de catorce años que se llama Charlie. Soy un simple profesor en Lakemont. Tú eres una esposa y una madre increíble que sacrificó su carrera artística por quedarse en casa. Y tú, Ryan, eres un famoso neurocientífico. Tú eres quien ha ganado el premio Pavia. Has dado conferencias por todo el mundo. Sé que esto parece una locura, pero no tengo un tumor cerebral, nadie está gastándome una broma y no he perdido la razón.

Ryan se ríe, pero en su risa hay una inconfundible punzada de incomodidad.

—Supongamos que todo lo que afirmas es cierto. O, al menos, que tú lo crees. La variable desconocida en esta historia es en lo que has estado trabajando los últimos años. Ese proyecto secreto. ¿Puedes contarnos algo de él?

—Nada.

Ryan hace un esfuerzo para ponerse de pie.

—¿Te vas? —le pregunta Daniela.

—Es tarde. Ya he tenido bastante.

—Ryan —sigo—, no es que no quiera decírtelo. Es que no puedo. No recuerdo nada. Soy profesor de Física. Me desperté en ese laboratorio y todo el mundo creía que trabajaba allí, pero no es así.

Ryan coge su sombrero y se dirige hacia la puerta.

En mitad del umbral, se gira para mirarme y suelta:

—No estás bien. Déjame que te lleve a un hospital.

—Ya he estado en uno. No voy a volver.

Mira a Daniela.

—¿Quieres que se marche?

Ella se vuelve hacia mí y considera —supongo— si quiere quedarse sola con un loco. ¿Y si decide no confiar en mí?

Finalmente niega con la cabeza y responde:

—No pasa nada.

—Ryan —le llamo—, ¿qué compuesto preparaste para mí?

Me fulmina con la mirada y por un instante creo que va a contestar, cuando desaparece la tensión de su rostro, como si intentara decidir si estoy loco o no soy más que un imbécil fumado.

Y, de pronto, llega a una conclusión.

Regresa la dureza.

—Buenas noches, Daniela —se despide sin un ápice de amabilidad.

Luego se da la vuelta.

Se va.

Cierra la puerta de golpe tras él.

Daniela entra en la habitación de invitados vestida con unos pantalones de yoga y una camiseta de tirantes, y sostiene una taza de té en las manos.

Me he dado una ducha.

No me siento mejor, pero al menos estoy limpio y me he quitado el hedor

del hospital a enfermedad y lejía.

Me siento en el borde del colchón y me pasa la taza.

—Manzanilla.

—No tenías que hacerlo. Tengo un sitio adonde ir —susurro mientras ahueco las manos alrededor de la cerámica caliente.

—Te quedas aquí conmigo y no hay más que hablar. —Pasa por encima de mis piernas y se sienta a mi lado, con la espalda apoyada en el cabecero de la cama.

Le doy un sorbo a la infusión.

Está caliente, algo dulce, y es relajante.

Daniela me echa un vistazo.

—Cuando fuiste al hospital, ¿qué creían que te pasaba?

—No lo sabían. Querían internarme.

—¿En un centro psiquiátrico?

—Sí.

—¿Y no les diste tu consentimiento?

—No, me marché.

—Así que habría sido algo involuntario.

—Exacto.

—¿Estás seguro de que no es lo mejor en este momento, Jason? Bueno, ¿qué pensarías si alguien te contase lo que estás contándome tú a mí?

—Creería que está loco de atar, pero me equivocaría.

—Entonces, ¿qué crees que está ocurriéndote?

—No estoy seguro del todo.

—Pero tú eres científico. Tienes una teoría.

—No dispongo de suficientes datos.

—¿Qué te dice tu instinto?

Le doy un sorbo a la manzanilla, saboreando el golpe de calor mientras

baja por mi garganta.

—Todos vivimos el día a día ajenos al hecho de que somos una parte de una realidad mucho más grande y extraña de lo que podríamos imaginar.

Me coge de las manos y, aunque no es la Daniela que conozco, no puedo ocultar lo locamente enamorado que estoy de esta mujer, incluso aquí y ahora, sentado en esta cama, en este mundo incorrecto.

La miro, contemplo esos vidriosos e intensos ojos hispanos. Me hace falta toda mi fuerza de voluntad para mantener las manos alejadas de ella.

—¿Tienes miedo? —me pregunta.

Me acuerdo del hombre que me secuestró a punta de pistola, del laboratorio, del equipo que me siguió hasta mi casa e intentó apresarme. Me acuerdo del hombre que fumaba un cigarrillo bajo la ventana de mi habitación del hotel. Aparte de todos los elementos de mi identidad que no coinciden con esta realidad, hay gente real ahí fuera, más allá de estas paredes, que quiere encontrarme.

Que me ha hecho daño antes y probablemente me lo haga otra vez.

Se apodera de mí una idea que me da qué pensar. ¿Podrían seguirme hasta aquí? ¿He puesto a Daniela en peligro?

No.

Si no es mi esposa, si tan sólo es una novia de hace quince años, ¿por qué iba a estar en el punto de mira de nadie?

—¿Jason? ¿Tienes miedo? —insiste.

—Mucho.

Alarga la mano y me acaricia con delicadeza la cara.

—Estos moratones...

—No sé cómo me los he hecho.

—Háblame de él.

—¿De quién?

—De Charlie.

—Esto debe de ser raro para ti.

—No puedo disimular lo contrario.

—Bueno, ya te he contado que tiene catorce años, casi quince. Su cumpleaños es el veintiuno de octubre y nació prematuro en el Chicago Mercy. Un niño enorme de poco más de medio kilo. Necesitó mucha ayuda en su primer año de vida, pero fue un luchador. Ahora está sano y es tan alto como yo. —Las lágrimas brotan de sus ojos—. Tiene el pelo oscuro como tú y un maravilloso sentido del humor. Es un estudiante de notable. Le predomina el hemisferio derecho, como a su madre. Le van los mangas y los monopatines. Le encanta dibujar paisajes disparatados. No creo que sea pronto para afirmar que tiene tu don.

—Basta.

—¿Qué?

Cierra los ojos; las lágrimas salen por las comisuras y se derraman por sus mejillas.

—No tenemos un hijo.

—¿Me juras que no tienes ni un recuerdo de él? ¿No se trata de ningún juego? Si me lo dices ahora, no lo volveré...

—Jason, rompimos hace quince años. Bueno, tú me dejaste a mí, para ser más exactos.

—Eso no es cierto.

—El día anterior te dije que estaba embarazada. Necesitabas un tiempo para pensarlo. Viniste a mi estudio y aseguraste que era la decisión más difícil que habías tomado jamás, pero estabas muy ocupado con tu investigación, la investigación que al final te haría ganar el gran premio. Que estarías encerrado en una sala blanca el próximo año y que yo merecía algo mejor. Que nuestro hijo se merecía algo mejor.

—No fue así como ocurrió —replico—. Te dije que no iba a ser fácil, pero que conseguiríamos que funcionara. Nos casamos. Tuviste a Charlie. Perdí mis fondos. Dejaste de pintar. Me hice profesor y tú te convertiste en madre a tiempo completo.

—Y, sin embargo, aquí estamos esta noche. Solteros. Sin hijos. Acabas de salir de la instalación que va a hacerme famosa y tú has ganado ese premio. No sé qué te pasa en la cabeza, tal vez tengas recuerdos conflictivos, pero sé lo que es real.

Clavo la vista en el vapor que sube de la superficie de la infusión.

—¿Crees que estoy loco?

—No tengo ni idea, pero no estás bien. —Y me mira con la compasión que siempre la ha definido.

Toco el anillo de hilo que tengo atado al dedo como un talismán.

—Mira, quizá creas lo que estoy contándote, quizá no, pero necesito que sepas que yo sí. Nunca te mentaría.

Este es posiblemente el momento más absurdo que he vivido desde que recuperé la consciencia en el laboratorio. Estoy sentado en la cama de la habitación de invitados del apartamento de la mujer que es mi esposa, pero no lo es, hablando del hijo que por lo visto nunca tuvimos, sobre una vida que no es nuestra.

Me despierto solo en la cama en mitad de la noche, con el corazón acelerado, la oscuridad dando vueltas y el interior de mi boca tremendamente seco.

Durante todo un minuto aterrador, no tengo ni idea de dónde estoy.

Esto no es por el alcohol o la hierba.

Es un nivel de desorientación mucho más profundo.

Me envuelvo más en las sábanas; no puedo dejar de temblar y el dolor que me recorre el cuerpo se intensifica. Tengo las piernas inquietas y el corazón

me late con fuerza.

La próxima vez que abro los ojos, la habitación está inundada por la luz del día y Daniela está de pie sobre mí, con cara de preocupación.

—Estás ardiendo, Jason. Debería llevarte a urgencias.

—Me pondré bien.

—No tienes buen aspecto. —Me coloca un paño helado en la frente—.

¿Qué tal te sienta?

—Bien, pero no tienes por qué hacer esto. Cogeré un taxi para regresar a mi hotel.

—Tú intenta marcharte.

A primera hora de la tarde, me baja la fiebre.

Daniela me prepara una sopa de pollo con fideos y me la tomo incorporado en la cama mientras permanece sentada en la silla del rincón con una distancia en los ojos que conozco muy bien.

Está perdida en sus pensamientos, reflexionando sobre algo, y no advierte que estoy observándola. No pretendo mirarla fijamente, pero no puedo apartar los ojos de ella. Sigue siendo Daniela, excepto...

Que lleva el pelo más corto.

Que está en mejor forma.

Que va maquillada y que su ropa —unos vaqueros y una camiseta ceñida— la hace aparentar menos de treinta y nueve años.

—¿Soy feliz? —pregunta.

—¿Qué quieres decir?

—En la vida que compartimos, de la que me has hablado..., ¿soy feliz?

—Pensaba que no querías hablar de eso.

—Anoche no pude dormir. No podía pensar en otra cosa.

—Creo que eres feliz.

—¿Sin mi arte?

—Estoy seguro de que lo echas de menos. Ves que viejas amistades tienen éxito y sé que te alegras por ellas, pero también sé que te duele. Igual que me ocurre a mí. Es algo que tenemos en común.

—Vamos, que somos un par de fracasados.

—No somos unos fracasados.

—¿Somos felices? Juntos, quiero decir.

Aparto el cuenco de sopa.

—Sí. Ha habido momentos difíciles, como en cualquier matrimonio, pero tenemos un hijo, un hogar, una familia. Eres mi mejor amiga.

Me mira directamente y me pregunta con una sonrisita taimada:

—¿Cómo es nuestra vida sexual?

Tan sólo me río.

—¡Oh, Dios! ¿De verdad acabo de ponerte colorado?

—Sí.

—Pero no has contestado a mi pregunta.

—No lo he hecho, ¿no?

—¿Qué pasa?, ¿es que no es buena? —Ahora está flirteando.

—No, es genial. Es que me estás avergonzando.

Se levanta y se acerca a la cama.

Se sienta en el borde del colchón y se me observa con esos ojos enormes y profundos.

—¿En qué estás pensando? —pregunto.

Sacude la cabeza.

—En que, si no estás loco ni mintiendo, entonces acabamos de tener la conversación más extraña de la historia de la humanidad.

Estoy sentado en la cama, observando cómo la luz del día abandona Chicago.

Fuera cual fuese el sistema tormentoso que trajo la lluvia anoche, ya se ha ido y ha dejado el cielo despejado a su paso; los árboles han cambiado y surge una luz sorprendente a medida que atardece —polarizada y dorada— que sólo puedo describir como una pérdida.

El dorado de Robert Frost que no puede permanecer.

En la cocina repiquetean las ollas, se abren y cierran armarios, y el aroma a carne guisada escapa por el pasillo hacia la habitación con un olor que me resulta familiar.

Salgo de la cama, poniéndome de pie por primera vez en todo el día, y me dirijo a la cocina.

Suena Bach y Daniela está junto a la isla, ha abierto el vino tinto y está cortando una cebolla sobre la encimera de esteatita, con un delantal y unas gafas de natación.

—Huele de maravilla —declaro.

—¿Te importaría darle vueltas?

Me acerco al fogón y levanto la tapa de la profunda olla.

El vapor que se eleva hasta mi rostro me lleva a casa.

—¿Cómo te encuentras? —me pregunta.

—Como un hombre distinto.

—Entonces..., ¿mejor?

—Mucho mejor.

Es un plato tradicional español: un guiso hecho con un surtido de carne y legumbres autóctonas. Chorizo, panceta y morcilla. Daniela lo prepara una o dos veces al año, normalmente en mi cumpleaños o cuando nieva durante un fin de semana y nos apetece pasarnos el día bebiendo y cocinando juntos.

Le doy vueltas al guiso y lo tapo.

—Es fabada... —aclara.

—La receta de tu madre —suelto sin pensar—. Bueno, la de la madre de tu madre, para ser más específicos.

Daniela deja de cortar. Se da la vuelta para mirarme.

—Dime qué hago —le pido.

—¿Qué más sabes sobre mí?

—Mira, desde mi perspectiva, llevamos juntos quince años, así que lo sé casi todo.

—Y desde la mía, no fueron más que dos meses y medio hace una eternidad. Sin embargo, sabes que esta receta ha pasado en mi familia varias generaciones.

Por un instante, reina un extraño silencio en la cocina.

Como si el aire entre nosotros llevara una carga positiva, zumbando en alguna frecuencia al límite de nuestra percepción.

—Si quieres ayudar —se anima al fin—, estoy preparando un aderezo para el guiso; podría decirte en qué consiste, pero seguramente ya lo sepas.

—¿Cheddar rallado, cilantro y crema agria?

Me dedica una leve sonrisa y arquea una ceja.

—Como he dicho, ya lo sabías.

Cenamos en la mesa junto a una enorme ventana, con la luz de las velas reflejándose en el cristal y las luces de la ciudad resplandeciendo al otro lado, nuestra constelación local.

La comida es espectacular, Daniela está preciosa a la luz del fuego y me siento con los pies en la tierra por primera vez desde que salí del laboratorio dando tumbos.

Al final —con los cuencos y la segunda botella de vino vacíos—, alarga el brazo por la mesa de cristal y me toca la mano.

—No sé qué es lo que está pasándote, Jason, pero me alegro de que me

hayas encontrado.

Quiero besarla.

Me ha acogido cuando estaba perdido.

Cuando el mundo había dejado de tener sentido.

Pero no la beso. Me limito a apretarle la mano y musito:

—No tienes ni idea de lo que has hecho por mí.

Quitamos la mesa, cargamos el lavavajillas y nos encargamos de los platos que quedan en el fregadero.

Yo lavo. Ella seca y los guarda. Como un viejo matrimonio.

—Ryan Holder, ¿eh? —suelto sin venir a cuento.

Deja de secar el interior del caldero y me mira.

—¿Quieres compartir alguna opinión al respecto?

—No, es que...

—¿Qué? Era tu compañero de piso, tu amigo. ¿No lo apruebas?

—Siempre le gustaste.

—¿Estás celoso?

—Por supuesto.

—Venga ya, ¡madura! Es un hombre estupendo. —Se pone a secar otra vez.

—¿Y cómo es de serio?

—Hemos salido unas cuantas veces. Ninguno ha dejado aún el cepillo de dientes en la casa del otro.

—Bueno, creo que a él le gustaría. Parece bastante colado.

Daniela sonrío con suficiencia.

—¿Cómo no iba a estarlo? Soy increíble.

Estoy tumbado en la cama de la habitación de invitados con la ventana entreabierta para que los ruidos de la ciudad me adormezcan como una máquina de sonidos.

Contemplo la ciudad durmiente desde la ventana.

Anoche me propuse responder a una simple pregunta: «¿Dónde está Daniela?».

Y la encontré: una artista con éxito, que vive sola.

No hemos estado casados nunca ni hemos tenido un hijo.

A menos que sea víctima de la broma más compleja de todos los tiempos, la naturaleza de la existencia de Daniela parece apoyar la revelación que estas últimas cuarenta y ocho horas han estado creando...

Este no es mi mundo.

Incluso mientras esas cinco palabras cruzan mi mente, no estoy del todo seguro de lo que significan o de cómo empezar a plantearme su importancia.

Así que lo repito.

Lo intento.

Compruebo cómo queda.

Este no es mi mundo.

Unos golpecitos en la puerta me sacan de mi sueño.

—Adelante.

Daniela entra y se mete en la cama conmigo.

—¿Va todo bien? —pregunto mientras me incorporo.

—No puedo dormir.

—¿Qué pasa?

Me besa, y no es como besar a mi esposa desde hace quince años, sino que es como besar a mi mujer de hace quince años por primera vez.

Pura energía y colisión.

Me pongo encima, recorro el interior de sus muslos con las manos, subiendo la camisola de raso por sus caderas desnudas, y me detengo.

—¿Por qué paras? —inquire, sin aliento.

«No puedo hacerlo, no eres mi mujer», estoy a punto de decir, pero no es cierto.

Sí es Daniela, el único ser humano en este mundo de locos que me ha ayudado, y sí, quizás estoy intentando justificarlo, pero está todo tan alterado, tan del revés, estoy tan aterrorizado, desesperado, que no es que quiera hacerlo, sino que lo necesito y creo que ella también.

La miro a los ojos, brillantes y grisáceos bajo la luz que se cuele por la ventana.

Unos ojos en los que puedes caer y seguir cayendo.

No es la madre de mi hijo, no es mi esposa, no hemos creado una vida juntos, pero la amo igualmente, y no sólo a la versión de Daniela que existe en mi cabeza, en mi historia. Amo a la mujer que tengo debajo de mí en esta cama, aquí y ahora, dondequiera que sea esto, porque es la misma disposición de la materia: los mismos ojos, la misma voz, el mismo olor, el mismo sabor...

Lo que viene a continuación no es un matrimonio haciendo el amor.

Nos manoseamos como en el asiento trasero de un coche y tenemos sexo con impacto de protones, sin protección. A quién coño le importa.

Unos instantes después, sudorosos y temblorosos, nos tumbamos entrelazados, contemplando las luces de nuestra ciudad.

El corazón de Daniela le aporrea el pecho y yo siento el pum-pum contra mi costado, que ahora disminuye la velocidad.

Más despacio.

Más despacio.

—¿Va todo bien? —susurra—. Desde aquí oigo cómo giran las ruedas.

—No sé qué habría hecho si no te hubiera encontrado.

—Bueno, me encontraste. Y sea lo que sea que esté sucediendo, estoy aquí

contigo. Lo sabes, ¿no? —Me pasa los dedos por la mano. Se detienen en el trozo de hilo atado alrededor de mi anular—. ¿Qué es esto?

—Una prueba —respondo.

—¿Una prueba?

—De que no estoy loco.

Vuelve a reinar el silencio.

No sé qué hora es; sin duda, más tarde de las dos de la madrugada.

Los bares estarán cerrados.

Las calles se encuentran tan tranquilas y apagadas como siempre, salvo en las noches que hay tormenta.

El aire que se cuela por la rendija es el más frío de la estación.

Recorre despacio nuestros cuerpos cubiertos de sudor.

—Tengo que volver a mi casa —digo.

—¿En Logan Square?

—Sí.

—¿Para qué?

—Tengo un despacho, por lo visto. Quiero entrar en mi ordenador y averiguar en qué he estado trabajando. Quizás encuentre documentos, notas, algo que arroje un poco de luz sobre lo que está pasándome.

—Puedo acompañarte en coche a primera hora de la mañana.

—No deberías.

—¿Por qué?

—Puede que no sea seguro.

—¿Por qué no iba a ser...?

Un fuerte ruido procedente del salón hace vibrar la puerta, como si alguien la golpeará con el puño. Del modo en que me imagino que llaman los polis.

—¿Quién coño es a estas horas? —pregunto.

Daniela se levanta y abandona desnuda la habitación.

Tardo un minuto en encontrar mis boxers, retorcidos entre el edredón; cuando me los pongo, ella está saliendo de su dormitorio con una bata de felpa.

Vamos al salón.

Los golpes en la puerta continúan mientras Daniela se acerca.

—No abras —susurro.

—Está claro. —Cuando se inclina hacia la mirilla, suena el teléfono.

Ambos nos sobresaltamos.

Daniela cruza el salón hacia el teléfono inalámbrico que se halla sobre la mesa de centro.

Echo un vistazo por la mirilla y descubro a un hombre en el pasillo, de espaldas a la puerta.

Está hablando por el móvil.

—¿Hola? —contesta Daniela.

El hombre viste de negro, lleva unas Doctor Martens, vaqueros y cazadora de cuero.

—¿Quién es? —insiste.

Me acerco a ella y señalo a la puerta, articulando para que me lea los labios: «¿Es él?».

Ella asiente con la cabeza.

—¿Qué quiere?

Me señala a mí.

Ahora oigo la voz del hombre simultáneamente a través de la puerta y por el auricular del inalámbrico:

—No sé de qué está hablando —continúa ella—. Aquí sólo estoy yo, vivo sola, y no voy a dejar que entre un extraño en mi casa a las dos de la...

La puerta se abre de golpe, la cadena se parte y sale volando mientras el hombre entra alzando una pistola con un tubo largo y negro enroscado en el

cañón. Nos apunta a ambos y, mientras le da una patada para cerrarla, percibo el olor a cigarrillo que se cuele en el estudio.

—Has venido aquí por mí —intervengo—. Ella no tiene nada que ver con esto.

Es un par de centímetros más bajo que yo, pero más fuerte. Tiene la cabeza rapada y los ojos grises, no tan fríos como distantes, como si no me viera como un ser humano, sino más bien como información. Unos y ceros, como una máquina.

Se me ha quedado la boca seca.

Hay una extraña distancia entre lo que está sucediendo y cómo lo estoy procesando. Una desconexión. Un retraso. Debería hacer algo, decir algo, pero me siento paralizado por su repentina presencia.

—Iré contigo —afirmo—, tan sólo...

Desvía ligeramente la pistola hacia arriba.

—Espera, no... —susurra Daniela.

La interrumpe un estallido y el sonido amortiguado de un disparo sin silenciador.

Una neblina rojiza me ciega durante medio segundo y Daniela se sienta en el sofá con un agujero entre sus ojos grandes y oscuros.

Camino hacia ella gritando, pero cada molécula de mi cuerpo se detiene, los músculos se me tensan, lo que me provoca un dolor increíble, y me derrumbo sobre la mesa de centro, agitándome y gruñendo sobre los cristales rotos, repitiéndome que esto no está ocurriendo.

El fumador levanta mis brazos inútiles por detrás de la espalda y me ata las muñecas con una brida formando una cruz.

Entonces oigo el sonido de un desgarró.

Me pone en la boca un trozo de precinto y se acomoda en una silla de cuero detrás de mí.

Grito a través de la cinta, suplicando que esto no sea verdad, pero sí está pasando y no puedo hacer nada por cambiarlo.

Oigo la voz del hombre tras de mí, calmada y con un registro más alto del que me habría imaginado:

—Oye, estoy aquí... No, ¿por qué no vuelves...? Exacto, donde los contenedores de basura y reciclaje. La puerta trasera del edificio está abierta... A las dos va bien. Estamos en plena forma aquí arriba, pero no te entretengas, ya sabes... Sí..., sí... Vale, me parece bien.

Al final, el terrible efecto de lo que supongo que es una táser se torna más suave, aunque estoy demasiado débil para moverme.

Lo único que alcanzo a ver desde mi posición es la mitad inferior de las piernas de Daniela. Un hilo de sangre cae por su tobillo derecho, cruza por encima el pie, baja entre sus dedos y empieza a formar un charco en el suelo.

Oigo vibrar el móvil del hombre.

—Eh, nena... —contesta—. Lo sé, es que no quería despertarte... Sí, me ha surgido algo... No sé, puede que por la mañana. ¿Qué te parece si te llevo a desayunar al Golden Apple en cuanto termine? —Se ríe—. Vale. Yo también te quiero. Dulces sueños.

Las lágrimas me empañan los ojos.

Grito a través de la cinta, grito hasta que me arden los pulmones, y pienso en la posibilidad de que me dispare o me deje sin conocimiento, cualquier cosa que detenga en este instante el intenso dolor.

Pero no parece molestarle lo más mínimo.

Se queda ahí sentado, callado, dejando que grite y me enfurezca.

SEIS

Daniela está en las gradas, debajo del marcador, encima de la pared del jardín cubierta de hiedra. Es sábado por la tarde, el último partido en casa de la liga regular. Está con Jason y Charlie, viendo cómo les dan una paliza a los Cubs en el estadio hasta los topes.

En este cálido día de otoño no luce ni una nube.

No hay viento.

No hay tiempo.

El ambiente huele a...

Cacahuets tostados.

Palomitas de maíz.

Vasos de plásticos llenos de cerveza hasta el borde.

A Daniela le resulta reconfortante el clamor de la muchedumbre. Están demasiado lejos del *home plate* para advertir un retraso entre *swing* y el golpe con el bate —la velocidad de la luz frente a la del sonido— cuando un jugador manda una bola al otro lado.

Solían ir a los partidos cuando Charlie era pequeño, pero hace millones de años desde que visitaron el Wrigley Field por última vez. Cuando Jason sugirió la idea ayer, ella no creyó que Charlie se apuntaría, pero debió de rascar en la nostalgia de la psique de su hijo, porque sí quiso, y ahora parece relajado y feliz. Todos están contentos, un trío de satisfacción casi perfecta al sol, comiendo perritos calientes al estilo de Chicago, viendo a los jugadores correr por la brillante hierba.

Mientras Daniela está sentada, apretujada entre los dos hombres más importantes de su vida, embriagada de cerveza tibia, tiene la sensación de que esta tarde es de algún modo distinta. No está segura de si es por Charlie, por Jason o por ella misma. Charlie está disfrutando el momento; no comprueba su móvil cada cinco segundos. Y Jason parece más feliz de lo que le ha visto en años. «Ingrávido» es la palabra que le viene a la mente. Su sonrisa es más amplia, más radiante, como si la diera con más libertad.

Y no puede quitarle las manos de encima.

Puede que la diferencia esté en ella.

A lo mejor es la cerveza, la calidad cristalina de la luz de otoño y la energía común de la multitud.

Quizá simplemente se sienten vivos en un partido de béisbol, en un día de otoño, en el corazón de la ciudad.

Charlie tiene planes después del partido, así que le dejan con un amigo en Logan Square, paran en casa para cambiarse de ropa y luego salen los dos solos en dirección al centro, sin itinerario, sin un destino específico.

Un paseo de sábado por la noche.

Metidos entre el denso tráfico a esas horas en Lakeshore Drive, Daniela mira la consola central del Suburban de hace una década.

—Creo que sé lo que quiero hacer primero —dice.

Treinta minutos más tarde, se encuentran en una noria muy iluminada.

Se alzan despacio sobre el espectáculo del Navy Pier y Daniela contempla el elegante perfil de su ciudad mientras Jason la abraza con fuerza.

Como cúspide de su única revolución —a cuarenta y cinco metros sobre la feria—, nota que Jason le toca la barbilla y gira la cara hacia él.

Tienen la cesta sólo para ellos.

Incluso ahí arriba, el aire nocturno está endulzado por el olor a churros y

algodón de azúcar.

Llegan las risas de los niños desde el tiovivo.

Una mujer grita de alegría en un hoyo del minigolf de abajo.

La intensidad de Jason lo destroza todo.

Cuando la besa, ella siente su corazón a través de la cazadora, taladrando en su pecho.

Cenan en un restaurante más agradable de lo que pueden permitirse y pasan todo el tiempo conversando como si llevaran años sin hablar.

No de gente ni de recuerdos, sino sobre ideas.

Se terminan una botella de Tempranillo.

Piden otra.

Se plantean pasar la noche en la ciudad.

Hace mucho que Daniela no ve a su marido tan apasionado, tan seguro de sí mismo.

El hombre está que se sale, le encanta su vida.

A mitad de la segunda botella, la pilla mirando por la ventana.

—¿En qué piensas? —inquire.

—Es una pregunta peligrosa.

—Soy consciente de ello.

—Estoy pensando en ti.

—¿En qué?

—Parece que intentes acostarte conmigo. —Se ríe—. Me refiero a que parece que lo estés intentando cuando no tienes por qué. Somos un viejo matrimonio y me siento como si estuvieras, hmmm...

—¿Cortejándote?

—Exacto. No me interpretes mal, no me quejo. En absoluto. Es increíble. Supongo que lo que pasa es que no sé a qué viene todo esto. ¿Estás bien?

¿Ocurre algo que no me estás contando?

—Estoy bien.

—Entonces, ¿es sólo porque hace dos noches casi te atropella un taxi?

—No sé si la vida pasó ante mis ojos o qué, pero cuando volví a casa, todo era distinto —contesta—. Más real. Tú sobre todo. Es como si te viera por primera vez y tengo ese malestar en el estómago por los nervios. Pienso en ti cada segundo, en todas las decisiones que hemos tomado que han creado este momento, aquí sentados a esta bonita mesa. Luego también pienso en todos los posibles acontecimientos que podrían haber impedido que sucediera este instante y todo parece, no sé...

—¿Qué?

—Tan frágil... —Se queda pensativo un momento y al final dice—: Es aterrador cuando eres consciente de que cualquier pensamiento que tenemos, cualquier decisión que tomamos, se ramifica en un nuevo mundo. Después del partido de béisbol de hoy, fuimos a Navy Pier y después vinimos a cenar aquí, ¿verdad? Pero eso no es más que una versión de lo que sucedió. En una realidad diferente, en vez de al muelle, fuimos a la sinfónica. En un fotograma, nos quedamos en casa. En otro, tenemos un fatal accidente en Lakeshore Drive y jamás llegamos a ninguna parte.

—Pero esas realidades no existen.

—La verdad es que son tan reales como la que tú y yo estamos viviendo en este instante.

—¿Cómo es posible?

—Es un misterio, pero hay pistas. La mayoría de astrofísicos cree que la fuerza de las estrellas y las galaxias juntas, lo que hace funcionar nuestro universo, proviene de una sustancia teórica que no podemos medir ni observar directamente. Algo a lo que llaman «materia oscura». Y esa materia oscura es de lo que se compone la mayor parte del universo conocido.

—Pero ¿qué es exactamente?

—Nadie lo sabe a ciencia cierta. Los físicos han intentado elaborar nuevas teorías para explicar su origen y lo que es. Sabemos que posee gravedad, como la materia corriente, pero debe de estar hecha de algo nuevo.

—Una nueva forma de materia.

—Exacto. Algunos teóricos de cuerdas creen que podría tratarse de una pista sobre la existencia del multiverso.

Se queda pensativa durante un instante y luego pregunta:

—Entonces..., ¿dónde están todas esas realidades?

—Imagínate que eres un pez que está nadando en un estanque. Puedes moverte hacia delante y hacia atrás, de un lado a otro, pero no puedes salir nunca del agua. Si alguien se hallase observándote junto al estanque, no tendrías ni idea de que está ahí. Para ti, ese pequeño estanque es el universo entero. Ahora imagínate que alguien mete la mano y te saca de ahí. Entonces ves que lo que tú creías que era el mundo es tan sólo un estanque. Ves otros estanques, árboles, el cielo arriba. Te das cuenta de que era una parte de una realidad mucho más grande y misteriosa de lo que jamás habías soñado.

Daniela se recuesta en la silla y toma un sorbo de vino.

—Así que todos esos miles de estanques están a nuestro alrededor, justo en este momento..., pero ¿no los vemos?

—Exacto.

Jason solía hablar así todo el rato. La mantenía despierta hasta altas horas de la noche proponiendo teorías, a veces probando cosas, aunque lo que trataba casi siempre era de impresionarla.

Antes funcionaba.

Está funcionando ahora.

Ella aparta la vista un momento y, por la ventana junto a su mesa, observa cómo el agua se desliza mientras la luz de los edificios de alrededor gira en

una especie de resplandor perpetuo por la superficie de vidrio solapado del río.

Finalmente vuelve a mirarle por encima del borde de su copa; sus ojos conectan y la luz de las velas tiembla entre ellos.

—¿Crees que hay otra versión tuya que se quedó investigando en alguno de esos estanques de ahí fuera? —pregunta—. Que cumplió todos los planes que tenías a los veinte años, antes de que se interpusiera la vida.

Él sonríe.

—Se me ha pasado por la cabeza.

—¿Y tal vez una versión mía llegó a ser una artista famosa? Que cambió todo esto por eso.

Jason se inclina hacia delante, apartando los platos de en medio para alargar los brazos por la mesa y cogerla de las dos manos.

—Si hay un millón de estanques ahí fuera, con versiones nuestras viviendo vidas similares y diferentes, no hay ninguna mejor que la de aquí y ahora. No hay nada de lo que esté más seguro.

SIETE

La bombilla sin pantalla del techo vierte una intensa y titilante luz en la diminuta celda. Estoy atado a una cama de acero, con los tobillos y las muñecas encadenados, conectados con mosquetones carabineros a unos cáncamos fijados en la pared de cemento.

Tres cerraduras se retraen en la puerta; estoy demasiado sedado para sobresaltarme.

Se abre.

Leighton lleva un esmoquin.

Gafas con montura metálica.

Cuando se acerca, me llega un olorcillo a colonia y luego a alcohol en su aliento. ¿Champán? Me pregunto de dónde viene. ¿Una fiesta? ¿Una actividad benéfica? Aún lleva una cinta rosa de satén en el pecho de su chaqueta.

Leighton se agacha hacia el borde del colchón, tan fino como el papel.

Parece serio.

E increíblemente triste.

—Estoy seguro de que quieres decir varias cosas, Jason, pero espero que me dejes hablar a mí primero. Asumo tener mucha culpa de lo sucedido. Regresaste y no estábamos preparados para que te encontraras tan... mal como estabas. Como estás. Te fallamos y lo siento. No sé qué más añadir. Es que... odio todo lo que ha pasado. Tu vuelta debería haber sido una celebración.

A pesar de la fuerte sedación, tiemblo de dolor.

De rabia.

—El hombre que fue al apartamento de Daniela..., ¿le enviaste a por mí?
—pregunto.

—No me dejaste más remedio. La posibilidad de que le hubieras hablado de este lugar...

—¿Le ordenaste que la matara?

—Jason...

—¿Lo hiciste?

No contesta, aunque eso ya es una respuesta.

Le miro a los ojos y en lo único que puedo pensar es en arrancarle la cara hasta llegar al cráneo.

—Hijo de... —Me derrumbo. Sollozo. No puedo sacar de mi cabeza la imagen de la sangre cayendo por el pie descalzo de Daniela.

—Lo siento muchísimo, tío. —Me pone la mano en el brazo y casi me disloco el hombro para intentar apartarle.

—¡No me toques!

—Llevas casi veinticuatro horas en esta celda. No me complace tenerte aquí encerrado y sedado, pero, mientras sigas siendo un peligro para ti y los demás, esta situación no puede cambiar. Tienes que comer y beber algo. ¿Estás dispuesto a hacerlo?

Me centro en una grieta en la pared.

Me imagino usando la cabeza de Leighton para abrir otra.

Llevarla hacia el cemento una y otra vez hasta que no quede nada más que una pasta roja.

—Jason, o permites que te den de comer o te meto una sonda gástrica en el estómago.

Quiero decirle que voy a matarle. A él y a todos los de este laboratorio. Siento las palabras subir hasta mi garganta, pero el buen juicio prevalece. Estoy a merced de este hombre.

—Sé que lo que viste en ese apartamento fue horrible y lo siento. Ojalá no hubiese pasado, pero a veces una situación se va de las manos... Mira, por favor, quiero que sepas que lo siento muchísimo, tienes que comprenderlo. — Se levanta, se acerca a la puerta y la abre. En el umbral, se gira para mirarme, con la mitad del rostro en la luz y la otra mitad en las sombras—. A lo mejor no soportas oírlo, pero este lugar no existiría sin ti. Ninguno de nosotros estaría aquí si no fuera por tu trabajo, por lo brillante que eres. No voy a dejar que nadie se olvide de eso, especialmente tú.

Me calmo.

Finjo calmarme.

No logro nada encadenado en esta minúscula celda.

Desde la cama, escruto la cámara de vigilancia colocada sobre la puerta y pido hablar con Leighton.

—Creo que probablemente esté tan contento como tú de sacarte de aquí — me dice cinco minutos después mientras me quita las cadenas. Me ofrece una mano para ayudarme a levantarme.

Tengo las muñecas en carne viva por las correas de cuero.

Y la boca seca.

Deliro de sed.

—¿Te encuentras mejor? —me pregunta.

Se me pasa por la cabeza que la primera inclinación que tuve al despertar en este lugar fue la correcta. Ser el hombre que ellos creen que soy. La única manera de conseguirlo es hacer ver que he perdido la memoria y mi identidad. Que llenen ellos esos huecos. Porque, si no soy el hombre que ellos piensan, no les sirvo para nada.

Y jamás saldré vivo de este laboratorio.

—Estaba asustado. Por eso huí.

—Lo entiendo perfectamente.

—Siento haberte hecho pasar por esto, pero tienes que comprender... que estoy perdido. Tengo una enorme laguna donde deberían estar los últimos diez años.

—Y vamos a hacer todo lo que esté en nuestro poder para ayudarte a recuperar esos recuerdos, para que te recuperes. Vamos a hacerte una resonancia magnética. Comprobaremos si existe estrés postraumático. Nuestra psiquiatra, Amanda Lucas, hablará contigo en breve. Tienes mi palabra: removeremos cielo y tierra hasta que lo resolvamos, hasta que te tengamos totalmente de vuelta.

—Gracias.

—Tú harías lo mismo por mí. Mira, no tengo ni idea de por lo que has pasado en los últimos catorce meses, pero el hombre que conozco desde hace once años, el colega y amigo que creó conmigo este sitio, está encerrado en alguna parte de tu cabeza y haré todo lo posible por encontrarlo.

Una idea aterradora: ¿y si tiene razón?

Creo que sé quién soy.

Pero una parte de mí se pregunta...: ¿y si los recuerdos que tengo de mi vida real —el marido, el padre, el profesor— no son reales?

¿Y si es el resultado del daño cerebral recibido mientras trabajaba en este laboratorio?

No.

Sé quién soy.

Leighton se ha sentado al borde del colchón. Ahora sube los pies y se recuesta en la cama.

—Tengo que preguntártelo —dice—: ¿qué estabas haciendo en el apartamento de esa mujer?

Miento:

—No estoy seguro del todo.

—¿De qué la conocías?

Me esfuerzo por ocultar las lágrimas y la cólera.

—Salí con ella hace mucho tiempo.

—Volvamos al principio. Después de que escaparas por la ventana del baño hace tres noches, ¿cómo llegaste a tu casa en Logan Square?

—En un taxi.

—¿Le dijiste al taxista algo sobre de dónde acababas de salir?

—Por supuesto que no.

—Vale, y después de que te las apañaras para librarte de nosotros en tu casa, ¿adónde fuiste?

Miento:

—Estuve deambulando toda la noche. Estaba desorientado, asustado. Al día siguiente vi el cartel que anunciaba la exposición de Daniela. Así fue como la encontré.

—¿Hablaste con alguien más aparte de ella?

Ryan.

—No.

—¿Estás seguro?

—Sí. Fuimos a su apartamento; estábamos solos hasta que...

—Tienes que entenderlo... Hemos invertido todo en este lugar, en tu trabajo. Nos hemos volcado en esto. Cualquiera de nosotros dejaría a un lado su vida para protegerlo. Incluido tú.

El disparo.

El oscuro agujero entre sus ojos.

—Me rompe el corazón verte así, Jason. —Lo dice con auténtica amargura y arrepentimiento, lo veo en sus ojos.

—¿Éramos amigos? —pregunto.

Asiente con la cabeza y tensa la mandíbula, como si estuviera reprimiendo una oleada de emociones.

—Es que me cuesta comprender cómo podéis aceptar el asesinato tú u otra persona de este laboratorio para protegerlo.

—El Jason Dessen que conocía no le habría dado más vueltas a lo que le ha ocurrido a Daniela Vargas. No digo que se hubiera alegrado, ninguno de nosotros se alegra, pero habría estado dispuesto a hacerlo.

Niego con la cabeza.

—Te has olvidado de lo que hemos creado juntos —afirma.

—Pues enseñámelo.

Me lavan, me dan ropa nueva y algo de comer.

Después de almorzar, cogemos el montacargas para bajar a la cuarta planta subterránea.

La última vez que pasé por este pasillo estaba cubierto de plástico y no tenía ni idea de dónde me encontraba.

No me han amenazado.

No me han dicho explícitamente que no puedo marcharme.

Pero ya me he dado cuenta de que Leighton y yo rara vez estamos solos. Dos hombres que se comportan como policías siempre están en la periferia. Recuerdo a estos guardias de la primera noche.

—Básicamente, son cuatro pisos —explica Leighton—. El gimnasio, la sala de recreo, el comedor y unos cuantos dormitorios en el primero. Los laboratorios, las salas blancas y las salas de conferencias en el segundo. La planta menos tres está destinada a la fabricación. Y en la cuarta se encuentra la enfermería y el centro de control.

Nos dirigimos hacia un par de puertas abovedadas lo bastante imponentes como para guardar secretos nacionales.

Leighton se detiene ante una pantalla táctil empotrada en la pared contigua.

Saca una tarjeta del bolsillo y la pasa por el escáner.

—«Nombre, por favor» —dice una voz computarizada femenina.

Se inclina para acercarse.

—Leighton Vance.

—«Contraseña».

—Uno-uno-ocho-siete.

—«Reconocimiento de voz confirmado. Bienvenido, doctor Vance».

Un zumbido me sobresalta y retumba, desapareciendo por el pasillo detrás de nosotros.

Las puertas se abren despacio.

Entro en un hangar.

Unas luces resplandecen en las vigas del techo, iluminando un cubo de tres metros de color gris plomo.

El pulso se me acelera.

No me puedo creer lo que estoy viendo.

Leighton debe de advertir mi asombro, porque dice:

—Bonito, ¿eh?

Es precioso.

Al principio pienso que el zumbido del hangar proviene de las luces, pero no puede ser. Es tan intenso que lo noto en la base de mi columna, como la vibración de baja frecuencia de un enorme motor.

Me muevo hacia la caja, fascinado.

Nunca imaginé que lo vería en persona a esta escala.

De cerca compruebo que no es una superficie lisa, sino irregular, y que refleja la luz de un modo que la hace parecer multifacética, casi traslúcida.

Leighton hace señas hacia el immaculado suelo de cemento que brilla bajo las luces.

—Te encontramos inconsciente justo ahí.

Caminamos despacio junto a la caja. Alargo la mano y dejo que los dedos rocen la superficie. Está fría al tacto.

—Hace once años, después de ganar el Pavia —continúa Leighton—, vinimos a verte y te ofrecimos cinco mil millones de dólares. Podríamos haber construido una nave espacial, pero te lo dimos todo para ver qué eras capaz de conseguir con recursos ilimitados.

—¿Aquí está mi trabajo? ¿Y mis notas?

—Claro.

Llegamos al otro extremo de la caja. Me lleva hacia la siguiente esquina. En este lado, se ha abierto una puerta en el cubo.

—¿Qué hay dentro?

—Compruébalo tú mismo.

La base del marco de la puerta está situada a unos treinta centímetros de la superficie del hangar.

Bajo la manilla, la abro y empiezo a entrar.

Leighton me pone una mano en el hombro.

—No sigas —me advierte—, por tu propia seguridad.

—¿Es peligroso?

—Fuiste la tercera persona en entrar. Dos más fueron después y hasta ahora has sido el único en regresar.

—¿Qué les ha pasado?

—No lo sabemos. No pueden meterse dispositivos de grabación. El único informe que podíamos esperar a estas alturas era de alguien que lograra regresar. Como tú.

El interior de la caja está vacío, sin adornos, y oscuro. Las paredes, el suelo y el techo están hechas del mismo material que el exterior.

—Está insonorizado, hermetizado y, como habrás supuesto, tiene un potente campo magnético —aclara Leighton.

Al cerrar la puerta, se oye el fuerte golpe de un cerrojo de seguridad al otro lado.

Contemplar la caja es como ver un sueño fallido resucitado de entre los muertos.

Mi trabajo a los veintitantos años consistía en una caja similar a esta. Se trataba de un cubo de dos centímetros cuadrados, diseñado para poner un objeto macroscópico en superposición. En lo que a veces los físicos llamamos el estado del gato; a los científicos les hace mucha gracia. Por el gato de Schrödinger, el famoso experimento mental.

Imagina un gato, una ampolla con veneno y una fuente radioactiva en una caja cerrada. Si un sensor interno registra la radioactividad, como un desintegrador de átomos, la ampolla se rompe y mata al gato. El átomo tiene las mismas probabilidades de desintegrarse o no desintegrarse.

Es una manera ingeniosa de vincular un resultado en el mundo clásico, nuestro mundo, con un acontecimiento a nivel cuántico.

La interpretación de Copenhague de la mecánica cuántica sugiere un disparate: antes de que se abra la caja, antes de que ocurra la observación, el átomo existe en superposición, un estado indeterminado de desintegración y no desintegración. Lo que significa, a su vez, que el gato está vivo y muerto.

Y únicamente cuando se abre la caja y se realiza la observación, la función de onda se desploma en uno de los dos estados.

Dicho de otra forma, sólo vemos uno de los posibles resultados.

Por ejemplo, un gato muerto.

Y esa se convierte en nuestra realidad.

Pero entonces todo se pone muy raro.

¿Existe otro mundo, tan real como el que conocemos, donde abrimos la caja y encontramos en su lugar a un gato vivo que ronronea?

La interpretación de los Mundos Múltiples de la mecánica cuántica lo

afirma.

Que, cuando abrimos la caja, se produce una división.

Un universo donde descubrimos un gato muerto.

Otro donde descubrimos uno vivo.

Y es el acto de nuestra observación lo que mata al gato o lo deja vivo.

Y entonces se pone más raro.

Porque todos esos tipos de observaciones suceden constantemente.

Así que, si el mundo de verdad se divide cada vez que se observa algo, significa que existe un número infinito de universos —un multiverso— donde todo lo que pueda suceder sucederá.

Mi idea de un cubo minúsculo era crear un entorno protegido de la observación y los estímulos externos para que mi objeto macroscópico —un disco de nitruro de aluminio de 40 micrómetros de longitud, que consistía en un billón de átomos aproximadamente— tuviera la libertad de existir en ese estado indeterminado del gato y sin que se diera una decoherencia debido a las interacciones con su entorno.

Nunca resolví ese problema antes de que mis fondos se evaporaran; al parecer, otra versión de mí sí que lo consiguió. Y elevó el concepto entero a un nivel inconcebible. Porque si lo que Leighton dice es verdad, esta caja hace algo que, según todo lo que sé sobre física, es imposible.

Me siento avergonzado, como si hubiera perdido una carrera contra un rival mejor. Esta caja la construyó un hombre con una visión excepcional.

Un Jason mejor, más inteligente.

Miro a Leighton.

—¿Funciona?

—El hecho de que estés a mi lado así lo sugiere —responde.

—No lo entiendo. Si quisieras poner una partícula en un estado cuántico en un laboratorio, crearías una cámara de privación. Se elimina toda la luz, se

absorbe el aire y se baja la temperatura a una fracción de un grado por encima del cero absoluto. Mataría a un ser humano. Y cuanto más lejos vas, más frágil se hace todo. Aunque estemos bajo tierra, hay todo tipo de partículas, neutrinos, rayos cósmicos, que atraviesan el cubo y pueden interrumpir un estado cuántico. El desafío parece insuperable.

—No sé qué decirte... Tú lo superaste.

—¿Cómo?

El hombre sonríe.

—Mira, tenía sentido cuando me lo explicaste, pero no puedo explicártelo yo a ti. Deberías leer tus notas. Lo que puedo decirte es que esa caja crea y mantiene un entorno donde los objetos cotidianos pueden existir en una superposición cuántica.

—¿Incluidos nosotros?

—Incluidos nosotros.

Vale.

Aunque todo lo que conozco me dice que es imposible, averigué el modo de crear un entorno cuántico fértil a gran escala, tal vez utilizando el campo magnético para unir objetos en el interior a un sistema cuántico de escala atómica.

Pero ¿qué hay del ocupante de la caja?

Los ocupantes también son observadores.

Vivimos en un estado de decoherencia, en una realidad, porque estamos constantemente observando nuestro entorno y provocando que se desplome nuestra propia función de onda.

Debe de haber algo más en la ecuación.

—Vamos —dice Leighton—, quiero enseñarte algo.

Me lleva hacia unos ventanales al otro lado del hangar que dan a la puerta de la caja.

Pasa su tarjeta por otra puerta de seguridad y me indica el camino hacia una sala que parece un centro de comunicaciones o un centro de control.

En este momento, sólo una de las estaciones de trabajo está ocupada por una mujer con los pies subidos a un escritorio, con unos auriculares puestos, ajena a nuestra intromisión.

—Esta estación está atendida veinticuatro horas al día, los siete días de la semana. Todos hacemos turnos y esperamos el regreso de alguien. —Se acerca a un terminal, introduce una serie de contraseñas y revisa varias carpetas hasta que encuentra lo que está buscando. Abre el archivo de un vídeo.

Está en HD, filmado desde una cámara que enfoca la puerta de la caja, probablemente colocada justo encima de estas ventanas del centro de control.

En la parte inferior de la pantalla veo una fecha de hace catorce meses y el reloj realiza la cuenta atrás a una centésima de segundo.

Aparece un hombre que se acerca a la caja.

Lleva una mochila sobre un traje espacial funcional, con el casco sujeto bajo el brazo izquierdo.

En la puerta, gira la palanca y la abre. Antes de entrar, mira por encima del hombro, directo a la cámara.

Soy yo.

Saludo, entro en la caja y me encierro desde el interior.

Leighton acelera la velocidad de reproducción.

La caja no se mueve durante cincuenta minutos.

El vídeo se ralentiza cuando alguien nuevo sale en la pantalla.

Una mujer de pelo largo y castaño camina hacia la caja y abre la puerta.

La imagen de la pantalla ahora se recibe a través de una GoPro que lleva en la cabeza.

Recorre el interior de la caja, una luz resplandece por el suelo y las paredes vacías, reflejándose en la superficie irregular del metal.

—¡Y puf! —exclama Leighton—. Te fuiste. Hasta... —abre otro archivo— hace tres días y medio.

Me observo a mí mismo salir tambaleándome de la caja y caer al suelo, casi como si me sacaran de un empujón.

Transcurre más tiempo y aparece el equipo de contención que me levanta hacia una camilla.

No puedo recuperarme de lo surrealista que es ver la repetición del momento exacto en el que empezó la pesadilla en la que se ha convertido mi vida.

Mis primeros segundos en este nuevo y magnífico mundo de mierda.

Me han preparado uno de los dormitorios subterráneos; es una mejora respecto a la celda muy bien recibida.

Una cama de lujo.

Un baño completo.

Un escritorio con un jarrón de flores recién cortadas que perfuman la estancia.

—Espero que aquí estés más cómodo —apunta Leighton—, pero te lo advierto: por favor, no te suicides; todos estamos observándote. Habrá gente justo al otro lado de esta puerta para detenerte y entonces tendrás que vivir con una camisa de fuerza en la desagradable celda de ahí abajo. Si llegas a desesperarte, coge el teléfono y dile a quienquiera que responda que vaya a buscarme. No sufras en silencio. —Toca el portátil que hay encima del escritorio—. Está repleto de tu material de trabajo de los últimos quince años. Hasta se remonta a tu investigación anterior a los Laboratorios Velocity. No hay contraseña. Explora con total libertad. Quizá te ayude a atar cabos. —De camino hacia la puerta, gira la cabeza y dice—: Por cierto, vamos a cerrar la puerta con llave. —Sonríe—. Es sólo por tu propia seguridad.

Me siento en la cama con el portátil e intento hacerme a la idea de la gran cantidad de información que contienen las decenas de miles de carpetas.

Está organizado por años y se remonta a antes de que ganara el Pavia, a mis años de universidad, cuando empezó a presentarse el primer indicio de mi ambición.

Las primeras carpetas contienen trabajo que me resulta familiar, el borrador de un documento que al final se convertiría en mi primer trabajo publicado, extractos de artículos relacionados, todo lo que tenía que ver con mi periodo en el laboratorio de la Universidad de Chicago y la construcción del primer cubo diminuto.

Los datos de la sala blanca están meticulosamente ordenados.

Examino los archivos hasta que comienzo a ver doble, e incluso entonces continúo, advirtiendo cómo avanza mi trabajo hasta más allá de donde se detuvo en la versión de mi vida.

Es como olvidarlo todo de uno mismo y luego leer tu propia biografía.

Trabajaba todos los días.

Mis notas mejoraron, se hicieron más rigurosas, más específicas.

Aun así, me esforzaba por encontrar la manera de crear la superposición de mi disco macroscópico; mis notas transmitían frustración y desesperación.

No puedo mantener los ojos abiertos más tiempo.

Apago la luz de la mesilla de noche y me tapo con las mantas.

Está muy oscuro aquí dentro.

La única luz de la habitación es un punto verde arriba en la pared, enfrente de la cama.

Es una cámara que graba con visión nocturna.

Alguien observa cada uno de mis movimientos, cada respiración.

Cierro los ojos e intento ignorarlo.

Pero veo lo mismo que me persigue cada vez que los cierro: la sangre

bajando por su tobillo, por su pie descalzo.

El agujero negro entre los ojos.

Sería muy fácil derrumbarse.

Explotar.

En medio de la oscuridad, toco el trozo de hilo de mi dedo anular y me recuerdo que mi otra vida es real, que todavía existe en alguna parte.

Como en una playa mientras la marea arrastra la arena bajo mis pies de vuelta al mar, siento mi propio mundo, y la realidad que lo sostiene se lo lleva.

Si no me resisto con todas mis fuerzas, ¿irá encajando poco a poco esta realidad hasta absorberme?

Me despierto de golpe.

Alguien está llamando a la puerta.

Enciendo la luz y salgo a trompicones de la cama, desorientado, sin tener ni idea de cuánto rato llevo dormido.

Los golpes son más fuertes.

—¡Ya voy! —grito.

Intento abrir la puerta, pero está cerrada con llave por fuera.

Oigo que gira el cerrojo.

La puerta se abre.

Tardo un momento en recordar cuándo y dónde he visto a la mujer que está en el pasillo; lleva un vestido negro ajustado y dos tazas de café y una libreta bajo el brazo. Entonces me viene a la cabeza. Aquí. Me hizo o intentó hacerme aquel interrogatorio extraño la noche en que recobré el conocimiento fuera de la caja.

—Jason, hola. Amanda Lucas.

—Sí, es verdad.

—Perdona, no quería entrar sin más.

—No, está bien.

—¿Tienes un momento para hablar conmigo?

—Hmm, sí.

La dejo pasar y cierro la puerta.

Le acerco la silla del escritorio.

Me ofrece un vaso de papel.

—Te he traído café, por si te apetece.

—Por favor. —Y lo cojo—. Gracias.

Me siento en el borde de la mesa.

El café me calienta las manos.

—Tienen esa estupidez de chocolate con avellanas, pero a ti te gusta normal, ¿no?

Bebo un poco.

—Sí, así está perfecto.

—Bueno, esto debe de ser raro para ti —comenta mientras le da un sorbo a su café.

—Y que lo digas.

—Leighton me ha dicho que te mencionó que vendría a hablar contigo.

—Sí.

—Bien. Soy la psiquiatra del laboratorio. Llevo aquí casi nueve años. Estoy colegiada y todo eso. Ejercía en una consulta privada antes de unirme a los Laboratorios Velocity. ¿Te importa que te haga unas preguntas?

—Adelante.

—Informaste a Leighton de... —Abre su libreta—. Cito: «Tengo una enorme laguna donde deberían estar los últimos diez años». ¿Es correcto?

—Sí.

Escribe algo con un lápiz.

—Jason, ¿has experimentado o presenciado un acontecimiento casi mortal que te haya provocado miedo, impotencia u horror?

—He visto cómo disparaban a Daniela Vargas en la cabeza delante de mí.

—¿De qué estás hablando?

—Vuestra gente asesinó a mi..., a la mujer con la que estaba. Justo antes de que me trajeran aquí. —Amanda parece justificadamente asombrada—. Espera. ¿No lo sabías?

Traga saliva y recupera la compostura.

—Debe de haber sido horrible, Jason. —Lo dice como si no me creyera.

—¿Crees que me lo estoy inventando?

—Siento curiosidad por si recuerdas algo de la caja o de los viajes durante los últimos catorce meses.

—Como he dicho, no tengo ningún recuerdo de eso.

—Lo que no deja de ser interesante, y quizá no te acuerdes... —continúa mientras toma notas—, es que en aquel breve interrogatorio dijiste que tu último recuerdo era estar en un bar de Logan Square.

—No recuerdo haber dicho eso. Estaba bastante ido en ese momento.

—Desde luego. Así que no hay recuerdos de la caja. Muy bien, las siguientes serán preguntas de sí o no. ¿Tienes problemas para dormir?

—No.

—¿Ha aumentado la irritabilidad o la ira?

—La verdad es que no.

—¿Problemas para concentrarte?

—No lo creo.

—¿Te sientes en guardia?

—Sí.

—Vale. ¿Te has dado cuenta de que tienes una reacción de alarma exagerada?

—No estoy... seguro.

—En ocasiones, una situación extrema de estrés desencadena lo que se denomina «amnesia psicogénica»; se trata de un funcionamiento anormal de la memoria ante la ausencia de daños cerebrales estructurales. Tengo el presentimiento de que vamos a descartar cualquier daño estructural con la resonancia magnética de hoy. Lo que significa que tus recuerdos de los últimos catorce meses siguen todavía ahí. Tan sólo están muy enterrados en tu mente. Mi trabajo será ayudarte a recuperarlos.

Le doy un sorbo al café.

—¿Cómo exactamente?

—Existen diferentes opciones de tratamiento que podemos probar. La psicoterapia, la terapia cognitiva, la terapia creativa... Hasta la hipnosis clínica. Lo que quiero que sepas es que no hay nada más importante para mí que ayudarte. —Me mira a los ojos con una repentina intensidad que me pone nervioso, escrutándolos como si los misterios de nuestra existencia estuvieran escritos en mis córneas—. ¿De verdad no me conoces?

—No.

Se levanta de la silla y recoge sus cosas.

—Leighton vendrá pronto para llevarte a la resonancia. Yo sólo quiero ayudarte, Jason, en lo que pueda. Si no te acuerdas de mí, no pasa nada, pero ten presente que soy tu amiga. Todos los de este lugar son amigos tuyos. Estamos aquí por ti. Todos damos por supuesto que lo sabes, así que, por favor, escúchame: sentimos mucha admiración por ti, por tu mente y esa cosa que construiste. —Se detiene en la puerta y se gira para mirarme—. ¿Cómo dices que se llamaba la mujer? La que crees haber visto muerta.

—No creo que la haya visto. La he visto. Y se llama Daniela Vargas.

Paso el resto de la mañana en el escritorio, tomando el desayuno y revisando

archivos que realizan una crónica de los logros científicos que no recuerdo.

A pesar de mis circunstancias actuales, es emocionante leer mis notas, ver su progresión hasta llegar a mi gran avance con el cubo en miniatura.

¿La solución de crear la superposición de mi disco?

Qubits superconductores integrados con una serie de resonadores capaces de registrar estados simultáneos, como vibraciones. Suena incomprensiblemente aburrido, pero resultó revolucionario.

Me hizo ganar el Pavia.

Y, por lo visto, me hizo acabar aquí.

Hace diez años, en mi primer día de trabajo en los Laboratorios Velocity, escribí una fascinante declaración de intenciones a todo el equipo, que en esencia aumentaba sus conocimientos sobre mecánica cuántica y el multiverso.

Una sección en particular, una discusión sobre la dimensionalidad, atrae mi atención.

Escribí...

Percibimos nuestro entorno en tres dimensiones, pero en realidad no vivimos en un mundo 3D. El 3D es estático. Una instantánea. Tenemos que añadir una cuarta dimensión para comenzar a describir la naturaleza de nuestra existencia.

El tesseracto de la 4D no añade una dimensión espacial, sino una temporal.

Incluye el tiempo, una sarta de cubos 3D, que representa el espacio mientras se mueve por la flecha del tiempo.

Queda mejor ilustrado si miramos el cielo nocturno, a las estrellas cuyo brillo tardó cincuenta años luz en llegarnos. O quinientos. O cinco mil millones. No estamos sólo contemplando el espacio, estamos mirando a través del tiempo.

Nuestro camino por este espacio-tiempo en 4D es nuestra línea de mundo (realidad), que empieza con nuestro nacimiento y termina con nuestra muerte. Cuatro coordenadas (x, y, z, y t [tiempo]) localizan un punto dentro del tesseracto.

Y creemos que concluye ahí; eso sólo es cierto si cada resultado es inevitable, si el libre albedrío es una ilusión y nuestra línea de mundo es solitaria.

¿Y si nuestra línea de mundo es un número infinito de líneas de mundo, algunas sólo un poco modificadas respecto a la vida que conocemos y otras totalmente distintas?

La interpretación de los Mundos Múltiples de la mecánica cuántica plantea que existen todas las realidades posibles. Que todo lo que posee una probabilidad de suceder sucede. Todo lo que podría haber ocurrido en nuestro pasado sí ocurre, aunque en otro universo.

¿Y si eso es cierto?

¿Y si vivimos en el espacio de probabilidad de una quinta dimensión?

¿Y si en realidad habitamos el multiverso, pero nuestros cerebros han evolucionado de tal modo que nos equipan con un cortafuegos que limita lo que percibimos a un único universo? Una línea de mundo. La que elegimos, momento a momento. Tiene sentido si lo piensas. No podríamos enfrentarnos a la observación simultánea de todas las realidades posibles.

Entonces, ¿cómo accedemos a este espacio de probabilidad 5D?

Y si pudiéramos hacerlo, ¿adónde nos llevaría?

Al fin, Leighton viene a por mí a última hora de la tarde.

Esta vez vamos por las escaleras y, en lugar de bajar hasta la enfermería,

nos quedamos en el piso menos dos.

—Un ligero cambio de planes —anuncia.

—¿No hay resonancia magnética?

—Todavía no. —Me indica que pase hacia un lugar donde he estado antes, la sala de conferencias donde Amanda Lucas intentó interrogarme la noche en la que desperté fuera de la caja.

Han atenuado las luces.

—¿Qué ocurre? —pregunto.

—Toma asiento, Jason.

—No entien...

—Toma asiento.

Saco la silla.

Leighton se sienta delante de mí.

—He oído que has estado revisando tus viejos archivos —comenta.

Asiento con la cabeza.

—¿Te suena algo?

—La verdad es que no.

—¡Qué mala suerte! Creía que adentrándote en tus recuerdos tal vez despertaría algo. —Se pone derecho.

Su silla cruje.

Está todo tan en silencio que oigo zumbar las bombillas encima de mí.

Me observa desde el otro lado de la mesa.

Algo va mal.

Muy mal.

—Mi padre fundó Velocity hace cuarenta y cinco años. En su época, las cosas eran diferentes. Construíamos motores a reacción y turbohélices; se trataba más de mantener grandes contratos con el gobierno y las empresas que realizar estudios científicos vanguardistas. Ahora sólo somos veintitrés, pero

ha cambiado una cosa. Esta empresa siempre ha sido como una familia y nuestra sangre vital es totalmente fiable. —Me da la espalda y hace un gesto con la cabeza.

La luz se intensifica.

Veo más allá del recinto de cristal ahumado y miro hacia las gradas. Están llenas, hay unas quince o veinte personas, igual que en la primera noche.

Salvo que nadie está de pie ni aplaudiendo.

Nadie sonríe.

Todos me miran fijamente.

Con expresión adusta.

Tensos.

Noto la primera punzada de pánico divis ndose por mi horizonte.

— Por qué están todos aquí? —pregunto.

—Te lo he dicho. Somos una familia. Limpiamos juntos nuestros desastres.

—No te sigo...

—Estás mintiendo, Jason. No eres quien dices ser. No eres uno de nosotros.

—He explicado...

—Lo s , no recuerdas nada de la caja. Los últimos diez años son un agujero negro.

—Exacto.

— Est s seguro de que quieres seguir con eso? —Leighton abre el portátil encima de la mesa y escribe algo. Se pone de pie y pulsa algo en la pantalla táctil.

— Qu  es esto?  Qu  pasa?

—Vamos a terminar lo que empezamos la noche que regresaste. Voy a hacerte preguntas y esta vez vas a contestarlas.

Me levanto de la silla, me dirijo a la puerta e intento abrirla.

Cerrada.

—¡Siéntate! —Su voz es tan fuerte como un disparo.

—Quiero marcharme.

—Y yo quiero que empieces a decir la verdad.

—Ya te he dicho la verdad.

—No, le dijiste a Daniela Vargas la verdad.

Al otro lado del cristal, se abre una puerta y un hombre entra en las gradas, seguido de uno de los guardias que le agarra por la nuca.

Aplastan la cara del primer hombre contra el cristal.

¡Dios santo!

La nariz de Ryan parece deforme y tiene un ojo cerrado por completo.

Su rostro hinchado y amoratado mancha el cristal de sangre.

—A Ryan Holder le contaste la verdad —continúa Leighton.

Me acerco corriendo a Ryan y grito su nombre.

Intenta responder, pero no le oigo a través de la barrera.

Fulmino a Leighton con la mirada.

—Siéntate o haré que entre alguien para que te ate a la silla —me advierte.

La ira de antes vuelve a raudales. Este hombre es el responsable de la muerte de Daniela. Y ahora esto. Me pregunto cuánto daño podría ocasionar antes de que me apartaran de él.

Pero me siento.

—¿Le habéis seguido? —inquiero.

—No. Ryan vino a verme, inquieto por lo que habías dicho en el apartamento de Daniela. Son esas cosas las que quiero oír ahora.

Mientras observo a los guardias que obligan a Ryan a sentarse en una butaca de la primera fila, caigo en la cuenta: Ryan creó la pieza que le faltaba a la caja para que funcionara, ese «compuesto» que mencionó en la instalación artística de Daniela. Si nuestro cerebro está conectado para impedir que

percibamos nuestro propio estado cuántico, entonces tal vez haya una droga que pueda inhabilitar ese mecanismo, el cortafuegos sobre el que escribí en la declaración de intenciones.

El Ryan de mi mundo había estado estudiando el córtex prefrontal y su papel como generador de conciencia. No sería una locura pensar que este Ryan podría haber creado una droga que cambiara el modo en que nuestro cerebro percibe la realidad. Dejaría de darse la decoherencia en nuestro entorno y de desplomarse nuestras funciones de onda.

Regreso al presente.

—¿Por qué le habéis hecho daño? —musito.

—Le contaste a Ryan que eras profesor en Lakemont College, que tenías un hijo y que Daniela Vargas era tu mujer. Le dijiste que te secuestraron una noche mientras ibas de camino a casa y que después te despertaste aquí. Que este no es tu mundo. ¿Admites haber dicho esas cosas?

Vuelvo a preguntarme cuánto daño podría hacerle antes de que alguien me apartara de él. ¿Le rompería la nariz? ¿Le haría saltar los dientes? ¿Le mataría?

Mi voz sale como un rugido:

—Asesinaste a una mujer a la que quiero porque habló conmigo. Le has dado una paliza a mi amigo. Estás reteniéndome aquí en contra de mi voluntad. ¿Y quieres que responda a tus preguntas? Que te jodan. —Clavo la vista en el cristal—. Que os jodan a todos.

—Quizá no seas el Jason al que conozco y quiero. Quizá no eres más que una sombra de ese hombre con una fracción de su ambición y su intelecto, pero no cabe duda de que podrás abordar esta cuestión: ¿y si la caja funciona? Eso significa que estamos ante el mayor avance científico de todos los tiempos, con aplicaciones que ni siquiera atinamos a imaginar, ¿y estás protestando porque hemos tomado medidas extremas para protegerlo?

—Quiero marcharme.

—Quieres marcharte. ¡Ja! Ten en cuenta todo lo que acabo de explicarte y ahora considera que has sido la única persona que ha salido de esa cosa con éxito. Estás en posesión de un conocimiento muy importante; hemos gastado millones y una década de nuestras vidas para intentar adquirirlo. No te lo digo para asustarte, tan sólo apelo a tu razonamiento lógico. ¿Acaso crees que hay algo que no vayamos a hacer para extraerte esa información? —Deja la pregunta en el aire.

En ese riguroso silencio, echo un vistazo a las gradas.

Miro a Ryan.

Miro a Amanda. No hace contacto visual. Las lágrimas brotan en sus ojos, pero tiene la mandíbula tensa y rígida, como si estuviera luchando por mantener la compostura.

—Quiero que escuches con mucha atención —continúa Leighton—: aquí, ahora, en esta sala, es donde lo vas a tener más fácil que nunca. Quiero que te esfuerces al máximo por aprovechar este momento. Bueno, mírame.

Le miro.

—¿Construiste el cubo?

No respondo.

—¿Construiste el cubo?

Sigo sin proferir palabra.

—¿De dónde vienes?

Mis pensamientos salen disparados e imagino todos los escenarios posibles: contándoles todo lo que sé, no contándoles nada, contándoles algo. Pero si les cuento algo, ¿qué en concreto?

—¿Es este tu mundo, Jason?

La dinámica de mi situación no ha cambiado sustancialmente. Mi seguridad todavía depende de mi utilidad. Mientras quieran algo de mí, tengo ventaja. En

cuanto les cuente todo lo que sé, perderé mi poder.

Alzo la vista de la mesa y le miro a los ojos.

—No voy a hablar contigo —declaro.

Deja escapar un suspiro.

Se cruje el cuello.

—Supongo que hemos terminado —le dice a nadie en particular.

La puerta detrás de mí se abre.

Me giro, pero antes de ver quién es, me levantan de la silla y me tiran contra el suelo.

Alguien se coloca encima de mi espalda y me clava las rodillas en la columna.

Me sujetan la cabeza mientras me introducen una aguja en el cuello.

Recobro la conciencia en un colchón fino y duro que me resulta tristemente familiar.

Sea cual sea la droga que me han inyectado, deja una resaca horrible. Es como si me hubieran abierto una grieta en el centro del cráneo.

Una voz me susurra al oído.

Empiezo a incorporarme, pero el más mínimo movimiento lleva el martilleo de cabeza a un nuevo nivel.

—¿Jason? —Conozco esta voz.

—Ryan.

—Eh.

—¿Qué ha pasado? —pregunto.

—Te trajeron hace un rato.

Me esfuerzo por abrir los ojos.

Me encuentro en esa celda con el catre de acero y Ryan está arrodillado a mi lado.

De cerca tiene incluso peor aspecto.

—Jason, lo siento muchísimo.

—Nada de esto es culpa tuya.

—No, lo que Leighton ha dicho es verdad. Después de dejaros a Daniela y a ti aquella noche, le llamé. Le conté que te había visto. Le dije dónde. — Cierra su único ojo funcional y le cambia el gesto al añadir—: No tenía ni idea de que le harían daño.

—¿Cómo terminaste en este laboratorio?

—Supongo que no les dabas la información que querían, de modo que vinieron a por mí en plena noche. ¿Estabas con ella cuando murió?

—Sucedio delante de mí. Un hombre irrumpió en su apartamento y le disparó entre los ojos.

—¡Oh, Dios!

Subo al catre, se sienta a mi lado y ambos nos recostamos en la pared de cemento.

—Creí que, si les informaba de lo que nos habías contado, tal vez me meterían en la investigación, que me recompensarían de alguna manera. En cambio, me dieron una paliza. Me acusaron de no decírselo todo.

—Lo siento.

—Me lo ocultaste. Ni siquiera sabía qué era este lugar. Realicé todo aquel trabajo para ti y Leighton, pero tú...

—Yo no te oculté nada, Ryan. Ese no era yo.

Me mira como si tratara de procesar la magnitud de esa declaración.

—Entonces, ¿lo que dijiste en casa de Daniela era verdad?

Me acerco a él y susurro:

—Cada una de las palabras. Habla en voz baja. Lo más seguro es que estén escuchando.

—¿Cómo llegaste aquí? —musita—. A este mundo.

—Fuera de esta celda hay un hangar y en ese hangar, una caja metálica que construyó otra versión de mí.

—¿Y qué hace esa caja exactamente?

—Según lo que sé, es una puerta al multiverso.

Me mira como si estuviera loco.

—¿Cómo es posible?

—Necesito que escuches. La noche que escapé de aquí, fui al hospital. Me hicieron un análisis toxicológico donde aparecieron rastros de un compuesto psicoactivo misterioso. Cuando te vi en la exposición, me preguntaste si había funcionado el «compuesto». ¿Qué hacías exactamente para mí?

—Me pediste que creara una droga que alterase de forma temporal el funcionamiento de la química cerebral en tres áreas Brodmann del córtex prefrontal. Tardé cuatro años. Al menos me pagaste bien.

—¿Alterarlas cómo?

—Poniéndolas a dormir un poco. No sabía en qué se iba a aplicar.

—¿Entiendes el concepto del gato de Schrödinger?

—Claro.

—¿Y cómo la observación determina la realidad?

—Sí.

—Esta otra versión de mí trataba de poner a un ser humano en superposición. Es imposible, en teoría, si tenemos en cuenta que nuestra conciencia y fuerza de observación jamás lo permitirían. Pero si hubiera un mecanismo en el cerebro que fuese responsable del efecto del observador...

—Querías apagarlo.

—Exacto.

—Así que ¿mi droga detiene la decoherencia?

—Eso creo.

—Pero no impide que otros nos provoquen decoherencia. No impide que su

efecto de observador determine nuestra realidad.

—Ahí es donde entra la caja.

—¡Hostia puta! Entonces, ¿diste con la manera de convertir a un ser humano en un gato vivo y muerto? Eso es... espeluznante.

La puerta de la celda se desbloquea y se abre.

Ambos alzamos la vista y vemos a Leighton en el umbral, flanqueado por sus guardias, dos hombres de mediana edad con polos demasiado estrechos metidos por dentro de los vaqueros y un físico que ya no está en su mejor momento.

Me golpean como si la violencia no fuese más que un trabajo.

—Ryan, ¿serías tan amable de acompañarnos? —dice Leighton.

Ryan vacila.

—Sácalo de ahí.

—Voy.

Ryan se levanta y cojea hacia la puerta.

Los guardias le cogen cada uno de un brazo y se lo llevan a rastras; Leighton se queda atrás. Me mira.

—Yo no soy así, Jason. No me gusta nada esto. No soporto que me obligues a convertirme en un monstruo. ¿Qué va a suceder? No es elección mía, sino tuya.

Salgo de la cama y arremeto contra él, pero me cierra la puerta en las narices.

Apagan las luces de mi celda.

Lo único que veo es el punto verde resplandeciente de la cámara que me observa encima de la puerta.

Me siento en un rincón en la oscuridad. Sabía que este momento era inevitable desde la primera vez que oí aquellos pasos detrás de mí en mi

barrio, en mi mundo, hace sólo cinco días.

Desde que vi una máscara de geisha y una pistola, y el miedo y la confusión se convirtieron en mis únicas estrellas del cielo.

En este instante, no hay lógica.

No se resuelve el problema.

No hay método científico.

Estoy destrozado, sin fuerzas, aterrorizado y a punto de ansiar que todo termine.

He visto cómo asesinaban al amor de mi vida delante de mí.

Lo más seguro es que estén torturando a mi viejo amigo mientras estoy aquí sentado.

Y, sin duda, esta gente me hará sufrir antes de que me llegue el final.

Tengo mucho miedo.

Echo de menos a Charlie.

Echo de menos a Daniela.

Echo de menos mi casa destartalada, para cuya reforma nunca tuve dinero.

Echo de menos mi Suburban oxidado.

Echo de menos mi despacho en el campus.

A mis estudiantes.

Echo de menos mi vida.

Y ahí en la oscuridad, como los filamentos de una bombilla al encenderse, encuentro la verdad.

Oigo la voz de mi secuestrador, que por algún motivo me resultaba familiar, haciéndome preguntas sobre mi vida.

Mi trabajo.

Mi esposa.

Si alguna vez la llamaba «Dani».

Sabía quién era Ryan Holder.

¡Dios!

Me llevó a una central eléctrica abandonada.

Me drogó.

Me interrogó sobre mi vida.

Cogió mi teléfono, mi ropa.

¡Hostia puta!

Ahora mismo está mirándome a la cara.

El corazón me late con fuerza por la ira.

Hizo aquellas cosas para suplantarme.

Para tener mi vida.

A la mujer a la que amo.

A mi hijo.

Mi trabajo.

Mi casa.

Porque ese hombre era yo.

El otro Jason, el que construyó la caja, fue el que me ha hecho esto.

Cuando la luz verde de la cámara se apaga, me doy cuenta de que lo he sabido, en cierta manera, desde que vi la caja por primera vez.

Me había puesto una venda en los ojos.

¿Y por qué?

Una cosa es estar perdido en un mundo que no es el mío.

Y otra muy distinta es que te hayan sustituido en el tuyo.

Que una versión mejorada de ti haya entrado en tu vida.

Es más inteligente que yo, no cabe duda.

¿También es mejor padre para Charlie?

¿Mejor marido para Daniela?

¿Mejor amante?

Me ha hecho esto.

No.

Es más enrevesado.

Yo me he hecho esto.

Cuando oigo que los cerrojos se retraen, me retiro contra la pared por instinto.

Ya está.

Han venido a por mí.

La puerta se abre despacio y revela a una sola persona en el umbral, perfilada en contraste con la luz que hay más allá.

Entra y cierra.

No veo nada.

Pero la huelo: un rastro de perfume, a gel de baño.

—¿Amanda?

—Habla en voz baja —susurra.

—¿Dónde está Ryan?

—Ya no está.

—¿A qué te refieres con que ya no está?

Suena al borde de las lágrimas, a punto de venirse abajo:

—Le han matado. Lo siento mucho, Jason. Creía que se limitarían a asustarle, pero...

—¿Está muerto?

—Vendrán a por ti en cualquier momento.

—¿Por qué estás...?

—Porque no me han contratado para esta mierda. Lo que le han hecho a Daniela, a Holder, lo que están a punto de hacerte a ti. Han cruzado líneas que no deberían haber cruzado. Ni por la ciencia. Ni por nada.

—¿Puedes sacarme de este laboratorio?

—No, y no conseguiríamos nada con tu cara en todas las noticias.

—¿De qué estás hablando? ¿Por qué estoy en las noticias?

—La policía está buscándote. Creen que mataste a Daniela.

—¿Me habéis incriminado?

—Lo siento muchísimo. Mira, no puedo sacarte de este laboratorio, pero puedo meterte en el hangar.

—¿Sabes cómo funciona la caja?

Noto que está mirándome fijamente, aunque no vea nada.

—Ni idea, pero es tu única vía de escape.

—Por lo que he oído, meterse en esa cosa es como saltar de un avión sin saber si tu paracaídas va a abrirse.

—Si el avión va a estrellarse de todas formas, ¿acaso importa?

—¿Qué hay de la cámara?

—¿La de aquí dentro? La he apagado. —Oigo que se acerca hacia la puerta.

Una línea vertical de luz aparece y se ensancha.

Cuando se abre del todo, veo que lleva una mochila a los hombros. Al salir al pasillo, se coloca bien su falda de tubo roja y se gira para mirarme.

—¿Vienes?

Uso el armazón de la cama para ayudarme a incorporarme.

Debo de llevar horas a oscuras, me cuesta demasiado soportar la luz del pasillo. Me arden los ojos por el repentino resplandor.

De momento, lo tenemos para nosotros solos.

Amanda ha comenzado a alejarse hacia las puertas abovedadas de la otra punta.

Se vuelve y susurra:

—¡Vamos!

La sigo en silencio mientras los paneles de las luces fluorescentes pasan sin parar por encima de mi cabeza.

Aparte del eco de nuestros pasos, no se oye nada.

Cuando llego a la pantalla táctil, Amanda está colocando su tarjeta bajo el escáner.

—¿No habrá nadie en el centro de control? —murmuro—. Creía que siempre había alguien vigilando...

—Esta noche es mi turno. Lo tengo cubierto.

—Sabrán que me has ayudado.

—Para cuando se enteren, ya me habré ido de aquí.

—«Nombre, por favor» —dice la voz femenina computarizada.

—Amanda Lucas.

—«Contraseña».

—Dos-dos-tres-siete.

—«Acceso denegado».

—Oh, mierda.

—¿Qué pasa?

—Alguien debe de habernos visto por las cámaras del pasillo y han bloqueado mi autorización. Leighton lo sabrá en cuestión de segundos.

—Prueba otra vez.

Pasa su tarjeta por el escáner.

—«Nombre, por favor».

—Amanda Lucas.

—«Contraseña».

—Dos-dos-tres-siete. —En esta ocasión habla más despacio, pronunciando cada palabra de manera exagerada.

—«Acceso denegado».

—Maldita sea.

Se abre una puerta en el otro extremo.

Cuando salen los hombres de Leighton, el rostro de Amanda palidece de

miedo y un sabor fuerte y metálico le cubre el paladar.

—¿Los empleados crean sus propias contraseñas o se las asignan? —
pregunto.

—Las creamos.

—Dame tu tarjeta.

—¿Por qué?

—Porque a lo mejor a nadie se le ha ocurrido bloquear mi autorización.

Mientras me la pasa, Leighton aparece por la misma puerta.

Grita mi nombre.

Miro por el pasillo mientras él y sus hombres caminan hacia nosotros.

Paso la tarjeta por el escáner.

«Nombre, por favor».

—Jason Dessen.

«Contraseña».

Claro. Este tío soy yo.

Mes y año de mi cumpleaños al revés.

—Tres-siete-dos-uno.

—«Reconocimiento de voz confirmada. Bienvenido, doctor Dessen».

El zumbido me pone los nervios de punta.

Cuando las puertas empiezan a separarse, miro sin poder hacer nada a los hombres que corren hacia nosotros, con la cara roja, impulsándose con los brazos.

Están a cuatro o cinco segundos.

En cuanto hay espacio suficiente entre las puertas abovedadas, Amanda pasa.

La sigo hacia el hangar a toda prisa por el cemento liso, en dirección a la caja.

El centro de control está vacío y las luces brillan con fuerza en lo alto. No

hay un posible escenario en el que salgamos de esta.

—¡Tenemos que entrar! —grita Amanda cuando nos aproximamos a la caja.

Me vuelvo justo cuando el primer hombre atraviesa las puertas abovedadas, con una pistola o una táser en su mano derecha y una mancha en la cara de lo que supongo que es la sangre de Ryan.

Me ve y alza el arma, pero doblo la esquina de la caja antes de que pueda disparar.

Amanda abre la puerta y, mientras una alarma atrona por el hangar, desaparece en el interior.

Le piso los talones y me lanzo hacia el umbral, hacia el interior de la caja.

Me aparta de en medio y empuja la puerta con el hombro.

Oigo voces y pasos que se acercan.

Le cuesta cerrar la puerta, así que echo mi peso también para ayudarla.

Debe de pesar una tonelada.

Al final, empieza a ceder.

Unos dedos aparecen en el marco, pero tenemos la inercia trabajando a nuestro favor.

La puerta alcanza su posición con un ruido atronador y se cierra un cerrojo enorme.

Se hace el silencio.

Y todo está negro. De manera instantánea, la oscuridad se torna tan pura y perfecta que crea la sensación de estar girando.

Me tambaleo hacia la pared más cercana y pongo las manos sobre el metal, pues necesito sujetarme a algo sólido mientras intento hacerme a la idea de que estoy dentro de esta cosa.

—¿Pueden pasar por la puerta? —pregunto.

—No estoy segura. Se supone que se queda bloqueada durante diez minutos. Es una especie de protección incorporada.

—¿Protección contra qué?

—No lo sé. ¿Por si te persigue alguien? ¿Para sacarte de situaciones peligrosas? Tú la diseñaste. Parece que funciona.

Oigo un crujido en la oscuridad.

Una linterna Coleman a pilas se enciende e ilumina el interior de la caja con una luz azulada.

Es extraño y aterrador; aun así, resulta emocionante estar aquí dentro, encerrado entre estas gruesas y casi indestructibles paredes.

Bajo esta nueva luz, lo primero que advierto son cuatro dedos a los pies de la puerta, cortados por la segunda falange.

Amanda está agachada junto a la mochila abierta; se agarra el hombro y, teniendo en cuenta que le ha explotado todo en la cara, parece sorprendentemente serena; lleva bien la situación.

Saca un estuche de cuero.

Está repleto de jeringuillas, agujas y unas diminutas ampollas con un líquido transparente; imagino que es el compuesto de Ryan.

—Entonces, ¿vas a hacerlo conmigo?

—Y si no, ¿qué? ¿Salgo ahí fuera y le explico a Leighton que le he traicionado a él y todo por lo que hemos estado trabajando?

—No sé cómo funciona la caja.

—Bueno, pues ya somos dos, así que supongo que nos esperan momentos muy divertidos. —Comprueba su reloj—. Activé el cronómetro cuando se bloqueó la puerta. Entrarán en ocho minutos y cincuenta y seis segundos. Si no tuviéramos la presión del tiempo, podríamos bebernos una de estas ampollas o inyectarnos una intramuscular, pero ahora tenemos que encontrar una vena. ¿Alguna vez te has pinchado a ti mismo?

—No.

—Súbete la manga. —Me ata una cinta de goma por encima del codo, me

agarra del brazo y lo sujeta bajo la luz de la linterna—. ¿Ves esta vena anterior a tu codo? Es la antecubital. Tu objetivo.

—¿No deberías hacerlo tú?

—No te ocurrirá nada. —Me pasa un paquete que contiene un algodón empapado en alcohol.

Lo abro y lo paso por un buen trozo de piel.

A continuación, me da una jeringuilla de tres milímetros, dos agujas y una ampolla.

—Es una aguja con filtro —me explica, tocando una de ellas—. Utilízala para sacar el líquido y no coger ningún fragmento de cristal, y la otra aguja para inyectarte. ¿Lo entiendes?

—Eso creo. —Inserto la aguja con filtro en la jeringuilla, le quito el tapón y luego parto la ampolla de cristal—. ¿Todo?

—Sí —me confirma mientras intenta atarse la cinta alrededor del brazo y se limpia la zona.

Con cuidado llevo el contenido de la ampolla a la jeringuilla y cambio las agujas.

—Asegúrate de darle unos golpecitos a la jeringuilla y sacar un poco de líquido por la aguja. No querrás inyectarte burbujas de aire en tu sistema vascular —me advierte.

Vuelve a enseñarme el reloj: 7:39...

7:38.

7:37.

Le doy unos golpes a la jeringuilla y extraigo un poco del compuesto químico de Ryan.

—¿Y luego...?

—Introdúcela en la vena en un ángulo de cuarenta y cinco grados, con la punta hacia arriba. Sé que son demasiadas cosas en las que pensar. Estás

haciéndolo muy bien.

Hay tanta adrenalina corriendo por mi organismo que apenas siento la penetración.

—¿Ahora qué?

—Asegúrate de estar en la vena.

—¿Cómo lo...?

—Tira un poco del émbolo.

Tiro.

—¿Ves sangre?

—Sí.

—Buen trabajo. La tienes. Ahora desata el torniquete e inyecta despacio.

—¿Cuánto tardará en hacer efecto? —le pregunto mientras bajo el émbolo.

—Es bastante instantáneo, si tuviera que...

Ni siquiera registro el final de la frase.

La droga entra en mí.

Me desplomo contra la pared y pierdo la noción del tiempo hasta que Amanda vuelve a estar en mi cara, pronunciando unas palabras que intento comprender sin éxito.

Bajo la vista y veo que me saca la jeringuilla del brazo y presiona una toallita impregnada en alcohol contra la minúscula herida.

Al final entiendo lo que está diciendo:

—Sigue apretando. —Extiende el brazo bajo el resplandor de la linterna, se introduce una aguja en la vena y afloja el torniquete. Me concentro en la esfera de su reloj y la cuenta atrás de los números hacia cero.

No tarda en estar tirada en el suelo como una yonqui que acabara de chutarse. El tiempo sigue pasando, pero eso ya no importa.

No puedo creer lo que estoy viendo.

OCHO

Me incorporo.

Despejado y alerta.

Amanda ya no está tumbada en el suelo. Se encuentra a varios pasos de mí, dándome la espalda.

La llamo y le pregunto si se encuentra bien, pero no contesta.

Me esfuerzo por ponerme de pie.

Amanda está sosteniendo la linterna y, al acercarme a ella, advierto que la luz no ilumina la pared de la caja, que debería estar justo delante de nosotros.

Paso junto a ella.

Me sigue con la linterna.

La luz revela otra puerta, idéntica a la que hemos dejado en el hangar.

Continúo.

A los tres metros y medio aparece otra puerta.

Y luego otra.

Y otra.

La linterna irradia el resplandor de una sola bombilla de sesenta vatios y, a los veinte o veinticinco metros, la luz pierde intensidad hasta convertirse en inquietantes trozos de iluminación, que se reflejan en la fría superficie de las paredes metálicas en un lado y las puertas perfectamente separadas al otro.

Más allá de nuestra esfera de luz, oscuridad absoluta.

Me detengo, atemorizado y sin habla.

Pienso en los miles de artículos y libros que he leído a lo largo de mi vida.

Los exámenes que he hecho. Las clases a las que he asistido. Las teorías memorizadas. Las ecuaciones escritas en pizarras. Pienso en los meses que he pasado en esa sala blanca intentando construir algo que era una burda imitación de este lugar.

Para los estudiantes de Física y Cosmología, lo más cerca que se puede llegar de las repercusiones tangibles de la investigación son las antiguas galaxias vistas por los telescopios. Las lecturas de los datos tras las colisiones de partículas que sabemos que ocurren, pero que no podemos ver.

Siempre hay un límite, una barrera entre las ecuaciones y la realidad que representan.

Pero ya no. Al menos, no para mí.

No puedo dejar de pensar: estoy aquí. Estoy en este lugar de verdad. Existe.

De momento, el miedo me ha abandonado.

Estoy asombrado.

—Lo más bello que podemos experimentar es lo misterioso —cito. Amanda me mira—. Palabras de Einstein, no más.

—¿Este sitio es real? —pregunta.

—¿A qué te refieres con «real»?

—¿Estamos en una ubicación física?

—Creo que es una manifestación de la mente mientras intenta explicar de manera visual algo que nuestro cerebro no ha llegado a comprender.

—¿Y eso es...?

—La superposición.

—Así que ¿estamos viviendo un estado cuántico ahora mismo?

Miro hacia atrás por el pasillo. Luego hacia la oscuridad de delante. Hay una cualidad recursiva en el espacio incluso bajo esta luz tan tenue, como dos espejos colocados el uno frente al otro.

—Sí. Parece un pasillo, aunque creo que es la caja, que se repite por todas las realidades posibles que comparten el mismo punto en el espacio y el tiempo.

—¿Cómo un corte transversal?

—Exacto. En algunas representaciones de la mecánica cuántica, lo que contiene toda la información para el sistema, antes de que se desplome debido a la observación, se denomina «función de onda». Este pasillo es la manera que tiene nuestra mente de visualizar el contenido de una función de onda, con todos los resultados posibles, para nuestro estado cuántico superpuesto.

—¿Y adónde lleva este pasillo? —inquire—. Si continuamos caminando, ¿dónde terminaremos?

—No hay fin. —Al pronunciar las palabras, desaparece el asombro y comienza el miedo.

Seguimos caminando para comprobar qué sucede, si cambia algo, si cambiamos nosotros.

Pero no hay más que una puerta tras otra, tras otra, tras otra.

—Las he estado contando desde que empezamos a avanzar por el pasillo —digo cuando ya llevamos un rato— y esta es la puerta número cuatrocientos cuarenta. Cada reproducción de la caja mide tres metros y medio, lo que significa que ya llevamos un kilómetro y medio.

Amanda se detiene y se quita la mochila de los hombros.

Se sienta, apoya la espalda en la pared y yo tomo asiento a su lado, con la linterna entre nosotros.

—¿Y si Leighton decide tomar la droga para perseguirnos? —sugiero.

—No lo haría jamás.

—¿Por qué?

—Porque le aterroriza la caja. A todos nos aterroriza. Excepto tú, nadie

que haya entrado ha vuelto a salir. Por eso Leighton estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para que le contaras cómo manejarla.

—¿Qué les pasó a esos pilotos de prueba?

—El primero en entrar fue un chico llamado Matthew Snell. No teníamos ni idea de a qué nos enfrentábamos, así que a Snell se le dieron unas instrucciones simples y claras: entrar en la caja, cerrar la puerta, sentarse e inyectarse la droga. A pesar de lo que ocurriera, a pesar de lo que viera, tenía que quedarse sentado en el mismo lugar, esperar a que el efecto de la droga desapareciera y volver a al hangar. Aunque hubiera visto todo esto, no habría salido de la caja. No se habría movido.

—Entonces, ¿qué sucedió?

—Transcurrió una hora. Pasó más tiempo del que debía. Quisimos abrir la puerta, pero temíamos interferir con lo que fuera que estuviese experimentando en el interior. Veinticuatro horas más tarde, la abrimos.

—Y estaba vacía.

—Sí. —Amanda parece agotada bajo la luz azul—. Entrar en la caja y tomar la droga es como atravesar una puerta de una única dirección. No hay retorno y nadie va a arriesgarse a seguirnos. Aquí estamos solos. Así que ¿qué quieres hacer?

—Experimentar, como cualquier buen científico. Probar una puerta y ver qué pasa.

—Y sólo para dejarlo claro, ¿no tienes ni idea de qué hay detrás de estas puertas?

—No.

La ayudo a levantarse. Mientras me coloco la mochila, noto la primera punzada suave de sed y me pregunto si se le ha ocurrido traer agua.

Avanzamos por el pasillo y vacilo a la hora de tomar una decisión. Si existe una posibilidad infinita de puertas, desde una perspectiva estadística, la

elección en sí misma significa todo y nada. Cualquier elección está bien. Cualquier elección está mal.

Al final me paro y digo:

—¿Esta?

Ella se encoge de hombros.

—Sí.

—Tenemos las ampollas, ¿verdad? —pregunto al agarrar el frío pomo de cristal—. Porque eso sería...

—Comprobé la mochila cuando nos detuvimos hace un minuto.

Llevo la manilla hacia abajo, oigo que se desliza el cerrojo y tiro.

La puerta se abre hacia dentro, apartándose del marco.

—¿Qué ves ahí fuera?

—Nada aún. Está demasiado oscuro. Ven, dame eso. —Cuando cojo la linterna, me percató de que volvemos a estar en una sola caja—. Mira, el pasillo ha desaparecido.

—¿Te sorprende?

—En realidad, tiene todo el sentido del mundo. El entorno fuera de la puerta está interactuando con el interior de la caja. Ha desestabilizado el estado cuántico. —Me giro y abro la puerta, sujetando la linterna delante de mí. Lo único que veo es el suelo de enfrente.

Pavimento agrietado.

Manchas de aceite.

Al caminar, unos trozos de cristal crujen bajo mis pies.

Ayudo a Amanda a salir y, cuando nos aventuramos a dar los primeros pasos, la luz se difunde y alcanza una columna de cemento.

Una camioneta.

Un descapotable.

Un sedán.

Es un garaje.

Subimos por una ligera pendiente con coches a cada lado y seguimos lo que queda de una línea blanca que separa el camino de la izquierda de la derecha.

La caja se queda muy atrás, fuera de la vista, escondida en las sombras.

Pasamos junto a un letrero con una flecha que apunta a la izquierda al lado de las palabras:

SALIDA A LA CALLE

Doblamos una esquina y ascendemos por la siguiente rampa.

Se han caído trozos del techo por la derecha y han aplastado parabrisas, capós y la parte superior de los vehículos. Cuanto más avanzamos, peor se pone, hasta que subimos a gatas por grandes rocas de cemento y rodeamos varillas oxidadas, afiladas como cuchillos.

A mitad de camino del siguiente piso, nos detenemos en seco por un infranqueable muro de escombros.

—Quizá deberíamos regresar —propongo.

—Mira... —Coge la linterna y la sigo hacia la entrada a unas escaleras.

La puerta está entreabierta y Amanda tira de ella para abrirla del todo.

Oscuridad total.

Seguimos hasta la puerta que se halla al final de las escaleras.

Hace falta la fuerza de ambos para abrirla.

El viento sopla por el vestíbulo que tenemos delante.

Algo parecido a la luz ambiental se filtra por los marcos de acero vacíos de lo que antes eran unas ventanas inmensas de dos pisos.

Al principio, creo que hay nieve en el suelo, pero no hace frío.

Me arrodillo y cojo un puñado. Está seca y se amontona sobre el mármol. Se me escurre por los dedos.

Caminamos junto a un largo mostrador de recepción que todavía luce el nombre de un hotel en ingeniosas letras de imprenta en la parte delantera.

En la entrada, pasamos entre un par de gigantescas macetas, donde hay plantados unos árboles que se han marchitado hasta sólo quedar unas ramas retorcidas y fragmentos de hojas que susurran en la brisa.

Amanda apaga la linterna.

Atravesamos las puertas giratorias sin cristal.

Aunque apenas hace frío, parece que haya habido una horrible nevada fuera.

Salgo a la calle y miro entre los oscuros edificios a un cielo teñido de un ligero tono rojizo. Resplandece como una ciudad cuando las nubes están bajas y todas las luces de los edificios reflejan la humedad del cielo.

Pero no hay luces.

Ni una sola hasta donde alcanza mi vista.

Aunque caen como nieve, en cortinas como torrentes, no siento el azote de las partículas que chocan contra mi rostro.

—Es ceniza —comenta Amanda.

Una avalancha de ceniza.

Aquí fuera, en la calle, llega por la rodilla, y el aire huele a los restos de la lumbre en una chimenea a la mañana siguiente, antes de que se retire la ceniza.

Un hedor a muerte, a quemado.

La ceniza cae con tanta fuerza como para tapar los pisos más altos de los rascacielos y no se oye nada más que el viento soplar entre y a través de los edificios, y el silbido de esa ceniza al apilarse en montones grises contra los autobuses y los coches abandonados hace mucho.

No me puedo creer lo que estoy viendo.

Me hallo en un mundo que no es el mío.

Caminamos por el centro de la calle, de espaldas al viento.

No puedo quitarme la sensación de que hay algo mal en la negrura de los rascacielos. Son esqueletos, siniestros perfiles bajo el torrente de ceniza. Más

cercanos a una cordillera de montañas inverosímiles que a cualquier cosa hecha por el hombre. Algunos se han inclinado, otros han caído y, en las ráfagas más duras, muy por encima de nosotros, oigo el quejido de la estructura de acero retorciéndose más allá de su resistencia a la tracción.

Noto una súbita tirantez en el espacio detrás de mis ojos.

Viene y se va en menos de un segundo, como si algo estuviera apagándose.

—¿Acabas de sentir eso? —pregunta Amanda.

—¿La presión detrás de los ojos?

—Exacto.

—Sí. Apuesto a que está pasándose el efecto de la droga.

Tras varias manzanas, terminan los edificios. Llegamos a una barandilla que recorre todo un rompeolas. El lago se extiende a lo largo de kilómetros bajo un cielo radioactivo y ya ni siquiera se parece al lago Michigan, sino a un vasto desierto gris, pues la ceniza se acumula en la superficie del agua y se ondula como una cama de agua mientras las olas de espuma negra rompen contra el espigón.

El camino de vuelta es contra el viento.

La ceniza se nos mete en los ojos y la boca.

Nuestras huellas ya se han tapado.

Cuando estamos a una manzana del hotel, un sonido similar a un trueno prolongado comienza a oírse a lo lejos.

El suelo tiembla bajo nuestros pies.

Otro edificio se derrumba.

La caja aguarda donde la dejamos, en un rincón remoto del garaje en el último piso subterráneo.

Estamos cubiertos de ceniza y nos detenemos un momento en la puerta para sacudirnos la ropa y el pelo.

Una vez en el interior, la puerta se bloquea.
Volvemos a encontrarnos en una simple caja.
Cuatro paredes.
Una puerta.
Una linterna.
Una mochila.
Y dos personas perplejas.

Amanda está sentada y se abraza las rodillas contra el pecho.

—¿Qué crees que ha pasado ahí arriba? —pregunta.

—Un supervolcán. El impacto de un meteorito. Una guerra nuclear. A saber.

—¿Estamos en el futuro?

—No, la caja sólo nos conectaría con realidades alternativas en el mismo punto en el espacio y en el tiempo. Supongo que algunos mundos pueden parecer el futuro si han creado avances tecnológicos que el nuestro nunca llegó a imaginar.

—¿Y si están todos destruidos como este?

—Deberíamos tomar de nuevo la droga —sugiero—. No creo que estemos a salvo bajo este rascacielos que se desmorona.

Amanda se quita los zapatos planos y sacude la ceniza que se le ha colado dentro.

—Lo que hiciste por mí en el laboratorio... Me has salvado la vida.

Me mira y su labio inferior amenaza con temblar.

—Antes soñaba con los primeros pilotos que entraron en la caja. Tenía pesadillas. No me puedo creer que esto esté pasando.

Abro la cremallera de la mochila y saco el contenido para clasificarlo.

Encuentro el neceser de cuero con las ampollas y lo necesario para inyectarse.

Tres libretas envueltas en plástico.

Una caja de lápices.

Un botiquín de primeros auxilios.

Una manta isotérmica.

Un chubasquero.

Productos de baño.

Dos rollos de dinero en metálico.

Un contador Geiger.

Una brújula.

Dos botellas de litro de agua, ambas llenas.

Seis paquetes de comida preparada.

—¿Has reunido tú todo esto? —pregunto.

—No, lo cogí del almacén. Es lo que llevan todos los que van a entrar en la caja. Deberíamos habernos puesto trajes especiales, pero no tuve tiempo de cogerlos.

—¡En serio! Los niveles de radiación deben de salirse de los gráficos en un mundo como este o la recomposición de la atmósfera debe de haberse alterado de forma drástica. Si la presión ha caído, es demasiado baja y, por ejemplo, nuestra sangre y todos los líquidos de nuestros cuerpos hervirán.

Las botellas de agua me llaman. Llevo horas sin nada que beber, desde el almuerzo. Tengo una sed atroz.

Abro el estuche de cuero. Parece hecho a medida para las ampollas; cada uno de los viales de cristal se halla en su funda en miniatura.

Empiezo a contarlas.

—Cincuenta —dice Amanda—. Bueno, ahora cuarenta y ocho. Habría cogido dos mochilas, pero...

—No tenías planeado acompañarme.

—¿Cómo estamos de jodidos? —pregunta—. Sé sincero.

—No lo sé. Esta es nuestra nave espacial; será mejor que aprendamos a pilotarla.

Mientras empiezo a meter todo de nuevo en la mochila, Amanda coge el equipo para inyectarse.

Esta vez, rompemos el cuello de las ampollas y nos bebemos la droga. El líquido se desliza por mi lengua con un dulce ardor que roza lo desagradable.

Quedan cuarenta y seis ampollas.

—¿Cuántas veces podemos tomar este mejunje sin freírnos el cerebro? —
inquiero mientras activo el cronómetro del reloj de Amanda.

—Hace tiempo realizamos algunas pruebas.

—¿Con algún sin techo que cogisteis de la calle?

Casi sonrío.

—Nadie murió. Comprobamos que el uso repetido ejerce demasiada presión en el funcionamiento neurológico y desarrolla una tolerancia. La buena noticia es que la vida media es muy corta y, mientras no nos metamos una ampolla tras otra, deberíamos encontrarnos bien. —Vuelve a ponerse los zapatos y me mira—. ¿Te impresionas a ti mismo?

—¿A qué te refieres?

—Tú creaste esta cosa.

—Sí, pero todavía no sé cómo. Entiendo la teoría, pero crear un estado cuántico estable para un ser humano es...

—¿Un gran avance imposible?

Por supuesto. El vello de la nuca se me eriza mientras la improbabilidad de todo cobra sentido.

—Es una probabilidad de uno entre un millón —añado—, pero estamos tratando con el multiverso. Con el infinito. Quizás haya un millón de mundos como el tuyo, donde jamás lo resolví. Necesitamos uno donde sí lo logré.

A los treinta minutos, noto que la primera sensación de la droga hace

efecto, el parpadeo de una reluciente y brillante euforia.

Una bonita desconexión.

Aunque no tan intensa como en la caja de los Laboratorios Velocity.

Miro a Amanda.

—Creo que lo siento —digo.

—Yo también —afirma.

Y volvemos al pasillo.

—¿Todavía funciona tu reloj? —pregunto.

Amanda se retira la manga del jersey e ilumina la esfera del reloj de tritio verde.

31:15

31:16

31:17

—Han pasado un poco más de treinta y un minutos desde que tomamos la droga. ¿Sabes cuánto tiempo se supone que altera la química de nuestro cerebro?

—He oído que alrededor de una hora.

—Cronometrémolo para estar seguros.

Retrocedo hacia la puerta del garaje y la abro.

Ahora veo un bosque.

No hay ni rastro de verde.

Ni rastro de vida.

Tan sólo unos troncos chamuscados hasta donde me alcanza la vista.

Los árboles parecen embrujados, con unas ramas largas y finas como patas de araña en contraste con un cielo negro como el carbón.

Cierro la puerta.

Se bloquea automáticamente.

Me entra vértigo cuando veo que la caja se aleja otra vez de mí, hacia el

infinito.

Desbloqueo la puerta y vuelvo a abrirla.

El bosque muerto sigue ahí.

—Vale, ahora sabemos que la conexión entre las puertas y estos mundos sólo aguanta durante un periodo determinado con la droga. Ese el motivo por el que ninguno de vuestros pilotos consiguió regresar al laboratorio.

—Así que, cuando la droga hace efecto, ¿el pasillo se reinicia?

—Eso creo.

—Entonces, ¿cómo encontraremos el camino a casa?

Amanda empieza a caminar.

Cada vez más rápido.

Hasta que trota.

Luego corre.

En una oscuridad que nunca cambia.

Nunca termina.

Los bastidores del multiverso.

El ejercicio está haciéndome sudar e incrementa mi sed a un nivel insoportable, pero no digo nada y pienso que tal vez a ella le haga falta. Quizá le haga falta quemar un poco de energía. Descubrir que, a pesar de lo lejos que vaya, este pasillo jamás termina.

Supongo que ambos tratamos de asimilar lo horrible que en realidad es el infinito.

Al final, se cansa.

Aminorra el paso.

No hay nada más que el sonido de nuestros pasos dirigiéndose hacia la oscuridad que tenemos delante.

Estoy mareado por el hambre y la sed; no puedo dejar de pensar en esos

dos litros de agua de la mochila: los quiero, aunque sé que debemos guardarlos.

Ahora avanzamos metódicamente por el pasillo.

Sujeto la linterna para examinar todas las paredes de cada caja.

No sé qué busco.

Una interrupción en la uniformidad, tal vez.

Cualquier cosa que nos permita ejercer alguna medida de control sobre el lugar donde vamos a terminar.

Mis pensamientos van a toda prisa por la oscuridad...

¿Qué ocurrirá cuando nos quedemos sin agua?

Cuando no tengamos comida.

Cuando fallen las pilas que mantienen encendida esta linterna, nuestra única fuente de luz.

¿Cómo encontraré el camino de vuelta a casa?

Me pregunto cuántas horas han pasado desde que entramos por primera vez en la caja en el hangar de los Laboratorios Velocity.

He perdido la noción del tiempo.

Estoy vacilando.

El agotamiento se me echa tanto encima que dormir me atrae más que el agua.

Observo a Amanda, cuyos rasgos son fríos pero hermosos bajo la luz azulada.

Parece tener miedo.

—¿Ya tienes hambre? —pregunta.

—Casi.

—Tengo mucha sed, pero deberíamos ahorrar agua, ¿no?

—Es lo más inteligente.

—Me siento muy desorientada y estoy empeorando por momentos. Me crié

en Dakota del Norte; estamos acostumbrados a esas fuertes ventiscas, a las tormentas de nieve. Cuando ibas en coche a las llanuras y la nieve empezaba a caer tan fuerte, perdías el sentido de la orientación. Al caer tan fuerte, te mareabas con tan sólo mirar el parabrisas. Tenías que pararte a un lado de la carretera y esperar. Y al quedarte sentado en el coche frío, era como si el mundo desapareciera. Así es como me siento ahora mismo.

—Yo también estoy asustado, pero me esfuerzo por solucionarlo.

—¿Cómo?

—Bueno, primero tenemos que averiguar cuánto tiempo más nos dará esta droga en el pasillo. Con precisión.

—¿Hasta cuándo tenemos?

—Has dicho que alrededor de una hora; entonces, nuestro tiempo límite son noventa minutos de tu reloj. Eso son treinta minutos para que la droga haga efecto, más sesenta minutos en los que estamos drogados.

—Yo peso menos que tú. ¿Y si me afecta durante más tiempo?

—No importa. En el momento que deje de funcionar en alguno de nosotros, esa persona aplicará la decoherencia en el estado cuántico y hará desaparecer el pasillo. Para estar seguros, empecemos a abrir puertas a los ochenta y cinco minutos.

—¿Y qué esperamos exactamente?

—Un mundo que no nos coma vivos.

Se detiene y me mira.

—Sé que en realidad no construiste esta caja, pero debes de tener alguna idea de cómo funciona.

—Mira, esto está a años luz de cualquier cosa que pudiera haber...

—¿Eso es un «no, no tengo ni idea»?

—¿Qué estás preguntándome, Amanda?

—¿Estamos perdidos?

—Estamos recopilando información, trabajando en el problema.

—Pero el problema es que estamos perdidos, ¿verdad?

—Estamos explorando.

—¡Dios santo!

—¿Qué?

—No quiero pasar el resto de mi vida deambulando por este interminable túnel.

—No permitiré que eso ocurra.

—¿Cómo?

—Todavía no lo sé.

—Pero ¿estás trabajando en ello?

—Sí, estoy trabajando en ello.

—Y no estamos perdidos.

Estamos perdidos de la hostia. A la deriva en la nada entre universos, literalmente.

—No estamos perdidos.

—Bien. —Sonríe—. Entonces, pospongo lo de ponerme histérica.

Avanzamos en silencio durante un rato.

Las paredes metálicas son lisas y anodinas, no hay nada que distinga una de la siguiente ni de la siguiente ni de la siguiente.

—¿A qué mundos crees que tenemos acceso? —pregunta Amanda.

—He estado tratando de descifrarlo. Supongamos que el multiverso empieza con un único acontecimiento, el Big Bang. Ese es el punto de inicio, la base del tronco del árbol más grande y elaborado que pudieras imaginar. Mientras el tiempo se despliega y la materia comienza a organizarse en estrellas y planetas en todas las variantes posibles, de este árbol brotan ramas y de esas ramas brotan más, y así sucesivamente, hasta que en alguna parte,

catorce millones de años después, mi nacimiento desencadena una nueva rama. Y a partir de ese instante, todas las decisiones que tomo o no tomo, y las acciones de los demás que me afectan, dan lugar a más ramas, a un número infinito de Jasons Dessen que viven en mundos paralelos, algunos muy similares al que llamo hogar y otros totalmente distintos.

»Todo lo que pueda suceder sucederá. Todo. Lo que quiero decir es que en alguna parte de este pasillo hay una versión de ti y de mí que nunca consiguió entrar en la caja cuando intentaste ayudarme a escapar. Y ahora están torturándonos o ya habremos muerto.

—Gracias por levantarme la moral.

—Podría ser peor. No creo que tengamos acceso al multiverso entero. Bueno, si hay una realidad donde el sol redujo el mundo a cenizas justo cuando los procariotas, las primeras formas de vida, aparecían en la Tierra, no creo que ninguna de estas puertas nos lleve allí.

—Entonces, sólo podemos entrar a mundos que...

—Supongo que a mundos que de alguna manera son adyacentes al nuestro, mundos que se separaron en algún momento del pasado reciente, que están al lado del nuestro. En los que existimos o estuvimos en cierto momento. No sé cuánto tiempo atrás se bifurcaron, aunque sospecho que se da alguna forma de selección condicional. De todos modos, esa es sólo mi hipótesis de trabajo.

—Aun así, seguimos hablando de un número infinito de mundos, ¿no?

—Bueno, sí. —Levanto su muñeca y pulso el botón de la luz en su reloj.

Aparece el minúsculo cuadrado de verde luminoso...

84:50

84:51

—La droga debería dejar de tener efecto en los próximos cinco minutos. Supongo que ha llegado el momento. —Me acerco a la siguiente puerta, le paso a Amanda la linterna y cojo el picaporte.

Giro la manilla y abro la puerta un par de centímetros.

Veo un suelo de cemento.

Cinco centímetros.

Delante, una ventana de cristal que me resulta familiar.

Siete.

—Es el hangar —suelta Amanda.

—¿Qué quieres hacer?

Me quita de en medio y sale de la caja.

La sigo y las luces nos iluminan.

El centro de control se halla vacío.

El hangar se encuentra en silencio.

Paramos en la esquina de la caja y nos asomamos hacia las puertas abovedadas.

—No es seguro —opino, y mis palabras recorren el lugar como susurros en una catedral.

—¿Y la caja sí?

Con un atronador sonido metálico, las puertas abovedadas se desbloquean y empiezan a separarse.

Unas voces de pánico se filtran por la abertura.

—Vámonos. Ya.

Una mujer se esfuerza por atravesar el espacio entre las puertas.

—¡Oh, Dios mío!

Las puertas abovedadas están sólo a quince metros y sé que deberíamos volver a la caja, pero no puedo dejar de mirar.

La mujer atraviesa las puertas para entrar en el hangar y luego le da la mano al hombre que va detrás de ella.

La mujer es Amanda.

El hombre tiene el rostro tan hinchado y magullado que no habría advertido

que soy yo si no fuera porque lleva mi misma ropa.

Cuando comienzan a correr hacia nosotros, involuntariamente empiezo a abrir la puerta de la caja.

Pero sólo consiguen avanzar tres metros antes de que los hombres de Leighton aparezcan por las puertas tras ellos.

Un disparo los detiene en seco.

Mi Amanda hace el amago de ir con ellos, pero tiro de ella.

—Tenemos que ayudarlos —susurra.

—No podemos.

Asomados por la esquina de la caja, vemos cómo nuestros *doppelg-ängers* se giran despacio hacia los hombres de Leighton.

Deberíamos marcharnos.

Lo sé.

Una parte de mí me grita que me vaya.

Pero no puedo obligarme.

Lo primero que se me ocurre es que hemos retrocedido en el tiempo; por supuesto, eso es imposible. No hay viajes en el tiempo dentro de la caja. Se trata de un mundo en el que Amanda y yo escapamos varias horas más tarde.

O no lo conseguimos.

Los hombres de Leighton han sacado las pistolas y se dirigen hacia Jason y Amanda.

Cuando Leighton aparece tras ellos, oigo a esta otra versión de mí mismo decir:

—No es culpa suya. Yo la amenacé. La obligué a hacerlo.

Leighton mira a Amanda.

—¿Es cierto? ¿Te ha obligado? Porque te conozco desde hace más de una década y jamás he visto que nadie te forzara a hacer nada.

Amanda parece asustada, pero también desafiante.

—No voy a quedarme de brazos cruzados mirando cómo haces daño a la gente —responde, y le tiembla la voz—. Ya basta.

—Ah. Bueno, en ese caso... —Leighton apoya una mano en el hombro ancho del hombre de su derecha.

El disparo es ensordecedor.

El fogonazo, cegador.

La mujer cae como alguien a quien hubieran desconectado y la Amanda de mi lado deja escapar un grito sordo.

En cuanto el otro Jason corre hacia Leighton, el segundo guardia desenfunda una táser a la velocidad del rayo, lo derriba y lo deja en el suelo del hangar gritando y retorciéndose.

El chillido de mi Amanda nos ha delatado.

Leighton nos mira fijamente con una cara de pura confusión.

—¡Eh! —grita.

Empiezan a correr hacia nosotros.

Agarro a Amanda del brazo y tiro de ella para atravesar la puerta de la caja y cerrarla.

Ya está bloqueada, el pasillo se ha reconstituido, pero los efectos de la droga pasarán en cualquier momento.

Amanda está temblando; quiero decirle que todo va a salir bien, pero no las tengo todas conmigo. Acaba de presenciar su propio asesinato.

—Esa de ahí no eras tú —la tranquilizo—. Tú estás aquí, a mi lado. Viva y bien. Esa no eres tú.

Pese a la mala iluminación, veo que está llorando. Las lágrimas caen en chorretes de suciedad como si se le hubiera corrido el lápiz de ojos.

—Es una parte de mí —replica—. O era.

Con delicadeza, le cojo el brazo y se lo levanto para darle la vuelta y mirar el reloj. Estamos a escasos cuarenta y cinco segundos del minuto noventa.

—Tenemos que irnos —adviento. Empiezo a avanzar por el pasillo—.
¡Amanda, vamos!

Cuando me alcanza, abro una puerta.

Oscuridad total.

No se oye nada, no huele nada. Tan sólo hay vacío.

La cierro de golpe.

Intento no dejarme llevar por el pánico. Tengo que seguir abriendo más puertas para darnos la oportunidad de encontrar algún sitio donde descansar y recuperarnos.

Abro la siguiente.

A tres metros, entre hierbajos delante de una tambaleante valla de tela metálica, un lobo me fulmina con unos grandes ojos ámbar. Baja la cabeza y gruñe.

Cuando empieza a dirigirse hacia mí, empujo la puerta para cerrarla.

Amanda me coge de la mano.

Seguimos caminando.

Debería abrir más puertas, pero la verdad es que estoy aterrorizado. He perdido la esperanza de encontrar un mundo que sea seguro.

Parpadeo y volvemos a estar confinados en una sola caja.

La droga ha dejado de hacerle efecto a uno de nosotros.

Esta vez es ella quien abre la puerta.

La nieve se cuele en la caja.

Un golpe de frío glacial azota mi rostro.

A través de una cortina de nieve, distingo las siluetas de los árboles cercanos y casas a lo lejos.

—¿Qué opinas? —pregunto.

—Que no quiero estar ni un puto segundo más en la caja. —Amanda sale y se hunde hasta las rodillas en la suave nieve en polvo.

Inmediatamente empieza a temblar.

Noto que la droga en mí desaparece; es como si me atravesaran el ojo izquierdo con un picahielos.

Intenso pero fugaz.

Sigo a Amanda y nos dirigimos en dirección al vecindario.

Más allá del polvo inicial, me da la impresión de que sigo hundiéndome; despacio, el peso de cada paso se abre camino por una costra más profunda y antigua de nieve compacta.

Alcanzo a Amanda.

Con dificultad, atravesamos un claro hacia las casas, que parece que desaparecen poco a poco delante de mis ojos.

Mientras que yo estoy ligeramente protegido del frío gracias a mis vaqueros y mi sudadera con capucha, Amanda sufre con esa falda roja, el jersey negro y los zapatos planos.

He vivido la mayor parte de mi vida en el Medio Oeste y jamás he conocido un frío como el que hace aquí. Mis orejas y pómulos van camino de la congelación y ya estoy empezando a perder el control de la fina motricidad en las manos.

Un viento azotador se lanza directamente hacia nosotros y, mientras la nevada se intensifica, el mundo que tenemos delante toma la apariencia de una bola de nieve agitada con energía.

Nos abrimos camino entre la nieve, avanzando lo más rápido que podemos, pero cada vez estamos más hundidos y se hace casi imposible continuar con cierta eficiencia.

A Amanda se le han puesto las mejillas azules.

Está temblando violentamente.

Tiene el pelo enmarañado y apelmazado por la nieve.

—Deberíamos volver —digo, castañeteando los dientes.

El viento ahora es ensordecedor.

Amanda me mira, confundida, y luego asiente con la cabeza.

Echo la vista atrás: la caja ha desaparecido.

Mi miedo alcanza su máximo.

La nieve cae de lado y las casas a lo lejos no se ven.

El mismo paisaje en todas las direcciones.

La cabeza de Amanda se mueve de arriba abajo y yo sigo apretando los puños, intentando que me llegue sangre caliente a las yemas de los dedos, pero es una batalla perdida. El anillo de hilo está recubierto de hielo.

Mis procesos mentales están comenzando a prolongarse.

Estoy tiritando de frío.

La hemos cagado.

No es que haga frío, es que estamos muy por debajo de los cero grados.

Es un frío letal.

No tengo ni idea de cuánto nos hemos alejado de la caja.

¿Acaso importa ya, cuando estamos prácticamente ciegos?

Este frío nos matará en cuestión de minutos.

Seguimos avanzando.

Amanda tiene una mirada ausente y me pregunto si estará entrando en *shock*. Sus piernas desnudas están en contacto directo con la nieve.

—Duele —comenta.

Me agacho, la cojo en brazos y camino tambaleándome, sujetando con fuerza a Amanda contra mí mientras su cuerpo entero tiembla.

Estamos en un vórtice de viento, nieve y frío mortal, y todo parece exactamente igual. Si no clavo la vista en las piernas, el movimiento me da vértigo.

Se me pasa por la cabeza que vamos a morir.

Pero continúo avanzando.

Un pie delante de otro, y el rostro me arde ahora del frío, me duelen los brazos por cargar con Amanda y me duelen horrores los pies al colarse la nieve por mis zapatos.

Pasan los minutos, la nieve cae con más fuerza y el frío sigue congelándonos.

Amanda está farfullando, delira.

No puedo seguir haciendo esto.

No puedo seguir caminando.

No puedo seguir llevándola en brazos.

Pronto —muy pronto— tendré que parar. Me sentaré en la nieve, abrazaré a esta mujer a la que apenas conozco y moriremos juntos congelados en este horrible mundo que ni siquiera es el nuestro.

Pienso en mi familia.

Pienso en que no voy a volver a verlos y trato de procesar lo que eso significa mientras pierdo el control sobre mi miedo...

Hay una casa delante de nosotros.

O el segundo piso de una casa, más bien, porque la primera planta ha quedado sepultada en la nieve que se ha desplazado hasta un trío de buhardillas.

—Amanda. —Tiene los ojos cerrados—. ¡Amanda! —Los abre. Apenas—. Quédate conmigo. —La dejo en la nieve, apoyada en el techo, tropiezo hacia la buhardilla de en medio y atravieso con el pie la ventana.

Cuando he quitado a patadas los fragmentos de cristal más afilados, agarro a Amanda por los brazos y la llevo a un cuarto infantil, el de una niña, por lo que parece.

Animales de peluche.

Una casita de muñecas.

Parafernalia de princesa.

Una linterna de Barbie en la mesilla de noche.

Alejo a Amanda lo suficiente de la ventana para que no la alcance la nieve que entra. Luego cojo la linterna de Barbie y cruzo la puerta hacia el pasillo.

—¿Hola? —grito.

La casa se traga mi voz y no responde.

Todas las habitaciones de la segunda planta se encuentran vacías. Se han llevado los muebles de la mayoría.

Enciendo la linterna y bajo las escaleras.

No le quedan muchas pilas. La bombilla emite una luz tenue.

Me aparto de las escaleras y paso por delante de la puerta principal hacia lo que antes era el comedor. Han clavado tablones en los marcos de las ventanas para que el cristal no ceda ante la presión de la nieve, que llena los marcos por completo. Hay apoyada un hacha en los restos de la mesa del comedor que se ha transformado en leña para quemar.

Cruzo una puerta que da a una estancia más pequeña.

El haz de luz alcanza un sofá.

Un par de sillas casi totalmente desprovistas de su piel.

Un televisor instalado encima de una chimenea rebosante de cenizas.

Una caja de velas.

Un montón de libros.

Por el suelo, cerca del hogar, hay esparcidos unos sacos de dormir, mantas y almohadas, y dentro se ven personas.

Un hombre.

Una mujer.

Dos adolescentes.

Una niña.

Ojos cerrados.

No se mueven.

Sus rostros están azules y consumidos.

Una fotografía enmarcada de la familia en el invernadero del parque Lincoln, en tiempos mejores, descansa sobre el pecho de la mujer, cuyos dedos ennegrecidos todavía la sujetan.

Por la chimenea veo cajas de cerillas, montones de periódicos y una pila de virutas de madera extraídas de un soporte para cuchillos.

Una segunda puerta de la sala me lleva a la cocina. La nevera está abierta y no hay nada en el interior; tampoco en los armarios. La encimera está repleta de latas vacías.

Crema de maíz.

Habichuelas.

Frijoles negros.

Tomates enteros pelados.

Sopas.

Melocotones.

Lo que suele quedarse en el fondo de los armarios y que normalmente caduca por no consumirlo.

Hasta los botes de condimentos se han dejado limpios: mostaza, mayonesa, mermelada...

Detrás del abarrotado cubo de la basura, veo un charco congelado de sangre y un esqueleto pequeño: un felino del que sólo quedan los huesos.

Estas personas no han muerto congeladas.

Han muerto de hambre.

La luz de la lumbre resplandece en las paredes de la sala. Estoy desnudo en un saco de dormir dentro de otro saco de dormir cubierto de mantas.

Amanda se descongela a mi lado en otros dos sacos de dormir.

La ropa mojada está secándose en la chimenea de ladrillo y estamos tumbados lo bastante cerca del fuego como para sentir su calor rozándome la

cara.

En el exterior, la tormenta continúa bramando y toda la estructura de la casa cruje por las fuertes ráfagas de viento.

Amanda tiene los ojos abiertos.

Lleva despierta un rato y ya hemos gastado las dos botellas de agua, que ahora están llenas de nieve, junto a la chimenea, cerca de la lumbre.

—¿Qué crees que les pasó a los que vivían aquí? —pregunta.

La verdad: arrastré sus cadáveres hasta un despacho para que no los viera.

—No lo sé. A lo mejor se marcharon a un lugar donde no hiciera frío.

Sonríe.

—Mentiroso. No nos está yendo nada bien con nuestra nave espacial.

—Creo que esto es lo que llaman una pronunciada curva de aprendizaje.

Respira hondo y suelta el aire.

—Tengo cuarenta y un años. No es que tuviera una vida asombrosa, pero era mía. Tenía una carrera. Un apartamento. Un perro. Amigos. Programas de la televisión que me gustaba ver. A ese chico, John, al que había visto tres veces. Vino. —Me mira—. Ya no voy a volver a ver nada de eso, ¿verdad?

No sé qué responder.

—Al menos, tú tienes un destino —continúa—, un mundo al que quieres regresar. Yo no puedo volver al mío, de modo que ¿dónde me deja eso? —Se me queda mirando, tensa, sin pestañear.

No tengo contestación.

La próxima vez que recobro la conciencia, el fuego se ha reducido a un montón de ascuas, y la nieve cerca de la parte superior de las ventanas está a contraluz y brilla al intentar colarse unos rayos de sol.

Aun así dentro de la casa hace un frío increíble.

Mi mano sale del saco de dormir y toca la ropa encima de la chimenea;

siento alivio al comprobar que está seca. Vuelvo a meter la mano y me giro hacia Amanda. El saco le tapa la cara y veo cómo su aliento en bocanadas de vaho ha formado una estructura de cristales de hielo en la superficie.

Me visto, enciendo el fuego y acerco las manos a tiempo de evitar que se me entumescan los dedos.

Dejo a Amanda dormir y me dirijo al comedor; el sol atraviesa la parte superior de las ventanas y proyecta la suficiente luz para iluminar mi camino.

Subo por las oscuras escaleras.

Voy por el pasillo.

Regreso a la habitación de la niña; la nieve ha entrado y cubre casi todo el suelo.

Salgo por la ventana y entorno los ojos por la deslumbradora luz, tan intensa al reflejarse en el hielo que durante cinco segundos no veo nada.

La nieve me llega por la cintura.

El cielo está totalmente azul.

No se oyen pájaros.

No se oye vida.

Ni siquiera el susurro del viento. No se aprecia el rastro de nuestras pisadas. Ha arrastrado todo, está llano.

La temperatura debe de caer muy por debajo de cero, porque incluso dándome el sol no siento nada de calor.

Más allá de este vecindario, se distinguen los rascacielos de Chicago, las torres cubiertas de nieve, con hielo incrustado que resplandece a la luz del sol.

Una ciudad blanca.

Un mundo de hielo.

Al otro lado de la calle, contemplo el campo abierto donde por poco morimos congelados ayer.

No hay ni rastro de la caja.

De vuelta en el interior, encuentro a Amanda despierta, incorporada junto a la lumbre, envuelta en los sacos y las mantas.

Me acerco a la cocina y localizo unos cubiertos.

Luego abro la mochila y saco la comida preparada.

Está fría, pero es abundante.

Comemos vorazmente.

—¿Has visto la caja? —me pregunta.

—No, creo que está sepultada en la nieve.

—Fantástico. —Me observa, luego vuelve a mirar las llamas y dice—: No sé si enfadarme contigo o darte las gracias.

—¿De qué hablas?

—Cuando fuiste arriba, tenía que usar el lavabo y me topé con el despacho.

—Así que los has visto.

—Murieron de hambre, ¿no? Antes de quedarse sin combustible para hacer fuego.

—Eso parece. —Mientras miro fijamente las llamas, siento que algo me pincha la parte de atrás del cerebro. Un presentimiento. Empezó cuando salí un momento, mientras contemplaba el campo y pensaba que casi morimos en la tormenta blanca—. ¿Recuerdas lo que dijiste acerca del pasillo?, ¿que te recordaba a estar atrapada en una tormenta?

Deja de comer y me mira.

—Las puertas del pasillo son conexiones a una serie infinita de mundos paralelos, ¿no? Pero ¿y si somos nosotros los que estamos definiendo esas conexiones?

—¿Cómo?

—¿Y si es como la construcción de un sueño donde de alguna manera elegimos esos mundos específicos?

—¿Estás diciendo que de entre un número infinito de realidades he elegido

a propósito este tugurio?

—A propósito no. Tal vez es un reflejo de lo que sientes en el momento en que abres la puerta. Piensa en el primer mundo que vimos. Un Chicago en ruinas, con los edificios que se desmoronaban a nuestro alrededor. ¿Cuál era nuestro estado emocional al entrar en el garaje?

—Miedo. Terror. Desesperación. ¡Oh, Dios mío! ¡Jason!

—¿Qué?

—Antes de abrir la puerta al hangar y ver a la otra versión de ti y de mí, antes de que me cogieran, habías mencionado que ocurriría esto mismo.

—¿Ah, sí?

—Estabas hablando de la idea del multiverso y de que todo lo que pudiera ocurrir ocurriría, y dijiste que en algún lugar había una versión de ti y de mí que jamás consiguió entrar en la caja. Instantes más tarde, abriste una puerta y vimos justo ese escenario.

Siento el escalofrío de una revelación.

—Todo este tiempo, estábamos preguntándonos cómo se controlaba...

—Y somos nosotros los que lo controlamos.

—Sí. Y si es así, tenemos la capacidad de ir a donde queramos. Incluido a casa.

A la mañana siguiente, temprano, estamos en medio del silencioso vecindario, hundidos en la nieve hasta la cintura y temblando, aunque llevamos capas y capas de la ropa de invierno que hemos robado del armario de esa pobre familia.

En los campos delante de nosotros, no hay ni rastro de nuestras pisadas. Ni rastro de la caja. Nada, salvo nieve lisa e intacta.

El campo es enorme y la caja, diminuta.

Las posibilidades de tropezar con ella por un golpe de suerte son

minúsculas.

Con el sol asomando por entre los árboles, el frío no parece real.

—¿Qué se supone que vamos a hacer, Jason? ¿Adivinarlo? ¿Ponernos a cavar?

Vuelvo la vista hacia la casa medio enterrada y me pregunto por un aterrador instante cuánto tiempo podríamos sobrevivir ahí. ¿Cuánto tiempo pasaría hasta que nos quedáramos sin leña? ¿Y hasta que nos quedáramos sin comida o nos rindiéramos y pereciéramos como los demás?

Siento que una oscura presión aumenta en mi pecho, el miedo que se cuele.

Llevo una bocanada de aire a mis pulmones y está tan frío que me hace toser.

El pánico me acecha por todos los lados.

Es imposible encontrar la caja.

Hace demasiado frío aquí fuera.

No tendremos tiempo suficiente y, cuando llegue la próxima tormenta y la próxima, la caja estará tan enterrada que jamás podremos localizarla.

A menos que...

Me quito la mochila de los hombros, la dejo caer en la nieve y abro la cremallera con los dedos temblorosos.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta Amanda.

—Recurrir a una medida desesperada.

Tardo un momento en encontrar lo que estoy buscando.

Cojo la brújula, dejo a Amanda y la mochila, y entro en el campo.

Ella me sigue y me pide a gritos que la espere.

A los quince metros, me detengo para que me alcance.

—Mira esto —digo, y toco la esfera—. Estamos en South Chicago, ¿no? — Señalo hacia los rascacielos—. Así que el norte magnético está en esa dirección. Pero esta brújula dice lo contrario. ¿Ves cómo la aguja apunta al

este, hacia el lago?

Se le ilumina la cara.

—Claro. Es el campo magnético de la caja, que aparta de él la aguja de la brújula.

Dejamos hoyos al avanzar por la nieve en polvo.

En medio del campo, la aguja se mueve de este a oeste.

—Estamos justo encima.

Empiezo a cavar; me duelen las manos descubiertas por el frío, pero no me detengo. A un metro y medio, toco el borde de la caja y sigo cavando, ahora más rápido, con las mangas echadas hacia abajo para protegerme las manos, que están pasando de un dolor horrible al entumecimiento. Cuando mis dedos medio congelados rozan la parte superior de la puerta abierta, dejo escapar un grito que retumba por el mundo helado.

Diez minutos más tarde, volvemos a estar dentro de la caja y nos bebemos la ampolla cuarenta y seis y la ampolla cuarenta y cinco.

Amanda empieza a cronometrar con su reloj, apaga la linterna para ahorrar pilas. Mientras nos sentamos el uno al lado del otro en la oscuridad glacial a esperar a que haga efecto la droga, suelta:

—Nunca creí que me alegraría de ver nuestro salvavidas de mierda.

—¿A que no?

Apoya la cabeza en mi hombro.

—Gracias, Jason.

—¿Por qué?

—Por no dejar que me muriera congelada ahí fuera.

—¿Significa eso que ya no te la debo?

Se ríe.

—Me la sigues debiendo y mucho. Bueno, no olvidemos que todo esto es

culpa tuya.

Es un extraño ejercicio de aislamiento sensorial estar sentado en el silencio y la oscuridad total de la caja. Las únicas sensaciones físicas son el frío del metal que se me cuele por la ropa y la presión de la cabeza de Amanda en mi hombro.

—Eres diferente a él —dice.

—¿A quién?

—A mi Jason.

—¿En qué sentido?

—Eres más dulce. Él tenía un punto muy duro cuando dabas con él. Era la persona más resuelta que he conocido.

—¿Eras su terapeuta?

—A veces.

—¿Era feliz?

Noto que reflexiona sobre mi pregunta en la oscuridad.

—¿Qué? —comento—. ¿Estoy poniéndote en un dilema de confidencialidad entre médico y paciente?

—Técnicamente, los dos sois la misma persona. Es un territorio nuevo, desde luego. Pero no, no diría que fuese feliz. Desde un punto de vista intelectual, tenía una vida estimulante, pero, al fin y al cabo, unidimensional. Lo único que hacía era trabajar. En los últimos cinco años, no tuvo vida fuera del laboratorio. Prácticamente vivía ahí.

—¿Sabes? Tu Jason es el que me hizo esto. Estoy aquí ahora mismo porque hace unas noches alguien me secuestró a punta de pistola mientras iba caminando a casa. Me llevó a una central eléctrica abandonada, me drogó, me hizo unas cuantas preguntas sobre mi vida y las decisiones que había tomado. Si era feliz. Si habría hecho las cosas de otra forma. Ahora me vienen los recuerdos. Luego desperté en vuestro laboratorio. En vuestro mundo. Creo que

tu Jason fue el que me hizo esto.

—¿Estás sugiriendo que entró en la caja, encontró tu mundo de algún modo, tu vida, y te suplantó?

—¿Crees que era capaz de hacer algo así?

—No lo sé. Es una locura.

—¿Quién si no iba a haberme hecho esto?

Amanda se queda callada un momento, pero al final suelta:

—Jason estaba obsesionado con el camino no tomado. Siempre hablaba de eso.

Siento que vuelve la ira.

—Todavía hay una parte de mí que se niega a creerlo —reconozco—. Bueno, si quería mi vida, podría haberme matado y ya está. Pero se tomó la molestia de inyectarme no sólo una ampolla, sino ketamina, que me dejó inconsciente y borró mis recuerdos de la caja y de lo que él había hecho. Y me llevó a su mundo. ¿Por qué?

—Pues la verdad es que tiene mucho sentido.

—¿Tú crees?

—No era un monstruo. Si te hizo esto, tuvo que racionalizarlo de alguna manera. Así es como la gente decente justifica un mal comportamiento. ¿Eres un físico de renombre en tu mundo?

—No, doy clases en una universidad de segunda categoría.

—¿Eres rico?

—Profesional y económicamente hablando, no le llego a tu Jason ni a la suela de los zapatos.

—Ahí lo tienes. Se dice a sí mismo que está dándote la oportunidad de tu vida. Quiere probar el camino no tomado. ¿Por qué no ibas tú a quererlo también? No digo que sea lo correcto. Me refiero a que así un buen hombre llega a hacer algo terrible. Es el comportamiento humano básico. —Debe de

percibir que aumenta mi cólera, porque añade—: Jason, no te tomes el lujo de perder ahora los papeles. Dentro de un minuto, regresaremos al pasillo. Nosotros somos los que lo controlamos. Esas fueron tus palabras, ¿no?

—Sí.

—Si eso es cierto, si es nuestro estado emocional el que de alguna manera selecciona estos mundos, ¿a qué tipo de sitio van a llevarnos tus celos y tu ira? No puedes aferrarte a esa energía cuando abramos una nueva puerta. Tienes que encontrar el modo de deshacerte de ella.

Siento que llega la droga.

Se me relajan los músculos.

Por un momento, el enfado desaparece en un río de paz y calma; daría lo que fuera para que durase, para que se me llevase.

Cuando ella enciende la linterna, las paredes perpendiculares a la puerta ya no existen.

Bajo la vista al estuche de cuero que contiene las ampollas restantes. «Si el gilipollas que me hizo esto averiguó cómo manejar la caja, yo también lo haré», pienso.

Amanda me observa bajo esa luz azul.

—Nos quedan cuarenta y cuatro ampollas —anuncio—. Veintidós oportunidades para hacerlo bien. ¿Cuántas se llevó el otro Jason cuando entró en la caja?

—Cien.

Mierda.

Siento que me recorre un atisbo de pánico, pero sonrío igualmente.

—Supongo que tenemos suerte de que sea más listo que él, ¿no?

Amanda se ríe, se pone en pie y me ofrece su mano.

—Tenemos una hora. ¿Estás preparado?

—Desde luego.

NUEVE

Se levanta temprano.

Bebe menos.

Lee más.

Ha empezado a hacer ejercicio.

Coge el tenedor de forma distinta.

Se ríe con más facilidad.

Envía menos mensajes por el móvil.

Se da duchas más largas y, en lugar de pasarse una pastilla de jabón por todo el cuerpo, se enjabona con una manopla.

Se afeita una vez cada dos días, no cada cuatro, y en el lavamanos en vez de en la ducha.

Se pone los zapatos inmediatamente después de vestirse y no en la puerta principal antes de salir de casa.

Se limpia con hilo dental con regularidad y ella le descubrió depilándose las cejas hace tres días.

No se ha puesto su camiseta preferida para dormir —una desgastada de U2 de un concierto al que fueron hace una década en el United Center— desde hace casi dos semanas.

Friega los platos de otra manera: no los apila en el escurridor, sino que coloca la cristalería y los platos mojados sobre unos trapos que extiende en la encimera.

Bebe una taza de café en el desayuno en vez de dos y lo prepara más suave

que antes; de hecho, tan suave que ella se esfuerza en llegar primero a la cocina por la mañana y hacérselo por su cuenta.

Últimamente sus conversaciones durante la cena familiar se han centrado en ideas, libros y artículos que Jason está leyendo, y en los estudios de Charlie, en vez de contar los acontecimientos rutinarios.

Hablando de Charlie, Jason es también distinto con su hijo.

Más indulgente, menos parental.

Como si hubiera olvidado cómo ser el padre de un adolescente.

Ya no se queda despierto hasta las dos de la madrugada viendo Netflix en su iPad.

Ya no la llama nunca Dani.

La desea constantemente y todas las veces son como la primera.

La mira con una ardiente intensidad que le recuerda a la manera de mirarse a los ojos de los nuevos amantes cuando todavía queda mucho misterio y territorio desconocido por descubrir.

Estos pensamientos, todos estos pequeños detalles de los que se da cuenta, se acumulan al fondo de su mente mientras está frente al espejo, al lado de Jason.

Es por la mañana y están preparándose para sus respectivos días.

Ella se cepilla los dientes, él también y, cuando la pilla observándole fijamente, le dedica una sonrisa llena de espuma por la pasta dentífrica y le guiña un ojo.

Ella se pregunta...

¿Tiene cáncer y no se lo cuenta?

¿Le han echado del trabajo y no se lo dice?

Un ardor enfermizo estalla en la boca de su estómago. ¿Tiene una aventura con una de sus estudiantes y es ella la que está haciéndole actuar como un hombre nuevo?

No. No pasa nada de eso.

Pero tampoco es que vaya nada mal.

En realidad, están mejor. Le presta más atención que nunca. No habían hablado ni se habían reído tanto desde el principio de su relación.

Simplemente está... diferente.

Diferente en mil detallitos que puede que no signifiquen nada, pero que tal vez lo signifiquen todo.

Jason se inclina hacia delante y escupe en el lavabo.

Cierra el grifo, se coloca detrás de ella, le pone las manos en las caderas y se pega a ella con delicadeza.

Ella contempla su reflejo en el espejo.

«¿Qué secretos guardas?», piensa.

Quiere pronunciar esas palabras.

Esas palabras exactas.

Pero sigue cepillándose los dientes, porque ¿y si el precio de esa respuesta es esta increíble situación?

—Podría estar todo el día mirándote hacer eso —suelta él.

—¿Lavarme los dientes? —Distorsiona las palabras con el cepillo aún en la boca.

—Ajá.

La besa en la nuca; un escalofrío le recorre la espalda hasta las rodillas; por una fracción de segundo, todo disminuye: el miedo, las preguntas, la duda.

—Ryan Holder da una charla esta tarde a las seis. ¿Quieres acompañarme?

Daniela se inclina, escupe y se enjuaga.

—Me encantaría, pero tengo una clase a las cinco y media.

—Entonces, ¿puedo llevarte a cenar cuando vuelva a casa?

—Estaría muy bien.

Ella se gira y le besa.

Ahora hasta besa diferente.

Como si cada vez fuera un gran acontecimiento.

—Oye —dice cuando empieza a apartarse.

—¿Sí?

Debería preguntárselo.

Debería señalar todas estas cosas que ha advertido.

Sacarlo todo y aclarar las cosas.

Una parte de ella tiene muchas ganas de saberlo.

Pero otra no quiere saberlo jamás.

Así que se repite que no es el momento mientras juguetea con el cuello de su camisa, le arregla el pelo y se despide de él con un último beso.

DIEZ

AMPOLLAS RESTANTES: 44

—¿Seguro que lo mejor es apuntarlo? —pregunta Amanda, alzando la vista de la libreta.

—Cuando escribes, te concentras plenamente en ello. Es casi imposible escribir algo mientras estás pensando en otra cosa. El acto de plasmarlo en papel mantiene alineados los pensamientos y las intenciones.

—¿Cuánto debería escribir? —inquire.

—Estaría bien no complicarse al principio. ¿Un párrafo corto?

Termina la frase en la que ha estado trabajando, cierra la libreta y se pone de pie.

—¿Lo tienes todo en la cabeza? —pregunto.

—Creo que sí.

Me cargo la mochila a los hombros. Amanda va hacia la puerta, gira la manilla y la abre. La luz del sol matutino entra al pasillo; es tan cegadora que por un momento no veo nada.

Mientras se me adaptan los ojos al resplandor, el entorno comienza a distinguirse.

Nos encontramos en la entrada de la caja, en la cima de una colina que da a un parque.

Al este, la hierba esmeralda baja varios cientos de metros hasta la orilla del lago Michigan. A lo lejos se alzan unos rascacielos que no se parecen a nada que haya visto antes: unos edificios estrechos, construcciones de cristal y

acero tan reflectantes que rozan lo invisible, creando un efecto casi de espejismo.

El cielo está repleto de objetos en movimiento, la mayoría cruzando lo que supongo que es Chicago; unos cuantos aceleran verticalmente, directos hacia el intenso azul, sin señal de detenerse.

Amanda me mira y sonrío, dando unos golpecitos sobre la libreta.

La abro por la primera página.

Ha escrito...

Quiero ir a un buen sitio, a una buena época en la que vivir. Un mundo en el que me guste estar. No es el futuro, pero se parece...

—No está mal —comento.

—¿Este lugar es real?

—Sí. Y tú nos has traído aquí.

—Exploremos. Además, deberíamos descansar de la droga.

Empieza a descender por la pendiente cubierta de hierba, alejándose de la caja. Pasamos por unos columpios y luego damos con un paseo que atraviesa el parque.

La mañana es fría y perfecta. Mi aliento echa vaho.

La hierba está blanqueada por la escarcha donde el sol todavía no la ha rozado y los árboles que rodean el parque se agitan.

El lago es una balsa de aceite.

Medio kilómetro más adelante, una serie de elegantes estructuras en forma de Y cruzan el parque a intervalos de cincuenta metros.

Cuando nos acercamos, me doy cuenta de lo que son.

Subimos al andén en dirección norte y esperamos bajo la protección

climatizada, ahora a doce metros encima de la zona verde. Un mapa digital interactivo donde se lee «RED DE TRANSPORTES DE CHICAGO» en letras llamativas identifica esta ruta como la Línea Express Roja, que conecta South Chicago con el Centro.

Una voz femenina apremiante atrona por el altavoz encima de nuestras cabezas:

—«Manténganse alejados. Está llegando un tren. Manténganse alejados. Llegará un tren en cinco..., cuatro..., tres...».

Miro la vía de un lado a otro, pero no veo que se avecine nada.

—«Dos...».

Se alcanza a ver un movimiento entre la arboleda.

—«Uno».

Un elegante tren de tres vagones reduce velocidad al acercarse a la estación y, mientras se abren las puertas, la voz femenina computarizada dice:

—«Ahora pueden subir para dirigirse a la estación del Centro».

Amanda y yo intercambiamos una mirada, nos encogemos de hombros y luego entramos en el primer vagón. Está casi lleno.

Este no es el El que conozco. Es gratis. No hay nadie de pie. Todos los pasajeros están sujetos con cinturones a los asientos, que parecen de un trineo cohete.

La palabra «DESOCUPADO» se cierne convenientemente encima de cada sitio libre.

—«Por favor, tome asiento. El tren no puede salir de la estación hasta que todo el mundo esté sentado sin que corra ningún riesgo» —dice el acomodador automático mientras avanzamos por el pasillo.

Encontramos un par de asientos en la parte delantera del vagón. Cuando me recuesto, unas correas acolchadas salen de la silla y con cuidado me sujetan por los hombros y la cintura.

—«Échese hacia atrás en su asiento, por favor. El tren va a salir en tres..., dos..., uno».

La aceleración es suave pero intensa. Me hunde durante dos segundos en el asiento acolchado y después estamos flotando por un solo raíl a una velocidad inconcebible, sin sensación de fricción debajo mientras el paisaje urbano pasa borroso al otro lado, demasiado rápido para que pueda procesar lo que estoy viendo.

A lo lejos, el fantástico contorno de la ciudad cada vez se encuentra más cerca. Los edificios ni siquiera tienen sentido. Bajo la fuerte luz de la mañana, parece como si alguien hubiera roto un espejo y hubiera puesto de pie, en formación, todos los fragmentos de cristal; demasiado maravillosos, aleatorios e irregulares para estar contruidos por el hombre. Perfectos en su imperfección y asimetría, como una cordillera. O la forma de un río.

La trayectoria desciende.

Mi estómago sube.

Gritamos al atravesar un túnel, donde la oscuridad está salpicada de estallidos de luz que sólo sirven para amplificar la sensación de desorientación y velocidad.

Salimos de la oscuridad y me agarro a los laterales del asiento al echarme hacia delante contra las correas cuando el tren se para de golpe.

—«Estación del Centro —anuncia el acomodador—. ¿Es esta tu parada?».

Aparece un holograma a quince centímetros de mi cara encima de «¿Sí?» y «¿No?».

—Salgamos de aquí —dice Amanda.

Pulso «Sí». Ella hace lo mismo.

Las correas se desabrochan y desaparecen en los asientos. Nos levantamos y salimos del vagón con los otros pasajeros hacia el andén de una magnífica estación que empequeñece a la Grand Central de Nueva York. Es una terminal

rematada con un techo que parece de cristal biselado por el modo en que se filtra la luz del sol y se esparce por el vestíbulo como un resplandor disperso, proyectando en las paredes de mármol chevrones gorjeantes.

El lugar está atestado.

El graznido de las largas notas de un saxofón pende del aire.

Al otro extremo del vestíbulo, subimos los escalones de una abrumadora cascada.

Todos los que nos rodean hablan solos, por el móvil, estoy seguro, aunque no veo ningún teléfono.

Al final de las escaleras, pasamos por una de las muchas barreras.

La calle está plagada de peatones. No hay coches ni semáforos. Estamos en la base del edificio más alto que he visto jamás. No parece real ni de cerca. No se diferencian los pisos, es como una pieza de hielo o cristal.

Guiados por la curiosidad, cruzamos la calle, entramos a la torre y seguimos los indicadores para la cola a la plataforma de observación.

El ascensor es sorprendentemente rápido.

No dejo de tragar para despejarme los oídos ante el constante cambio de presión.

Al cabo de dos minutos, la cabina se detiene.

Un empleado nos informa de que tenemos diez minutos para disfrutar de las vistas.

Cuando las puertas se abren, nos topamos con una ráfaga fría de viento. Salimos y pasamos junto a un holograma donde se lee: «Está a 2170 metros de altura».

El hueco del ascensor ocupa el centro de la minúscula plataforma de observación y el pináculo de la torre se encuentra a tan sólo quince metros por encima, con la cúspide retorcida en forma de llama.

Aparece otro holograma mientras caminamos hacia el borde: «La Torre de

Cristal es el edificio más alto del Medio Oeste y la tercera más alta de Estados Unidos».

Aquí arriba hace muchísimo frío por la brisa constante que proviene del lago. El aire parece más fino al colarse por mis pulmones y advierto cierto mareo, ya sea por la falta de oxígeno o por el vértigo, no estoy seguro.

Llegamos a la verja antisuicidas.

Me da vueltas la cabeza. Se me revuelve el estómago.

Es demasiado y apenas puedo soportarlo: la brillante expansión de la ciudad, la profusión de torres vecinas y la vasta extensión del lago, que veo claramente al sur de Michigan.

Al oeste y al sur, más allá de los barrios residenciales, la pradera resplandece bajo la luz de la mañana, a cientos de kilómetros.

La torre se bambolea.

—«En un día despejado, se ven cuatro estados: Illinois, Indiana, Michigan y Wisconsin».

En esta obra de arte e imaginación, me siento pequeño desde una perspectiva agradable.

Es fascinante respirar el aire de un mundo capaz de crear algo tan hermoso.

Amanda se encuentra a mi lado; ambos contemplamos la curva femenina del edificio. Todo está en calma y casi en silencio aquí arriba.

El único sonido es el susurro aislado del viento.

El ruido de la calle no nos llega.

—¿Estaba todo esto en tu cabeza? —pregunto.

—No conscientemente, pero creo que sí, en cierto modo. Como si medio recordara un sueño.

Miro hacia los barrios del norte, donde debería hallarse Logan Square.

No tiene nada que ver con mi hogar.

A pocos metros, veo a un anciano junto a su esposa, con las manos nudosas

en los hombros de la mujer mientras ella mira por un telescopio, que apunta hacia la noria más extraordinaria que jamás he visto. Mide trescientos metros y se alza sobre la orilla del lago, justo donde debería estar Navy Pier.

Pienso en Daniela.

En lo que el otro Jason —Jason2— podría estar haciendo en este momento.

Lo que podría estar haciéndole a mi mujer.

La ira, el miedo y la añoranza me envuelven como una enfermedad.

Este mundo, a pesar de toda su grandeza, no es mi casa.

Ni siquiera se acerca.

AMPOLLAS RESTANTES: 42

Avanzamos por el oscuro pasillo de este lugar intermedio; nuestros pasos retumban hacia el infinito.

Sostengo la linterna, considerando lo que debería escribir en la libreta, cuando Amanda deja de caminar.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Escucha.

Hay tanto silencio que percibo los latidos de mi corazón intensificándose.

Y entonces... sucede algo imposible.

Un sonido.

Muy, muy lejos en el pasillo.

Amanda me mira.

—¿Qué coño...? —susurra.

Escruto la oscuridad.

No se ve nada, salvo la escasa luz de la linterna reflejada en las paredes que se repiten.

El sonido se hace más fuerte por momentos.

Son unos pasos.

—Alguien viene —apunto.

—¿Cómo es posible?

El movimiento entra en la periferia iluminada.

Una figura se acerca a nosotros.

Retrocedo un paso y, mientras se acerca, me siento tentado a echar a correr, pero ¿adónde iría?

Más me valdría enfrentarme a esto.

Es un hombre.

Está desnudo.

Tiene la piel cubierta de barro, suciedad o...

Sangre.

Sin duda es sangre.

Apesta a sangre.

Como si se hubiera revolcado por un charco.

Tiene el pelo enmarañado y apelmazado, el rostro manchado de tal manera que resalta el blanco de sus ojos.

Le tiemblan las manos y dobla los dedos en tensión, como si hubieran estado arañando algo desesperadamente.

Sólo cuando está a tres metros me percato de que el hombre soy yo.

Me aparto de su camino, retirándome contra la pared más cercana para evitar el encuentro, en la medida de lo posible.

Cuando pasa tambaleándose, clava los ojos en los míos.

Ni siquiera sé si me ve.

Parece traumatizado.

Vaciado.

Como si acabase de salir del infierno.

Le faltan trozos de carne por la espalda y los hombros.

—¿Qué te ha pasado? —musito.

Se detiene y me mira fijamente; luego abre la boca y emite el sonido más aterrador que he oído en mi vida: un grito de los que dejan cicatriz en la garganta.

Amanda me coge del brazo y tira de mí mientras su voz retumba.

No nos sigue.

Nos observa al marcharnos y después continúa arrastrando los pies por el pasillo.

Hacia la oscuridad infinita.

Treinta minutos más tarde, estoy sentado delante de una puerta idéntica al resto, intentado borrar de mi mente y mis emociones lo que acabo de ver en el pasillo.

Cojo la libreta de la mochila, la abro, tengo el bolígrafo preparado en la mano.

Ni siquiera tengo que pensar.

Me limito a escribir las palabras:

Quiero ir a casa.

Me pregunto si esto es lo que siente Dios. El torrente que llega por haber creado un mundo con tus palabras. Y sí, este mundo ya existía, pero nos he conectado con él. De entre todos los mundos posibles, he encontrado este, y es justo, al menos desde la entrada a la caja, lo que quería.

Camino y los cristales crujen en el suelo de cemento bajo mis zapatos mientras la luz de la tarde se filtra por las ventanas, tocando una hilera de generadores de hierro de otra época.

Aunque no lo he visto nunca a la luz del día, reconozco este lugar.

La última vez que estuve aquí, la luna llena se alzaba sobre el lago

Michigan; me habían tirado contra uno de esos antiguos artilugios, drogado, y miraba fijamente a un hombre con una máscara de geisha que me había obligado a punta de pistola a ir hasta las entrañas de una central eléctrica abandonada.

Me miraba —aunque no tenía ni idea entonces— a mí mismo.

No podría haberme imaginado todo lo que he viajado.

El infierno que me esperaba.

La caja está situada en la otra esquina de la sala, oculta detrás de unas escaleras.

—¿Y bien? —pregunta Amanda.

—Creo que lo he conseguido. Es el último sitio que vi antes de despertarme en tu mundo.

Atravesamos la central eléctrica abandonada y en ruinas.

Fuera brilla el sol.

Está poniéndose.

Es última hora de la tarde y lo único que se oye es el grito aislado de las gaviotas sobre el lago.

Nos dirigimos al oeste, hacia los vecindarios de South Chicago, caminando por el arcén como un par de vagabundos.

A lo lejos, el contorno de la ciudad me resulta familiar.

Es el que conozco y al que tengo cariño.

El sol continúa poniéndose y, cuando llevamos veinte minutos andando, caigo en la cuenta de que no hemos visto ni un solo coche en la carretera.

—Hay mucho silencio, ¿no? —insinúa.

Amanda me mira.

Esta calma no era tan evidente en la zona industrial cercana al lago.

Es alarmante.

No hay coches.

No hay gente.

Está todo tan tranquilo que oigo la corriente por los cables de tensión encima de nosotros.

La estación de la calle Ochenta y Siete está cerrada, no pasan trenes ni autobuses.

La única señal de vida es un gato callejero con la cola retorcida que cruza sigilosamente la carretera con una rata en sus fauces.

—Quizá deberíamos regresar a la caja —sugiere Amanda.

—Quiero ver mi casa.

—Aquí hay algo que no va bien, Jason. ¿No lo sientes?

—No vamos a saber controlar la caja si no exploramos los sitios donde nos lleva.

—¿Dónde está tu casa?

—En Logan Square.

—Pues no podemos ir andando.

—Tomemos prestado un coche.

Cruzamos la Ochenta y Siete y cruzamos una manzana de casas destrozadas. No han barrido las calles desde hace semanas. Hay basura por todas partes. Bolsas asquerosas, rotas, en grandes montones a ambos lados de la acera.

Han tapiado muchas ventanas.

Algunas las han cubierto con plásticos.

De la mayoría cuelgan trozos de tela.

Algunos rojos.

Otros, negros.

El zumbido de radios y televisores sale de unas cuantas casas.

El grito de un niño.

Por lo demás, en este barrio reina un silencio inquietante.

—¡He encontrado uno! —grita Amanda a medio camino de la sexta manzana.

Cruzo la calle hacia un Olsmobile Cutlass Ciera de mediados de los noventa.

Blanco. Oxidado por los bordes. Sin tapacubos.

A través de la ventana sucia, vislumbro unas llaves que cuelgan del contacto.

—Entonces, ¿vamos a hacerlo? —pregunta Amanda.

Arranco el motor mientras ella sube al asiento del pasajero.

Queda un cuarto de depósito de gasolina.

Debería bastar.

Hay tanta suciedad en el cristal que tardo diez segundos en despegar la mugre, la tierra y las hojas con el líquido limpiaparabrisas.

La interestatal está desierta.

Jamás he visto nada igual.

Vacía en ambas direcciones y hasta donde alcanza la vista.

Es la última hora de la tarde y el sol se refleja en la Torre Willis.

Me apresuro hacia el norte y a cada kilómetro se me tensa más el nudo en el estómago.

—Regresemos —suplica Amanda—. En serio, no cabe duda de que algo va muy mal.

—Si mi familia está aquí, debo quedarme con ellos.

—¿Cómo sabes siquiera que este es tu Chicago?

Enciende la radio y busca a través de la estática del dial FM hasta que el sonido del Sistema de Alertas de Emergencia chirría por los altavoces.

«El siguiente mensaje se retransmite por petición del Departamento de Policía del Estado de Illinois. El toque de queda obligatorio de veinticuatro

horas continúa en vigor para el condado de Cook. Se ordena a todos los residentes que permanezcan en sus casas hasta nuevo aviso. La Guardia Nacional controla la seguridad de todos los barrios, reparte las raciones de comida y provee de transporte a las Zonas de Cuarentena del Centro de Control de Enfermedades».

Por los carriles en dirección sur, pasa a toda velocidad un convoy de cuatro todoterrenos de camuflaje.

«La amenaza de contagio sigue siendo alta. Los síntomas iniciales incluyen fiebre, fuerte dolor de cabeza y dolor muscular. Si cree que usted o alguien de su casa está infectado, deje un trozo de tela roja en una ventana que dé a la calle. Si alguien en su casa ha fallecido, deje un trozo de tela negra en una ventana que dé a la calle.

El personal del Centro de Control de Enfermedades le atenderá en cuanto esté disponible.

Estén atentos para más detalles».

Amanda me mira.

—¿Por qué no das la vuelta?

No hay dónde aparcar en mi manzana, así que dejo el coche en medio de la calle con el motor en marcha.

—Estás como una puta cabra —exclama Amanda.

Señalo la casa que tiene una camiseta roja y un jersey negro colgando de la ventana del dormitorio principal.

—Esa es mi casa, Amanda.

—Date prisa. Y mantente a salvo, por favor.

Salgo del coche.

Está todo muy tranquilo, con las calles azuladas al anochecer.

Una manzana más allá, alcanzo a ver unas figuras pálidas que se arrastran

por la carretera.

Llego al bordillo.

Los cables de alta tensión no emiten sonido y la luz que emana del interior de las casas es más tenue de lo que debería.

Velas.

No hay electricidad en mi barrio.

Subo los escalones hacia la puerta principal y me asomo por la enorme ventana que da al comedor.

Está oscuro.

Llamo.

Al cabo de un buen rato, una sombra aparece por la cocina y pasa despacio junto a la mesa del comedor hacia la puerta principal.

Se me seca la boca.

No debería estar aquí.

Esta ni siquiera es mi casa.

No tengo esa lámpara.

Ni tampoco la lámina de Van Gogh que cuelga encima de la chimenea.

Oigo abrirse tres cerrojos.

La puerta cede un par de centímetros y la ráfaga de aire que sale del interior no huele como mi casa.

No hay más que muerte y enfermedad.

Daniela sujeta una vela que tiembla en su mano.

Hasta bajo esa luz tenue, advierto que cada centímetro cuadrado de su piel está cubierto de protuberancias.

Se le ven los ojos negros.

Están sangrando.

Tan sólo le quedan unos restos de blanco.

—¿Jason? —dice con una voz suave y afligida. Las lágrimas brotan de sus

ojos—. ¡Oh, Dios mío! ¿Eres tú?

Abre la puerta de par en par y se tambalea hacia mí, vacilante.

Te destroza el corazón sentir repugnancia por la persona a la que amas.

Retrocedo un paso.

Al percibir mi horror, ella también se detiene.

—¿Cómo es posible? —exclama con voz áspera—. Estás muerto.

—¿De qué estás hablando?

—Hace una semana te llevaron en una bolsa para cadáveres llena de sangre.

—¿Dónde está Charlie?

Niega con la cabeza y, mientras le brotan las lágrimas, tose sangre en el hueco de su codo.

—¿Está muerto? —inquiero.

—Nadie viene a recogerlo. Todavía está en su habitación. Está pudriéndose ahí arriba, Jason. —Por un momento, pierde el equilibrio y se apoya en el marco de la puerta—. ¿Eres real?

¿Soy real?

¡Qué pregunta!

No puedo hablar.

Me duele la garganta por la pena.

Las lágrimas comienzan a inundarme los ojos.

Aunque me da lástima, la horrible verdad es que me da miedo y mi instinto de supervivencia me hace retroceder.

—¡Viene alguien! —exclama Amanda desde el coche.

Miro hacia la calle y descubro un par de faros avanzando en la oscuridad.

—¡Jason, me cago en la puta, te dejo aquí! —insiste.

—¿Quién es esa? —pregunta Daniela.

El ruido del motor que se aproxima suena a diésel.

Amanda tenía razón. Debería haberme dado la vuelta en cuanto me di cuenta de lo peligroso que podría llegar a ser este sitio.

No es mi mundo.

Y, aun así, tengo el corazón atado al segundo piso de esta casa, en un dormitorio donde yace una versión de mi hijo.

Quiero subir y llevármelo, pero implicaría mi muerte.

Bajo los escalones hacia la calle cuando un todoterreno se detiene a tres metros del parachoques del coche que cogimos en el South Side.

Lleva varias insignias: la Cruz Roja, la Guardia Nacional y el Centro de Control de Enfermedades.

Amanda se asoma por la ventana.

—¿Qué coño haces, Jason?

Me seco las lágrimas.

—El cadáver de mi hijo está ahí arriba. Daniela se está muriendo.

La puerta del copiloto del vehículo se abre y sale una figura vestida con un traje negro de protección contra peligro biológico y una máscara de gas; me apunta con un rifle de asalto.

La voz que se proyecta a través de la máscara pertenece a una mujer:

—Deténgase ahí.

Por instinto, levanto las manos.

A continuación, mueve el rifle hacia el parabrisas del Cutlass Ciera y camina hacia allí.

—Apague el motor —le ordena a Amanda.

Ella quita el contacto mientras sale el conductor del todoterreno.

Señalo a Daniela, que sigue de pie en el porche, tambaleándose.

—Mi esposa está muy enferma. Mi hijo está muerto ahí arriba.

A través de la máscara, el conductor clava la vista en la fachada de mi casa.

—Tiene los colores bien puestos. Alguien vendrá a...

—Necesita atención médica ahora mismo.

—¿Este es su coche?

—Sí.

—¿Adónde pensaba ir?

—Quería llevar a mi mujer con alguien que pudiera ayudarla. ¿No hay hospitales o...?

—Espere aquí.

—Por favor.

—Espere —contesta bruscamente.

El conductor se acerca a la acera y sube las escaleras hasta donde se encuentra Daniela, sentada ahora en el último escalón y apoyada contra la barandilla.

Se arrodilla frente a ella y, aunque oigo su voz, no distingo las palabras.

La mujer del rifle nos apunta a mí y a Amanda.

Al otro lado de la calle, veo un fuego titilar por una ventana mientras uno de nuestros vecinos se asoma para comprobar qué está ocurriendo delante de su casa.

El conductor se gira.

—Mire, los campamentos del Centro de Control de Enfermedades están completos. Ya llevan así dos semanas. Y de todas maneras, no importaría que la metiera en uno. En cuanto los ojos sangran, el fin está muy próximo. No sé nada sobre usted, pero yo preferiría morir en mi cama en lugar de en un catre de una tienda de la Agencia Federal para la Gestión de Emergencias repleta de muertos y gente moribunda. —Mira por encima de su hombro—. Nadia, ¿serías tan amable de darle a este caballero algunas autoinyecciones? Y, de paso, una máscara.

—Mike.

—Tú hazlo, joder.

Nadia acude a la parte trasera del todoterreno y abre el maletero.

—Entonces, ¿va a morir?

—Lo siento.

—¿Cuánto tiempo le queda?

—Me sorprendería que llegase a la mañana.

Detrás de mí, Daniela se queja en la oscuridad.

Nadia regresa con cinco autoinyecciones, las cuales me pone en la mano junto a una máscara.

—Lleve siempre la máscara —advierte el conductor—. Y sé que es duro, pero intente no tocarla.

—¿Qué es esto? —pregunto.

—Morfina. Si le pone las cinco a la vez, morirá sin sufrir. Yo que usted no esperaría. Las últimas ocho horas son muy desagradables.

—¿No tiene posibilidades?

—No.

—¿Dónde está la cura?

—No llegará a tiempo para salvar la ciudad.

—¿Y dejan morir a la gente en su casa?

Me escruta a través de su máscara.

El protector facial está tintado.

Ni siquiera le veo los ojos.

—Si intentan marcharse y dan con el control equivocado, les matarán. Especialmente después de que anochezca. —Se da la vuelta.

Vuelven a subirse al todoterreno, encienden el motor y se alejan de la manzana.

El sol ya ha desaparecido en el horizonte.

La calle oscurece.

—Deberíamos marcharnos ya —insiste Amanda.

—Dame un segundo.

—Es contagioso.

—Soy consciente.

—Jason...

—Esa de ahí es mi mujer.

—No, es una versión de tu mujer y, si coges lo que sea que tenga, jamás verás a la de verdad.

Me pongo la máscara y subo los escalones hacia el porche delantero.

Daniela alza la vista mientras me acerco.

Su estropeado rostro me parte el alma.

Ha vomitado y está toda manchada de sangre y bilis negra.

—¿No me llevan? —murmura.

Niego con la cabeza.

Quiero abrazarla y consolarla.

Quiero huir de ella.

—No pasa nada —asegura—. No tienes que fingir que todo va a salir bien. Estoy preparada.

—Me han dado esto —digo, y dejo las autoinyecciones en el suelo.

—¿Qué es?

—Un modo de terminar.

—Te vi morir en nuestra cama —me cuenta—. Vi a mi hijo morir en la suya. No quiero volver a esa casa. De todos los caminos que pensé que tomaría mi vida, jamás me imaginé este.

—Así no es como ha sido tu vida, sólo es cómo ha acabado. Tu vida fue preciosa.

La vela se cae de su mano y se apaga en el cemento, con la mecha humeante.

—Si te inyecto todas, acabará. ¿Es eso lo que quieres?

Asiente con la cabeza; las lágrimas y la sangre le recorren las mejillas.

Le quito el tapón púrpura a una de las autoinyecciones, sostengo el extremo contra su muslo y presiono el botón del otro lado.

Daniela apenas se estremece cuando la jeringuilla, accionada por resorte, lanza una dosis de morfina a su organismo.

Preparo las cuatro siguientes y se las administro todas en una sucesión rápida.

El efecto es casi instantáneo.

Cae contra la barandilla de hierro forjado y sus ojos negros se le cristalizan cuando la droga surte efecto.

—¿Mejor?

Casi sonrío y luego, con palabras más espesas, dice:

—Sé que sólo estoy alucinando, pero eres mi ángel. Has vuelto a mí. Tenía mucho miedo de morir sola en esa casa.

Anochece.

Las primeras estrellas aparecen en el cielo negro de Chicago.

—Estoy tan... mareada.

Pienso en todas las noches que nos sentamos en el porche. Bebiendo. Riéndonos. Diciendo chorradas con los vecinos que pasaban mientras las farolas parpadeaban.

En este instante, mi mundo parece seguro y perfecto. Ahora me doy cuenta. Daba por sentado todas las comodidades. Era muy bueno y existían muchas maneras de que todo se fuera al garete.

—Ojalá pudieras tocarme, Jason —dice Daniela.

Su voz ahora es ronca y quebrada, poco más que un susurro.

Tiene los ojos cerrados.

Cada ciclo de su respiración se alarga uno o dos segundos.

Hasta que deja de respirar.

No quiero dejarla aquí, pero sé que no debería tocarla.

Me levanto, voy hacia la puerta y entro. La casa se halla en silencio y a oscuras, y la presencia de la muerte se me aferra a la piel.

Paso junto a las paredes del comedor iluminadas por las velas, cruzo la cocina y llego al despacho. El suelo de madera cruje con mis pasos, el único sonido de la casa.

Al pie de las escaleras, me paro y clavo la vista en la oscuridad del segundo piso, donde yace mi hijo, pudriéndose en su cama.

Siento unas ganas tremendas de subir, como atraído por la irresistible gravedad de un agujero negro.

Pero me resisto.

Cojo la manta que hay encima del sofá, la llevo fuera y cubro el cuerpo de Daniela.

Luego cierro la puerta de la casa, bajo las escaleras y me alejo del horror.

Subo al coche y arranco el motor.

Miro a Amanda.

—Gracias por no abandonarme.

—Debería haberlo hecho.

Nos marchamos.

Hay luz en algunas partes de la ciudad.

Otras están a oscuras.

Los ojos se me llenan de lágrimas.

Apenas veo para conducir.

—Jason, este no es tu mundo —me recuerda Amanda—. Esa no era tu mujer. Aún puedes ir a casa y encontrarlos.

Intelectualmente, sé que tiene razón, pero emocionalmente lo único que hace es destriparme.

Estoy programado para amar y proteger a esa mujer.

Cruzamos Bucktown.

A lo lejos, una manzana entera de la ciudad arroja llamaradas de treinta metros de altura al cielo.

La interestatal está oscura y vacía.

Amanda me quita la máscara.

El olor a muerte de la casa persiste en mi nariz.

No puedo quitármelo de encima.

Sigo pensando en Daniela, muerta en nuestro porche delantero bajo esa manta.

Cuando nos pasamos al oeste del centro, miro por la ventana.

Las estrellas emiten suficiente luz como para ver las torres.

Negras, sin vida.

—¿Jason? —me llama Amanda.

—¿Qué?

—Nos sigue un coche.

Miro por el retrovisor.

No lleva las luces puestas; parece un fantasma pegado a mi parachoques.

Enciende unos faros altos, cegadores, rojos y azules, que lanzan halos al interior del coche.

Una voz retumba por un megáfono detrás de nosotros: «Detenga el vehículo en el arcén».

Me invade el pánico.

No tenemos nada con qué defendernos.

No podemos escapar en esta mierda de coche.

Quito el pie del acelerador y veo que la aguja del cuentakilómetros se mueve en el sentido contrario a las agujas del reloj.

—¿Estás parando? —exclama Amanda.

—Sí.

—¿Por qué?

Piso con suavidad el freno y, cuando he reducido la velocidad, giro hacia el arcén y detengo el coche.

—Jason. —Amanda me agarra del brazo—. ¿Qué estás haciendo?

Por el espejo lateral, veo un todoterreno negro que se para detrás de nosotros.

—«Apague el motor y tire las llaves por la ventanilla».

—¡Jason!

—Confía en mí.

—«Esta es la última advertencia. Apague el motor y tire las llaves por la ventanilla. Cualquier intento de huida conllevará el uso de la violencia».

A un kilómetro y medio aparecen más faros.

Aparco y apago las luces. Luego bajo mi ventanilla unos centímetros, saco el brazo y finjo tirar unas llaves.

Se abre la puerta del conductor del todoterreno y sale un hombre con una máscara de gas y un arma ya desenfundada.

Vuelvo a arrancar el coche, enciendo las luces y piso el acelerador.

Oigo un disparo por encima del estruendo del motor.

El agujero de una bala queda marcado en el parabrisas.

Luego otro.

Uno alcanza el casete.

Echo la vista atrás y veo el todoterreno a varios cientos de metros por encima del hombro.

El cuentakilómetros va a cien y subiendo.

—¿A cuánto está nuestra salida? —pregunta Amanda.

—A dos o tres kilómetros.

—Nos persiguen unos cuantos.

—Los veo.

—Jason, como nos cojan...

—Lo sé.

Voy a un poco más de ciento cuarenta kilómetros por hora, el motor se esfuerza por mantener la velocidad y las revoluciones por minuto se acercan a la franja en rojo.

Pasamos junto a una señal que nos avisa de que nuestra salida está a quinientos metros a la derecha.

A esta velocidad la alcanzaremos en cuestión de segundos.

Salgo por la salida a ciento veinte y freno a fondo.

Ninguno de los dos llevamos puesto el cinturón de seguridad.

La inercia lleva a Amanda hacia la guantera y a mí me empuja hacia el volante.

Al final de la rampa, giro bruscamente a la izquierda en una señal de *stop*. Los neumáticos chirrían y la goma se quema. Desplaza a Amanda contra su puerta y casi me manda volando a su asiento.

Al cruzar el paso elevado, cuento cinco grupos de luces intermitentes en la interestatal y el todoterreno más cercano acelera ahora hacia la rampa de salida con otros dos coches a la zaga.

Atravesamos las calles desocupadas de South Chicago.

Amanda se inclina hacia delante y observa por el parabrisas.

—¿Qué pasa? —pregunto.

Está mirando al cielo.

—Veo luces ahí arriba.

—¿Un helicóptero?

—Exacto.

Atravieso intersecciones vacías y la estación cerrada del El; entonces

salimos del gueto y piso el acelerador cuando pasamos al lado de almacenes abandonados y patios ferroviarios.

Estamos en el quinto pino.

—Se acercan —anuncia Amanda.

Se oyen fuertes disparos en el maletero del coche.

Seguidos de tres más en rápida sucesión, como si alguien golpeará el metal con un martillo.

—Es una ametralladora —me avisa ella.

—Agáchate.

Oigo el sonido de las sirenas aproximándose.

Este sedán anticuado no es rival para lo que se avecina.

Dos disparos más atraviesan el cristal trasero y el parabrisas.

Una de las balas perfora el asiento de Amanda.

Delante, por el cristal lleno de agujeros de bala, veo el lago.

—Aguanta, ya casi estamos —digo.

Viro bruscamente a la derecha en Pulaski Drive y, cuando un trío de balas acribilla una de las puertas traseras, apago las luces.

Da la sensación de estar volando en la oscuridad durante los primeros segundos conduciendo sin luces.

Entonces se me acostumbra la vista.

Veó el pavimento delante, la negra silueta de las estructuras que nos rodean.

Aquí está tan oscuro como en el campo.

Levanto el pie del acelerador, pero no toco el freno.

Miro hacia atrás: dos todoterrenos giran de forma agresiva por Pulaski.

Delante sólo distingo un par de chimeneas familiares que atraviesan el cielo estrellado.

Vamos a menos de treinta kilómetros por hora y, aunque los todoterrenos

avanzan muy rápido, no creo que sus luces largas nos hayan alcanzado todavía.

Diviso una verja.

Reducimos más la velocidad.

Cruzo la carretera, la rejilla del coche choca contra la entrada cerrada y abre las puertas.

Avanzamos despacio hacia el garaje y, mientras rodeo los postes de la luz inclinados, echo la vista atrás hacia la carretera.

Las sirenas se oyen más fuerte.

Tres todoterrenos pasan por las puertas, seguidos de dos jeeps del ejército con ametralladoras montadas sobre el techo.

Apago el motor.

En el nuevo silencio, escucho cómo van perdiendo intensidad las sirenas.

Amanda se levanta del suelo mientras cojo la mochila del asiento trasero.

El ruido de nuestras puertas al cerrarse retumba en el edificio de ladrillo de enfrente.

Nos dirigimos hacia la estructura en ruinas y lo único que queda del letrero original: «CENTRAL ELÉCTR I AGO».

Un helicóptero zumba sobre nuestras cabezas y un punto de luz brillante recorre el aparcamiento.

Ahora oigo un motor revolucionado.

Un todoterreno negro derrapa en Pulaski.

Las luces nos ciegan.

Mientras caminamos hacia el edificio, la voz de un hombre por un megáfono nos ordena que nos detengamos.

Atravieso el agujero en la fachada de ladrillo y le doy la mano a Amanda para ayudarla a entrar.

Está negro como boca de lobo.

Abro la mochila y saco rápidamente la linterna.

La luz revela la recepción destrozada y, al ver este lugar en la oscuridad, recuerdo aquella noche con Jason², cuando me hizo pasar desnudo y a punta de pistola hacia la otra versión de este antiguo edificio.

Salimos de la primera estancia con la linterna interrumpiendo la oscuridad.

Avanzamos por el pasillo.

Cada vez más rápido.

Nuestros pasos resuenan en el suelo podrido.

El sudor chorrea por mi rostro y hace que me escuezan los ojos.

El corazón me late tan fuerte que se oye en mi pecho.

Respiro con dificultad.

Unas voces nos llaman.

Miro atrás, veo láseres y manchas verdes de lo que supongo que son gafas de visión nocturna.

Oigo el ruido de radios, voces que susurran y los rotores del helicóptero que retumban por las paredes.

Un torrente de disparos invade el pasillo y nos tiramos al suelo hasta que cesan.

Nos ponemos en pie como podemos y continuamos con más premura.

En un cruce, nos dirijo por un pasillo diferente, casi seguro de que es el camino correcto, aunque es imposible saberlo a ciencia cierta en la oscuridad.

Por fin salimos a la plataforma de metal en la parte superior de las escaleras que llevan a la sala de generadores.

Bajamos.

Nuestros perseguidores están tan cerca que distingo tres voces retumbando por el último pasillo.

Dos hombres, una mujer.

Me aparto del último escalón y Amanda me pisa los talones mientras resuena el estruendo de unas fuertes pisadas en las escaleras sobre nosotros.

Dos puntos rojos se entrecruzan en mi camino.

Me hago a un lado y sigo corriendo, todo recto hacia la oscuridad, donde sé que tiene que estar la caja.

Se oyen disparos sobre nuestras cabezas mientras dos figuras con el traje protector completo antibacteriológico saltan los últimos escalones, precipitándose hacia nosotros.

La caja se encuentra a quince metros, la puerta está abierta y la superficie metálica difunde suavemente la luz de nuestra linterna.

Disparos.

Noto que pasa algo volando junto a mi oreja derecha como si fuera un avispon.

Una bala alcanza la puerta con una chispa de fuego.

Me arde la oreja.

—¡No hay escapatoria! —grita un hombre detrás de nosotros.

Amanda es la primera en entrar.

Después cruzo yo el umbral, me giro y utilizo el hombro para cerrar la puerta.

Los soldados están a seis metros, tan cerca que les oigo resollar a través de las máscaras de gas.

Entonces abren fuego y los cegadores destellos y las balas tintineando en la caja de metal es lo último que veo y oigo de esa pesadilla.

Nos pinchamos enseguida y empezamos a andar por el pasillo.

Al cabo de un rato, Amanda quiere parar, pero no puedo.

Necesito seguir moviéndome.

Camino durante una hora entera.

Durante todo un ciclo de la droga.

Me sangra la oreja y me mancha la ropa.

Hasta que el pasillo vuelve a convertirse en una sola caja.

Me quito la mochila.

Frío.

Estoy cubierto de sudor seco.

Amanda se halla en el centro de la caja, con la falda sucia y rota, y el jersey totalmente desgarrado de nuestra huida de la central eléctrica abandonada.

Al dejar la linterna en el suelo, algo dentro de mí se libera.

La fuerza, la tensión, la ira, el miedo.

Todo sale a la vez en un torrente de lágrimas e incontables sollozos.

Amanda apaga la linterna.

Me tiro contra la pared fría y ella me acerca a su regazo.

Me pasa los dedos por el pelo.

AMPOLLAS RESTANTES: 40

Recobro el conocimiento en plena oscuridad, tumbado de lado en el suelo de la caja, con la espalda apoyada en la pared. Amanda está apretada contra mí, nuestros cuerpos se contornean juntos y apoya la cabeza en la sangradura de mi codo.

Tengo hambre y sed.

Me pregunto cuánto tiempo he dormido.

Al menos, la oreja ha dejado de sangrarme.

Es imposible negar la realidad de nuestra impotencia.

Aparte de nosotros, la caja es la única constante que tenemos.

Un pequeño barco en mitad de un inmenso mar.

Es nuestro refugio.

Nuestra prisión.

Nuestro hogar.

Con cuidado, nos desenredo.

Me quito la sudadera, la doblo para hacer una almohada y la coloco bajo la cabeza de Amanda.

Se mueve, pero no se despierta.

Me acerco a la puerta a tientas. Sé que no debería arriesgarme a romper el sello, pero tengo que saber qué hay ahí fuera, y la claustrofobia que me provoca la caja está afectándome.

Giro la manilla y abro despacio.

Primera sensación: el olor a árboles de hoja perenne.

Los rayos de luz solar se inclinan hacia el bosque de pinos, unos cerca de otros.

A poca distancia, hay un ciervo inmóvil, con esos oscuros y húmedos ojos clavados en la caja.

Cuando salgo, el animal se aleja entre los pinos sin hacer ruido.

En el bosque reina un silencio sorprendente.

Noto un ligero olor a leña en el viento.

¿Una fogata?

¿Una chimenea?

Me pregunto quién vive aquí.

¿Qué tipo de mundo es este?

Oigo unos pasos.

Me giro: Amanda viene hacia mí a través de los árboles y noto una punzada de culpa. Por poco logro que la maten en esa última realidad. No está sólo aquí por mí. Está aquí porque me salvó, porque cometió un acto valiente y arriesgado.

Se sienta a mi lado y coloca la cara hacia el sol.

—¿Cómo has dormido? —me pregunta.

—Mal. Tengo un calambre espantoso en el cuello. ¿Y tú?

—Me duele todo. —Se acerca y me examina la oreja.

—¿Qué pinta tiene? —pregunto.

—La bala te voló sólo parte del lóbulo. Te lo limpiaré.

Me pasa un litro de agua que rellenamos en el Chicago futurístico y tomo un largo trago que desearía que no terminara jamás.

—¿Estás bien? —dice.

—No puedo dejar de pensar en ella. Muerta en nuestro porche. Y en Charlie arriba, en su habitación. Estamos muy perdidos.

—Sé que es duro —asiente Amanda—, pero en lo que deberíamos estar pensando, en lo que ambos deberíamos estar pensando, es en por qué nos llevaste a ese mundo.

—Lo único que escribí fue: «Quiero ir a casa».

—Exacto. Eso fue lo que escribiste, pero cruzaste la puerta con equipaje.

—¿A qué te refieres?

—¿No es obvio?

—Evidentemente, no.

—Tu peor miedo.

—¿Ese tipo de escenario no es el peor miedo de todo el mundo?

—Tal vez. Pero es tan tuyo que me sorprende que no lo veas.

—¿Muy mío?

—No sólo por perder a tu familia, sino por perderlos a causa de una enfermedad. Igual que perdiste a tu madre cuando tenías ocho años.

Miro a Amanda.

—¿Cómo sabes eso?

—¿Tú qué crees?

Claro. Era la terapeuta de Jason2.

—Ver morir a su madre fue el acontecimiento que determinó su vida —declara—. Desempeñó un papel importante en el hecho de que nunca se casara

ni tuviese hijos. Que se dejara absorber por el trabajo.

Me lo creo. Al principio, hubo momentos en los que me planteé huir de Daniela. No porque no estuviera loco por ella, sino porque, en cierta manera, temía perderla. Y sentí el mismo miedo de nuevo cuando me enteré de que estaba embarazada de Charlie.

—¿Por qué buscaría un mundo como este?

—¿Por qué la gente se casa con versiones controladoras de sus madres? ¿O de sus padres ausentes? Para tener la oportunidad de hacer bien lo que se hizo mal. Resolver como un adulto lo que te hizo daño de pequeño. A lo mejor no tiene sentido en un nivel superficial, pero el subconsciente va por libre. Creo que el mundo nos enseña mucho acerca de cómo funciona la caja.

—Cuarenta —digo al pasarle el agua.

—¿Cuarenta qué?

—Quedan cuarenta ampollas. La mitad son tuyas. Eso nos deja con veinte oportunidades para hacerlo correctamente. ¿Qué quieres hacer?

—No estoy segura. Lo único que sé a estas alturas es que no voy a regresar a mi mundo.

—Entonces, ¿quieres que sigamos juntos o es esto una despedida?

—No sé qué opinas tú, pero creo que aún nos necesitamos el uno al otro. Quizá pueda ayudarte a llegar a casa.

Me apoyo en el tronco de un pino, con la libreta sobre las rodillas, repleto de pensamientos.

¡Qué extraño es plantearse crear un mundo con nada más que palabras, intención y deseo!

Es una inquietante paradoja: tengo control total, pero sólo hasta el punto en que tengo control sobre mí mismo.

Sobre mis emociones.

Mi tormenta interna.

Los motores secretos que me ponen en marcha.

Si existen mundos infinitos, ¿cómo encuentro el que es exclusiva y específicamente mío?

Observo la página y empiezo a escribir cada detalle que se me ocurre de mi Chicago. Pinto mi vida con palabras.

El sonido de los niños en mi barrio caminando juntos hacia el colegio, sus voces como un arroyo que fluye por las rocas..., alto y burbujeante.

Los grafitis en los descoloridos ladrillos blancos de un edificio a tres manzanas de mi casa, hechos con tanto arte que no se ha vuelto a pintar encima.

Medito sobre las complejidades de mi hogar.

El cuarto peldaño de las escaleras que siempre cruje.

El lavabo de la planta baja con el grifo que gotea.

El olor de la cocina mientras se prepara el café a primera hora de la mañana.

Todos los pequeños detalles de los que depende mi mundo y que parecen insignificantes.

ONCE

AMPOLLAS RESTANTES: 32

Hay una teoría en el campo de la estética llamada «el valle inquietante». Sostiene que, cuando algo parece casi un ser humano —un maniquí o un robot con forma humana—, crea repugnancia en el observador, porque la apariencia se asemeja mucho a la nuestra, aunque se aleja lo suficiente como para provocar una sensación de inquietud por algo que resulta tanto familiar como extraño.

Experimento un efecto psicológico similar mientras camino por las calles de este Chicago que es casi el mío. Preferiría una pesadilla apocalíptica. Los edificios en ruinas y los páramos grises no tienen comparación con estar en una esquina por la que he pasado mil veces y darme cuenta de que los nombres de las calles están mal. O descubrir que la cafetería donde siempre paraba a coger mi americano con soja bien cargado ahora es una tienda de vinos. O que mi casa en la calle Eleanor, 44, esté habitada por desconocidos.

Este es el cuarto Chicago con el que conectamos desde que escapamos de aquel mundo de enfermedad y muerte. Todos han sido como este: casi mi casa.

La noche es inminente y, puesto que nos hemos inyectado cuatro veces la droga de manera muy seguida, sin un periodo de recuperación, decidimos no regresar a la caja.

Es el mismo hotel en Logan Square donde me alojé en el mundo de

Amanda.

El cartel de neón es rojo en vez de verde, pero tiene el mismo nombre —«HOTEL ROYALE»— y es igual de peculiar; se ha quedado congelado en el tiempo, pero tiene mil particularidades insignificantes y diferentes.

Nuestra habitación tiene dos camas de matrimonio y, al igual que la otra, también da a la calle.

Dejo en el tocador junto a la televisión las bolsas de plástico con los artículos de aseo y ropa de segunda mano.

En otro momento, quizás habría rechazado esta habitación anticuada que huele a productos de limpieza que tratan de ocultar en vano el moho y cosas peores.

Esta noche, en cambio, es un lujo.

—Doy demasiado asco como para tener una opinión de este sitio —suelto mientras me quito la sudadera y la camiseta interior. Tiro la ropa en la papelera.

Amanda se ríe.

—No querrás competir conmigo a ver quién está más asqueroso.

—Me sorprende que nos hayan alquilado una habitación a cualquier precio.

—Puede que eso diga algo de la calidad del establecimiento.

Voy a la ventana y separo las cortinas.

Es última hora de la tarde.

Está lloviendo.

El neón exterior ilumina la habitación con su luz roja.

No sé ni en qué día o fecha estamos.

—El lavabo es todo tuyo —le indico.

Amanda coge sus cosas de la bolsa.

No tardo en oír el claro sonido del agua corriente retumbando en los azulejos.

—¡Oh, Dios mío! —exclama—. ¡Tienes que darte un baño, Jason! ¡No sabes lo que es esto!

Estoy demasiado sucio para tumbarme en la cama, así que me siento en la alfombra junto al radiador y dejo que las ondas de calor pasen sobre mí mientras observo cómo se oscurece el cielo por la ventana.

Sigo su consejo y me preparo un baño.

La condensación baja por las paredes.

El calor hace maravillas en mi zona lumbar, que lleva días fuera de combate por dormir en la caja.

Mientras me afeito la barba, las cuestiones de identidad siguen persiguiéndome.

No existe un Jason Dessen que sea profesor de Física en Lakemont College ni en otra universidad de la zona, pero no puedo evitar preguntarme si estoy ahí fuera, en alguna parte.

En otra ciudad.

En otro país.

Tal vez viviendo con otro nombre, con una mujer diferente, con un trabajo distinto.

En ese caso, si paso los días debajo de coches averiados en un taller mecánico o perforando cavidades en vez de enseñar Física a universitarios, ¿sigo siendo el mismo hombre en lo más básico?

¿Y qué significa eso?

Si quitas todos los adornos de la personalidad y el estilo de vida, ¿cuáles son los componentes fundamentales que me convierten en mí?

Al cabo de una hora, salgo, limpio por primera vez en días, vestido con unos vaqueros, una camisa a cuadros y un viejo par de Timberland. Son media talla más grandes, pero me he puesto dos calcetines de lana para compensar.

—Funciona —comenta Amanda mientras me evalúa.

—Tú tampoco has quedado mal.

Sus prendas de segunda mano consisten en unos vaqueros negros, unas botas, una camiseta blanca y una cazadora de cuero negra que todavía apesta por el hábito de fumar de su anterior propietario.

Está echada en la cama, mirando un programa de televisión que no conozco.

Alza la vista hacia mí.

—¿Sabes en qué estoy pensando?

—¿En qué?

—En una botella de vino. En una absurda cantidad de comida. Todos los postres del menú. Bueno, no había estado tan delgada desde la universidad.

—La dieta del multiverso.

Se ríe y es agradable oírlo.

Caminamos durante veinte minutos bajo la lluvia; quiero ver si uno de mis restaurantes favoritos existe en este mundo.

Sí, y es como encontrarse con un amigo en una ciudad extranjera.

Este local acogedor y hipster es una versión de la taberna de mi barrio de Chicago.

Hay una larga cola para conseguir mesa, así que acechamos la barra hasta que quedan libres un par de taburetes y nos sentamos al fondo, junto a una ventana surcada por la lluvia.

Pedimos unos cócteles.

Luego vino.

Mil platos pequeños que no dejan de llegar.

La bebida nos deja una fuerte y agradable sensación de bienestar, y nuestra conversación se limita casi al presente.

Cómo está la comida.

Lo bien que nos encontramos en un lugar caliente.

Ninguno de los dos menciona la caja ni una sola vez.

Amanda reconoce que parezco un leñador.

Yo comento que tiene pinta de motera.

Ambos soltamos unas grandes carcajadas; lo necesitamos.

—¿Estarás aquí? —pregunta cuando se levanta para ir al lavabo.

—No me moveré del sitio.

Pero no deja de mirar atrás.

La observo caminar junto a la barra y desaparecer al doblar la esquina.

Al quedarme solo, la cotidianeidad del momento es casi insoportable. Echo un vistazo al restaurante, contemplando los rostros de los camareros, de los clientes. Un montón de ruidosas conversaciones mezcladas y convertidas en una especie de estruendo sin sentido.

«¿Y si la gente supiera lo que yo sé?», pienso.

El camino de vuelta es más frío y mojado.

Cerca del hotel, veo el letrero de mi bar, el Village Tap, parpadeando al otro lado de la calle.

—¿Te apetece una última copa? —sugiero.

Es lo bastante tarde para que la multitud de la noche se haya reducido.

Nos sentamos a la barra mientras el camarero termina de actualizar la cuenta de alguien en la pantalla táctil.

Por fin se da la vuelta y se acerca. Primero mira a Amanda y después, a mí.

Es Matt. Probablemente me haya servido mil bebidas a lo largo de mi vida. Nos sirvió a Ryan Holder y a mí en mi última noche en mi mundo.

Pero no da muestras de haberme reconocido.

Es pura cortesía indiferente.

—¿Qué os pongo, chicos?

Amanda pide un vino.

Yo, cerveza.

Mientras prepara nuestras bebidas, me inclino hacia Amanda y susurro:

—Conozco al camarero, pero él a mí no.

—¿A qué te refieres con que lo conoces?

—Este es el bar al que vengo siempre.

—No, no lo es. Y por supuesto que no te reconoce. ¿Qué esperabas?

—Es muy raro. Este lugar es idéntico a como debería ser.

Matt nos trae las bebidas.

—¿Queréis que os abra una cuenta?

No tengo tarjeta de crédito, tampoco identificación, sólo un rollo de billetes en el bolsillo interior de mi chaqueta Members Only, justo al lado de las ampollas que nos quedan.

—Lo pagaré ahora. —Al ir a coger el dinero, añado—: Por cierto, soy Jason.

—Matt.

—Me gusta este local. ¿Es tuyo?

—Sí.

Parece no importarle una mierda lo que opino de su bar, algo que provoca una triste sensación de vacío en la boca de mi estómago. Amanda lo percibe. Cuando Matt nos deja, alza su copa de vino y la choca contra mi cerveza.

—Por una buena comida, una cama caliente y no estar muertos aún —brinda.

De vuelta en la habitación del hotel, apagamos las luces y nos desvestimos en la oscuridad. Sé que he perdido toda objetividad sobre nuestro alojamiento porque la cama me parece una maravilla.

—¿Has echado la llave? —pregunta Amanda desde su lado de la estancia.

—Sí.

Cierro los ojos. Oigo la lluvia repiquetear en la ventana. Algún coche esporádico pasando por la calle mojada, abajo.

—Ha estado bien la noche —reconoce Amanda.

—Sí. No echo de menos la caja, aunque es raro estar lejos de ella.

—No sé si te ocurrirá lo mismo, pero mi mundo cada vez me parece más un fantasma. Como un sueño conforme te alejas de él, ¿sabes? Pierde su color, su intensidad, su lógica. Tu conexión emocional con él se debilita.

—¿Crees que llegarás a olvidarlo del todo?

—No lo sé, pero sé que llegará un punto en el que ya no me parezca real. Porque no lo es. Lo único que es real es este momento en esta ciudad. Esta habitación. Tú y yo.

En mitad de la noche, advierto que Amanda está a mi lado.

No es algo nuevo. Hemos dormido así en la caja muchas veces. Abrazándonos en la oscuridad, más perdidos que nadie.

La única diferencia es que ahora no llevamos más que la ropa interior y siento su suave piel contra la mía.

Unos parpadeos del neón se cuelan por las cortinas.

Me coge la mano en la penumbra y la pone a su alrededor.

Luego gira para mirarme.

—Eres mejor de lo que jamás fue él.

—¿Quién?

—El Jason que conocí.

—Eso espero. ¡Por Dios!

Sonrío para remarcar la broma, pero ella se limita a contemplarme con esos ojos de medianoche. Últimamente nos hemos mirado mucho, pero hay

algo distinto en el modo en que lo hace ahora.

Hay cierta conexión y cada día se hace más fuerte.

Si me muevo tan siquiera un centímetro en su dirección, lo haríamos.

No cabe duda.

Y si la beso, si nos acostamos, quizá me sienta culpable y lo lamente, o quizá me dé cuenta de que esta mujer podría hacerme feliz.

Alguna versión de mí la besó en este momento, desde luego.

Alguna versión de mí conoce la respuesta.

Pero ese no soy yo.

—Si quieres que vuelva ahí, dímelo —susurra.

—No quiero, pero necesito que lo hagas —contesto.

AMPOLLAS RESTANTES: 24

Ayer me vi en el campus de Lakemont en un mundo donde Daniela había muerto —según el obituario que encontré en Internet en una biblioteca pública — a los treinta y tres, de cáncer cerebral.

Hoy hace una tarde espléndida en un Chicago donde Jason Dessen falleció hace dos años en un accidente de coche.

Entro en una galería de arte de Bucktown, intentando no mirar a la mujer que hay tras el mostrador, enfrascada en un libro. En su lugar, me centro en las paredes, que están cubiertas de pinturas al óleo; el tema parece ser exclusivamente el lago Michigan.

En todas las estaciones.

En todos los colores.

En todas las horas del día.

—Avísame si puedo ayudarte en algo —me indica la mujer sin alzar la vista.

—¿Eres tú la artista?

Deja el libro a un lado y sale del mostrador.

Se acerca.

Es lo más próximo que he estado a Daniela desde la noche en que la ayudé a morir.

Está despampanante. Lleva unos vaqueros ajustados y una camiseta negra de manga corta salpicada de pintura acrílica.

—Sí, soy yo. Daniela Vargas. —Es evidente que no me reconoce, no sabe quién soy. Supongo que en este mundo jamás nos conocimos.

—Jason Dessen.

Me ofrece la mano y la estrecho. Parece la suya —áspera, fuerte, hábil—, la mano de una artista. Tiene pintura pegada en las uñas. Todavía puedo sentir las recorriéndome la espalda.

—Son increíbles —comento.

—Gracias.

—Me encanta que estén centrados en un tema.

—Empecé a pintar el lago hace tres años. Cambia mucho en cada estación. —Señala al que tenemos enfrente—. Este fue uno de mis primeros intentos. Agosto, desde Juneway Beach. En los días despejados a finales de verano, el agua se vuelve luminiscente, azul verdosa, casi tropical. —Avanza junto a la pared—. Entonces te encuentras con un día como este en octubre, todo nublado, y tiñe el agua de gris. Me encanta porque apenas se distingue el agua del cielo.

—¿Tienes una estación favorita?

—Invierno.

—¿En serio?

—Es la más variada y los amaneceres son espectaculares. Cuando se heló el lago el año pasado, estos fueron algunos de mis mejores cuadros.

—¿Cómo trabajas? ¿Al aire libre o...?

—Casi siempre con fotografías. De vez en cuando pongo mi caballete en la orilla, en verano, pero me gusta tanto mi estudio que rara vez pinto en otra parte.

La conversación se estanca.

Ella vuelve a mirar al mostrador.

Seguramente quiera volver a su libro.

Lo más probable es que se haya fijado en mis vaqueros descoloridos de segunda mano y en mi camisa usada, y se haya dado cuenta de que no voy a comprarle ninguna obra.

—¿Es tuya esta galería? —pregunto, aunque conozco la respuesta.

Tan sólo quiero oírla hablar.

Para alargar este momento lo máximo posible.

—En realidad, es una cooperativa, pero como está mi trabajo expuesto este mes, estoy defendiendo el fuerte. —Sonríe. Sólo por educación. Empieza a alejarse—. Si hay algo más en lo que pueda...

—Es que creo que tienes tanto talento...

—Oh, es muy amable por tu parte. Gracias.

—Mi esposa es artista.

—¿De la ciudad?

—Sí.

—¿Cómo se llama?

—Mmm, bueno, seguro que no la conoces; además, ya no estamos juntos, así que...

—Lo siento.

Me toco el hilo raído que sigue ahí, contra todo pronóstico, atado a mi dedo anular.

—No es que no estemos juntos. Es que... —No termino mi pensamiento, porque quiero que sea ella quien me pida que acabe. Que muestre un poco de

interés, que deje de mirarme como a un desconocido, porque no lo soy.

«Hemos creado una vida juntos».

«Tenemos un hijo».

«He besado cada centímetro de tu cuerpo».

¿Cómo puede algo tan poderoso en un mundo no filtrarse en este?

Miro a Daniela a los ojos, pero no hay amor en ellos, no me reconoce ni le resulta familiar.

Sólo parece un tanto incómoda.

Como si estuviera deseando que me fuese.

—¿Quieres una taza de café? —pregunto.

Sonríe.

Ahora está muy incómoda.

—Me refiero a cuando salgas, sea cuando sea.

Si acepta, Amanda me matará. Ya llego tarde; habíamos quedado en el hotel. Se supone que volvemos a la caja esta tarde.

Pero Daniela no va a aceptar.

Se muerde el labio como hace siempre que se pone nerviosa; no cabe duda de que intenta dar con alguna respuesta aparte de un rotundo «no» egodestructivo, pero veo que está en blanco, que está armándose de valor para darme una patada en mi culo de fracasado.

—¿Sabes qué? —digo—. No importa. Lo siento. Te he puesto en un aprieto.

Joder.

Me muero.

Una cosa es que te dispare un completo desconocido.

Pero otra muy distinta es venirme abajo delante de la madre de tu hijo.

—Ya me voy.

Me dirijo a la puerta.

No intenta detenerme.

AMPOLLAS RESTANTES: 16

En todos los Chicagos en los que hemos estado esta última semana, los árboles parecen cada vez más esqueléticos, con las hojas arrancadas y pegadas al pavimento por la lluvia. Me siento en un banco al otro lado de la calle, delante de mi casa, arropado para protegerme del frío glacial de por la mañana con un abrigo de segunda mano que compré ayer por doce dólares con dinero de otro mundo. Huele al armario de un anciano: bolas de naftalina y crema analgésica.

De vuelta en el hotel, dejo a Amanda escribiendo en su libreta.

He mentido: le he dicho que iba a dar un paseo para aclararme las ideas y tomar una taza de café.

Me veo salir por la puerta principal y bajar deprisa las escaleras hacia la acera para dirigirme a la estación del El, donde tomo la Línea Lila al campus de Lakemont en Evanston. Llevo auriculares supresores del ruido; probablemente estoy escuchando un *podcast*, alguna charla de ciencia o un episodio de *This American Life*.

Es 30 de octubre según la portada del *Tribune*, poco más de un mes después de la noche que se me llevaron a punta de pistola y me sacaron de mi mundo.

Es como si llevara años viajando en la caja.

No sé con cuántos Chicagos hemos conectado hasta ahora.

Están empezando a mezclarse.

No obstante, este es el que más se acerca, aunque sigue sin ser el mío. Charlie va a un colegio concertado y Daniela trabaja fuera de casa como diseñadora gráfica.

Aquí sentado, me doy cuenta de que siempre he visto el nacimiento de Charlie y mi elección de crear una vida con Daniela como el momento de

umbral que provocó que la trayectoria de nuestras vidas se alejara del éxito en nuestras carreras.

Pero esa es una simplificación excesiva.

Sí, Jason2 se alejó de Daniela y Charlie y posteriormente consiguió ese gran avance. Pero hay millones de Jasons que se alejaron y no inventaron la caja.

Hay mundos donde dejé a Daniela y nuestras carreras no llegaron a nada.

O en los que la dejé y ambos conseguimos ciertos niveles de éxito, pero no nos comimos el mundo.

Y al revés, hay mundos donde me quedé, tuvimos a Charlie y no derivó en una vida precisamente perfecta.

En los que nuestra relación se deterioró.

Donde decidí dejar nuestro matrimonio.

O lo decidió ella.

O luchamos y sufrimos un estado sin amor, en el que estamos destrozados, aguantando el tipo por nuestro hijo.

Si represento la cúspide del éxito familiar de todos los Jason Dessen, Jason2 representa la cumbre profesional y creativa. Somos los polos opuestos del mismo hombre y supongo que no es una coincidencia que buscara mi vida entre todas las posibilidades infinitas disponibles.

Aunque había experimentado el éxito profesional, la total realización como hombre de familia era ajena a él como su vida era ajena a mí.

Todo apunta al hecho de que mi identidad no es binaria.

Es multifacética.

Y quizá pueda deshacerme del ardor y resentimiento del camino no tomado, porque el camino no tomado no se trata sólo de lo opuesto a lo que soy. Son unas ramificaciones infinitas que representan todas las permutaciones de mi vida entre los extremos que nos separan a Jason2 y a mí.

Me meto la mano en el bolsillo y saco el móvil de prepago que compré por cincuenta dólares, un dinero que podría habernos dado de comer durante un día o pagado otra noche en un motel barato.

Con los mitones puestos, despliego la hoja amarilla arrancada del apartado D de la guía telefónica de Chicago y marco el número rodeado con un círculo.

El lugar que casi es mi casa me transmite una sensación terriblemente solitaria.

Desde donde estoy sentado, veo la habitación de la segunda planta que supongo que le sirve de despacho a Daniela. Las contraventanas están abiertas; se encuentra sentada de espaldas a mí, de cara al monitor gigantesco.

La veo levantar el inalámbrico y mirar el *display*.

No reconoce el número.

Por favor, contesta.

Baja el teléfono.

Suena mi voz: «Ha llamado a casa de los Dessen. No podemos atender su llamada, pero si...»

Cuelgo antes de que salte la señal.

Vuelvo a llamar.

Esta vez lo coge y responde antes del segundo tono:

—¿Hola?

—Hola.

—¿Jason?

—Sí.

—¿Desde qué número llamas?

Sabía que lo preguntaría enseguida.

—Me he quedado sin batería —contesto—, así que una mujer del tren me ha prestado el suyo.

—¿Va todo bien?

—¿Qué tal tu mañana?

—Muy bien. Acabo de verte, tonto.

—Lo sé.

—¿Así que tenías tantísimas ganas de hablar conmigo que le pediste el teléfono a una extraña? —pregunta mientras da vueltas en su silla giratoria.

—La verdad es que sí.

—¡Qué mono!

Me quedo ahí sentado, absorbiendo su voz.

—¿Daniela?

—¿Sí?

—Te echo mucho de menos.

—¿Qué pasa, Jason?

—Nada.

—Suenas raro. Cuéntamelo.

—Iba caminando al El y se me ocurrió.

—¿El qué?

—Doy por hecho muchos momentos contigo. Salgo por la puerta hacia el trabajo y ya estoy pensando en mi día, en las clases que doy, en lo que sea, y es que... Tuve un momento de claridad al subir al tren sobre lo mucho que te quiero. Lo mucho que significas para mí. Porque nunca se sabe.

—Nunca se sabe ¿qué?

—Cuándo te lo pueden arrebatarse todo. Bueno, intenté llamarte, pero me había quedado sin batería. —Durante un buen rato, no hay más que silencio al otro lado de la línea—. ¿Daniela?

—Estoy aquí. Y siento lo mismo por ti. Lo sabes, ¿no?

Cierro los ojos por la emoción.

Pienso que podría cruzar la calle ahora mismo, entrar y contárselo todo.

Estoy tan perdido, amor mío.

Ella se levanta de la silla y se acerca a la ventana. Lleva un suéter largo de color crema y unas mallas de yoga. Tiene el pelo recogido y sostiene una taza de lo que sospecho que es té de un local de la zona.

Se lleva la mano al vientre, voluminoso por el niño que lleva dentro.

Charlie va a convertirse en hermano mayor.

Sonrí con lágrimas en los ojos, preguntándome qué opinará él.

Es algo que mi Charlie echa de menos.

—Jason, ¿seguro que todo va bien?

—Claro.

—Bueno, mira, tengo que cumplir un plazo con este cliente, así que...

—Tienes que colgar.

—Sí. —No quiero que lo haga. Necesito seguir oyendo su voz.

—¿Jason?

—¿Sí?

—Te quiero mucho.

—Yo también te quiero. No tienes ni idea de cuánto.

—Te veo esta noche.

No, verás a una afortunada versión de mí que no es consciente de la buena vida que tiene.

Cuelga.

Vuelve a su escritorio.

Me guardo el teléfono en el bolsillo, temblando, con los pensamientos bullendo en perturbados rumbos, hacia fantasías oscuras.

Veo descarrilar el tren en el que voy al trabajo.

Mi cuerpo destrozado, irreconocible.

O no lo encuentran.

Me veo a mí mismo entrando en esta vida.

No es mía exactamente, pero quizá se acerque bastante.

A última hora de la tarde, sigo sentado en el banco de la calle Eleanor, enfrente de la casa que no es mía, viendo llegar a nuestros vecinos del trabajo y del colegio.

¡Qué milagro es tener gente que regrese a casa todos los días!

Que te quieran.

Que te esperen.

Creía que apreciaba cada instante, pero aquí, con el frío que hace, sé que lo daba todo por sentado. ¿Y cómo no? Hasta que todo se viene abajo, no somos conscientes de lo que tenemos en realidad, lo precaria y perfectamente que se sostiene todo.

El cielo se oscurece.

Las casas se iluminan a ambos lados de la manzana.

Llega Jason.

Estoy mal.

No he comido en todo el día.

El agua no ha rozado mis labios desde esta mañana.

Amanda debe de estar perdiendo la cabeza preguntándose dónde estoy, pero no puedo marcharme. Mi vida, o al menos una terrible aproximación, está desarrollándose al otro lado de la calle.

Hace rato que ha pasado la medianoche cuando abro la puerta de nuestra habitación del hotel.

Las luces están encendidas y la televisión vocifera.

Amanda sale de la cama, con una camiseta de manga corta y unos pantalones de pijama.

Cierro la puerta con cuidado tras de mí.

—Lo siento —me disculpo.

—Eres un gilipollas.

—He tenido un mal día.

—Tú has tenido un mal día.

—Amanda...

Carga contra mí, empujándome con las dos manos tan fuerte como puede, y me manda contra la puerta.

—Creía que me habías abandonado —dice—. Luego pensé que te había pasado algo. No tenía manera de ponerme en contacto contigo. Empecé a llamar a los hospitales, les di tu descripción física.

—No te abandonaré jamás.

—¿Y cómo se supone que he de saberlo? ¡Me has asustado!

—Lo siento, Amanda.

—¿Dónde has estado? —Me tiene acorralado contra la puerta.

—He estado sentado en un banco enfrente de mi casa todo el día.

—¿Todo el día? ¿Por qué?

—No lo sé.

—Esa no es tu casa, Jason. Esa no es tu familia.

—Ya lo sé.

—¿Ah, sí?

—También seguí a Daniela y Jason cuando salieron.

—¿A qué te refieres con que los seguiste?

—Me quedé fuera del restaurante al que fueron a cenar. —La vergüenza me asalta cuando pronuncio las palabras. Empujo a Amanda para entrar en la habitación y me siento en el borde de la cama.

Se acerca y se queda de pie delante de mí.

—Luego fueron al cine —continúo—. Les seguí adentro y me senté detrás de ellos.

—Oh, Jason.

—Hice otra estupidez.

—¿Qué?

—Gasté parte de nuestro dinero en un móvil.

—¿Para qué lo necesitabas?

—Para llamar a Daniela y hacerme pasar por su Jason. —Me preparo para que Amanda pierda de nuevo los estribos; en cambio, se acerca a mí, me acaricia el cuello y me besa en la frente.

—Levántate.

—¿Por qué?

—Tú haz lo que te digo.

Me pongo de pie.

Me baja la cremallera de la chaqueta y me ayuda a sacar los brazos de las mangas. Luego me empuja hacia la cama y se arrodilla.

Me desabrocha las botas.

Me las quita de los pies y las tira en un rincón.

—Por primera vez —añado—, creo que entiendo por qué el Jason que conoces hizo lo que me hizo. Se me han estado pasando por la cabeza pensamientos retorcidos.

—Nuestras mentes no están hechas para aguantar esto. No puedo imaginarme lo que ha sido para ti ver a todas esas versiones de tu mujer.

—Debía de llevar semanas siguiéndome. Al trabajo. Cuando salía con Daniela por la noche. Quizá se sentaba en ese mismo banco y nos observaba movernos por la casa de noche, imaginándose fuera de escena. ¿Sabes qué he estado a punto de hacer esta noche?

—¿Qué? —Parece que le da miedo oírlo.

—Lo más probable es que guarden una copia de las llaves en el mismo sitio que nosotros. Me marché antes del cine. Quería buscar la llave y entrar en la casa. Esconderme en un armario a contemplar su vida. Observarlos dormir. Es enfermizo. Y sé que tu Jason estuvo en mi casa varias veces antes

de la noche en que se armó de valor para robarme la vida.

—Pero tú no lo has hecho.

—No.

—Porque eres un hombre decente.

—No me siento muy decente ahora mismo. —Me recuesto en el colchón y contemplo el techo de esta habitación de hotel que, en todas sus permutaciones intrascendentes, se ha convertido en nuestro hogar fuera de la caja.

Amanda se echa en la cama, a mi lado.

—Esto no funciona, Jason.

—¿A qué te refieres?

—No dejamos de dar vueltas sin llegar a ninguna parte.

—No estoy de acuerdo. Mira dónde empezamos. ¿Recuerdas ese primer mundo con los edificios que se derrumbaban a nuestro alrededor?

—He perdido la cuenta de los Chicagos en los que hemos estado.

—Nos acercamos cada vez más a mi...

—No nos acercamos, Jason. El mundo que estás buscando es un grano de arena en una playa infinita.

—Eso no es cierto.

—Has presenciado el asesinato de tu mujer. Que moría de una horrible enfermedad. Has visto que no te reconocía. Que estaba casada con otros hombres. Casada con múltiples versiones de ti. ¿Cuánto más vas a poder aguantar antes de sufrir un brote psicótico? No está tan lejos de tu estado mental actual.

—No se trata de lo que puedo o no puedo aguantar. Se trata de encontrar a mi Daniela.

—¿En serio? ¿Eso es lo que has estado haciendo sentado en un banco todo el día? ¿Buscando a tu esposa? Mírame. Sólo nos quedan dieciséis ampollas. Nos quedamos sin opciones.

Me retumba la cabeza.

Me da vueltas.

—Jason. —Siento ahora sus manos en mi rostro—. ¿Sabes cuál es la definición de locura?

—¿Cuál?

—No dejar de hacer lo mismo una y otra vez esperando que cambie el resultado.

—La próxima vez...

—¿Qué? ¿La próxima vez encontraremos tu casa? ¿Cómo? ¿Vas a llenar otra libreta esta noche? ¿Cambiará algo si lo haces? —Apoya la mano en mi pecho—. Te va el corazón a mil por hora. Tienes que calmarte. —Se gira y apaga la lámpara de la mesilla entre las dos camas. Está tumbada a mi lado, pero no hay nada sexual en su roce.

Mi cabeza está mejor con las luces apagadas.

La única iluminación es la luz de neón azul del cartel que se encuentra fuera de la ventana. Es lo bastante tarde como para que casi no circulen coches.

Me entra sueño. Menos mal.

Cierro los ojos y pienso en las cinco libretas amontonadas en la mesilla. Casi todas las páginas están llenas de mi letra, cada vez más similar a la de un maniaco. Sigo pensando que si escribo lo suficiente, si soy lo bastante específico, capturaré una imagen que me lleve por fin a mi hogar.

Pero no va a pasar.

Amanda no se equivoca.

Estoy buscando un grano de arena en una playa infinita.

DOCE

Por la mañana, Amanda ya no está a mi lado. Estoy tumbado de costado, contemplando la luz solar que se filtra por las contraventanas, escuchando el ruido del tráfico colarse por las paredes. El reloj está detrás de mí, en la mesilla de noche. No veo la hora, pero parece tarde. Nos hemos quedado dormidos.

Me incorporo, retiro las sábanas y miro hacia la cama de Amanda.

Está vacía.

—¿Amanda?

Enseguida voy al cuarto de baño para comprobar si está ahí, pero lo que descubro encima de la cómoda hace que me detenga.

Algo de dinero.

Unas cuantas monedas.

Ocho ampollas.

Y un trozo de papel arrancado de una libreta, lleno de la letra de Amanda.

Jason, después de lo de anoche, me quedó claro que has tomado la decisión de seguir un camino por el que yo no puedo ir. He estado luchando con esto toda la noche. Como amiga, como terapeuta, quiero ayudarte a solucionarlo, pero no puedo. Y tampoco puedo seguir viendo cómo te hundes. Sobre todo si soy parte del motivo de que te hundas. ¿Hasta qué punto nuestro subconsciente colectivo está dirigiéndonos a conectar con estos mundos? No es que no quiera que

vuelvas con tu esposa. No deseo nada más. Pero llevamos juntos semanas. Es difícil no encariñarse, en especial bajo estas circunstancias, cuando eres lo único que tengo.

Ayer leí tus libretas, cuando me preguntaba si me habías abandonado, y, cariño, no terminas de comprenderlo. Escribes todas esas cosas sobre Chicago en vez de tus sentimientos.

Te he dejado la mochila, la mitad de las ampollas y la mitad del dinero (ciento sesenta y un dólares y algo de calderilla). No sé dónde terminaré. Siento curiosidad y me da miedo, aunque también estoy ilusionada.

Hay una parte de mí que quiere quedarse, pero tienes que elegir tu propia puerta. Y yo también.

Jason, no te deseo nada más que felicidad. Cuidate.

Amanda

AMPOLLAS RESTANTES: 7

Sin compañía, asimilo todo el horror del pasillo.

Jamás me he sentido tan solo.

No hay ninguna Daniela en este mundo.

No parece Chicago sin ella.

Odio todo lo que hay en él.

El cielo es como si no tuviera color.

Los edificios se burlan de mí.

Hasta el aire sabe a mentira.

Porque no es mi ciudad.

Es la nuestra.

AMPOLLAS RESTANTES: 6

Estoy fracasando.

Me paso toda la noche caminando por las calles, solo.

Mareado.

Asustado.

Dejando que mi organismo elimine la droga.

Como en un restaurante que abre las veinticuatro horas y cojo el tren de vuelta al South Side al amanecer.

De camino a la central eléctrica abandonada, me ven tres adolescentes.

Están al otro lado de la carretera; a estas horas, las calles están vacías.

Me llaman.

Se ríen de mí y me insultan.

Los ignoro.

Camino más rápido.

Pero sé que estoy en problemas cuando empiezan a cruzar en mi dirección.

Por un momento, considero echar a correr, pero son jóvenes y, sin duda, más rápidos. Además, mientras se me seca la boca y se aproxima la pelea, una respuesta golpea en mi sistema como un estímulo de adrenalina que me advierte de que me van a hacer falta mis fuerzas.

A las afueras de un barrio, donde termina la hilera de casas y comienzan los patios ferroviarios, me alcanzan.

No hay nadie más fuera a estas horas.

Ninguna ayuda a la vista.

Son incluso más jóvenes de lo que pensé en un principio y desprenden un olor a cerveza como si se tratase de una maliciosa colonia. El cansancio de sus ojos sugiere que han estado por ahí toda la noche, tal vez buscando una oportunidad como esta.

La paliza empieza de verdad.

Ni siquiera se molestan en decir estupideces.

Estoy demasiado cansado, demasiado destrozado, para defenderme.

Antes de saber qué está sucediendo, estoy tirado en el suelo y me dan patadas en el estómago, en la espalda y en la cara.

Pierdo el conocimiento un instante y, cuando vuelvo en mí, siento sus manos por mi cuerpo, buscando —supongo— una cartera que no tengo.

Al final me quitan la mochila y, mientras sangro sobre el pavimento, se van riéndose y corriendo por la calle.

Me quedo allí tumbado un buen rato, escuchando cómo aumenta el volumen del tráfico.

El día se ilumina.

La gente pasa por mi lado sin detenerse.

Siento una punzada de dolor entre mis costillas magulladas con cada respiración y tengo el ojo izquierdo cerrado de la hinchazón.

Al cabo de un rato, consigo incorporarme.

Mierda.

Las ampollas.

Me pongo de pie valiéndome de una valla de tela metálica.

Por favor.

Meto la mano en el interior de la camisa y rozo con los dedos el trozo de precinto que me pegué en el costado.

Duele horrores arrancarla, pero todo me duele horrores.

Las ampollas siguen ahí.

Tres aplastadas.

Tres intactas.

Regreso a la caja tambaleándome y me encierro dentro.

Me han quitado el dinero.

Me han quitado las libretas.

Las jeringuillas y agujas.

No tengo más que el cuerpo roto y tres oportunidades para conseguirlo.

AMPOLLAS RESTANTES: 2

Paso la primera parte del día pidiendo en una esquina de South Side para poder coger el tren hasta la ciudad.

Y el resto, a cuatro manzanas de mi casa, sentado en el suelo detrás de un letrero de cartón en el que se lee:

«SIN CASA. DESESPERADO. CUALQUIER
COSA AYUDA».

El estado de mi rostro magullado debe de contribuir bastante a ganarme la simpatía de los demás, porque llevo recogidos veintiocho dólares con quince cuando el sol se pone.

Tengo hambre, sed y me duele todo.

Elijo una cafetería que parece lo bastante cutre para aceptarme y, cuando pago la comida, me vence el agotamiento.

No tengo adonde ir.

No tengo dinero para una habitación.

La noche es fría y lluviosa.

Camino hacia mi casa y rodeo la manzana hasta el callejón; ahí puedo dormir sin que me molesten, sin que me vean.

Hay un espacio entre mi garaje y el del vecino oculto tras el cubo de la basura y el de reciclaje. Me meto ahí en medio, cojo una caja desmontada y la apoyo en la pared del garaje.

Debajo de ella, escucho la lluvia golpear el cartón sobre mi cabeza y

espero que mi improvisado refugio aguante toda la noche.

Desde mi estratégica posición, por la alta verja que rodea el patio alcanzo a ver el segundo piso de mi casa a través de la ventana.

El dormitorio principal.

Jason pasa por allí.

No es Jason². Sé a ciencia cierta que este no es mi mundo. Las tiendas y los restaurantes de la calle son otros. Estos Dessen tienen coches diferentes. Y él es más serio de lo que yo he sido jamás.

Daniela aparece un momento en la ventana, alza la mano y cierra las persianas.

«Buenas noches, amor mío».

La lluvia se intensifica.

La caja se comba.

Empiezo a temblar.

En mi octavo día en las calles de Logan Square, el mismo Jason Dessen me tira un billete de cinco dólares en mi caja de limosnas.

No hay peligro.

Estoy irreconocible.

Quemado por el sol, con barba y apestando a la mayor miseria.

La gente de mi barrio es generosa. Siempre consigo bastante dinero para pagarme una comida barata cada tarde y ahorrar unos cuantos dólares.

Todas las noches duermo en el callejón de la calle Eleanor, 44.

Se convierte en una especie de juego. Cuando las luces del dormitorio principal se apagan, cierro los ojos y me imagino que soy él.

Que estoy con ella.

Algunos días, siento que se me va la cordura.

Amanda una vez dijo que su viejo mundo había empezado a parecer un

fantasma y creo que sé a lo que se refería. Asociamos la realidad con lo tangible, todo lo que podemos experimentar con nuestros sentidos. Y aunque me repito que hay una caja en el South Side de Chicago que puede llevarme a un mundo donde tengo todo lo que quiero y necesito, ya no creo que ese sitio exista. Mi realidad —y cada vez más conforme pasan los días— es este mundo. Donde no tengo nada. Donde vivo en la calle y soy una sucia criatura cuya existencia evoca compasión, pena y repugnancia.

Cerca hay otro vagabundo en medio de la acera; mantiene una conversación solo a todo volumen.

«¿Soy tan diferente? ¿No estamos ambos perdidos en mundos que, por razones que escapan a nuestro control, ya no se alinean con nuestra identidad?», pienso.

Los momentos más aterradores son los que parecen estar llegando con cada vez más frecuencia. Momentos donde la idea de una caja mágica, incluso para mí, suena a los desvaríos de un loco.

Una noche, paso por delante de una tienda de licores y me doy cuenta de que tengo bastante dinero para una botella de algo.

Bebo medio litro de J&B.

Me encuentro en el dormitorio principal de la calle Eleanor, 44, con la vista clavada en Jason y Daniela, dormidos en su cama bajo un lío de mantas.

El reloj de la mesilla de noche marca las 3:38 y, aunque la casa se halla en completo silencio, estoy tan borracho que siento latir el pulso contra mi tímpano.

No puedo reconstruir el proceso mental que me ha traído hasta aquí.

En lo único que puedo pensar es en que tenía esto.

Hace mucho tiempo.

Esta bonita vida de ensueño.

Y en este momento, con la habitación dando vueltas y las lágrimas surcándome el rostro, la verdad es que no sé si esa vida era real o imaginada.

Doy un paso hacia el lado de la cama de Jason y los ojos empiezan a acostumbrarse a la oscuridad.

Duerme en paz.

Deseo tantísimo lo que él tiene que puedo saborearlo.

Haría lo que fuera por tener su vida. Por ponerme en sus zapatos.

Me imagino matándolo. Estrangulándolo o disparándole una bala en la cabeza.

Me veo intentando ser él.

Intentando aceptar esta versión de Daniela como mi esposa. A este Charlie como mi hijo.

¿Sentiría esta casa alguna vez como la mía?

¿Podría dormir por las noches?

¿Podría mirar a Daniela a los ojos sin pensar en el miedo que reflejó el rostro de su verdadero marido dos segundos antes de que le quitara la vida?

No.

No.

La claridad llega con gran estrépito de forma dolorosa, vergonzosa, justo en el momento que más se necesita.

La culpa y todas las pequeñas diferencias transformarían mi vida aquí en un infierno. En un recordatorio no sólo de lo que habría hecho, sino de lo que aún no había hecho.

Jamás sería mi mundo.

No soy capaz.

No quiero esto.

No soy este hombre.

No debería estar aquí.

Mientras salgo a trompicones del cuarto, me doy cuenta de que considerar esta idea supone dejar de buscar a mi Daniela.

Dejarla marchar.

Reconocer que es inalcanzable.

Y tal vez sea verdad. Tal vez no tenga la menor oportunidad de encontrar la manera de volver a ella, a Charlie y a mi mundo perfecto. A ese único grano de arena en una playa infinita.

Pero aún me quedan dos ampollas y no dejaré de luchar hasta que las haya gastado.

Voy a una tienda de segunda mano y compro ropa nueva: unos vaqueros, una camisa de franela y un chaquetón negro.

También productos de baño en una droguería y luego una libreta, unos bolígrafos y una linterna.

Me alojo en un hotel, tiro la ropa vieja y me doy la ducha más larga de mi vida.

El agua que me recorre por el cuerpo es de color gris.

De pie frente al espejo, casi vuelvo a parecer yo, aunque los pómulos tienen más prominencia que antes debido a la malnutrición.

Duermo por la tarde y después cojo el tren al South Side.

La central eléctrica está en silencio y la luz del sol se cuele por las ventanas de la sala de generadores.

Sentado en la entrada a la caja, abro la libreta.

Desde que me he levantado, he estado meditando sobre lo que me dijo Amanda en su nota de despedida: aún no he escrito lo que siento.

Ahí va...

Tengo veintisiete años. Me he pasado la mañana trabajando en el laboratorio y las cosas van tan bien que casi no voy a la fiesta. Lo hago con frecuencia últimamente: descuido a los amigos y los compromisos sociales para pasar unas horas más en la sala blanca.

Te veo por primera vez en la otra esquina del pequeño jardín trasero mientras estoy en la terraza, bebiendo una Corona con lima, pero mis pensamientos siguen en el laboratorio. Creo que es la forma en la que estás de pie lo que llama mi atención: encajonada por un tipo alto y desgarbado con unos vaqueros negros que reconozco de este círculo de amigos. Es un artista o algo así. No sé ni cómo se llama, sólo que mi amigo Kyle me dijo hace poco: «Oh, ese tío se tira a todo el mundo».

No puedo explicarlo, ni siquiera hoy, pero, mientras le veo charlar con esa mujer morena de ojos oscuros, con un vestido azul cobalto —tú—, un brote de celos me invade. Inexplicable e increíblemente, quiero pegarle. Algo en tu lenguaje corporal sugiere incomodidad. No sonríes, tienes los brazos cruzados; se me ocurre que estás atrapada en una mala conversación y, por algún motivo, me importa. Sostienes una copa vacía, manchada con los posos del vino tinto. Una parte de mí me anima a ir a hablar contigo, a salvarte. La otra parte grita que no conozco de nada a esa mujer, ni siquiera sé su nombre. «No eres ese tipo de tío», me dice.

Me encuentro cruzando el césped hacia ti, con una nueva copa de vino, y cuando tus ojos se fijan en los míos, parece que algún mecanismo se ha apoderado de mi pecho. Como si colisionaran los mundos. Al acercarme, coges la copa de mi mano como si me hubieras mandado antes a por ella y me sonríes con tal familiaridad que parecemos conocernos de toda la vida. Intentas presentarme a Dillon,

pero el artista de vaqueros ajustados, al que ahora le han cortado el rollo, se disculpa y se larga.

Entonces quedamos sólo nosotros dos a la sombra del seto y mi corazón se vuelve loco. «Siento interrumpir —digo—, pero parecía que necesitabas que te rescataran». «Buen instinto. Es guapo pero insufrible», contestas. Me presento. Tú me dices tu nombre. Daniela. Daniela.

Sólo recuerdo fragmentos de la conversación en nuestros primeros momentos juntos. Principalmente, tu forma de reír cuando te cuento que soy físico atómico, sin burlarte. Como si la revelación te encantara. Recuerdo que el vino te había manchado los labios. Siempre he sabido, a un puro nivel intelectual, que nuestra diferenciación y aislamiento son una ilusión. Todos estamos hechos de lo mismo, trozos de materia formada en las llamas de las estrellas muertas. Salvo que jamás lo había notado en mis huesos hasta ese momento, allí, contigo. Y es por ti.

Sí, quizá sólo quiera acostarme contigo, pero también me pregunto si esta sensación de entrelazamiento podría ser la prueba de algo más profundo. Ese pensamiento me lo guardo para mí prudentemente. Recuerdo el mareo agradable que provocan la cerveza y el calor del sol, y luego, cuando empieza a ponerse, me doy cuenta de las ganas que tengo de marcharme de esta fiesta contigo, pero no tengo el coraje para de pedírtelo. «Tengo una amiga que inaugura su galería esta noche. ¿Quieres venir?», me preguntas entonces.

«Iría a cualquier parte contigo», pienso.

AMPOLLAS RESTANTES: 1

Camino por el infinito pasillo; la luz de mi linterna rebota en las paredes.

Al cabo de un rato, me detengo delante de una puerta como todas las demás.

Una entre un billón de un billón, de un billón.

El corazón me va a toda velocidad, me sudan las palmas de las manos.

No quiero nada más.

Sólo a mi Daniela.

La quiero de un modo que no puedo explicar.

Que no quiero ser capaz de explicar, porque su misterio es algo perfecto.

Quiero a la mujer que vi en la fiesta en aquel jardín trasero hace tantos años.

A la que elegí para tener una vida juntos, aunque significara renunciar a algunas cosas que me encantaban.

La quiero a ella.

Nada más.

Inspiro.

Exhalo.

Y abro la puerta.

TRECE

La nieve de una tormenta reciente está esparcida por el cemento y los generadores debajo de esas ventanas altas sin cristales.

Incluso ahora, entran ráfagas del lago, que caen como confeti frío.

Me aparto de la caja e intento atenuar mi esperanza.

Esta podría ser una central eléctrica abandonada en el South Chicago de cualquiera de los mundos.

Mientras avanzo despacio junto a la fila de generadores, un destello en el suelo atrae mi atención.

Me acerco.

En una grieta en el suelo, a quince centímetros de la base del generador: una ampolla vacía, con el cuello partido. En ninguna de las centrales eléctricas por las que he pasado en el último mes he visto esto.

A lo mejor es la que se inyectó Jason2 segundos después de que yo perdiera el conocimiento, la noche que me robó la vida.

Salgo del polígono industrial fantasma.

Hambriento, sediento, agotado.

Los rascacielos se alzan imponentes al norte y, aunque quedan decapitados por las bajas nubes de invierno, son los que conozco, sin lugar a dudas.

Subo a la Línea Roja que lleva al norte por la calle Ochenta y Siete cuando empieza a anochecer.

No hay cinturones de seguridad en los asientos ni hologramas en este El.

Sólo es un trayecto lento y tambaleante por South Chicago.

Llegamos a la extensión urbana del centro.

Hago trasbordo.

La Línea Azul me lleva a los barrios aburguesados del norte.

En el último mes, he estado en Chicagos similares, pero hay algo diferente en este, no sólo por la ampolla vacía. Se trata de algo más profundo que no atino a explicar; lo único que puedo decir es que es un lugar al que pertenezco. Parece mío.

Mientras dejamos de lado el tráfico paralizado en hora punta de la autopista, la nieve se intensifica.

Me pregunto...

¿Está Daniela, mi Daniela, viva y a salvo bajo estas nubes cargadas de nieve?

¿Está mi Charlie respirando el aire de este mundo?

Salgo del tren en el andén de Logan Square y meto bien las manos en los bolsillos de mi abrigo. La nieve está pegada a las familiares calles de mi barrio. A las aceras. A los coches aparcados junto al bordillo. Los faros del tráfico en hora punta atraviesan la profusión de copos.

A un lado y a otro de mi manzana, las casas resplandecen preciosas bajo la nevada.

Ya se ha recogido un frágil centímetro de nieve en los escalones que dan al porche, donde las huellas de alguien conducen a la puerta.

Por la ventana delantera, veo las luces encendidas en el interior y, desde la acera, es idéntica a mi casa.

Sigo esperando descubrir algún detalle sin importancia que no encaje: la puerta principal, el número de la calle o un mueble en la entrada que no reconozca.

Pero la puerta está bien.

El número de la calle también.

Hasta hay una lámpara taseracto colgando sobre la mesa del salón, y estoy lo bastante cerca para ver la fotografía grande en la repisa de la chimenea: Daniela, Charlie y yo en Inspiration Point, en el parque nacional Yellowstone.

Por la entrada abierta que lleva del comedor a la cocina, vislumbro a Jason junto a la isla; sostiene una botella de vino. Alarga el brazo y sirve un poco en la copa de otra persona.

El entusiasmo no me dura mucho.

Desde mi estratégica posición, lo único que alcanzo a ver es una hermosa mano sujetando la copa, y vuelvo a recordar lo que me ha hecho este hombre.

Todo lo que me ha arrebatado.

Todo lo que me ha robado.

Aquí fuera, en la nieve, no oigo nada, pero le veo reírse y tomar un sorbo de vino.

¿De qué están hablando?

¿Cuándo fue la última vez que follaron?

¿Es Daniela más feliz ahora que hace un mes, conmigo?

¿Puedo soportar saber la respuesta a esa pregunta?

La voz suave y sabia en mi cabeza me sugiere prudentemente que me aleje de la casa ahora mismo.

No estoy preparado para hacer esto. No tengo un plan.

Sólo siento furia y celos.

No debería precipitarme. Aún necesito más información que confirme que es mi mundo.

Un poco más allá de mi manzana, reconozco la parte trasera de nuestro Suburban. Me acerco y retiro la nieve que está pegada a la matrícula de Illinois.

El número es el mío.

La pintura tiene el color adecuado.

Limpio el parabrisas trasero.

La pegatina de los Lakemont Lions parece perfecta, puesto que está medio arrancada. Me arrepentí de ponerla en el cristal en cuanto la pegué. Intenté quitarla, pero sólo conseguí arrancar la parte superior de la cara del león, así que lo único que queda es una boca gruñendo.

Pero eso fue hace tres años.

Necesito algo más reciente, más definitivo.

Varias semanas antes de mi secuestro, le di con el Suburban por detrás a un parquímetro cerca del campus por accidente. No hubo daños, salvo que se rajó la luz trasera derecha y se abolló el parachoques.

Retiro la nieve del plástico rojo de la luz y, después, del parachoques.

Toco la grieta.

Toco la abolladura.

Ningún otro Suburban de los innumerables Chicagos que he visitado tenía esas marcas.

Me levanto y veo al otro lado de la calle el banco donde una vez pasé un día entero observando el desarrollo de otra versión de mi vida. En este momento, está vacío y la nieve se va amontonando en silencio sobre él.

Mierda.

A pocos metros, una figura me observa en la oscuridad cubierta de nieve.

Empiezo a caminar rápido por la acera, pensando que probablemente parece que haya estado robando la matrícula del Suburban.

He de tener más cuidado.

El cartel de neón azul de la ventana principal del Village Tap parpadea en la tormenta como la señal de un faro, avisándome de que estoy cerca de casa.

No hay un Hotel Royale en este mundo, así que me alojo en el triste Days Inn enfrente de mi bar.

Dos noches es todo lo que puedo permitirme, y mi reserva en efectivo descende a ciento veinte dólares con algo.

La sala de ordenadores es una habitación minúscula en el pasillo de la primera planta, con un terminal casi obsoleto, un fax y una impresora.

En Internet confirmo tres datos.

Jason Dessen es profesor del Departamento de Física en Lakemont.

Ryan Holder acaba de ganar el premio Pavia por sus contribuciones de investigación en el campo de la neurociencia.

Daniela Vargas-Dessen no es una artista de renombre en Chicago ni tampoco dirige un negocio de diseño gráfico. Su encantadora página web de *amateur* muestra varias de sus mejores obras y anuncia sus servicios como profesora de Arte.

Mientras subo fatigosamente las escaleras hacia mi habitación en la tercera planta, por fin me permito creerlo.

Este es mi mundo.

Me siento junto a la ventana y contemplo el neón del Village Tap.

No soy una persona violenta.

Jamás he pegado a un hombre.

Ni siquiera lo he intentado.

Pero, si quiero recuperar a mi familia, no hay otra manera de abordarlo.

Tengo que hacer algo terrible.

Tengo que hacerle a Jason² lo que me hizo a mí, aunque sin la opción que protegería la conciencia al meterlo de nuevo en la caja. Me queda una

ampolla, pero no repetiré su error.

Debería haberme matado cuando tuvo la oportunidad.

Noto que se activa la parte de físico de mi cerebro e intenta hacerse con el control.

Soy científico, al fin y al cabo. Un pensador con mentalidad para los procesos.

Así que medito sobre esto como si fuera un experimento de laboratorio.

Hay un resultado que quiero conseguir.

¿Cuáles son los pasos que he de tomar para alcanzar ese resultado?

Primero, definir el resultado deseado.

Matar al Jason Dessen que vive en mi casa y ponerle en un lugar donde nadie le encuentre jamás.

¿Qué herramientas necesito para lograrlo?

Un coche.

Una pistola.

Algún método para sujetarlo.

Una pala.

Un lugar seguro donde deshacerme del cuerpo.

Odio estos pensamientos.

Sí, me quitó a mi mujer, a mi hijo, mi vida, pero la idea de la preparación y la violencia es horrible.

Hay una reserva forestal a una hora hacia el sur de Chicago. El parque estatal Kankakee River. He acudido varias veces con Charlie y Daniela, normalmente en otoño, cuando las hojas caen y estamos ansiosos por disfrutar de la naturaleza, a solas, un día fuera de la ciudad.

Podría llevar allí a Jason² por la noche u obligarle a conducir, como él me hizo a mí.

Llevarle por uno de los senderos que conozco en la parte norte del río.

Tendré que acercarme por allí uno o dos días antes para preparar su tumba y cavarla en algún sitio tranquilo y apartado. Investigaré lo profunda que debe ser para que los animales no huelan el cadáver. Le haré creer que él va a cavar su propia tumba para que piense que tiene tiempo de averiguar cómo escapar o para convencerme de que no lo haga. Entonces, cuando estemos a seis metros del agujero, dejaré caer la pala y le diré que empiece a cavar.

Cuando se agache a recogerla, haré lo que no puedo imaginar.

Le dispararé una bala en la nuca.

Luego le arrastraré hasta el hoyo, le tiraré en él y lo cubriré de tierra.

La bueno es que nadie le buscará.

Me colaré en su vida del mismo modo que él se coló en la mía.

Tal vez después de algunos años le cuente a Daniela la verdad.

Tal vez jamás se la cuente.

La tienda de deportes se encuentra a tres manzanas y falta aún una hora para que cierren. Solía venir aquí una vez al año para comprar zapatillas con tacos y balones cuando a Charlie le dio por el fútbol al empezar secundaria.

Incluso entonces, sentía fascinación por el mostrador de las armas.

Tenía un halo de misterio.

Nunca imaginé lo que llevaría a alguien a querer una.

Tan sólo he disparado una pistola dos o tres veces, cuando iba al instituto en Iowa. Aun así, no vivía con el mismo entusiasmo que otros niños eso de disparar a bidones de aceite oxidados en la granja de mi mejor amigo. Me daba demasiado miedo. Al ponerme frente al objetivo, apuntando con el pesado revólver, no podía escapar al pensamiento de que estaba sosteniendo la muerte.

La tienda se llama Field & Glove, y soy uno de los tres clientes que ha aparecido a estas horas.

Paso por unas estanterías de cortavientos y una pared de zapatillas de correr para dirigirme al mostrador del fondo.

Hay rifles y escopetas colgados de la pared sobre cajas de munición.

Las pistolas brillan bajo el cristal del mostrador.

Hay negras.

Cromadas.

Algunas con cilindro.

Otras sin él.

Algunas parecen que sólo debieran llevarlas los justicieros de películas de acción de los años setenta.

Se acerca una mujer con una camiseta negra de manga corta y unos vaqueros azules descoloridos. Tiene cierto aire a Annie Oakley, con el pelo rojo y crespo, y un tatuaje que le rodea el brazo derecho, lleno de pecas, donde se lee: «... el derecho de la gente a tener y llevar armas no se infringirá».

—¿En qué puedo ayudarte? —pregunta.

—Quería comprar una pistola, pero, si te digo la verdad, no entiendo de esto.

—¿Para qué la quieres?

—Para defender mi casa.

Saca unas llaves del bolsillo y abre el armario que tiene delante. Lleva el brazo debajo del cristal y saca una pistola negra.

—Esta es la Glock 23. Calibre cuarenta. Hecha en Austria. Buena potencia. Puedo ofrecerte una versión subcompacta si quieres algo más pequeño para llevarlo escondido.

—¿Eso detendría a un intruso?

—Oh, sí. Esto le dejaría fuera de juego y no se volvería a levantar. —Se aparta, comprueba que la cámara esté vacía, vuelve a cerrarla y expulsa el

cargador.

—¿Cuántas balas lleva?

—Trece. —Me ofrece la pistola.

No estoy muy seguro de lo que se supone que tengo que hacer con ella.
¿Apuntar? ¿Sopesarla?

La sostengo incómodo y, aunque no está cargada, noto la misma inquietud de estar sujetando la muerte.

La etiqueta con el precio que cuelga del guardamonte marca 599,99 dólares.

Necesito resolver mi situación financiera. Probablemente podría entrar en el banco y sacar dinero de la cuenta de ahorros de Charlie. Tenía un saldo de cuatro mil dólares la última vez que lo comprobé. Él nunca accede a esa cuenta. Nadie lo hace. Si retiro unos miles de dólares, dudo que los echaran de menos. Al menos, no enseguida. Por supuesto, primero necesitaría conseguir un carné de conducir.

—¿Qué opinas? —pregunta la dependienta.

—Sí. Bueno, parece una pistola.

—Puedo enseñarte otras. Tengo una Smith y una Weston .357 que no están nada mal, si es que estás pensando más en la línea de un revólver.

—No, esta serviría. Tengo que ir a por algo de dinero. ¿Qué es el proceso de verificación de antecedentes?

—¿Tienes la tarjeta FOID?

—¿Qué es eso?

—La tarjeta de la licencia de armas que expide la Policía Estatal de Illinois. Tienes que solicitarla.

—¿Cuánto tardan en dártela?

No responde.

Se me queda mirando de forma extraña y me quita la Glock de la mano para

devolverla a su sitio bajo el cristal.

—¿He dicho algo malo?

—Eres Jason, ¿verdad?

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Estaba intentando encajar las piezas para asegurarme de que no estaba loca. ¿No sabes cómo me llamo?

—No.

—Mira, creo que estás tomándome el pelo y no te recomiendo...

—No había hablado nunca contigo. De hecho, llevo unos cuatro años sin entrar en esta tienda.

Cierra el armario y se guarda las llaves en el bolsillo.

—Creo que deberías marcharte ya, Jason.

—No entiendo...

—Si esto no es ningún juego, has sufrido algún daño cerebral, tienes Alzheimer o simplemente estás loco.

—¿De qué estás hablando?

—¿De verdad no lo sabes?

—No.

Apoya los codos en el mostrador.

—Entraste aquí hace dos días y dijiste que querías comprar una pistola. Te enseñé la misma Glock. Comentaste que era para defender tu casa.

¿Qué significa eso? ¿Está Jason2 preparándose por si regreso o es que acaso me espera?

—¿Me vendiste un arma? —farfullo.

—No, no tenías una tarjeta de licencia de armas. Me dijiste que ibas a sacar dinero. Ni siquiera creía que tuvieras carné de conducir.

Un hormigueo me recorre la espalda.

Me flaquean las rodillas.

—Y no fue sólo por lo de hace dos días —continúa—. Me diste mal rollo, así que ayer le pregunté a Gary, que también trabaja en el mostrador de armas, si te había visto alguna vez por aquí. Y sí. Habías pasado tres veces en la última semana. Y aquí estás otra vez.

Me apoyo en el mostrador.

—Así que, Jason, no quiero volver a verte en esta tienda. Ni siquiera para comprar un suspensorio. Si vuelves, llamaré a la policía. ¿Entiendes lo que estoy diciéndote? —Parece asustada y decidida; no me gustaría cruzarme con ella en un callejón oscuro cuando me ve como una amenaza.

—Lo entiendo.

—Largo de mi tienda.

Salgo a la nevada; los copos chocan contra mi rostro y la cabeza me da vueltas.

Echo un vistazo por la calle y veo acercarse un taxi. Al levantar el brazo, vira hacia mí y se detiene junto al bordillo. Abro la puerta trasera y entro.

—¿Adónde le llevo? —pregunta el taxista.

Adónde.

Buena pregunta.

—A un hotel, por favor.

—¿A cuál?

—No sé. Alguno que esté en un radio de diez manzanas. Algo barato. Quiero que lo elija usted.

Me mira a través del plexiglás que separa los asientos delanteros de los traseros.

—¿Que se lo elija yo?

—Sí.

Por un momento, creo que va a hacerlo. Quizá sea una petición demasiado

rara. Puede que me eche. En cambio, pone en marcha el cuentakilómetros y se incorpora al tráfico.

Contemplo la nieve caer por las luces delanteras, las luces traseras, las luces de las farolas y las luces de los intermitentes.

El corazón me late con fuerza dentro del pecho; se me aceleran los pensamientos.

Míralo con lógica, con sensatez.

El taxi se detiene delante de un hotel con muy mala pinta llamado El Fin de los Días.

El taxista me mira y pregunta:

—¿Le va bien este?

Le pago y me acerco a la recepción.

Retransmiten un partido de los Bulls en la radio y un empleado serio picotea comida china de un montón de paquetes blancos detrás del mostrador.

Me sacudo la nieve de los hombros y me alojo con el nombre del padre de mi madre, Jess McCrae.

Pago una noche.

Me quedo con 14,76 dólares.

Me dirijo a la cuarta planta y me encierro en la habitación con el pestillo y la cadena.

No tiene nada de vida.

Una cama con un deprimente edredón floreado.

Una mesa de formica.

Unas cómodas de aglomerado.

No hace frío, al menos.

Retiro las cortinas y echo un vistazo fuera.

Nieva lo bastante fuerte como para que las calles empiecen a vaciarse y el

pavimento se cubra de escarcha y revele las huellas de los neumáticos cuando pasan coches.

Me quito la ropa y guardo la última ampolla en la biblia de Gedeón del último cajón de la mesilla.

Luego me meto en la ducha.

Necesito pensar.

Bajo en el ascensor a la primera planta y uso mi tarjeta de acceso para entrar en la sala de ordenadores.

Tengo una idea.

Abro el servicio de correo electrónico gratuito que utilizo en este mundo y escribo el primer nombre de usuario que me viene a la cabeza.

Mi nombre en jeringonza: *asonjayessenday*.

No me sorprende, ya está cogido.

La contraseña es evidente.

La que he usado para casi todo en los últimos veinte años: la marca, el modelo y el año de mi primer coche: *jeepwrangler89*.

Intento entrar.

Funciona.

Me encuentro en la bandeja de entrada de una cuenta recién creada con correos iniciales del proveedor y uno reciente de «Jason» que no se ha abierto aún.

El asunto: «Bienvenido a la casa del Jason Dessen real».

Lo abro.

No hay ningún mensaje.

Tan sólo un hipervínculo.

Se carga la nueva página y aparece una alerta en la pantalla:

¡Bienvenido a UberChat!
Actualmente hay tres participantes activos.
¿Eres un nuevo usuario?

Clico en «Sí».

Tu nombre de usuario es Jason9.

Tengo que establecer una contraseña antes de entrar.

Una ventana grande muestra todo el historial de una conversación.

Una selección de emoticonos.

Un pequeño campo donde escribir y enviar mensajes públicos al foro y privados a cada participante.

Voy al principio de la conversación, que empezó aproximadamente hace dieciocho horas. El mensaje más reciente es de hace cuarenta minutos.

JasonADMIN: He visto a algunos de vosotros alrededor de la casa. Sé que hay más ahí fuera.

Jason3: ¿Está ocurriendo esto de verdad?

Jason4: ¿Está ocurriendo esto de verdad?

Jason6: No es verdad.

Jason3: ¿Cuántos habéis ido a Field & Glove?

JasonADMIN: Hace tres días.

Jason4: Dos.

Jason6: Compré una en South Chicago.

Jason5: ¿Tienes una pistola?

Jason6: Sí.

JasonADMIN: ¿Quiénes pensaron en Kankakee?

Jason3: Culpable.

Jason4: Culpable.

Jason6: De hecho, yo fui hasta allí y cavé el hoyo anoche. Estaba todo preparado. Tenía el coche listo. La pala. La cuerda. Todo planeado a la perfección. Esta tarde fui a la casa a esperar a que el Jason que nos hizo esto a todos se marchara. Pero entonces me vi a mí mismo detrás del Suburban.

Jason8: ¿Por qué lo cancelaste, Jason6?

Jason6: ¿Qué sentido tiene continuar? Si me deshago de él, aparecerá uno de vosotros y me hará lo mismo a mí.

Jason3: ¿Todos pasasteis por los escenarios de la teoría de juegos?

Jason4: Sí.

Jason6: Sí.

Jason8: Sí.

JasonADMIN: Sí.

Jason3: Así que todos sabemos que no hay forma de que esto termine bien.

Jason4: Podríais suicidaros y dejar que yo me quedara con ella.

JasonADMIN: Yo he abierto este chat y soy el administrador. Ahora mismo están merodeando por aquí cinco Jasons más, para vuestra información.

Jason3: ¿Por qué no unimos fuerzas y conquistamos el mundo? ¿Os imagináis lo que pasaría con tantas versiones de nosotros colaborando? (Sólo medio en broma).

Jason6: ¿Que si me imagino lo que pasaría? Claro. Nos meterían en un laboratorio del gobierno y nos harían pruebas hasta el fin de los tiempos.

Jason4: ¿Puedo decir lo que pensamos todos? Esto es muy raro.

Jason5: Yo también tengo una pistola. Ninguno se ha esforzado tanto como yo por volver a casa. Ninguno ha visto lo que yo he visto.

Jason7: Tú no tienes ni idea de por lo que hemos pasado el resto.

Jason5: He visto el infierno. El infierno. ¿Dónde estás ahora mismo,

Jason7? Ya he matado a dos de nosotros.

Otro mensaje de alerta aparece en la pantalla:

Tienes un mensaje privado de Jason7.

Lo abro; la cabeza me retumba, va a explotarme.

Sé que esta situación es una locura, pero ¿quieres ser mi compañero? Dos mentes son más fuertes que una. Podríamos colaborar para deshacernos de los demás y, cuando se haya despejado el humo, estoy seguro de que encontraremos alguna solución. El tiempo es crucial. ¿Qué me dices?

¿Que qué digo?

Apenas puedo respirar.

Salgo de la sala de ordenadores.

El sudor me cae por los costados, pero tengo frío.

El pasillo de la primera planta está vacío, en silencio.

Corro hacia el ascensor y subo al cuarto piso.

Al salir a la moqueta beige, camino rápido hasta mi habitación y me encierro allí dentro.

Empiezo a darle vueltas.

¿Cómo no lo había previsto?

En retrospectiva, era inevitable.

Aunque no estaba dividiéndome en realidades alternativas en el pasillo, sí me hallaba en todos los mundos en los que entré. Lo que significa que otras versiones mías se separaron de esos mundos de ceniza, hielo y plaga.

La naturaleza infinita del pasillo me impidió toparme con más versiones de

mí mismo, pero sí vi a uno, el Jason con la espalda desollada.

No cabe duda de que la mayoría de esos Jasons murieron o se perdieron para siempre en otros mundos, pero algunos, como yo, tomaron las decisiones acertadas. O tuvieron suerte. Puede que sus caminos fuesen distintos al mío, que pasaran por puertas diferentes a otros mundos, pero al final encontraron sus respectivas maneras de regresar a este Chicago.

Todos queremos lo mismo: recuperar nuestra vida.

¡Por Dios!

Nuestra vida.

Nuestra familia.

¿Y si la mayoría de esos Jasons son exactamente como yo? Hombres decentes que quieren recuperar lo que les han quitado. Y en ese caso, ¿qué derecho tengo yo a quedarme con Daniela y Charlie por encima del resto?

No se trata de un simple juego de ajedrez. Es una partida de ajedrez contra mí mismo.

No quiero concebirlo así, pero no puedo evitarlo. Los otros quieren mi bien máspreciado: mi familia. Eso los convierte en mis enemigos. Me pregunto qué estaría dispuesto a hacer para recuperar mi vida. ¿Mataría a otra versión de mí si eso implicase que puedo pasar el resto de mis días con Daniela? ¿Lo harían ellos?

Me imagino a esas otras versiones sentadas en sus solitarias habitaciones de hotel o paseando por las calles nevadas o vigilando mi casa, enfrentándose a esta misma línea de pensamiento.

Haciéndose estas mismas preguntas.

Intentando prever los siguientes movimientos de sus doppelgängers.

No se puede compartir. Es totalmente competitivo, un juego de suma cero en el que sólo puede ganar uno. Si alguno es imprudente, si las cosas se van de las manos y Daniela o Charlie resultan heridos o mueren, nadie gana. Por eso

las cosas parecían normales cuando miré por la ventana de mi casa hace varias horas.

Nadie sabe qué movimiento hacer, así que nadie ha jugado aún contra Jason2.

Es lo típico, pura teoría de juego.

Un giro aterrador que plantea el Dilema del Prisionero: ¿es posible ser más inteligente que uno mismo?

No estoy a salvo.

Mi familia no está a salvo.

Pero ¿qué puedo hacer?

Si todos van a anticipar los posibles movimientos que se me ocurren u otro va a darlos antes de que ni siquiera tenga una oportunidad, ¿dónde me deja eso?

Tierra, trágame.

Los peores días en la caja —cuando llovió ceniza volcánica sobre mi cara, cuando casi morí congelado o cuando vi a Daniela en un mundo en el que jamás pronunció mi nombre— no son comparables a la tormenta que se agita en mi interior en este momento.

Jamás me he sentido tan lejos de casa.

El teléfono suena y me devuelve de golpe al presente.

Me acerco a la mesa y cojo el auricular al tercer tono.

—¿Hola?

No hay respuesta, sólo una respiración suave.

Cuelgo.

Me acerco a la ventana.

Corro las cortinas.

Cuatro pisos más abajo, la calle está vacía y la nieve sigue cayendo.

El teléfono vuelve a sonar, pero sólo una vez en esta ocasión.

Qué raro.

Al volver a la cama, la llamada sigue atormentándome.

¿Y si otra versión de mí intenta confirmar que estoy en esta habitación?

La respuesta llega enseguida y es aterradora.

En este mismo momento, debe de haber numerosas versiones de mí en Logan Square haciendo justo lo que él está haciendo, llamando a todos los moteles y hoteles de mi barrio para encontrar a otros Jasons. Por suerte, no ha dado conmigo. Es una probabilidad estadística. Hasta un puñado de Jasons, haciendo todos un montón de llamadas, podrían cubrir todos los hoteles que hay a pocos kilómetros de mi casa.

Pero ¿le daría el recepcionista el número de mi habitación?

Tal vez no intencionadamente, pero es posible que estén engañando al hombre que está escuchando el partido de los Bulls abajo, con la boca llena de comida china.

¿Cómo engatusarlo?

Si fuera otra persona la que me buscara, no me revelaría el nombre con el que me registré. Pero todas las versiones conocen el nombre del padre de mi madre. Ahí la fastidié. Si usar ese nombre fue mi primer impulso, también podría haberlo sido de otro Jason. Así que, suponiendo que sepa el nombre con el que me he registrado, ¿qué haría después?

El recepcionista no me daría el número de habitación tan fácilmente.

Tendría que fingir saber que estoy alojándome ahí.

Llamaría al hotel y pediría que me pusieran con la habitación de Jess McCrae.

Al oír mi voz al otro lado de la línea, sabría que me encuentro aquí y colgaría de inmediato.

Llamaría treinta segundos más tarde y le diría al recepcionista: «Perdone que vuelva a molestarle, pero he llamado hace un segundo y se me ha cortado

por accidente. ¿Podría volver a ponerme con...? Oh, mierda, ¿qué número de habitación era?».».

Y si tuviera suerte y el recepcionista fuera un imbécil despistado, sería una buena oportunidad para que soltara el número antes de volver a conectarme.

Por tanto, la primera llamada confirmaba que era yo quien contestaba.

Y la segunda vez, el que llamaba colgó justo después de enterarse en qué habitación me alojaba.

Me levanto de la cama.

La idea es ridícula, pero no puedo ignorarla.

¿He venido aquí para matarme?

Meto los brazos por las mangas de mi abrigo de lana y me dirijo a la puerta.

Incluso mientras adivino mis intenciones, me siento mareado por el miedo y pienso que tal vez me he vuelto loco. Quizás estoy precipitándome a una explicación disparatada de una cosa tan trivial como que el teléfono haya sonado dos veces.

Quizá.

Pero después de ese chat, nada me sorprendería.

¿Y si tengo razón y no escucho a mi instinto?

Vete.

Ahora mismo.

Abro la puerta despacio.

Salgo al pasillo.

Está vacío.

En calma, salvo por el suave zumbido de los fluorescentes sobre mi cabeza.

¿Las escaleras o el ascensor?

Suena el ascensor en el otro extremo del pasillo.

Oigo cómo las puertas empiezan a separarse y entonces un hombre con una chaqueta mojada sale de la cabina.

Por un instante, no puedo moverme.

No puedo apartar los ojos.

Soy yo caminando hacia mí.

Nos miramos.

No está sonriendo.

No refleja ninguna emoción en el rostro, aparte de una escalofriante intensidad.

Levanta una pistola y de repente echo a correr en la otra dirección a toda velocidad por el pasillo, hacia la puerta en el otro extremo, que rezo que no esté cerrada con llave.

Paso por debajo de la brillante señal de «SALIDA» y miro atrás al entrar en la escalera.

Mi *doppelgänger* corre hacia mí.

Bajo los peldaños, pasando la mano por la barandilla para mantener el equilibrio mientras pienso: «No te caigas, no te caigas, no te caigas».

Al llegar al descansillo de la tercera planta, oigo un portazo encima y el eco de unos pasos por la escalera.

Sigo bajando.

Llego al segundo piso.

Luego, al primero; una puerta con una ventana en medio conduce a un vestíbulo y otra sin ventana, a otra parte.

Elijo otra parte y voy a parar...

A un muro de aire congelado, lleno de nieve.

Bajo a trompicones unas escaleras con varios centímetros de nieve acumulada y me resbalan los zapatos en el pavimento congelado.

Justo cuando giro a la derecha, aparece una figura por las sombras del

callejón entre dos contenedores.

Lleva mi abrigo.

Tiene el pelo cubierto de nieve.

Soy yo.

El cuchillo que sostiene refleja la luz de una farola cercana y avanza hacia mí para clavármelo en el vientre. Es el cuchillo que venía en la mochila de los Laboratorios Velocity.

Le esquivo en el último instante, le agarro del brazo y le arrojo con todas mis fuerzas a las escaleras que suben al hotel.

Choca contra estas cuando la puerta se abre de pronto encima de nosotros y, dos segundos antes de echar a correr para intentar salvarme, memorizo una imagen de lo más inviable: una versión de mí mismo desciende por las escaleras con una pistola y la otra versión se pone de pie para apartarse, buscando desesperadamente con las manos el cuchillo que ha desaparecido en la nieve.

¿Van en pareja?

¿Colaboran para matar a todos los Jasons que encuentren?

Corro entre los edificios, con nieve pegada a la cara y los pulmones ardiendo.

Llego a la acera de la siguiente calle, miro atrás, al callejón, y advierto que dos sombras avanzan hacia mí.

Atravieso la tormenta.

No hay nadie fuera.

Las calles están vacías.

Varias puertas más adelante, oigo un estruendo y gente aclamando.

Corro hacia el ruido. Empujo una puerta de madera arañada y entro en un bar de mala muerte donde sólo se puede estar de pie. Todo el mundo está mirando una fila de pantallas planas sobre la barra, donde los Bulls se hallan

en el último cuarto de un partido a muerte contra el equipo visitante.

Me abro paso entre la multitud y dejo que me absorba.

No hay dónde sentarse y apenas queda sitio de pie, pero al final consigo unos centímetros cuadrados para meter las piernas debajo de una diana.

Todos están absortos en el partido; yo vigilo la puerta.

El base de los Bulls marca un tanto de tres puntos y el local estalla en un rugido de pura alegría; desconocidos chocan los cinco y se abrazan.

La puerta del bar se abre.

Me descubro a mí mismo en el umbral, cubierto de nieve.

Da un paso hacia el interior.

Lo pierdo un momento y luego vuelvo a divisarle cuando la multitud ondula.

¿Qué ha vivido esta versión de Jason Dessen? ¿Qué mundos ha visto? ¿Con qué habrá tenido que luchar para llegar a este Chicago?

Examina la multitud.

Veo caer la nieve tras él.

Sus ojos son duros y fríos; me pregunto si opinaría lo mismo de mí.

Mientras su mirada se dirige hacia donde estoy, al fondo del local, me agacho debajo de la diana y me escondo en un bosque de piernas.

Dejo que pase un minuto entero.

Cuando la muchedumbre vuelve a rugir, me levanto despacio.

Ahora la puerta está cerrada.

Mi *doppelgänger* se ha ido.

Los Bulls ganan.

La gente se queda por allí, feliz y borracha.

No hay un sitio libre en la barra hasta una hora después y, puesto que no tengo adonde ir, me siento en un taburete y pido una cerveza ligera que me deja

con un saldo inferior a diez dólares.

Me muero de hambre, pero aquí no sirven comida, así que devoro varios cuencos de aperitivos mientras me tomo la cerveza.

Un hombre ebrio intenta darme conversación sobre las oportunidades de los Bulls en la postemporada, pero me quedo mirando mi cerveza hasta que me insulta y empieza a molestar a dos mujeres que están detrás de nosotros.

Habla muy alto, de forma agresiva.

Aparece un segurata que lo echa fuera.

La multitud disminuye.

Mientras estoy sentado a la barra, intentando aislarme del ruido, no dejo de pensar que necesito sacar a Daniela y a Charlie de nuestra casa en la calle Eleanor, 44. Mientras estén allí, persiste la amenaza de que esos Jasons hagan una locura.

Pero ¿cómo?

Jason2 presuntamente está con ellos ahora.

Estamos en mitad de la noche.

Acercarme a casa implica demasiado riesgo.

Daniela tiene que marcharse, venir conmigo.

Pero cada idea que se me ocurre la tiene también otro Jason, ya la ha tenido o no tardará en tenerla.

No hay modo de ganar.

Cuando se abre la puerta del bar, miro.

Una versión de mí —con mochila, chaquetón y botas— la cruza y, al mirarnos a los ojos, revela sorpresa y levanta ambos brazos como muestra de defensa.

Bien. Quizá no esté aquí por mí.

Si hay tantos Jasons por Logan Square como sospecho, puede que sólo haya entrado para librarse del frío, en busca de refugio y seguridad, como yo.

Atraviesa el bar y se sienta a mi lado, en un taburete libre, con las manos sin guantes temblando de frío.

O de miedo.

La camarera se acerca y nos mira con curiosidad —como si quisiera preguntarnos algo—, pero se limita a decirle al recién llegado:

—¿Qué te pongo?

—Lo que él esté tomando.

Miramos cómo sirve una cerveza de barril y le acerca el vaso, que chorrea espuma por los lados.

Jason alza su bebida.

Yo alzo la mía.

Nos miramos el uno al otro.

Una herida se le está curando en el lado derecho de la cara, como si alguien le hubiera cortado con un cuchillo.

El hilo que lleva atado alrededor del dedo anular es idéntico al mío.

Bebemos.

—¿Cuándo llegaste...?

—¿Cuándo llegaste...?

No podemos evitar sonreír.

—Esta tarde —respondo—. ¿Y tú?

—Ayer.

—Me da la sensación de que va a ser difícil...

—¿... no terminar las frases del otro?

—¿Sabes lo que estoy pensando ahora mismo?

—No te leo la mente.

Es raro; estoy hablando conmigo mismo, pero su voz no suena como creo que suena la mía.

—Me pregunto en qué momento nos dividimos. ¿Viste el mundo en el que

llovía ceniza?

—Sí. Y luego el hielo. Casi no salgo de esa.

—¿Qué hay de Amanda? —pregunto.

—Nos separamos en la tormenta.

Siento una punzada de pérdida en mis entrañas, como una pequeña detonación.

—Nosotros permanecemos juntos —le cuento—. Nos refugiamos en una casa.

—¿La que estaba enterrada hasta las ventanas de la buhardilla?

—Exacto.

—Yo también encontré esa casa. Con la familia muerta dentro.

—Y entonces, ¿adónde...?

—Y entonces, ¿adónde...?

—Tú primero —dice.

—¿Adónde fuiste después del mundo de hielo? —repito mientras le da un sorbo a su cerveza.

—Salí de la caja en el sótano de ese tipo. Se puso histérico. Tenía una pistola y me ató. Me habría matado si no hubiera sido porque tomó una de las ampollas y decidió ir a echarle un vistazo al pasillo por su cuenta.

—De modo que entró y nunca salió.

—Exacto.

—¿Y luego?

Deja la mirada ausente un momento. Le da otro buen trago a su cerveza.

—Luego vi mundos malos. Muy malos. Oscuros. Sitios horribles. ¿Y tú?

Le relato mi historia y, aunque me siento bien al soltarla, es innegablemente extraño contársela a él.

Este hombre y yo éramos la misma persona hasta hace un mes, lo que significa que compartimos el noventa y nueve coma nueve por ciento de la

historia.

Hemos dicho las mismas cosas. Hemos tomado decisiones idénticas. Experimentado los mismos miedos.

El mismo amor.

Mientras paga la segunda ronda de cervezas, no puedo apartar los ojos de él.

Estoy sentado a mi lado.

Hay algo en él que no parece real del todo.

A lo mejor porque estoy observando desde un lugar imposible. Me miro a mí mismo desde fuera.

Parece fuerte, pero también cansado, deteriorado y asustado.

Es como hablar con un amigo que lo sabe todo sobre ti, pero con una capa añadida de espantosa familiaridad. Aparte del último mes, no existen secretos entre nosotros. Sabe todo lo malo que he hecho. Todo lo que se me ha pasado por la mente. Mis debilidades. Mis miedos ocultos.

—Le llamamos Jason2 —le explico—, lo que implica que nos consideramos Jason1. El original. Pero ambos no podemos ser Jason1. Y hay más ahí fuera que creen ser el original.

—Ninguno de nosotros lo es.

—No. Somos partes de un conglomerado.

—Facetas —apunta—. Algunas muy próximas a ser el mismo hombre, como nosotros dos, supongo. Otras, mundos aparte.

—Te hace pensar en ti mismo desde otra perspectiva, ¿no? —sugiero.

—Me hace preguntarme cuál es el Jason ideal. ¿Alguna vez ha existido?

—Lo único que puedes hacer es vivir la mejor versión de ti mismo, ¿verdad?

—Me has quitado las palabras.

La camarera anuncia que van a cerrar.

—No hay muchas personas que puedan decir que hayan hecho esto.

—¿El qué? ¿Tomarse una cerveza consigo mismo?

—Sí.

Se termina la bebida.

Yo termino la mía.

—Me marcharé primero —declara al bajarse del taburete.

—¿Adónde vas?

Vacila.

—Hacia el norte.

—No voy a seguirte. ¿Puedo esperar lo mismo?

—Sí.

—No podemos tenerlos los dos.

—La cuestión es quién se los merece —responde—. Pero, si se limita a ti y a mí, no te permitiré que me impidas estar con Daniela y Charlie. No me gustará, pero te mataré si llega el caso.

—Gracias por la cerveza, Jason. —Le observo mientras se larga.

Espero cinco minutos.

Soy el último en salir.

Sigue nevando.

Hay quince centímetros de nieve fresca en las calles y ningún quitanieves.

Al llegar a la acera, me tomo un instante para asimilar lo que me rodea.

Varios clientes del bar se alejan tambaleándose, pero no veo a nadie más por la calle.

No sé adónde ir.

No tengo adónde ir.

En mi bolsillo hay dos tarjetas válidas de hotel, pero no sería seguro usar ninguna de ellas. Otros Jasons podrían haber obtenido copias fácilmente. Podrían estar dentro de mi habitación en este momento, esperando a que

regrese.

De improvise me acuerdo de que la última ampolla está en el segundo hotel.

Ya no la tengo.

Empiezo a caminar por la acera.

Son las dos de la madrugada y voy corriendo.

¿Cuántos otros Jasons están deambulando por las calles en este mismo instante, enfrentándose a los mismos miedos, a las mismas preguntas?

¿A cuántos han matado?

¿Cuántos van por ahí persiguiendo a otros?

No puedo librarme de la sensación de que no estoy a salvo en Logan Square, incluso en mitad de la noche. Por cada callejón que paso, en cada puerta en las sombras, busco un movimiento, alguien salga tras de mí.

Al cabo de un kilómetro, llego a Humbolt Park.

Camino por la nieve.

Hacia un campo silencioso.

Estoy muy cansado.

Me duelen las piernas.

Me ruge el estómago de hambre.

No puedo continuar.

Diviso un gran árbol de hoja perenne a lo lejos, cuyas ramas se comban por el peso de la nieve. Las más bajas están a un metro del suelo, pero ofrecen cierto refugio de la tormenta.

Cerca del tronco, no hay más que nieve en polvo; la retiro y me siento en la tierra, apoyándome en el árbol a sotavento.

Todo se encuentra demasiado tranquilo.

Oigo el lejano susurro de los quitanieves atravesando la ciudad.

El resplandeciente cielo está rosa por las luces que se reflejan en las nubes

bajas.

Me arrebujó más en mi abrigo y cierro las manos para retener algo de calor.

Desde donde estoy sentado, veo un campo abierto, salpicado de árboles.

La nieve cae por las farolas en el paseo a lo lejos, creando coronas de copos brillantes cerca de la luz.

Nada se mueve ahí fuera.

No creo que vaya a morirme congelado.

Pero tampoco voy a dormir.

Al cerrar los ojos, se me pasa por la cabeza una idea.

Aleatoriedad.

¿Cómo vences a un oponente que está intrínsecamente destinado a predecir todos los movimientos que puedas hacer?

Haces algo aleatorio.

Sin planear.

Un movimiento que no hayas considerado, en el que apenas hayas pensado o que no se te haya ocurrido antes.

Quizá sea un mal movimiento, te estalle en la cara y te cueste la partida.

Pero tal vez sea un juego que el otro nunca prevea, lo que te da una imprevista ventaja estratégica.

Así que ¿cómo aplico esa línea de pensamiento a mi situación?

¿Cómo hago algo totalmente al azar que desafíe la anticipación?

De alguna manera, me quedo dormido.

Me despierto, tembloroso en un mundo gris y blanco.

La nieve y el viento han parado, y a través de los árboles pelados veo trozos de los rascacielos; los edificios más altos rozan la capa de nubes que cubre la ciudad.

El campo abierto está blanco y tranquilo.

Amanece.

Las farolas comienzan a apagarse.

Me incorporo, increíblemente rígido.

Tengo el abrigo salpicado de nieve.

Mi aliento es visible por el frío.

De todas las versiones de Chicago que he visto, ninguna roza la serenidad de esta mañana.

Donde las calles vacías lo mantienen todo en silencio.

Donde el cielo y el suelo son blancos y los edificios y los árboles destacan en contraste con todo.

Pienso en los siete millones de personas que están todavía en la cama, bajo las sábanas, o de pie junto a sus ventanas, mirando entre las cortinas lo que ha dejado la nevada.

Hay algo que te hace sentir seguro y a gusto al imaginártelo.

Me levanto como puedo.

Me he despertado con una idea loca.

La inspiró algo que ocurrió anoche en el bar, justo antes de que apareciera el otro Jason. Es algo que jamás habría pensado yo solo, lo que me hace confiar.

Regreso cruzando el parque. Me dirijo a Logan Square.

A casa.

Entro en el primer supermercado del barrio con el que me topo y compro un puro Swisher Sweets y un pequeño mechero BIC.

Me quedan ocho dólares y veintiún centavos.

Tengo el abrigo húmedo por la nieve.

Lo cuelgo en el perchero junto a la entrada y voy hacia la barra.

Este establecimiento es muy auténtico, como si siempre hubiera estado aquí. El ambiente de los años cincuenta no lo crea el tapizado en vinilo rojo de los bancos y los taburetes ni las fotografías enmarcadas en las paredes de los clientes habituales que han visitado el local durante décadas. Se origina por no cambiar. Huele a grasa de beicon, a café preparándose y a los restos indelebles de una época en la que habría atravesado nubes de humo de cigarrillo para ir a sentarme.

Aparte de unos pocos clientes en la barra, veo a dos polis en una mesa, tres enfermeras que han terminado su turno en otra y un anciano vestido con un traje negro que clava la vista en su taza de café con una especie de aburrida intensidad.

Me siento a la barra para permanecer cerca del calor que irradia el grill abierto.

Una camarera mayor se acerca.

Sé que debo de parecer un vagabundo colgado, pero hace como si nada, no me juzga, sólo toma la comanda con la cansada cortesía típica del Medio Oeste.

Se está bien aquí dentro.

Las ventanas van empañándose.

El frío abandona mis huesos.

La cafetería veinticuatro horas está sólo a ocho manzanas de mi casa, pero nunca antes he comido aquí.

Cuando llega el café, envuelvo la taza de cerámica con mis dedos mugrientos y me empapo del calor.

Tenía que haberlo calculado antes.

Lo único que puedo permitirme es una taza de café, dos huevos y unas

tostadas.

Intento comer despacio, que dure, pero estoy desfallecido.

La camarera se apiada de mí y me trae más tostadas sin cobrármelas.

Es amable.

Lo que me hace sentir peor aún por lo que está a punto de suceder.

Compruebo la hora en mi teléfono con tapa de traficante de drogas, el que compré para llamar a Daniela en otro Chicago. No es posible llamar en este mundo, creo que los minutos no son transferibles por el multiverso.

8:15.

Jason2 probablemente haya salido hace veinte minutos para coger el tren que le permite llegar a su clase de las 9:30.

O a lo mejor no se ha ido. Quizás está enfermo o se ha quedado en casa hoy por alguna razón que no he previsto. Sería un desastre, pero es demasiado arriesgado acercarme a mi casa para comprobar que no esté ahí.

Saco los ocho dólares y veintiún centavos de mi bolsillo y los dejo sobre la barra.

Apenas da para el desayuno y una propina de mierda.

Le doy un último sorbo al café.

Luego meto la mano en el bolsillo de mi camisa de franela y saco el puro y el encendedor.

Miro a mi alrededor.

La cafetería está a rebosar.

Los dos polis que estaban cuando llegué ya se han ido, pero hay otro sentado en la mesa de la esquina.

Me tiemblan las manos imperceptiblemente mientras abro el envoltorio.

Fiel a su nombre, la punta del puro tiene un ligero sabor dulce.

Tardo tres intentos en encender el mechero.

Prendo el tabaco del final del puro, le doy una calada y echo el humo hacia

el cocinero de comida rápida que está dándole la vuelta a unas tortitas en la plancha.

Durante diez segundos, nadie se da cuenta.

Entonces la anciana que está sentada a mi lado, con una chaqueta de estampado felino, se gira y suelta:

—No se puede hacer eso aquí dentro.

Respondo con algo que no se me ocurriría decir ni en un millón de años:

—No hay nada como un puro después de comer.

Me mira como si hubiera perdido la cabeza a través de sus lentes de cristal.

La camarera se acerca sosteniendo una cafetera humeante y con cara de gran decepción.

Niega con la cabeza y me regaña con voz maternal:

—Ya sabes que no se puede fumar aquí dentro.

—Pero está delicioso.

—¿Tengo que llamar al encargado?

Le doy otra calada.

Exhalo.

El cocinero —un tipo fornido y musculoso, con los brazos cubiertos de tinta— se vuelve y me fulmina con la mirada.

—Es una gran idea —le digo a la camarera—. Deberías ir a buscar al encargado ahora mismo, porque no voy a apagarlo.

—¡Qué joven más grosero! —masculla la anciana a mi lado, cuya comida he estropeado, cuando se marcha la mujer. Tira el tenedor, se baja del taburete y se dirige a la puerta.

Algunos de los clientes que están a mi alrededor han empezado a prestar atención.

Pero yo sigo fumando, hasta que sale de la parte trasera del establecimiento

un hombre delgaducho seguido de la camarera. Lleva unos vaqueros negros, una camisa blanca con manchas de sudor en las axilas y una corbata lisa con el nudo deshecho.

Por su desaliñado aspecto general, supongo que se ha pasado toda la noche trabajando.

Se detiene detrás de mí y dice:

—Soy Nick, el encargado de turno. No puede hacer esto aquí dentro. Está molestando a los clientes.

Me giro despacio en mi taburete y le miro a los ojos. Parece cansado y molesto, y yo me siento como un imbécil al hacerle pasar por esta situación, pero no puedo abandonar ahora.

Miro a mi alrededor; toda la atención recae ahora sobre mí y una tortita se quema en la plancha.

—¿A todos os molesta el humo de mi puro?

Los síes abundan.

Alguien me llama gilipollas.

Un movimiento al otro extremo de la cafetería atrae mi atención.

Por fin.

El oficial de policía se levanta de la mesa de la esquina y, mientras recorre el pasillo en mi dirección, oigo chisporrotear su radio.

Es joven.

Veintitantos, diría yo.

Bajo y fornido.

Con la dureza de un marine en los ojos y también su inteligencia.

El encargado retrocede un paso, aliviado.

Ahora el oficial está a mi lado y dice:

—En esta ciudad tenemos una ley de aire limpio en espacios cerrados, y usted está violándola. —Le doy otra calada al puro—. Mire, llevo despierto

casi toda la noche, como muchos de estos clientes. ¿Por qué quiere estropear el desayuno a todo el mundo?

—¿Por qué quieres tú estropearme mi puro?

Se atisba un instante de ira en el rostro del policía.

Se le dilatan las pupilas.

—Apáguelo ahora mismo. Último aviso.

—¿O qué?

Suspira.

—Esa no era la respuesta que esperaba. Levántese.

—¿Por qué?

—Porque me lo llevo a la cárcel. Si no apaga ese puro en cinco segundos, voy a suponer que se resiste al arresto, lo que significa que tendré que ponerme menos amable.

Dejo el puro en mi taza de café y, al bajarme del taburete, el agente desengancha con habilidad unas esposas de su cinturón y las cierra en mis muñecas.

—¿Tiene algún arma o agujas? ¿Algo que pueda hacerme daño o que debería saber que lleva encima?

—No, señor.

—¿Está bajo el efecto de alguna droga o medicación?

—No, señor.

Me cachea y después me coge del brazo.

Mientras caminamos hacia la entrada, los demás clientes aplauden.

Tiene el coche aparcado justo enfrente.

Abre la puerta trasera y me dice que tenga cuidado con la cabeza.

Es casi imposible meterse en un coche policial con dignidad llevando las manos esposadas a la espalda. El policía se pone al volante.

Se abrocha el cinturón, arranca el motor y sale hacia la calle nevada.

La parte trasera parece estar diseñada para ser incómoda. No hay espacio para las piernas, las rodillas se me aplastan contra la rejilla y los asientos son de un plástico tan duro que me da la impresión de estar sentado sobre cemento.

Me quedo mirando entre los barrotes que protegen la ventana; veo pasar los edificios familiares de mi barrio y me pregunto si hay alguna posibilidad de que esto funcione.

Entramos en el aparcamiento de la comisaría del Distrito Catorce.

El agente Hammond me saca del asiento trasero y cruzamos un par de puertas de acero hacia la sala de registros.

Hay una fila de escritorios, con sillas para los presos a un lado y una partición de plexiglás que los separa de un puesto de trabajo.

La sala huele a vómito y desesperación; han intentado disimularlo en vano con productos de limpieza.

A estas horas de la mañana, aparte de mí, sólo hay otro preso al otro lado de la sala: una mujer esposada a un escritorio. Está meciéndose como una loca adelante y atrás, rascándose, pellizcándose.

Hammond me cachea de nuevo y me invita a tomar asiento.

—Enséñeme su carné de conducir —me pide mientras abre la esposa de la muñeca izquierda y la cierra alrededor de un cáncamo en el escritorio.

—Lo he perdido.

Toma nota en sus papeles, después rodea la mesa y accede al ordenador.

Apunta mi nombre.

Número de la Seguridad Social.

Dirección.

Empleo.

—¿De qué se me acusa exactamente? —pregunto.

—Alteración del orden público y perturbación de la paz. —Comienza a

rellenar el informe de arresto. Al cabo de unos minutos, deja de teclear y me mira a través del plexiglás arañado—. Me da la impresión de que no se trata de un loco ni de un gilipollas. No tiene antecedentes. No ha estado nunca metido en problemas. Entonces, ¿qué ha pasado antes? Es casi como... si intentase que le arrestaran. ¿Quiere contarme algo?

—No. Siento haberle estropeado el desayuno.

Se encoge de hombros.

—Habrá más.

Me toman las huellas.

Me fotografían.

Se llevan mis zapatos y me dan unas zapatillas y una manta.

—¿Cuándo podré hacer una llamada? —pregunto cuando termina de ficharme en el sistema.

—Puede llamar ahora. —Levanta el auricular del fijo—. ¿A quién quiere llamar?

—A mi esposa. —Le doy el número y le observo marcarlo.

Cuando empieza a sonar, me pasa el auricular a través de la separación.

Me late el corazón con fuerza.

Cógelo, cariño. Vamos.

Buzón de voz.

Oigo mi voz, pero no es mi mensaje. ¿Ha grabado uno nuevo Jason2 como una sutil marca de territorio?

—No contesta. ¿Puede colgar, por favor? —le digo al agente Hammond. Termina la llamada un segundo antes de que salte el pitido—. Daniela probablemente no haya reconocido el número. ¿Le importaría intentarlo otra vez?

Vuelve a marcar.

Vuelve a sonar.

«Si no contesta, ¿debería arriesgarme a dejar un mensaje?», me pregunto.
No.

¿Y si Jason2 lo oye? Si no responde esta vez, tendré que averiguar otro modo de...

—¿Hola?

—Daniela.

—¿Jason?

Las lágrimas brotan de mis ojos ante el sonido de su voz.

—Sí, soy yo.

—¿Desde dónde llamas? En el identificador de llamada pone «Policía de Chicago». Creía que era una de esas fraternidades para asuntos benéficos, por eso no...

—Necesito que me escuches un minuto.

—¿Va todo bien?

—Me ha ocurrido algo de camino al trabajo. Te lo explicaré todo cuando...

—¿Te encuentras bien?

—Me encuentro bien, pero estoy en la cárcel.

Por un instante, reina tal silencio al otro lado de la línea que capto de fondo el programa de radio que está escuchando.

—¿Te han arrestado? —inquire finalmente.

—Sí.

—¿Por qué?

—Tienes que venir a pagar la fianza.

—¡Por Dios! ¿Qué has hecho?

—Mira, no tengo mucho tiempo ahora para explicártelo. Esta es mi única llamada.

—¿Debería ponerme en contacto con un abogado?

—No, tú ven aquí lo antes posible. Estoy en la comisaría del Distrito

Catorce en... —Miro a Hammond para que me indique la calle.

—La avenida North California.

—North California. Y trae tu talonario. ¿Ya ha salido Charlie del colegio?

—Sí.

—Quiero que pases a recogerle y lo traigas cuando vengas a por mí. Esto es muy...

—Ni hablar.

—Daniela...

—No voy a llevar a mi hijo a sacar a su padre de la cárcel. ¿Qué coño ha pasado, Jason?

El agente Hammond toca con los nudillos en el plexiglás y se pasa un dedo por la garganta.

—Se me ha terminado el tiempo —comento—. Por favor, ven cuanto antes.

—Vale.

—Cariño.

—¿Qué?

—Te quiero muchísimo.

Cuelga.

Mi solitaria celda consta de un colchón tan fino como el papel sobre una base de cemento.

Un váter.

Un lavabo.

Una cámara encima de la puerta, que me observa.

Me tumbo en la cama, me tapo con la manta y contemplo un trozo de techo; imagino que lo habrán estudiado todo tipo de personas en medio de la desesperación y la toma de decisiones equivocadas.

Se me pasan por la cabeza las innumerables cosas que podrían salir mal, que podrían impedir que viniera Daniela.

Podría llamar a Jason2 al móvil.

Él podría llamarla a ella sólo para saludarla.

Uno de los otros Jasons podría decidir actuar.

Si algo de esto ocurriera, todo el plan me estallarà en la cara de forma espectacular.

Me duele el estómago.

El corazón me va a toda velocidad.

Intento calmarme, pero el miedo no cesa.

Me pregunto si alguno de mis dobles se ha anticipado a este movimiento. Intento encontrar consuelo en la idea de que no pueden haberlo hecho. Si no hubiera visto anoche al borracho beligerante en el bar que les tiraba los tejos de manera ofensiva a aquellas mujeres y al que echó luego el segurata, jamás se me habría ocurrido que me arrestaran como estratagema para lograr que Daniela y Charlie fueran conmigo a un entorno seguro.

Lo que me llevó a esa decisión fue una experiencia única que sólo era mía.

Pero podría estar equivocándome de nuevo.

Podría estar equivocándome en todo.

Me levanto, camino de un lado a otro entre el váter y la cama; no hay mucho suelo que recorrer en una celda de dos por tres metros y, cuanto más ando, más me parece que las paredes se estrechan, hasta que me entra claustrofobia de verdad y se me tensa el pecho.

Cada vez me cuesta más respirar.

Al final me acerco a la diminuta ventana de la puerta, que me queda a la altura de los ojos.

Me asomo a un pasillo blanco y estéril.

El sonido de una mujer llorando en una de las celdas contiguas retumba en las paredes de hormigón.

Parece muy desesperanzada.

Me pregunto si se tratará de la misma mujer que vi en la sala de registros cuando llegué.

Pasa un guardia; sostiene a otro preso por encima del codo.

Regreso a la cama, me acurruco bajo la manta, me pongo de cara a la pared e intento no pensar, aunque es imposible.

Parece que han pasado horas.

¿Por qué tardará tanto?

Sólo se me ocurre una explicación.

Ha pasado algo.

No viene.

La puerta de la celda se abre con un tirón mecanizado que dispara mi ritmo cardiaco.

Me incorporo.

—Se marcha a casa, señor Dessen. Su mujer ha pagado la fianza —anuncia el guardia con cara aniñada de la entrada.

Me conduce a la sala de registros, donde firmo unos papeles que ni siquiera me molesto en leer.

Me devuelven los zapatos y me acompañan por una serie de pasillos.

Al empujar unas puertas al final del último corredor, me quedo sin aliento y se me empañan los ojos de lágrimas.

El vestíbulo de la comisaría del Distrito Catorce no era precisamente uno de los lugares donde imaginé que por fin nos reuniríamos.

Daniela se levanta de su silla.

No se trata de una Daniela que no me conoce y no está casada con otro hombre u otra versión de mí.

Es mi Daniela.

Ella, la única.

Lleva la camisa con la que a veces pinta —de color azul claro, salpicada de óleo y pintura acrílica— y su rostro se arruga de confusión e incredulidad al verme.

Cruzo el vestíbulo corriendo, la envuelvo en mis brazos y pronuncia mi nombre, lo dice como si algo no tuviera sentido, pero no la suelto, porque no puedo soltarla. Pienso en los mundos en los que he estado, en las cosas que he hecho, que he soportado, que he sufrido, para volver a los brazos de esta mujer.

No me puedo creer la maravillosa sensación que experimento.

Al respirar el mismo aire.

Al olerla.

Al sentir el voltaje de mi piel contra la suya.

Enmarco su rostro con mis manos.

La beso en la boca.

Esos labios... tan increíblemente suaves.

Pero ella se aparta.

Y me empuja, con las manos en mi pecho y la frente muy arrugada.

—Me han explicado que te han arrestado por fumar un puro en un restaurante y que no... —Su tren de pensamientos descarrila. Examina mi cara como si le pasara algo y recorre con los dedos mi barba de dos semanas. Claro que le pasa algo. No es la cara que ha visto hoy al despertarse—. Esta mañana no tenías barba, Jason. —Me mira de arriba abajo—. Estás muy delgado. —Me toca la sucia y deshilachada camisa—. Esta no es la ropa con la que te has marchado de casa.

Presencio cómo intenta procesarlo todo y se queda en blanco.

—¿Has traído a Charlie? —pregunto.

—No. Ya te dije que no iba a traerlo. ¿Estoy volviéndome loca o...?

—No estás volviéndote loca. —Con delicadeza, la cojo del brazo y la llevo hacia un par de sillas con el respaldo recto de una sala de espera—. Sentémonos un rato.

—No quiero sentarme, quiero que me...

—Por favor, Daniela.

Nos sentamos.

—¿Confías en mí?

—No lo sé. Esto me... asusta.

—Te lo explicaré todo, pero antes necesito que llames a un taxi.

—Tengo el coche aparcado a dos manzanas.

—No podemos ir andando a tu coche.

—¿Por qué?

—No estamos a salvo ahí fuera.

—¿De qué estás hablando?

—Daniela, confía en mí, por favor.

Esperaba que se negase; sin embargo, saca el teléfono, abre una aplicación y pide un coche.

—Hecho. Estará aquí en tres minutos —dice finalmente, mirándome.

Echo un vistazo al vestíbulo.

El agente que me guió hasta aquí desde la sala de registros se ha marchado y en este momento somos los únicos ocupantes, aparte de la mujer de la ventanilla de recepción. Está sentada detrás de un grueso cristal de protección, así que estoy bastante seguro de que no nos oye.

Miro a Daniela.

—Lo que estoy a punto de contarte va a sonarte a locura —empiezo—. Vas a creer que he perdido la cabeza, pero no. ¿Recuerdas la noche de la celebración de Ryan en el Village Tap por ese premio que ganó?

—Sí. Fue hace más de un mes.

—Cuando salí por la puerta de nuestra casa esa noche, fue la última vez que te vi, hasta hace cinco minutos cuando cruzaste esas puertas.

—Jason, te he visto todos los días desde esa noche.

—Ese hombre no soy yo.

La cara se le oscurece.

—¿De qué estás hablando?

—Es otra versión de mí.

Me mira a los ojos, pestañeando.

—¿Es esto una especie de broma? ¿O estás jugando a algo? Porque...

—No es una broma. No es un juego. —Le quito el teléfono de la mano y compruebo la hora—. Son las 12:18. Ahora estoy en el despacho. —Marco mi número directo de la facultad y le paso a Daniela el móvil.

Suena dos veces y luego oigo mi voz respondiendo con un:

—Hola, preciosa. Justo estaba pensando en ti.

La boca de Daniela se abre despacio.

Parece enferma.

Le doy al manos libres y articulo para que me lea los labios: «Di algo».

—Hola —saluda—. ¿Qué tal te va el día?

—Genial. He terminado mis clases de la mañana y ahora voy a ver a algunos alumnos a la hora del almuerzo. ¿Va todo bien?

—Mmm, sí. Es que... quería oír tu voz.

Cojo el teléfono y lo tapo para que no se oiga nada.

—No puedo dejar de pensar en ti —continúa Jason.

—Dile que has estado pensando —le pido a Daniela mientras la miro— y que, como lo pasamos tan bien en los Cayos las Navidades pasadas, quieres volver.

—No fuimos a los Cayos las Navidades pasadas.

—Yo ya lo sé, pero él no. Quiero demostrarte que no es el hombre que crees que es.

—¿Daniela? ¿Sigues ahí? —pregunta mi doble.

—Sí, sigo aquí. El verdadero motivo de mi llamada...

—¿No era para oír los melodiosos tonos de mi voz?

—Estaba pensando en cuando fuimos a los Cayos en Navidad el año pasado y lo mucho que nos divertimos. Sé que no andamos muy bien de dinero, pero ¿y si volvemos?

Jason sigue la conversación:

—Por supuesto. Lo que tú quieras, amor mío.

Daniela me mira a los ojos mientras contesta:

—¿Crees que podríamos conseguir la misma casa en la que nos alojamos? ¿La rosa y blanca que estaba justo en la playa? Era perfecta. —Se le quiebra la voz en la última palabra y creo que está a punto de perder la compostura, pero de algún modo logra mantenerla.

—Ya lo solucionaremos —promete.

El teléfono empieza a temblar en su mano.

Quiero machacarle lentamente.

—Cariño, hay alguien esperándome en el pasillo, así que tengo que colgar —declara Jason.

—Vale.

—Te veo esta noche.

No.

—Hasta esta noche, Jason.

Termina la llamada.

—Mírame —suplico mientras le aprieto la mano.

Parece perdida, confundida.

—Sé que ahora mismo la cabeza te da vueltas.

—¿Cómo puedes estar en Lakemont y sentado delante de mí a la vez?
Su teléfono suena.

Aparece un mensaje en la pantalla táctil avisando de que nuestro coche ya llega.

—Te lo explicaré todo, pero ahora tenemos que meternos en ese coche y recoger a nuestro hijo del colegio.

—¿Charlie está en peligro?

—Todos lo estamos.

Esas palabras parecen traerla de vuelta al presente.

Me pongo de pie y le ofrezco la mano para ayudarla a levantarse de la silla.

Cruzamos el vestíbulo hacia la entrada de la comisaría.

Hay un Escalade negro aparcado junto al bordillo, a seis metros.

Empujo las puertas para abrirlas y tiro de Daniela por la acera hacia el todoterreno.

No hay ni rastro de la nevada de anoche; al menos, no en el cielo. Un fuerte viento del norte se ha llevado las nubes y ha dejado un radiante día de invierno a su paso.

Abro la puerta trasera y me subo después de Daniela, que le da al chófer vestido de negro la dirección del colegio de Charlie.

—Por favor, vaya lo más rápido posible —le pide.

Las ventanas están muy tintadas y, mientras nos alejamos a toda velocidad de la comisaría, miro a Daniela y le sugiero:

—Deberías enviarle un mensaje a Charlie, que sepa que vamos a buscarle para que esté preparado.

Coge el teléfono, pero siguen temblándole demasiado las manos como para escribir.

—Dame, déjame a mí. —Le quito el móvil, abro la aplicación de mensajes

y encuentro la última conversación entre Charlie y ella.

Escribo:

Papá y yo vamos a buscarte al colegio ahora. No tenemos tiempo de firmarte la autorización de la salida, así que di que tienes que ir al baño y sal. Estaremos en un Escalade negro. Hasta dentro de diez minutos.

Nuestro chófer sale del aparcamiento hacia una calle en la que han retirado la nieve; el pavimento está secándose gracias al brillante sol de invierno.

Un par de manzanas después, pasamos junto al Honda azul marino de Daniela.

Dos coches más allá, veo a un hombre idéntico a mí que yo sentado al volante de una camioneta blanca.

Miro por la ventana trasera.

Hay un coche detrás de nosotros, aunque demasiado lejos como para ver quién lo conduce.

—¿Qué pasa? —pregunta Daniela.

—Quiero asegurarme de que nadie nos sigue.

—¿Quién iba a seguirnos?

Le vibra el teléfono con un mensaje y me ahorra tener que responder a la pregunta.

CHARLIE, ahora:

¿Todo ok?

Le respondo con:

Todo bien. Te lo explico cuando nos veamos.

Rodeo a Daniela con el brazo y la acerco a mí.

—Me siento como si estuviera atrapada en una pesadilla y no pudiera despertarme. ¿Qué está ocurriendo?

—Iremos a un sitio seguro —susurro— donde podamos hablar en privado. Luego os lo contaré todo a Charlie y a ti.

El colegio de Charlie es un extenso complejo de ladrillo que se encuentra a medio camino entre una institución mental y un castillo *steampunk*.

El chico está sentado en las escaleras del edificio principal, mirando el móvil, cuando paramos para recogerle.

Le digo a Daniela que espere, luego salgo del coche y camino hacia mi hijo.

Parece desconcertado cuando me acerco.

Por mi aspecto.

Me echo sobre él, le aprieto bien fuerte y exclamo antes de pensármelo dos veces y detenerme:

—¡Dios, cómo te he echado de menos!

—¿Qué estáis haciendo aquí? —inquire—. ¿Qué le ha pasado al coche?

—Vamos, tenemos que marcharnos.

—¿Adónde?

Me limito a agarrarle del brazo y a llevarle hacia la puerta abierta del Escalade.

Sube primero; después voy yo y cierro la puerta.

—¿Adónde vamos ahora? —pregunta el chófer con un marcado acento ruso, mirando hacia atrás.

Lo he pensado durante el trayecto desde la comisaría. Ha de ser algún sitio grande y bullicioso donde, aunque uno de los Jasons nos hubiera seguido, pudiéramos mezclarnos con facilidad entre la multitud. Ahora dudo. Se me ocurren otras tres opciones: el invernadero del parque Lincoln, el mirador de la Torre Willis y el cementerio de Rosehill. Rosehill parece la elección más segura, la más imprevista. Me atraen igualmente Willis y el parque Lincoln, así que voy en contra de mi instinto y vuelvo a mi primera opción.

—A Water Tower Place.

Entramos en la ciudad en silencio.

Cuando nos aproximarnos a los edificios del centro, el móvil de Daniela vibra.

Mira la pantalla y me lo pasa para que lea el mensaje que acaba de recibir.

Es de un número de Chicago que no reconozco.

Daniela, soy Jason. Te mando un mensaje desde otro número, te lo explicaré todo cuando nos veamos. Estás en peligro. Tanto Charlie como tú.

¿Dónde estáis? Por favor, llámame lo antes posible.

Te quiero muchísimo.

Daniela parece muerta de miedo.

El aire del interior del coche está cargado de electricidad.

El chófer gira hacia la avenida Michigan, atascada por el tráfico de la hora del almuerzo.

La amarillenta piedra de la Chicago Water Tower se alza a lo lejos, empuñada por los rascacielos que la rodean, a ambos lados de la inmensa avenida de la Magnificent Mile.

El Escalade se detiene en la entrada principal, pero le pido al chófer que nos deje en el paso subterráneo.

Descendemos hacia la oscuridad del aparcamiento desde la calle Chestnut.

Bajamos cuatro pisos y le indico que paremos junto a los ascensores más cercanos.

No nos sigue ningún coche, según he comprobado.

La puerta retumba al cerrarse en las columnas y paredes de cemento mientras se aleja el todoterreno.

El Water Tower Place es un centro comercial vertical, con ocho plantas de tiendas de lujo construidas alrededor de un atrio de cromo y cristal.

Subimos hasta el entresuelo, que alberga todos los restaurantes, y salimos del ascensor de cristal.

La nieve ha traído a la multitud.

De momento, me siento anónimo.

Encontramos un banco en un rincón tranquilo, lejos del tráfico a pie.

Me siento entre Daniela y Charlie, y pienso en que cualquiera de los otros Jasons que están en Chicago en este momento estaría dispuesto a hacer lo que fuera, a matar incluso, sólo por estar donde yo me encuentro.

Respiro hondo.

¿Por dónde empiezo?

Miro a Daniela a los ojos, le aparto un mechón de pelo y se lo recojo detrás de la oreja.

Miro a Charlie a los ojos.

Les digo lo mucho que les quiero.

Que he pasado por un infierno para estar aquí, sentado entre ellos dos.

Empiezo a narrarles mi secuestro en una fría noche de octubre, cuando me obligaron a ir a una central eléctrica abandonada en South Chicago a punta de pistola.

Les cuento el miedo que pasé, que pensaba que iban a matarme, pero que, en cambio, me desperté en el hangar de un misterioso laboratorio científico, donde unas personas que jamás había visto no sólo sabían mi nombre, sino que esperaban mi regreso.

Escuchan con atención los detalles de mi huida de los Laboratorios Velocity esa primera noche y mi regreso a nuestra casa en la calle Eleanor, a una casa que no es mi casa, donde vivo solo y soy un hombre que ha elegido dedicar su vida a la investigación.

Un mundo donde Daniela y yo nunca nos casamos y en el que Charlie nunca nació.

Le explico a Daniela que conocí a su doble en una exposición de arte en Bucktown.

Mi captura y encarcelamiento en el laboratorio.

Mi huida con Amanda en la caja.

Describo el multiverso.

Todas las puertas que atravesé.

Todos los mundos arruinados.

Todos los Chicagos que no estaban del todo bien, pero que me acercaron un paso más a casa.

Me dejo cosas. Cosas que aún no puedo pronunciar.

Las dos noches que pasé con Daniela tras la inauguración de la instalación artística.

Las dos veces que la vi morir.

Compartiré esos momentos a la larga, cuando sea el momento adecuado.

Intento imaginarme cómo deben de sentirse Daniela y Charlie al oír la historia.

—¿Me crees? —pregunto cuando las lágrimas comienzan a deslizarse por el rostro de mi mujer.

—Claro que te creo.

—¿Charlie?

Mi hijo asiente con la cabeza, pero la expresión de sus ojos está a kilómetros de allí. Tiene la mirada perdida entre los compradores que pasan y me pregunto cuánto habrá retenido de lo que he contado.

¿Cómo empieza a procesar alguien tal cosa?

Daniela se seca los ojos y añade:

—Sólo quiero asegurarme de que entiendo bien lo que estás diciéndome. Entonces, ¿el otro Jason te robó la vida la noche que saliste a la celebración de Ryan Holder? ¿Te metió en la caja y te dejó tirado en su mundo para poder vivir él en este? ¿Conmigo?

—Eso es lo que te he dicho.

—Eso significa que el hombre con el que he estado viviendo es un desconocido.

—No del todo. Creo que él y yo fuimos la misma persona hasta hace quince años.

—¿Qué pasó hace quince años?

—Me anunciaste que estabas embarazada de Charlie. El multiverso existe porque cada decisión que tomamos crea una bifurcación en el camino que lleva a un mundo paralelo. La noche en la que me dijiste que estabas embarazada no ocurrió sólo como tú y yo recordamos. Se desarrolló en una multitud de variantes. En un mundo, en el que vivimos ahora, decidimos crear una vida juntos. Nos casamos. Tuvimos a Charlie. Creamos un hogar. En otro, decidí que convertirme en padre con veintitantos años no era para mí. Me preocupaba perder el trabajo y que muriera la ambición.

»Así que existe una versión de nuestra vida en la que no tuvimos al niño. A Charlie. Tú seguiste con tu arte. Yo, con mi ciencia. Y al final seguimos caminos distintos. Ese hombre, la versión de mí con la que has estado

viviendo este último mes, construyó la caja.

—¿Una versión ampliada de aquella cosa en la que estabas trabajando cuando nos conocimos? El cubo.

—Exacto. Y en algún momento del camino, se dio cuenta de todo lo que había perdido al permitir que el trabajo fuese lo que le definiera. Miró atrás a la decisión que había tomado hacía quince años y se lamentó. Pero la caja no puede viajar en el tiempo al pasado o al futuro. Sólo conecta todos los mundos posibles en el mismo momento, en el presente. Así que buscó hasta encontrar mi mundo. E intercambió mi vida por la suya.

La expresión de Daniela refleja pura sorpresa e indignación.

Se levanta del banco y corre hacia los servicios.

Charlie sale detrás de ella, pero le pongo una mano en el hombro y le digo:

—Dale un minuto.

—Sabía que algo no iba bien.

—¿A qué te refieres?

—Tú, bueno, tú no, él... era diferente, había algo raro. Hablábamos más, sobre todo en la cena. Era, no sé...

—¿Qué?

—Diferente.

Quiero preguntarle ciertas cosas, cosas que se me están pasando por la cabeza.

¿Era más divertido?

¿Era mejor padre?

¿Mejor marido?

¿Era la vida más emocionante con el impostor?

Pero temo que las respuestas puedan destrozarme.

Daniela regresa.

Está muy pálida.

—¿Estás bien? —digo cuando se sienta otra vez.

—Tengo una pregunta que hacerte.

—¿Qué?

—Esta mañana, cuando te arrestaron, ¿lo hiciste para que fuera a verte?

—Sí.

—¿Por qué? ¿Por qué no fuiste a casa después de...? ¡Dios! Ni siquiera sé cómo llamarle.

—Jason2.

—Después de que Jason2 se marchara.

—Aquí es donde se complica mucho la situación.

—¿No se ha complicado ya mucho? —interviene Charlie.

—No fui el único... —Me parece una locura estar pronunciando estas palabras, pero tengo que contárselo.

—¿Qué? —insiste Daniela.

—No fui la única versión que logró volver a este mundo.

—¿Y eso qué significa?

—Que otros Jasons también regresaron.

—¿Qué otros Jasons?

—Versiones de mí que escaparon en la caja del laboratorio, pero que tomaron distintos caminos por el multiverso.

—¿Cuántos? —pregunta Charlie.

—No lo sé. Muchos, quizá.

Explico lo que sucedió en la tienda de deportes y en el chat. Les hablo del Jason que me siguió a la habitación y del que me atacó con un cuchillo.

La confusión de mi familia se torna en miedo absoluto.

—Ese es el motivo por el que hice que me arrestaran. Por lo que sé, muchos Jasons os han estado observando, siguiendo, vigilando todos vuestros movimientos mientras intentaban averiguar qué hacer. Necesitaba veros en un

lugar seguro. Por eso hice que pidieras un coche. Sé que al menos una de mis versiones te siguió hasta la comisaría. Lo vi cuando pasamos junto a tu Honda. Por eso quería que trajeras a Charlie contigo. Pero no importa. Estamos juntos y a salvo, y ahora ambos conocéis la verdad.

Daniela tarda un instante en recuperar la voz:

—Esos otros... Jasons... ¿cómo son?

—¿Por qué lo preguntas?

—¿Todos comparten tu historia? ¿Son básicamente tú?

—Sí. Hasta el momento en que entré en el multiverso. Entonces todos tomamos caminos diferentes y tuvimos experiencias diferentes.

—Pero ¿algunos son igual que tú? Versiones de mi marido que han pasado por un infierno para regresar a este mundo. Que no quieren nada más que volver a estar conmigo. Y con Charlie.

—Sí.

Entrecierra los ojos.

¿Cómo debe de ser esto para ella?

La contemplo mientras intenta comprender la imposibilidad de todo.

—Dani, mírame. —Clavo la mirada en sus relucientes ojos—. Te quiero.

—Yo también te quiero. Pero los demás también, ¿no? Tanto como tú.

Me revienta oír esas palabras.

No tengo respuesta.

Alzo la cabeza hacia las personas que nos rodean y me pregunto si nos observan.

El entresuelo está mucho más concurrido desde que nos sentamos.

Veo a una mujer empujando un cochecito.

Jóvenes amantes deambulando por el centro comercial de la mano, con cucuruchos de helado, perdidos en su éxtasis.

Un anciano arrastrando los pies detrás de su esposa, con expresión de:

«Llévame a casa, por favor».

No estamos a salvo aquí.

No estamos a salvo en ningún lugar de esta ciudad.

—¿Estás conmigo? —pregunto.

Ella vacila y observa a Charlie.

Luego vuelve a mirarme a mí.

—Sí —concluye—. Estoy contigo.

—Bien.

—Entonces, ¿qué hacemos ahora?

CATORCE

Nos marchamos sólo con la ropa que llevamos a la espalda y un sobre del banco lleno de dinero en metálico de nuestras cuentas corrientes y de ahorros vacías. Daniela carga el coche de alquiler en nuestra tarjeta de crédito, pero todas las transacciones a partir de ahora serán sólo en metálico para que cueste más localizarnos.

A media tarde, circulamos por Wisconsin.

Pasamos por prados.

Por colinas.

Establos rojos.

Los silos crean un ambiente rústico.

El humo sale de las chimeneas de las granjas.

Todo reluce bajo una reciente capa de nieve y el cielo es de un brillante azul invernal.

Es más lento, pero me mantengo alejado de la autopista.

Voy por carreteras secundarias.

Giro al azar, tomo vías imprevistas, sin ningún destino en mente.

Cuando paramos a poner gasolina, Daniela me enseña su móvil. Hay una lista de llamadas perdidas y mensajes nuevos, todos del 773, 847 y 312, prefijos del área de Chicago.

Abro la aplicación de mensajes.

Dani... Soy Jason. Por favor, llámame a este núm. enseguida.

Daniela, soy Jason. Antes que nada, te quiero. Tengo que contarte muchas cosas. Por favor, llámame en cuanto recibas esto.

Daniela, vas a tener noticias de un montón de Jasons, si es que no se han puesto ya en contacto contigo. Debe de estar dándote vueltas la cabeza. Yo soy tuyo. Tú eres mía. Te querré siempre. Llámame en cuanto te llegue esto.

Daniela, el Jason con el que estás es un impostor. Llámame.

Daniela, Charlie y tú no estáis a salvo. El Jason con el que estás no es quien tú crees. Llámame ahora mismo.

Ninguno de ellos te quiere como yo. Llámame, Daniela. Por favor, te lo suplico. Te quiero.

Los mataré a todos por ti y solucionaré esto. No tienes más que decírmelo. Haré lo que sea por ti.

Dejo de leer, bloqueo todos los números y borro los mensajes.

Pero hay uno en concreto que me llama la atención.

No es de un número desconocido.

Es de *Jason*.

De mi móvil. Ha tenido mi teléfono durante todo este tiempo. Desde la noche en que me cogió por la calle.

No estás en casa ni contestas al móvil. Debes de saberlo. Lo único que

puedo decir es que te quiero.
Ese es el motivo por el que lo hice. El tiempo que he
pasado contigo ha sido el mejor de mi vida.
Por favor, llámame. Escúchame.

Apago el teléfono y le ordeno a Charlie que haga lo mismo.

—Tendremos que dejarlos apagados —declaro— a partir de ahora. Nos podrían localizar si están transmitiendo.

Cuando cae la tarde y el sol empieza a ponerse, nos dirigimos hacia la vasta zona de los Northwoods.

La carretera está vacía.

Es sólo para nosotros.

Hemos pasado muchas vacaciones en Wisconsin, pero nunca nos hemos aventurado tan al norte. Y nunca en invierno. Recorremos kilómetros sin ver ninguna señal de civilización y cada pueblo por el que pasamos parece más pequeño que el anterior, cruces en medio de la nada.

Un fuerte silencio se ha apoderado del jeep Cherokee y no sé cómo romperlo.

O más bien, no sé si tengo el valor para hacerlo.

Durante toda tu vida te dicen que eres único. Un individuo. Que nadie en este planeta es como tú.

El himno de la humanidad.

Pero eso ya no es cierto para mí.

¿Cómo iba Daniela a quererme más que a los otros?

La miro sentada en el asiento delantero y me pregunto qué pensará de mí ahora, cómo se sentirá.

¡Madre mía! Pero si lo que pienso yo de mí es tema de debate.

Está en silencio, a mi lado, contemplando el bosque pasar a toda velocidad

por la ventanilla.

Alargo la mano y le cojo la suya.

Me mira y luego se vuelve hacia la ventana.

Al anochecer, entro en un pueblo llamado Ice River; parece lo bastante remoto.

Cogemos algo de comida rápida y después paramos en una tienda para abastecernos de provisiones y algunas necesidades básicas.

Chicago no se acaba nunca.

No hay espacio para respirar ni en las zonas residenciales de las afueras.

Pero Ice River se acaba.

Primero entramos en la ciudad, pasamos por un centro comercial abandonado con tablonos en los escaparates y, al momento, los edificios y las luces disminuyen en el retrovisor. Estamos cruzando el bosque y la oscuridad. Los faros delanteros del vehículo lanzan un haz de luz por un estrecho pasillo de altos pinos que bordean la carretera.

El pavimento pasa rápido bajo las luces.

No nos cruzamos con ningún coche.

Cojo la tercera salida, a dos kilómetros al norte del pueblo, hacia una carretera nevada de un solo carril que serpentea entre las piceas y los abedules hasta el final de una pequeña península.

Tras varios cientos de metros, los faros alcanzan la fachada de una cabaña de madera. Parece justo lo que estoy buscando.

Como la mayoría de las residencias que se hallan junto a un lago en esta parte del estado, está a oscuras y parece deshabitada.

Cerrada hasta temporada alta.

Detengo el Cherokee en la entrada circular y apago el motor.

Está muy oscuro, muy tranquilo.

Miro a Daniela.

—Sé que no te emociona la idea, pero forzar la puerta es menos arriesgado que dejar un rastro alquilando algún sitio.

Apenas ha hablado durante el trayecto desde Chicago (seis horas).

Como si estuviera en shock.

—Lo entiendo. A estas alturas, ya tenemos superado el allanamiento de morada, ¿no?

Abro la puerta y pongo un pie en la nieve fresca.

Hace mucho frío.

No corre el aire.

Una de las ventanas de los dormitorios no está cerrada, así que ni siquiera tengo que romper un cristal.

Llevamos las bolsas de plástico del supermercado al porche cubierto.

Dentro hace un frío horrible.

Enciendo la luz.

Delante, una escalera asciende a la oscuridad del segundo piso.

—Este sitio es asqueroso —opina Charlie.

Más que asqueroso, huele a moho y abandono.

A una casa de vacaciones en temporada baja.

Acercamos las bolsas a la cocina, las dejamos en la encimera y le echamos un vistazo a la casa.

La decoración es acogedora pero anticuada.

Los apliques son viejos y blancos.

El linóleo de la cocina está agrietado y el suelo de madera rayado y rechina.

En el salón hay una lubina negra sobre la chimenea de ladrillo y las paredes están llenas de cebos de pesca enmarcados. Habrá al menos cien.

El dormitorio principal se encuentra en la planta baja y hay dos habitaciones en el segundo piso, una de ellas sin apenas espacio por culpa de una litera triple.

Cogemos la comida rápida de unas bolsas de papel grasientas.

La lámpara que tenemos encima lanza una dura mirada sobre la superficie de la mesa de la cocina, aunque el resto de la casa está a oscuras.

La calefacción se esfuerza por calentar y alcanzar una temperatura soportable.

Charlie tiene frío.

Daniela está callada, distante.

Como si estuviera cayendo lentamente a un lugar tenebroso.

Apenas toca la comida.

Tras la cena, Charlie y yo cargamos leña en los brazos hasta el porche y uso las bolsas de la comida y unos periódicos viejos para encender el fuego.

La leña está seca y gris, tiene varias temporadas, y enseguida prende.

Las paredes del salón no tardan en brillar.

Las sombras titilan por el techo.

Abrimos el sofá cama y lo acercamos a la chimenea.

Daniela va a preparar nuestra habitación.

Me siento al lado de Charlie al final del colchón y dejo que el fuego me caliente.

—Si te despiertas por la noche, tira otro tronco a la chimenea. Quizá podamos mantenerla hasta por la mañana para calentar este sitio —le pido.

Se quita las Converse All Stars y saca los brazos de las mangas de la sudadera. Al meterse bajo las mantas, recuerdo que ahora tiene quince años.

Su cumpleaños fue el veintiuno de octubre.

—Oye —digo, y él me mira—, feliz cumpleaños.

—¿Qué dices?

—Me lo perdí.

—Ah, sí.

—¿Cómo fue?

—Muy bien, supongo.

—¿Qué hiciste?

—Fuimos al cine y salimos a cenar. Luego me fui por ahí con Joel y Angela.

—¿Quién es Angela?

—Una amiga.

—¿Tu novia? —Advierto que se sonroja a la luz de la lumbre—. Me muero por saberlo..., ¿aprobaste el examen de conducir?

Me dedica una sonrisita.

—Soy el orgulloso dueño de un carné.

—Estupendo. Entonces, ¿te llevó él?

Charlie asiente con la cabeza.

Joder. Eso duele.

Le tapo los hombros con las sábanas y las mantas y le beso en la frente. Hace años que no acuesto a mi hijo e intento saborear el momento, ralentizarlo. Pero, como todas las cosas buenas, pasa muy rápido.

Charlie se me queda mirando y me pregunta:

—¿Estás bien, papá?

—No. La verdad es que no. Pero ahora estoy con vosotros. Eso es lo único que importa. ¿Te gustaba... esa otra versión de mí?

—No es mi padre.

—Ya lo sé, pero ¿te...?

—No es mi padre.

Me levanto del sofá cama, tiro otro tronco al fuego y cruzo la cocina hacia la otra punta de la casa, haciendo crujir el suelo de madera con mi peso.

Hace casi demasiado frío para dormir en la habitación, pero Daniela ha cogido la ropa de cama de arriba y ha asaltado los armarios para conseguir más mantas.

Las paredes están forradas de madera.

Un radiador brilla en el rincón, colmando el aire de un olor a polvo quemado.

Se oye algo en el baño.

Un sollozo.

Llamo a la puerta hueca.

—¿Daniela?

Advierto que se le corta la respiración.

—¿Qué?

—¿Puedo entrar?

Se queda callada un momento.

Luego desliza el cerrojo.

Me la encuentro acurrucada en un rincón, apoyada en la vieja bañera, con las rodillas en el pecho y los ojos rojos e hinchados.

Nunca la he visto así: temblando frente a mí, destrozada.

—No puedo. Es que... no puedo.

—¿No puedes qué?

—Estás aquí, delante de mí, y te quiero muchísimo, pero entonces pienso en todas esas versiones de ti y...

—No están aquí, Daniela.

—Quieren estarlo.

—Pero no lo están.

—No sé qué pensar o cómo tomármelo. Y luego me pregunto... —Pierde la poca compostura que le queda.

Es como ver el hielo resquebrajarse.

—¿Qué te preguntas?

—Bueno..., ¿tú eres realmente tú?

—¿Qué dices?

—¿Cómo sé que eres mi Jason? Aseguras que saliste por nuestra puerta a principios de octubre y que no volviste a verme hasta esta mañana en la comisaría. Pero ¿cómo sé que eres el hombre al que amo?

Me agacho al suelo.

—Mírame a los ojos, Daniela.

Lo hace.

A través de las lágrimas.

—¿No ves que soy yo? ¿No lo sabes?

—No puedo dejar de pensar en el último mes con él. Me pone enferma.

—¿Cómo fue?

—Jason, no me hagas esto. No te lo hagas a ti mismo.

—Todos los días que pasé en ese pasillo, en la caja, intentando averiguar el modo de volver a casa, pensaba en vosotros. Trataba de no hacerlo, pero ponte en mi lugar.

Daniela abre las rodillas y, mientras me arrastro entre ellas, me acerca a su pecho y me pasa los dedos por el pelo.

—¿De verdad quieres saberlo?

No.

Pero tengo que saberlo.

—Siempre me lo preguntaré —respondo.

Apoyo la cabeza en ella.

Siento el subir y bajar de su pecho.

—Para serte sincera, al principio fue increíble. La razón por la que recuerdo tan vívidamente esa noche que fuiste a la fiesta de Ryan es por cómo tú (él) actuaste al llegar a casa. Creía que estabas borracho, pero no era eso.

Era... como si me mirases de forma diferente.

»Todavía me acuerdo de la primera vez que hicimos el amor en mi estudio, hace tantos años. Estaba tumbada en la cama, desnuda, esperándote. Y tú te quedaste allí de pie, al final de la cama, un minuto, mirándome fijamente. Quizá fue la primera vez que alguien me veía de verdad. Fue increíble.

»Ese otro Jason me miró así y hubo una nueva energía entre nosotros. Similar a cuando regresas a casa tras un fin de semana en una de tus conferencias, pero mucho más intenso.

—Así que ¿con él fue como la primera vez que estuvimos juntos?

No responde enseguida.

Se queda respirando un rato.

—Lo siento mucho —dice finalmente.

—No es culpa tuya.

—Un par de semanas más tarde, me di cuenta de que no se trataba de una noche aislada, ni siquiera de un fin de semana. Noté que había cambiado algo en ti.

—¿Qué era diferente?

—Un millón de detalles. La manera de vestirte. Cómo te preparabas por la mañana. Lo que hablabas en la cena.

—¿La manera en que te follaba?

—Jason.

—Por favor, no me mientas. No podría soportarlo.

—Sí, era diferente.

—Mejor.

—Como si volviera a ser la primera vez. Hacías cosas que no habías hecho nunca o que llevabas mucho tiempo sin hacer. No era como si fuera algo que quisieras, sino que necesitaras. Como si fuera tu oxígeno.

—¿Te gustaba ese otro Jason?

—No. Quiero al hombre con el que he creado una vida. Con el que creé a Charlie. Pero necesito saber que tú eres ese hombre.

Me incorporo y la observo en ese estrecho baño sin ventana, en mitad de la nada, que huele ligeramente a moho.

Me mira.

Está muy cansada.

Me pongo de pie y le doy la mano para ayudarla a levantarse.

Vamos al dormitorio.

Daniela se mete en la cama, enciendo la luz y me acomodo a su lado, bajo las sábanas congeladas.

El armazón chirría y, al más mínimo movimiento, el cabecero choca contra la pared, que hace sonar los cuadros.

Va en ropa interior y camiseta, y huele como si hubiera pasado el día en un coche sin ducharse: a desodorante mezclado con sudor.

Me encanta.

—¿Cómo vamos a arreglar esto, Jason? —susurra en la oscuridad.

—Estoy en ello.

—¿Qué significa eso?

—Significa que me lo vuelvas a preguntar por la mañana.

Su aliento en mi cara es dulce y cálido.

La esencia de todo lo que asocio con mi casa.

Se queda dormida en un instante, respirando hondo.

Creo que yo voy detrás de ella, pero, en cuanto cierro los ojos, los pensamientos se disparan. Veo versiones de mí saliendo de ascensores, en coches aparcados, sentados en bancos frente a mi casa.

Me veo en todas partes.

La estancia está a oscuras, a excepción del radiador que brilla en un rincón.

La cabaña permanece en silencio.

No puedo dormir.

Tengo que arreglar esto.

Sin hacer ruido, salgo de debajo de las sábanas. Me detengo en la puerta y vuelvo la vista hacia Daniela, a salvo bajo la montaña de mantas.

Me dirijo hacia el pasillo por el ruidoso suelo de madera; la casa está más caliente conforme me acerco al salón.

El fuego está apagándose.

Añado varios troncos.

Me quedo mucho rato sentado, contemplando las llamas, observando cómo la leña se convierte poco a poco en un radiante lecho de ascuas, mientras mi hijo ronca ligeramente tras de mí.

La idea se me ocurrió cuando nos dirigíamos hoy al norte y he estado meditando desde entonces.

Al principio parecía una locura.

Pero, cuanto más la reviso, más me parece que es la única alternativa.

En el salón, junto a la televisión, hay un escritorio con un Mac de hace diez años y una impresora jurásica. Enciendo el ordenador. Si se necesita contraseña o no hay conexión a Internet, tendré que esperar a mañana, cuando encuentre un cibercafé o una cafetería en algún pueblo.

Estoy de suerte. Hay opción de acceso como invitado.

Abro el navegador y accedo a la cuenta de correo electrónico de asonjayessenday.

El hipervínculo aún funciona.

¡Bienvenido a UberChat!

Actualmente hay setenta y dos participantes activos.

¿Eres un nuevo usuario?

Clico «No» y entro con mi nombre de usuario y contraseña.

¡Bienvenido, jason9!
¡Ya estás dentro de UberChat!

La conversación es mucho más larga, y con tantos participantes me entra un sudor frío.

Reviso todo y voy hasta el mensaje más reciente, que se ha escrito hace menos de un minuto.

Jason42: La casa lleva vacía desde al menos media tarde.

Jason28: ¿Cuál de vosotros ha hecho esto?

Jason4: Seguí a Daniela desde la calle Eleanor, 44, hasta la comisaría de North California.

Jason14: ¿Qué estaba haciendo allí?

Jason25: ¿Qué estaba haciendo allí?

Jason10: ¿Qué estaba haciendo allí?

Jason4: No tengo ni idea. Entró y no salió. Su Honda sigue ahí.

Jason66: ¿Significa eso que lo sabe? ¿Sigue en la comisaría?

Jason4: No lo sé. Algo pasa.

Jason49: Anoche casi me mata uno de nosotros. Consiguió la llave de la habitación del hotel en el que me alojé y entró con un cuchillo en plena noche.

Empiezo a escribir...

Jason9: DANIELA Y CHARLIE ESTÁN CONMIGO.

Jason92: ¿A salvo?

Jason42: ¿A salvo?

Jason14: ¿Cómo?

Jason28: Demuéstralo.

Jason25: ¿Cómo?

Jason10: Cabrón.

Jason9: El cómo no importa, pero sí, están a salvo. Y también muy asustados. He estado pensando mucho en esto. Supongo que todos compartimos el mismo deseo de que, pase lo que pase, Daniela y Charlie no deben resultar heridos.

Jason92: Sí.

Jason49: Sí.

Jason66: Sí.

Jason10: Sí.

Jason25: Sí.

Jason4: Sí.

Jason28: Sí.

Jason14: Sí.

Jason103: Sí.

Jason5: Sí.

Jason16: Sí.

Jason82: Sí.

Jason9: Preferiría morir a que les ocurra algo. Así que esto es lo que propongo: dentro de dos días, a medianoche, nos reuniremos todos en la central eléctrica y llevaremos a cabo una rifa pacífica. El ganador se quedará a vivir en este mundo con Daniela y Charlie. Y destruiremos la caja para que ningún otro Jason pueda venir aquí.

Jason8: No.

Jason100: De ninguna manera.

Jason21: ¿De qué va a servir eso?

Jason38: Jamás.

Jason28: Demuestra que estás con ellos o vete a la mierda.

Jason8: ¿Por qué echarlo a suertes? ¿Por qué no luchamos por ellos? Que la justicia lo decida.

Jason109: ¿Y qué pasa con los perdedores? ¿Se suicidan?

JasonADMIN: Para que la conversación no se vuelva incomprensible, he bloqueado de manera temporal las cuentas de todos los participantes excepto la mía y la de Jason9. El resto podrá leer la conversación. Jason9, continúa, por favor.

Jason9: Soy consciente de que podría salir mal de muchas maneras. Podría haber decidido no aparecer. Jamás lo habríais sabido. Algunos Jasons podrían elegir no participar, esperar entre bambalinas a que el humo se despejara y entonces hacerle a uno de nosotros lo que Jason2 me hizo a mí. Excepto que yo sé que mantendré mi palabra y tal vez sea ingenuo por mi parte, pero creo que eso significa que los demás también la mantendréis. Porque no seríais fieles a vuestra palabra por nosotros, sino por Daniela y Charlie. La otra alternativa es llevármelos y desaparecer para siempre. Obtener nuevas identidades. Pasar la vida huyendo. Siempre mirando por encima del hombro. Pese a lo mucho que deseo estar con ellos, estoy dispuesto a someterme a esta lotería, donde, a juzgar por el número total de nosotros, estoy casi seguro que perderé. Tengo que hablar primero con Daniela, pero, mientras tanto, que corra la voz. Volveré a conectarme mañana por la noche con más detalles; prueba incluida, Jason28.

JasonADMIN: Creo que alguien ya lo ha preguntado, pero ¿qué pasará con los que pierdan?

Jason9: Aún no lo sé. Lo único que importa es que nuestra mujer y nuestro hijo vivan en paz y a salvo el resto de sus vidas. Si pensáis de otro modo, no os los merecéis.

Me despierta la luz que entra a través de las cortinas.

Daniela está en mis brazos.

Me quedo así tumbado por un largo rato.

Abrazándola.

Es una mujer extraordinaria.

Al final, me desenredo y recojo la pila de ropa del suelo.

Me visto junto a los restos del fuego —ascuas, nada más— y echo los últimos dos troncos.

Nos hemos quedado dormidos.

El reloj de la cocina marca las 9:30 y, por la ventana de encima del fregadero, veo el resplandor del sol entre las encinas y los abedules, formando puntos de luz y sombra en el suelo del bosque hasta donde me alcanza la vista.

Salgo hacia el frío de la mañana y bajo el porche.

Paso por la parte trasera de la cabaña, donde la propiedad se inclina suavemente hacia la orilla del lago.

Me dirijo hacia el final de un embarcadero cubierto de nieve.

Hay un borde de hielo a pocos pasos de la orilla, pero es demasiado pronto para la estación, incluso con la reciente tormenta, para que el resto del lago se haya congelado.

Retiro la nieve de un banco, me siento y contemplo el sol alzarse tras unos pinos.

El frío es vigorizante. Como un expreso.

Se levanta niebla de la superficie del agua.

Oigo el crujido de unos pasos en la nieve detrás de mí.

Me giro y descubro a Daniela, que se acerca por el embarcadero, siguiendo mis huellas.

Trae dos humeantes tazas de café; su pelo es un precioso desastre y lleva varias mantas rodeándole los hombros a modo de chal.

Mientras la contemplo aproximarse, se me ocurre que, con toda probabilidad, esta será la última mañana que pase con ella. Regresaré a Chicago mañana en cuanto me levante. Solo.

Me pasa las dos tazas, coge una de sus mantas y me envuelve con ella. Después se sienta en el banco y nos bebemos los cafés al tiempo que contemplamos el lago.

—Siempre pensé que terminaríamos en un lugar como este —comento.

—No sabía que quisieras trasladarte a Wisconsin.

—Cuando fuésemos viejos y encontrara una cabaña que arreglar.

—¿Sabes arreglar cosas? —Se ríe—. Es una broma. Sé a lo que te refieres.

—A lo mejor pasábamos aquí los veranos con nuestros nietos. Podrías pintar junto a la orilla.

—¿Y tú qué harías?

—No lo sé. Ponerme al día por fin con mi suscripción al *New Yorker*. Estar contigo.

Baja la mano y toca el trozo de hilo que sigue atado a mi dedo anular.

—¿Qué es esto?

—Jason2 me quitó el anillo de boda y al principio hubo un momento en el que empecé a perder el sentido de lo que era real. De quién era yo. Si alguna vez estuve casado contigo. Así que me até el hilo al dedo para recordarme que tú, que esta versión de ti, existías.

Me besa.

Durante mucho rato.

—Tengo que decirte algo —empiezo.

—¿El qué?

—En ese primer Chicago en el que me desperté, en el que te encontré en la instalación de arte sobre el multiverso...

—¿Qué? —Sonríe—. ¿Te acostaste conmigo?

—Sí.

Se acaba la sonrisa.

Se me queda mirando un instante y apenas hay emoción en su voz cuando pregunta:

—¿Por qué?

—No sabía dónde me encontraba ni lo que estaba pasándome. Todos creían que estaba loco. Yo también empecé a pensarlo. Entonces te encontré. Eras lo único familiar en un mundo que estaba completamente mal. Deseaba con toda mi alma que esa Daniela fueses tú, pero no era así. No podía ser tú, así como el otro Jason no soy yo.

—Entonces, ¿recorriste el multiverso follando?

—Esa fue la única vez, y no sabía dónde estaba cuando ocurrió. No sabía si estaba perdiendo la cabeza o qué.

—¿Y qué tal estuvo? ¿Cómo estuve?

—Quizá no deberíamos...

—Yo te lo he contado.

—Muy bien. Fue como lo has descrito con el otro Jason la primera noche que fue a casa. Como estar contigo antes de saber que te quería. Como experimentar esa increíble conexión por primera vez. ¿Qué piensas ahora?

—Estoy tratando de averiguar lo enfadada que debería estar contigo.

—¿Por qué ibas a tener que enfadarte?

—Oh, ¿esos son tus argumentos? ¿No es engañar si se hace con otra versión de mí misma?

—Bueno, al menos es original.

Eso le hace reír.

Su risa explica por qué la quiero.

—¿Cómo era ella? —dice Daniela.

—Eras tú sin mí. Sin Charlie. Estaba saliendo con Ryan Holder.

—Calla. ¿Y era una artista famosa?

—Sí.

—¿Te gustó mi instalación?

—Era brillante. Tú eras brillante. ¿Quieres que te lo cuente?

—Me encantaría.

Le cuento lo del laberinto de plexiglás, cómo fue atravesarlo. Las sorprendentes imágenes. El espectacular diseño.

Se le iluminan los ojos.

—¿Crees que era feliz? —pregunta.

—¿A qué te refieres?

—Por todo a lo que renunció para convertirse en esa mujer.

—No lo sé. Estuve con ella cuarenta y ocho horas. Creo que como tú, como yo, como todo el mundo, se arrepentía de algo. Que en ocasiones se despertaba por la noche preguntándose si el camino que había tomado era el correcto, temiendo que no fuera así. Se preguntaba qué clase de vida habría tenido conmigo.

—Yo también me pregunto ese tipo de cosas a veces.

—He visto tantas versiones de ti... Conmigo. Sin mí. Artista. Profesora. Diseñadora gráfica. Pero todo, al final, es la vida. La vemos a gran escala, como una gran historia, pero, cuando estás en ella, no es más que el día a día, ¿no? ¿Y no es eso con lo que tienes que sentirte cómoda?

En medio del lago, salta un pez y, al salpicar, crea ondas perfectas y concéntricas por el agua cristalina.

—Anoche me preguntaste cómo íbamos a arreglarlo —suelto.

—¿Se te ha ocurrido alguna brillante idea?

Mi primer impulso es protegerla y que no se entere de lo que me planteo, pero nuestro matrimonio no se basa en secretos. Hablamos de todo. Hasta de lo más duro. Lo implica nuestra identidad de pareja.

Así que le cuento lo que propuse anoche en el chat y la expresión de su rostro refleja ira, horror, sorpresa y miedo.

—¿Me quieres rifar? —inquire al final—. ¿Como una puta cesta de fruta?

—Daniela...

—No me hace falta que hagas nada heroico.

—Ocurra lo que ocurra, estarás conmigo.

—Pero será otra versión de ti. Eso es lo que estás diciendo, ¿no? ¿Y si es ese gilipollas que ha arruinado nuestra vida? ¿Y si no es bueno como tú?

Aparto la vista, miro hacia el lago y parpadeo por las lágrimas.

—¿Por qué ibas a sacrificarte para que otro pueda estar conmigo? —continúa.

—Todos tenemos que sacrificarnos, Daniela. Es la única manera de que Charlie y tú estéis bien. Por favor. Déjame conseguir que vuestras vidas vuelvan a estar a salvo en Chicago.

Cuando regresamos, Charlie le da vueltas a las tortitas en la cocina.

—Huele de maravilla —comento.

—¿Harás esa cosa con la fruta? —pregunta.

—Claro.

Tardo un momento en localizar la tabla de cortar y un cuchillo.

Me coloco a su lado, pelo las manzanas, las corto en tacos y echo los trozos en una cacerola llena de reluciente jarabe de arce.

Por las ventanas, el sol se alza aún más y el bosque se baña de luz.

Comemos juntos y hablamos cómodamente. Hay momentos en los que casi parece normal, como si no estuviera presente el hecho de que este desayuno probablemente sea el último que compartamos.

A primera hora de la tarde, nos acercamos al pueblo a pie, andando por un camino prácticamente desaparecido, con el pavimento seco al sol y lleno de nieve a la sombra.

Compramos ropa de segunda mano y luego vamos a una matiné en un pequeño cine del centro, donde proyectan una película que salió hace seis meses.

Es una estúpida comedia romántica.

Justo lo que necesitamos.

Nos quedamos a ver los créditos hasta que encienden las luces, y, cuando salimos del cine, ya está oscureciendo.

En el límite del pueblo, probamos en el único restaurante que está abierto: el Ice River Roadhouse.

Nos sentamos a la barra.

Daniela pide una copa de pinot noir. Yo pido una cerveza y una Coca-Cola para Charlie.

El local está atestado de gente, el único lugar donde pasa algo por la noche el fin de semana es en Ice River, Wisconsin.

Elegimos la comida.

Bebo una segunda cerveza y luego una tercera.

Poco después, Daniela y yo estamos borrachos y aumenta el ruido en el restaurante de carretera.

Me coloca la mano en la pierna.

Tiene los ojos vidriosos por el vino. Es estupendo estar tan cerca de ella de nuevo. Intento no pensar que es la última vez que voy a experimentar cada detalle, pero el hecho de saberlo es una carga.

El restaurante no deja de llenarse de gente.

El ruido es maravilloso.

Un grupo de música se prepara en un pequeño escenario que hay al fondo.

Estoy borracho.

No agresivo ni baboso.

Sólo bien achispado.

Si pienso en cualquier otra cosa que no sea el presente, me destrozo, así que no voy a pensar en nada más que en eso.

El grupo se compone de cuatro músicos de country; Daniela y yo no tardamos en salir a bailar una canción lenta entre la masa de gente, en una diminuta pista.

Su cuerpo está apretado contra el mío y le coloco la mano en la parte baja de la espalda. Y entre el sonido de la guitarra y la manera en que está mirándome, lo único que quiero es llevarla a nuestra chirriante cama con el cabecero suelto y tirar todos los cuadros de las paredes.

Daniela y yo nos reímos, y ni siquiera estamos seguros de qué.

—Tíos, estáis borrachos —comenta Charlie.

Tal vez sea una exageración, pero no nos falta mucho.

—Había que desfogarse —contesto.

—No hemos estado así en el último mes, ¿a que no? —le dice a Daniela.

Ella me mira.

—No.

Caminamos por la carretera a oscuras; no hay luces de coches ni delante ni detrás.

El bosque está en completo silencio.

Ni siquiera corre un poco de viento.

Todo tan inmóvil como si se tratase de un cuadro.

Cierro la puerta de nuestro dormitorio.

Daniela me ayuda a levantar el colchón.

Lo dejamos en el suelo, apagamos la luz y nos desvestimos.

Hace frío en la habitación, hasta con el radiador encendido.

Nos metemos desnudos, temblando bajo las mantas.

Noto su suave y fría piel en contacto con la mía, su blanda y cálida boca.

La beso.

Me dice que me desea tanto que duele.

Estar con Daniela no es estar en casa.

Es la definición de mi hogar.

Recuerdo pensar en la primera vez que le hice el amor hace quince años.

Pensar que había encontrado algo que ni siquiera sabía que estaba buscando.

Todavía es más real esta noche, mientras el suelo de madera cruje ligeramente bajo nosotros y la luz de la luna se cuela entre la abertura de las cortinas lo suficiente para iluminar su rostro cuando abre la boca y echa la cabeza hacia atrás, susurrando con insistencia mi nombre.

Estamos sudados y nuestros corazones laten a toda prisa en el silencio.

Me pasa los dedos por el pelo y me contempla en la oscuridad de esa forma que me encanta.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Charlie tenía razón.

—¿Sobre qué?

—Lo que ha dicho de camino a casa. No ha vuelto a ser así desde que llegó Jason2. Eres irremplazable. Ni siquiera puedes sustituirte a ti mismo. No dejo de pensar en cómo nos conocimos. En ese momento de nuestras vidas, podríamos habernos topado con cualquiera, pero apareciste tú en la fiesta en aquel jardín trasero y me salvaste de ese gilipollas. Sé que parte de nuestra historia se debe a la electricidad de nuestra conexión, pero la otra parte es

igualmente un milagro. El simple hecho de que entraras en mi vida en ese preciso instante. Tú en vez de otra persona. En cierto modo, ¿no es incluso más increíble que la conexión en sí misma? Que nos encontráramos.

—Es extraordinario.

—Me he dado cuenta de que eso fue lo que ocurrió ayer. De entre todas las versiones de Jason, fuiste tú el que cometió aquella locura en la cafetería para terminar en la cárcel y volver a estar juntos, a salvo.

—Entonces, estás diciendo que es el destino.

Sonríe.

—Creo que estoy diciendo que nos encontramos el uno al otro por segunda vez.

Volvemos a hacer el amor y nos quedamos dormidos.

A altas horas de la noche, se despierta y me susurra al oído:

—No quiero que te vayas.

Me doy la vuelta para mirarla.

Tiene los ojos muy abiertos en la oscuridad.

Me duele la cabeza.

Tengo la boca seca.

Estoy atrapado en esa desorientadora transición entre la embriaguez y la resaca, cuando el placer se convierte poco a poco en dolor.

—¿Y si seguimos conduciendo? —sugiere.

—¿Hacia dónde?

—No lo sé.

—¿Qué se supone que vamos a decirle a Charlie? Tiene amigos. Tal vez una novia. ¿Que se olvide de todo eso? Por fin está contento en el colegio.

—Ya —reconoce—, y no me gusta nada, pero sí, eso es lo que le diremos.

—Donde vivimos, nuestros amigos, nuestros trabajos... son las cosas que

nos definen.

—No todo lo que nos define. Mientras siga contigo, sabré quién soy.

—Daniela, no hay nada que desee más que estar contigo, pero, si no hago eso mañana, jamás estaréis a salvo. Y pase lo que pase, me seguirás teniendo.

—No quiero otra versión. Te quiero a ti.

Me despierto en la oscuridad con la cabeza palpitándome y la boca totalmente seca.

Me pongo los vaqueros y la camisa, y salgo al pasillo.

Al no haber fuego esta noche, la única fuente de iluminación en toda la planta baja es una tímida lamparilla enchufada sobre la encimera de la cocina.

Cojo un vaso del armario y lo lleno con agua del grifo.

Me la tomo.

Lo vuelvo a llenar.

La calefacción se desconecta.

Me quedo de pie, bebiendo agua fría.

La cabaña está tan tranquila que oigo saltar el suelo cuando las fibras de la madera se expanden y se contraen en recónditos rincones.

Contemplo el bosque por la ventana que está encima del fregadero.

Me encanta que Daniela me prefiera a mí, pero no sé adónde nos lleva esto a partir de ahora. No sé cómo mantenerlos a salvo.

Me da vueltas la cabeza.

Un poco más allá del jeep, algo atrae mi atención.

Una sombra se mueve por la nieve.

Se me dispara la adrenalina.

Dejo el vaso, me dirijo a la puerta principal y me pongo las botas.

En el porche, me abotono la camisa y camino por la nieve ya pisada entre las escaleras y el coche.

Paso el jeep.

Ahí.

Veo lo que ha atraído mi atención desde la cocina.

Al acercarme, sigue moviéndose.

Es más grande de lo que pensé al principio.

Tiene el tamaño de un hombre.

No.

¡Dios!

Es un hombre.

Es fácil de advertir el sendero por el que se ha arrastrado por las manchas de sangre, que parecen negras bajo las estrellas.

Gime mientras reptaba hacia el porche delantero. No va a conseguirlo.

Le alcanzo y me arrodillo junto a él.

Soy yo, con el abrigo, la mochila de los Laboratorios Velocity y el anillo de hilo.

Tiene una mano en el estómago, cubierto de sangre caliente, y me mira con los ojos más desesperados que he visto.

—¿Quién te ha hecho esto? —pregunto.

—Uno de nosotros.

—¿Cómo me has encontrado?

Tose y salpica sangre.

—Ayúdame.

—¿Cuántos han venido?

—Creo que estoy muriéndome.

Miro a mi alrededor. Apenas tardo un segundo en localizar un par de huellas manchadas de rojo que se alejan de este Jason hacia el jeep y luego rodean la cabina por un lado.

El Jason moribundo pronuncia mi nombre.

Nuestro nombre.

Me suplica ayuda.

Y quiero ayudarle, pero en lo único que puedo pensar es... en que nos han encontrado.

De algún modo, nos han encontrado.

—No permitas que le hagan daño —me pide.

Vuelvo la vista hacia el coche.

No me había dado cuenta, pero ahora advierto que han pinchado todos los neumáticos.

En algún lugar, a poca distancia, oigo pasos en la nieve.

Echo un vistazo al bosque en busca de movimiento, pero la luz de las estrellas no penetra en la espesura más allá de la cabaña.

—No estoy preparado para esto —añade.

Le miro a los ojos mientras me entra el pánico.

—Si este es el fin, sé valiente.

Un disparo interrumpe el silencio.

Procede de detrás de la cabaña, al lado del lago.

Corro por la nieve, paso junto al jeep y me apresuro por el porche, intentando procesar lo que está sucediendo.

Desde dentro de la cabaña, Daniela grita mi nombre.

Subo las escaleras.

Irrumpo por la puerta.

Daniela camina por el pasillo, envuelta en una manta, a contraluz por la claridad que sale del dormitorio.

Mi hijo se acerca por la cocina.

Cierro la puerta al entrar mientras Daniela y Charlie convergen en el vestíbulo.

—¿Eso ha sido un disparo? —pregunta ella.

—Sí.

—¿Qué ocurre?

—Nos han encontrado.

—¿Quién?

—Yo.

—¿Cómo es posible?

—Tenemos que marcharnos ahora mismo. Id a nuestra habitación, vestíos, empezad a recoger las cosas. Voy a asegurarme de que la puerta trasera está cerrada y luego me reuniré con vosotros.

Se van por el pasillo.

La puerta principal está bien cerrada.

La única manera de entrar en la casa es por las cristalerías que llevan del porche al salón.

Cruzo la cocina.

Daniela y Charlie querrán que les diga qué hacer después.

Y no tengo ni idea.

No podemos coger el coche.

Al llegar al salón, mis pensamientos se convierten en un embravecido monólogo interior.

¿Qué tenemos que llevarnos?

Los teléfonos.

Dinero.

¿Dónde está el dinero?

En un sobre en el último cajón de la cómoda de nuestro dormitorio.

¿Qué más necesitamos?

¿De qué no podemos olvidarnos?

¿Cuántas versiones de mí nos han seguido hasta aquí?

¿Voy a morir esta noche?

¿A manos de mí mismo?

Ando a tientas, paso el sofá cama y voy hacia las cristaleras. Al comprobar los pomos, me doy cuenta de que no debería hacer tanto frío aquí.

A menos que hayan abierto recientemente las puertas.

Como hace unos segundos.

Ya están bloqueadas, aunque no recuerdo haberlas cerrado con el cerrojo.

A través de los paneles de cristal, veo algo en el patio, pero está demasiado oscuro para distinguir ningún detalle. Creo que está moviéndose.

Tengo que regresar con mi familia.

Al apartarme de las cristaleras, una sombra surge de detrás del sofá.

Se me para el corazón.

Se enciende una lámpara.

Me veo de pie, a tres metros, con una mano en el interruptor y la otra apuntándome con una pistola.

Sólo lleva unos calzoncillos.

Tiene las manos cubiertas de sangre.

—Quítate la ropa —susurra mientras rodea el sofá, apuntándome a la cara.

El corte que le atraviesa el rostro le identifica.

Miro detrás de mí por la cristalera.

La lámpara ilumina lo suficiente el patio para ver un montón de ropa —unas Timberland y un chaquetón— y otro Jason de costado, con la cabeza en un charco de sangre y la garganta abierta.

—No voy a repetírtelo —advierte.

Empiezo a desabrocharme los botones de la camisa.

—Nos conocemos —digo.

—Evidentemente.

—No, ese corte en tu cara. Hace dos noches nos tomamos unas cervezas juntos.

Observo cómo procesa la información, aunque no le hace reaccionar como

esperaba.

—Eso no cambia lo que tiene que pasar —replica—. Aquí se acaba todo, hermano. Tú harías lo mismo y lo sabes.

—La verdad es que no. Lo pensé al principio, pero no lo haría. —Saco los brazos por las mangas y le lanzo la camisa.

Sé lo que está planeando: vestirse con mi ropa, ir con Daniela y fingir que soy yo. Tendrá que volver a abrirse el tajo de la cara para que parezca una herida reciente.

—Tengo un plan para protegerla —suelto.

—Sí, lo he leído. No voy a sacrificarme para que otro pueda estar con mi mujer y mi hijo. Los vaqueros también.

Me los desabrocho y pienso que me he equivocado. No somos todos iguales.

—¿A cuántos has matado esta noche? —pregunto.

—A cuatro. Mataría a mil si fuese necesario.

—Te pasó algo en la caja —comento al quitarme los pantalones, una pierna tras otra—, en esos mundos que mencionaste. ¿Qué te volvió así?

—A lo mejor tú no tienes tantas ganas de regresar con ellos. Y en ese caso, no te los mereces...

Le tiro los vaqueros a la cara y me abalanzo sobre él.

Rodeo los muslos de Jason con los brazos, le levanto con todas mis fuerzas y le llevo contra la pared, dejándole sin aire en los pulmones.

La pistola cae al suelo.

La envío de una patada a la cocina mientras él se retuerce en el suelo y le doy con la rodilla en la cara.

Oigo crujir un hueso.

Le agarro la cabeza y llevo la rodilla hacia atrás para asestarle otro golpe, pero me empuja la pierna izquierda.

Caigo al suelo y me doy tan fuerte en la cabeza que surgen destellos de luz. Entonces se coloca sobre mí, con la sangre goteando por su destrozado rostro, y me aprieta la garganta con una mano.

Cuando me golpea, siento que se me fractura el pómulo como una supernova de dolor bajo mi ojo izquierdo.

Me pega otra vez.

Parpadeo a través de una capa de lágrimas y sangre, y la próxima vez que veo con claridad, sostiene un cuchillo en la mano con la que me estaba golpeando.

Disparo.

Me pitan los oídos.

Un pequeño agujero negro le atraviesa el esternón y de allí brota la sangre, que se derrama por su pecho. El cuchillo se le cae al suelo, a mi lado. Coloca un dedo en el agujero, intentando taponarlo, pero la sangre no deja de manar.

Inspira de forma entrecortada y alza la vista hacia el hombre que le ha disparado.

Yo también estiro el cuello, lo suficiente para ver a otro Jason apuntándole con un arma. Este está afeitado y lleva la chaqueta de cuero negra que Daniela me regaló hace diez años por nuestro aniversario.

En la mano izquierda brilla una alianza de oro.

Mi anillo.

Jason2 vuelve a apretar el gatillo y la siguiente bala alcanza el lateral del cráneo de mi atacante.

Cae.

Me giro y me incorporo despacio.

Escupiendo sangre.

Me arde la cara.

Jason2 me apunta con la pistola.

Va a disparar.

Mi muerte se aproxima y me quedo sin palabras, tan sólo tengo una fugaz imagen cuando era niño en la granja de mis abuelos al oeste de Iowa. En un día cálido de primavera. El cielo inmenso. Campos de maíz. Estoy driblando un balón de fútbol por el jardín trasero hacia mi hermano, que está defendiendo la «portería», un espacio entre dos arcos.

«¿Por qué me viene este recuerdo cuando estoy al borde de la muerte? — pienso—. ¿Es ese momento el más feliz de mi vida? ¿Mi versión más pura?».

—¡Basta!

Daniela está en el rincón de la cocina, ahora vestida.

Mira a Jason2.

Me mira a mí.

Al Jason con la bala en la cabeza.

Al Jason en el porche con el cuello rebanado.

Y de alguna manera, sin apenas temblarle la voz, consigue preguntar:

—¿Dónde está mi marido?

Jason2 parece desconcertado por un momento.

Me limpio la sangre de los ojos.

—Aquí.

—¿Qué hemos hecho esta noche? —pregunta.

—Bailamos una música country mala, vinimos a casa e hicimos el amor. —

Miro al hombre que me robó mi vida—. ¿Eres el que me secuestró?

Contempla a Daniela.

—Lo sabe todo —le informo—. No tiene sentido mentir.

—¿Cómo has podido hacerme esto? ¿A tu familia? —exclama ella.

Charlie aparece al lado de su madre y ve todo el horror que nos rodea.

Jason2 la mira.

Luego a Charlie.

Jason2 apenas está a unos dos metros, pero yo estoy sentado en el suelo.
No podría alcanzarle antes de que apretara el gatillo.

«Haz que hable», pienso.

—¿Cómo nos has encontrado? —añado.

—El móvil de Charlie tiene una aplicación de localización.

—Sólo lo encendí anoche para enviar un mensaje a última hora —tercia este—. No quería que Angela creyera que la había dejado plantada.

Miro a Jason2.

—¿Y los demás Jasons?

—No sé. Supongo que me siguieron hasta aquí.

—¿Cuántos?

—No tengo ni idea. —Se vuelve hacia Daniela—. Tenía todo lo que siempre había querido, salvo a ti. Y me obsesioné con la idea de cómo podría haber sido. Por eso...

—Entonces, deberías haberte quedado conmigo hace quince años, cuando tuviste la oportunidad.

—En ese caso, no habría construido la caja.

—¿Y habría sido tan horrible? Mira a tu alrededor. ¿Acaso el trabajo de tu vida ha causado algo más que dolor?

—Cada instante, cada aliento, contiene una elección —contesta—. Pero la vida es imperfecta. Tomamos malas decisiones. Así que terminamos viviendo en un estado de perpetuo arrepentimiento. ¿Y hay algo peor? Creé algo que podía erradicar el arrepentimiento. Que permitía encontrar mundos donde hubieras tomado la elección correcta.

—La vida no funciona así —replica Daniela—. Vives con tus elecciones y aprendes. No engañas al sistema.

Me apoyo muy despacio sobre el pie.

Pero me sorprende y suelta:

—Ni se te ocurra.

—¿Vas a matarme delante de ellos? ¿En serio?

—Tenías unos sueños increíbles —añade—. Podrías haberte quedado en mi mundo, en la vida que yo creé, y hacerlos realidad.

—Oh, ¿así justificas lo que has hecho?

—Sé cómo funciona tu mente. El horror al que te enfrentas todos los días yendo a coger el tren para ir a dar clase mientras piensas: «¿Eso es todo?». Quizá seas lo bastante valiente para reconocerlo. Quizá no.

—No te atrevas a...

—Pues sí, me atrevo a juzgarte —me interrumpe—, Jason, porque yo soy tú. Tal vez separamos nuestros mundos hace quince años, pero salimos del mismo. No naciste para dar clases de Física. Para ver que gente como Ryan Holder recibe las alabanzas que deberían ser tuyas. No hay nada que no puedas hacer. Lo sé porque yo lo he hecho todo. Mira lo que construí. Podía despertarme en tu casa cada mañana y mirarme al espejo porque logré todo lo que siempre quise. ¿Puedes decir lo mismo? ¿Qué has hecho tú?

—Creé una vida con ellos.

—Te di, nos di, lo que todo el mundo desea en secreto: la oportunidad de vivir dos vidas. Nuestras dos mejores vidas.

Miro a Daniela. Luego, a mi hijo.

—Y yo le quiero a él. Por favor. Déjanos tener nuestra vida —le suplica Daniela—. No tienes que hacer esto.

Él endurece el rostro.

Entorna los ojos.

Se acerca a mí.

—¡No! —grita Charlie.

La pistola está a pocos centímetros de mi cara.

Me quedo mirando a mi doble a los ojos y pregunto:

—Me matas, ¿y luego qué? ¿Adónde te lleva eso? No hará que te quiera.
Le tiembla la mano.

Charlie empieza a caminar hacia Jason2.

—No le toques.

—No te muevas, hijo. —No aparto la vista del cañón—. Has perdido,
Jason.

Charlie continúa andando; Daniela intenta retenerle, pero se suelta el brazo.

Mientras Charlie se acerca, los ojos de Jason2 se apartan de mí por una fracción de segundo.

Le quito la pistola de un manotazo, cojo el cuchillo del suelo y se lo clavo en el estómago, deslizando la hoja sin apenas resistencia.

Me pongo en pie, saco el cuchillo y Jason2 cae sobre mí, agarrándome de los hombros, y vuelvo a hundirlo.

Una y otra vez.

Mana mucha sangre por su camisa y me salpica las manos; el olor metálico inunda la estancia.

Sigue aferrado a mí, con el cuchillo todavía clavado en las entrañas.

Pienso en él con Daniela mientras retuerzo la hoja, la saco y le aparto.

Se tambalea.

Pone una mueca de dolor.

Se agarra el estómago.

La sangre se derrama entre sus dedos.

Las piernas le fallan.

Se sienta y luego, con un gemido, se estira de costado y apoya la cabeza en el suelo.

Miro a Daniela y a Charlie a los ojos. Luego me aproximo a Jason2, rebusco en sus bolsillos mientras se queja y al final doy con las llaves de mi coche.

—¿Dónde está el Suburban?

Cuando responde, tengo que acercarme para oír su voz:

—A cuatrocientos metros pasada la salida. En el arcén.

Me apresuro hacia la ropa que tuve que quitarme antes y me visto enseguida.

Cuando termino de abotonarme la camisa, me agacho para atarme los cordones de las botas y le echo un vistazo a Jason2, que se desangra sobre los tablones de la vieja cabaña.

Cojo la pistola del suelo y limpio la empuñadura en mis vaqueros.

Tenemos que marcharnos.

Quién sabe cuántos más vienen.

Mi *doppelgänger* pronuncia mi nombre.

Miro. Tiene mi alianza entre los dedos empapados en sangre.

Me acerco a él y, cuando cojo el anillo y me lo pongo encima del de hilo, Jason2 me agarra el brazo y tira de mí para arrimarme a su cara.

Intenta decirme algo.

—No te oigo —respondo.

—Mira... en... la guantera.

Charlie se acerca, me abraza con fuerza, intentando contener las lágrimas, pero agita los hombros y rompe en sollozos. Mientras llora en mis brazos como un niño, recuerdo el horror que acaba de presenciar y también a mí me brotan las lágrimas.

Le sostengo la cara entre las manos.

—Me has salvado la vida —afirmo—. Si no hubieras intentado detenerle, no habría tenido una oportunidad.

—¿De verdad?

—De verdad. Pero voy a pisotear ese maldito móvil hasta romperlo. Ahora tenemos que marcharnos. Por la puerta de atrás.

Corremos por el salón, esquivando charcos de sangre.

Abro las cristaleras y, mientras Charlie y Daniela salen al porche, yo echo la vista atrás, al hombre que provocó todo esto.

Todavía tiene los ojos abiertos, pestañea despacio y contempla nuestra huida.

Salgo y cierro las puertas tras de mí.

Tengo que seguir las marcas de sangre de otro Jason más para llegar a la puerta mosquitera.

No sé por dónde ir.

Nos dirigimos hacia la orilla del lago; la seguimos al norte por los árboles.

El agua permanece tan lisa y negra como una obsidiana.

Sigo recorriendo el bosque con la vista en busca de otros Jasons. Podría aparecer uno detrás de un árbol y matarme en cualquier momento.

A los cien metros, giramos desde la orilla y continuamos hacia la carretera.

Se oyen cuatro disparos en la cabaña.

Echamos a correr, con dificultad por la nieve, y jadeamos por la falta de aliento.

La marea de adrenalina mantiene a raya el dolor de mi magullado rostro, pero me pregunto por cuánto más tiempo.

Salimos del bosque hacia la calzada.

Piso la línea doble amarilla y, por un instante, el bosque se queda en silencio.

—¿Por dónde? —pregunta Daniela.

—Hacia el norte.

Trotamos por de la carretera.

—Lo veo —indica Charlie.

Delante, en el arcén de la derecha, alcanzo a ver la parte trasera de nuestro Suburban, parado junto a los árboles.

Nos subimos y, cuando meto la llave en el contacto, capto un movimiento por el retrovisor lateral, una sombra que corre hacia nosotros.

Arranco, quito el freno de mano y pongo la marcha.

Giro el Suburban y piso a fondo el acelerador.

—Agachaos —les ordeno.

—¿Por qué? —pregunta Daniela.

—¡Hacedlo!

Aceleramos hacia la oscuridad.

Enciendo las luces.

Enfocan a Jason, que está en medio de la carretera, apuntando al coche con una pistola.

Se oyen unos disparos.

Una bala perfora el parabrisas y atraviesa el reposacabezas a un par de centímetros de mi oreja derecha.

Otro fogonazo, otro disparo.

Daniela grita.

¿Cómo debe de estar esta versión de mí para arriesgarse a darles a Daniela y Charlie?

Jason intenta apartarse medio segundo demasiado tarde.

El lado derecho del parachoques le alcanza la cintura y el golpe es devastador. Le golpea con fuerza y su cabeza impacta con la ventanilla del pasajero de tal manera que la rompe.

Por el espejo, le veo tambalearse mientras seguimos acelerando.

—¿Está alguien herido? —pregunto.

—Estoy bien —contesta Charlie.

Daniela se incorpora.

—¿Daniela?

—Estoy bien —dice, y empieza a sacudirse del pelo los trocitos del cristal

de seguridad.

Vamos a toda velocidad por la oscura autopista.

Nadie pronuncia una palabra.

Son las tres de la madrugada y somos el único coche en la carretera.

El aire nocturno se cuela por los agujeros de bala en el parabrisas y el ruido de rodadura es ensordecedor por el cristal roto junto a la cabeza de Daniela.

—¿Llevas tu móvil aún encima? —murmuro.

—Sí.

—Dámelo. El tuyo también, Charlie.

Me los pasan, bajo la ventanilla unos centímetros y los arrojo fuera del coche.

—Seguirán viniendo, ¿no? No van a parar nunca —musita Daniela.

Tiene razón. No podemos fiarnos de los otros Jasons. Me equivocaba con la lotería.

—Creía que había un modo de resolverlo —reconozco.

—Entonces, ¿qué hacemos?

El agotamiento me vence.

Cada segundo que pasa, me duele más la cara.

Miro a Daniela.

—Abre la guantera.

—¿Qué busco?

—No estoy seguro.

Saca el manual del propietario del Suburban.

Nuestra documentación del seguro y la matriculación.

El calibre de la presión de los neumáticos.

Una linterna.

Y un pequeño estuche de cuero que conozco demasiado bien.

QUINCE

Estamos sentados en nuestro Suburban, al que han disparado, en un aparcamiento vacío.

He conducido toda la noche.

Me examino la cara en el espejo. Tengo el ojo izquierdo morado, muy hinchado, y la piel sobre el pómulo izquierdo está negra por la sangre que se ha concentrado debajo.

El dolor al tocarlo es atroz.

Me vuelvo hacia Charlie y luego hacia Daniela.

Alarga la mano y me pasa las uñas por la nuca.

—¿Qué otra opción tenemos? —dice.

—¿Charlie? Esta también es tu decisión.

—No quiero marcharme.

—Lo sé.

—Pero supongo que tenemos que hacerlo.

Una idea muy extraña se me pasa por la cabeza como una fugaz nube veraniega.

Sin lugar a dudas, esto es el final. Todo lo que hemos construido, nuestra casa, nuestros trabajos, nuestros amigos, nuestra vida social..., ya no está. Sólo nos tenemos los unos a los otros y, aun así, en este momento soy más feliz que nunca.

El sol matutino se cuele por las grietas del techo, iluminando partes del oscuro y desolado pasillo.

—Este sitio es guay —comenta Charlie.

—¿Sabes adónde vas? —pregunta Daniela.

—Por desgracia, podría llevarnos adonde necesitamos ir con los ojos vendados.

Nos guío por los pasillos abandonados; estoy exhausto. Me mantengo sólo por la cafeína y el miedo. Llevo metida en la cinturilla, por detrás, la pistola que cogí en la cabaña y el estuche de piel de Jason², debajo del brazo. Se me pasa por la cabeza que, mientras nos dirigíamos hacia el South Side al amanecer, no observé los rascacielos al cruzar la parte oeste del centro.

Un último vistazo habría estado bien.

Noto una punzada de arrepentimiento, pero enseguida desaparece.

Pienso en todas las noches que pasé en la cama preguntándome cómo sería si las cosas fueran distintas, si no hubiera tomado el camino que me convirtió en padre y un mediocre profesor de Física en vez de ser una eminencia en mi campo. Supongo que todo se reduce a querer lo que no tuve. Lo que consideré que podría haber sido mío mediante una sucesión de diferentes decisiones.

Pero la verdad es que sí tomé esas decisiones distintas.

Porque no soy sólo yo.

Mi percepción de la identidad se ha echado por tierra. Soy una faceta de un ser infinitamente multifacético llamado Jason Dessen que ha tomado toda elección posible y ha vivido todas las vidas imaginables.

No puedo evitar pensar que somos más que la suma total de nuestras decisiones, que todos los caminos que podríamos haber tomado influyen de alguna manera en la matemática de nuestra identidad.

Pero ninguno de los otros Jasons importa.

No quiero sus vidas.

Quiero la mía.

Porque, pese a lo jodido que está todo, no deseo más que estar aquí con esta Daniela y este Charlie. Si un solo detalle fuera distinto, no serían las personas a las que quiero.

Bajamos despacio las escaleras hacia la sala de generadores y nuestros pasos retumban en el amplio espacio abierto.

—Hay alguien ahí abajo —declara Daniela a unos peldaños del final.

Me detengo.

Se me seca la boca mientras miro hacia la penumbra.

Veo a un hombre levantarse del suelo.

Hay otro a su lado.

Y otro.

Por la penumbra, entre el último generador y la caja, otras versiones de mí se incorporan.

Joder.

Llegaron temprano para la lotería.

Hay montones.

Todos nos miran.

Vuelvo la vista hacia las escaleras, con la sangre corriendo tan fuerte por mis oídos que bloquea temporalmente todo en una cascada de ruido blanco provocado por el pánico.

—No estamos corriendo. —Saca la pistola de mi cintura y me coge de un brazo—. Charlie, agarra a tu padre del brazo y no le sueltes pase lo que pase.

—¿Estás segura de esto? —pregunto.

—Absolutamente.

Con ambos aferrados a mí, desciendo despacio los últimos peldaños y comienzo a cruzar el cemento resquebrajado.

Mis dobles se interponen entre nosotros y la caja.

No hay oxígeno en la sala.

Sólo se oye el sonido de nuestras pisadas y el viento colándose por las ventanas sin cristales.

La mano de Charlie suda contra la mía.

—Seguid caminando —imploro.

Uno de ellos da un paso adelante.

—Esto no es lo que propusiste —me replica.

—La situación ha cambiado. Un grupo de los nuestros intentó matarme anoche y...

—Uno de vosotros disparó al coche con Charlie dentro —interrumpe Daniela—. Se acabó. Ya está. —Tira de mí.

Estamos acercándonos a ellos.

No se quitan de nuestro camino.

—Ahora estáis aquí. Celebremos la lotería —importuna alguien.

Daniela me aprieta el brazo más fuerte.

—Charlie y yo vamos a entrar en la caja con este hombre. —Se le quiebra la voz—. Si hubiera otro modo... Todos lo hacemos lo mejor que podemos.

Es inevitable. Miro los ojos del Jason más próximo. Arde de envidia y celos. Va vestido con harapos y apesta a desesperación, a haber vivido en la calle.

—¿Por qué ibas a quedártela tú? —me gruñe.

—Esto no tiene que ver con él. Es lo que ella quiere —tercia el Jason que se encuentra a su lado—. Lo que necesita nuestro hijo. Es lo único que importa ahora. Dejadlos pasar. Todos.

La multitud empieza a apartarse.

Avanzamos despacio por el pasillo de Jasons.

Algunos están llorando.

Lágrimas calientes, de rabia, de desesperación.

Yo también.

Y Daniela.

Y Charlie.

Otros permanecen estoicos y tensos.

Al final, el último se quita de en medio.

La caja se alza imponente delante.

La puerta está abierta de par en par.

Charlie entra primero, seguido de Daniela.

Yo continuo esperando que algo ocurra mientras el corazón martillea en mi pecho.

A estas alturas, nada me sorprendería.

Cruzo el umbral, coloco una mano en la puerta y echo un último vistazo a mi mundo.

Es una imagen que jamás olvidaré.

La luz se cuele por las altas ventanas hacia los viejos generadores mientras cincuenta versiones de mí clavan la vista en la caja en un inquietante, asombroso y devastador silencio.

Salta el mecanismo de cierre.

El cerrojo se coloca en su sitio.

Enciendo la linterna y miro a mi familia.

Por un momento, parece que Daniela va a derrumbarse, pero mantiene la compostura.

Saco las jeringuillas, las agujas y las ampollas.

Lo preparo todo.

Como en los viejos tiempos.

Ayudo a Charlie a enrollarse la manga hasta el codo.

—La primera vez es algo intensa. ¿Estás preparado?

Asiente.

Mantiene el brazo firme y yo introduzco la aguja en la vena, tiro del émbolo y veo cómo la sangre se mezcla en la jeringuilla.

Cuando lanzo una carga entera de la droga de Ryan a su torrente sanguíneo, Charlie pone los ojos en blanco y se desploma contra la pared.

Le ato el torniquete alrededor del brazo.

—¿Cuánto dura el efecto? —pregunta Daniela.

—Sobre una hora.

Charlie se incorpora.

—¿Estás bien? —inquiero.

—Ha sido raro.

Me inyecto a mí mismo. Han pasado unos cuantos días desde la última vez y la droga entra con más fuerza de lo habitual.

Al recuperarme, levanto la última jeringuilla.

—Te toca, amor mío.

—Odio las agujas.

—No te preocupes. Me he vuelto muy bueno en esto.

No tardamos en estar bajo los efectos de la droga.

Daniela me coge la linterna de la mano y se aparta de la puerta.

Cuando ilumina el pasillo, la miro a la cara. Miro a mi hijo a la cara. Tienen miedo. Están atemorizados. Pienso en la primera vez que vi el pasillo, en la sensación de horror y sorpresa que me embargó.

La sensación de estar en ninguna parte.

Y entre todo.

—¿Hasta dónde llega? —añade Charlie.

—No acaba nunca.

Caminamos juntos por el pasillo que lleva hasta el infinito.

No puedo creer que esté aquí de nuevo.

Que esté aquí con ellos.

No estoy muy seguro de lo que siento, pero no es el temor que he experimentado antes.

—Así que cada una de estas puertas... —empieza Charlie.

—Se abre a otro mundo.

—¡Vaya!

—¿Estás bien? —le pregunto a Daniela, mirándola.

—Sí. Estoy contigo.

Llevamos ya caminando un rato y estamos quedándonos sin tiempo.

—El efecto pasará pronto. Deberíamos ir tirando.

Nos detenemos delante de una puerta idéntica a las demás.

—Estaba pensando... Todos esos Jasons encontraron su camino de vuelta a casa, lo que significa que cualquiera de ellos podría dar con el lugar en el que terminemos. En teoría, todos piensan como tú, ¿no?

—Sí, pero yo no voy a abrir la puerta, ni tú tampoco. —Me vuelvo hacia Charlie.

—¿Yo? ¿Y si la fastidio? ¿Y si nos llevo a un lugar terrible?

—Confío en ti.

—Y yo también —coincide Daniela.

—Aunque seas tú quien la abra, el camino a ese mundo lo habremos creado juntos. Los tres. —Charlie observa la puerta, tenso—. Mira —continúo—, he intentado explicarte cómo funciona la caja, pero olvídate de eso un minuto. Esto es así: la caja no difiere tanto de la vida. Si vas con miedo, miedo será lo que encuentres.

—Pero ni siquiera sé por dónde empezar —reconoce.

—Es un lienzo en blanco. —Abrazo a mi hijo.

Le digo que le quiero.

Le digo lo orgulloso que estoy de él.

Acto seguido, Daniela y yo nos sentamos en el suelo, con la espalda apoyada en la pared, de cara a Charlie y a la puerta. Ella inclina la cabeza hacia mi hombro y me coge de la mano.

Al conducir hasta aquí anoche, supuse que en este momento estaría aterrizado por entrar a un nuevo mundo, pero no tengo nada de miedo.

Estoy embriagado del entusiasmo infantil por ver lo que viene a continuación.

Mientras mi familia esté conmigo, estoy preparado para lo que sea.

Charlie se acerca a la puerta y agarra el pomo.

Justo antes de abrirla, inspira y nos mira, tan valiente y fuerte como siempre le he visto.

Un hombre.

Asiento.

Gira la manilla y oigo el cerrojo deslizarse.

Un rayo de luz se cuela en el pasillo, tan brillante que tengo que taparme los ojos un momento. Cuando por fin se me acostumbran, veo la silueta de Charlie en la puerta abierta de la caja.

Me levanto, ayudo a Daniela a ponerse de pie y nos acercamos a nuestro hijo mientras el vacío y estéril frío del pasillo se llena de calor y luz.

El viento que se filtra por la puerta arrastra un aroma a tierra mojada y flores desconocidas.

Un mundo tras una tormenta.

Le pongo una mano a Charlie en el hombro.

—¿Estáis preparados? —pregunta.

—Vamos detrás de ti.

AGRADECIMIENTOS

Materia oscura ha sido la obra más difícil de mi carrera profesional y no podría haber llegado a la recta final sin la ayuda y el apoyo de la constelación de gente generosa, increíble y con talento que iluminó mi cielo mientras la escribía.

Mi agente y amigo David Hale le ha puesto mucha magia y el equipo entero de Inkwell Management me ha cubierto las espaldas en cada paso del camino. Gracias a Richard Pine por sus sabios consejos cuando más los necesitaba; a Alexis Hurley por su brillantez y determinación para vender mi obra internacionalmente, y a Nathaniel Jacks, que lleva de forma extraordinaria el papeleo.

Mi representante de cine y televisión, Angela Cheng Caplan, y mi abogado de la industria del espectáculo, Joel VanderKloot, son excepcionales en todos los sentidos. He tenido mucha suerte de tenerlos a mi lado.

El equipo de Crown está formado por algunas de las personas más inteligentes con las que he trabajado. Su dedicación y pasión por este libro han sido asombrosas. Gracias, Molly Stern, Julian Pavia, Maya Mavjee, David Drake, Dyana Messina, Danielle Crabtree, Sarah Bedingfield, Chris Brand, Cindy Berman, y todos los de Penguin Random House por estar detrás de este libro.

Y le doy las gracias por segunda vez al magnífico editor Julian Pavia, que me presionó más que nunca y mejoró cada página de este libro.

No podría pedir un grupo más fuerte para intentar convertir en realidad la

película de *Materia oscura*. Muchísimas gracias a Matt Tolmach, Brad Zimmerman, David Manpearl, Ryan Doherty y Ange Giannetti de Sony. Y también a Michael De Luca y Rachel O'Connor, que fueron unos maravillosos defensores del libro en sus inicios.

Jacque Ben-Zekry revisó todas mis novelas de *Wayward Pines* y, aunque esta no era suya, la trató con el mismo cuidado y atención. *Materia oscura* sería una sombra sin sus conocimientos.

El doctor Clifford Johnson, profesor de Física y Astronomía, me ayudó a no quedar como un completo idiota al hablar a grandes rasgos de los conceptos de mecánica cuántica. Si he puesto algo mal, es culpa mía.

No podría haber escrito *Materia oscura* sin el trabajo de muchos físicos, astrónomos y cosmólogos que han dedicado sus vidas a buscar las verdades fundamentales de la naturaleza de nuestra existencia. Stephen Hawking, Carl Sagan, Neil deGrasse Tyson, Michio Kaku, Rob Bryanton y Amanda Gefter desempeñaron un papel decisivo ayudándome a empezar a comprenderlo todo. En especial, la elegante analogía de Michio Kaku de un estanque, una carpa y el hiperespacio me hizo comprender mejor la dimensionalidad y se convirtió en la base de la explicación del multiverso que le da Jason² a Daniela.

Mis primeros lectores tuvieron que aguantar varios borradores y me dieron sus indispensables comentarios. Gracias sobre todo a mi compañero escritor y gran amigo Chad Hodge; a mi hermano de la misma madre, Jordan Crouch; a mis hermanos de distintas madres, Joe Konrath y Barry Eisler; a la encantadora Ann Voss Peterson; a mi alma gemela de grandes ideas Marcus Sakey, que, mientras visitaba Chicago hace dos años, me ayudó a descubrir el potencial de este libro en un mar de nociones que fallaban y me animó a escribirlo pese a lo que me asustaba. Por lo mucho que me asustaba. Y un cariñoso saludo al excelente bar Longman & Eagle en Logan Square (Chicago), donde la forma e identidad de *Materia oscura* salió de entre la

niebla, literalmente.

Y me guardo los mejores agradecimientos para el final. A mi familia: Rebecca, Aidan, Annslee y Adeline. Gracias por todo. Os quiero.